

# Daniel Domscheit-Berg

Principal colaborador de Julian Assange

## Dentro de WikiLeaks

Mi etapa en la web más peligrosa del mundo

Lectulandia

**"Dentro de Wikileaks":** Domscheit-Berg, ex-portavoz de WikiLeaks y principal colaborador de Julian Assange, revela detalles secretos relacionados con los métodos de trabajo de la organización más controvertida del mundo.

En septiembre de 2010, Daniel Domscheit-Berg escribió sus últimas líneas como portavoz de WikiLeaks en un chat en el que anunciaba que se iba. Atrás habían quedado unos años muy intensos, "los más intensos de mi vida", puntualiza el propio Domscheit-Berg. Años en los que fue la mano derecha de Julian Assange y pieza fundamental en el desarrollo, despegue y consolidación de la plataforma que ha cambiado el modo de entender la verdad que nos ofrecen los medios.

El proyecto WikiLeaks fue creado para dar a conocer al mundo los entresijos de gobiernos, empresas y organizaciones en su lucha por ejercer y mantener el poder. La idea original consistía en la transparencia absoluta de la información y el derecho del ciudadano a conocerla. Destaparon casos como el de la banca suiza Julius Bär, el crash económico que llevó a Islandia a la bancarrota o las muertes de civiles a manos de soldados americanos en Afganistán. Con el tiempo ese criterio fue mutando y se convirtió en raíz del desencuentro entre Julian Assange y Daniel Domscheit-Berg, pero lo que ocurrió Dentro de WikiLeaks, solo los dos lo saben y ahora Domscheit-Berg lo desvela.

Lectulandia

Daniel Domscheit-Berg

# Dentro de WikiLeaks

Mi etapa en la web más peligrosa del mundo

ePUB v1.1

adruki 28.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Inside WikiLeaks*

Daniel Domscheit-Berg, 2011.

Redacción: Tina Klopp

Traducción: Ana Duque de Vega y Carles Andreu Saburit

Editor original: adruki (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.0

A todos aquellos que tanto han arriesgado  
para hacer un mundo más transparente y más justo.  
A todos los que revelaron secretos.

## Nota preliminar

*E*n 2007, cuando empecé a colaborar con WikiLeaks, me encontré inmerso de nuevo en un proyecto cuyo principal objetivo era actuar como mecanismo de control del poder ejercido a puerta cerrada. La creación de una plataforma que ofreciera transparencia, allí donde esta estuviera vetada, me pareció al mismo tiempo una idea tan simple como genial.

Durante el tiempo en que participé en WikiLeaks aprendí de primera mano que la combinación de poder y secretismo conduce en última instancia a la corrupción. Con el transcurso de los meses, WikiLeaks fue evolucionando en una dirección que empezó a resultar inquietante para la mayoría de los componentes del equipo, y que nos condujo a abandonar el proyecto en septiembre de 2010. Con anterioridad a esa fecha, había albergado la esperanza de que mis opiniones, expresadas diplomática y públicamente en forma de crítica moderada, condujeran a la supervisión del poder de WikiLeaks y al de un solo hombre, del mismo modo que en el caso de otras organizaciones.

Pero sucedió exactamente lo contrario. Mientras una pequeña parte de la opinión pública, familiarizada hacía ya tiempo con WikiLeaks, ponía en tela de juicio su evolución desde un punto de vista crítico, el origen de la idea se perdió en la vorágine del espectáculo que ofrecía la plataforma de las revelaciones y su fundador. Julian y WikiLeaks, una simbiosis inseparable que se convirtió en un fenómeno pop. Lo que se debe sobre todo al vacío informativo relacionado con esta reservada organización que hace gala de transparencia.

Como tantos otros, a los cuales ofrecimos una plataforma para sus revelaciones, tomé la decisión de sacar a la luz lo que se ocultaba en el interior. No me resultó fácil, puesto que durante mucho tiempo me debatí entre mis sentimientos de lealtad y mi propia responsabilidad moral.

En WikiLeaks solíamos decir que únicamente un correcto registro histórico podía hacer posible una mejor comprensión del mundo. Con este libro he tomado la determinación de realizar mi aportación a este ideal.

DANIEL DOMSCHEIT-BERG

Enero 2011

## Prologo

**M**e quedé mirando fijamente el monitor. La pantalla negra, salpicada de letras verdes. Tras mis últimas líneas todavía aparecieron un par de anotaciones. Pero ya no me interesaban. Ya había escrito mis últimas palabras. No había nada más que decir. Era el final, para siempre.

Julian no había participado en el *chat*, o por lo menos no había respondido. Tal vez también estuviera sentado ante el ordenador, impasible, estupefacto o inquieto, en algún lugar de Suecia o dondequiera que se encontrase en ese preciso momento. No podía saberlo. Solo sabía que no volvería a hablar con él nunca más.

El Zosch, el bar de la esquina, acababa de cerrar y oí que los últimos clientes salían achispados para dirigirse hacia el tranvía. Faltaba poco para las dos de la madrugada del 15 de septiembre de 2010. Dejé el ordenador encima del escritorio y me tumbé sobre los cojines del sofá en la sala de estar. Abrí una novela de Terry Pratchett y empecé a leer. ¿Qué hace uno en semejante situación, qué harían otros? Leí durante horas. Me quedé dormido en algún momento, todavía vestido, con los calcetines que me había hecho mi abuela y el libro sobre mi vientre. Recuerdo el título: Buenos presagios.

¿Cómo hace uno para dejar su trabajo, cuando el lugar en el que trabajaba era todo su mundo? ¿Cuando no hay colegas a los que se les pueda estrechar la mano como despedida? ¿Cuando solo hay dos líneas verdes escritas a toda velocidad en inglés, que hacían del todo imposible mi regreso? ¿Cuando todavía no le han dado «la patada» que le pone de patitas en la calle?

«Estás despedido», me había comunicado Julian por escrito hacía ya algunas semanas.

Como si fuera el único con poder de decisión. Ahora por fin, todo había acabado.

Me desperté a la mañana siguiente y todo tenía el aspecto habitual. Mi mujer, mi hijo, nuestro acogedor caos, todo seguía como siempre. Los rayos del sol iluminaban el mismo rincón de la sala a través de la ventana. Y sin embargo, todo era distinto. Una parte de mi vida, que en su día parecía augurar un futuro prometedor, se había convertido para siempre en pasado, se había perdido para siempre.

Había terminado mi relación con la persona con la que había compartido los últimos tres años de mi vida, por el que había dejado mi trabajo y desatendido a mi compañera, mi familia y mis amigos.

El *chat* había sido durante años mi principal vía de comunicación con el mundo exterior, a menudo la única durante días, cuando trabajaba en una publicación concreta. No volvería a entrar en él. Julian me había denegado el acceso a mi cuenta de correo hacía ya algunas semanas. Había llegado incluso a amenazarme con la

policía. En lugar de firmar el contrato de confidencialidad, tal como me habían recomendado otros componentes del grupo, ahora escribo este libro.

En su día Julian y yo fuimos los mejores amigos, o como mínimo algo muy parecido (a fecha de hoy no estoy seguro de que exista una categoría semejante en su mente). En realidad, ya no estoy seguro de nada en lo que a su persona se refiere. A veces le odio, hasta tal punto que tengo miedo de mí mismo, de la posibilidad de ejercer la violencia física en caso de que vuelva a cruzarse en mi camino. En otras ocasiones pienso que necesita mi ayuda, lo cual no deja de ser absurdo después de todo lo ocurrido. En mi vida he conocido a nadie con una personalidad tan fuerte como Julian Assange. Tan liberal. Tan enérgico. Tan genial. Tan paranoico. Tan obsesionado con el poder. Tan megalómano.

Creo poder decir que hemos pasado juntos los mejores momentos de nuestras vidas. Y soy consciente de que es algo que no podemos recuperar. Ahora que han transcurrido un par de meses y los sentimientos se han aplacado, pienso que así tenía que suceder. Pero debo admitir abiertamente que no cambiaría estos últimos años por nada en el mundo. Por nada en absoluto. Mucho me temo incluso que, de poder volver atrás, haría lo mismo.

¡He vivido tanto! He podido adentrarme en los abismos y he jugado con los engranajes del poder. He comprendido el funcionamiento de la corrupción, el blanqueo de dinero y quién mueve los hilos en el mundo de la política. En mis llamadas telefónicas tuve que utilizar solo teléfonos encriptados a prueba de escuchas, viajé por todo el mundo y recibí los abrazos de personas agradecidas en Islandia en plena calle. Un día comía una pizza con el famoso periodista Seymour Hersh, el siguiente salíamos en las noticias de la noche y el tercero estaba sentado al lado de Ursula von der Leyen, en el mismo sofá. Tuve mucho que ver en la actuación llevada a cabo por activistas a través de Internet para impedir una pésima ley de censura en Alemania, y también colaboré con ellos cuando prepararon el camino para una ley propicia para la libertad de información en Islandia.

Julian Assange, el fundador de WikiLeaks, era mi mejor amigo. Gracias a WikiLeaks se ha convertido en algo semejante a una estrella del pop, en una de las figuras mediáticas más cautivadoras y disparatadas de los medios de comunicación actual.

Aquello que en el pasado nos unió, a Julian y a mí, fue el convencimiento de que un mejor orden mundial es posible. En el mundo con el que soñábamos no había sitio para mandatarios ni jerarquías, y nadie podría basar su poder en la ocultación de conocimientos a otras personas, lo cual constituiría el principio para una interacción en igualdad. Esa era la idea por la que luchamos, el proyecto que juntos desarrollamos y que veíamos crecer con el mayor orgullo.

Con el paso del tiempo, WikiLeaks fue convirtiéndose en algo grande, mucho



más de lo que en 2007 hubiera podido imaginar. Me uní al proyecto casi por casualidad, como consecuencia de mi curiosidad. Éramos un par de jóvenes pálidos obsesionados por la informática, cuya inteligencia había pasado inadvertida, que de repente se convirtieron en personajes de la vida pública y que enseñaron qué es el miedo a políticos, empresarios y altos mandos militares del mundo. Es probable que también hayamos protagonizado sus pesadillas. Con seguridad no pocos han deseado que nunca hubiéramos existido. En el pasado, esta fue una sensación agradable.

Hubo épocas en las que apenas dormía dominado por la impaciencia de todos los sucesos apasionantes que tendrían lugar al día siguiente. Hubo un tiempo en el que cada mañana acontecía algo que me hacía creer que el mundo sería un poco mejor. No hay ironía en mis palabras, estaba realmente convencido. Para ser más exactos, debo decir que aún hoy sigo creyendo en ello. Estoy seguro de que el proyecto era genial. Tal vez demasiado genial para funcionar a la primera.

Pero tampoco pude dormir tranquilo durante mis últimos meses en WikiLeaks. Esta vez no era debido a la expectación, sino al miedo, miedo ante el próximo desastre, miedo a que el proyecto nos estallase en las manos, de que algo decisivo fuera mal de nuevo, de que una de nuestras fuentes estuviera en peligro, de que Julian iniciara durante la noche un nuevo ataque hacia mí u otros de los que antes fueran sus más cercanos confidentes.

En su introducción a la última filtración, Julian escribió que los despachos diplomáticos de los embajadores norteamericanos revelarían las contradicciones entre la imagen pública y lo que sucedía a puerta cerrada. Las personas tenían derecho a saber qué sucedía entre bastidores.

No es posible expresarlo mejor: ha llegado el momento de mirar entre los bastidores de WikiLeaks.

## El primer encuentro

**E**n septiembre de 2007 oí hablar por primera vez de WikiLeaks, de boca de un buen amigo. Por entonces visitábamos con regularidad cryptome.org, la página web de John Young. Cryptome había saltado a las portadas de los periódicos, entre otras cosas, porque en 1999 y en 2005 había publicado una lista de nombres de agentes del MI6, el Servicio de Inteligencia Secreto británico. Cryptome.org publicaba documentos de personas que deseaban sacar a la luz informaciones secretas sin correr el riesgo de ser desenmascaradas como traidores o ser encausadas por ello. En esa idea también se fundamenta WikiLeaks.

Es curioso, pero en un primer momento muchos daban por supuesto que tras WikiLeaks se ocultaba un servicio de inteligencia secreto internacional, y que se trataba de un llamado honeypot: es decir, que se ofrecía una plataforma a todo aquel que quisiera divulgar una información, con el fin de atrapar a los delatores tan pronto como cargasen material realmente explosivo en la página. Debo reconocer que yo era uno de los desconfiados.

Pero en noviembre de 2007 aparecieron en WikiLeaks.org los manuales que utilizaban en la bahía de Guantánamo con el título Camp Delta Standard Operating Procedures (Procedimientos Operativos del Campo Delta), y que revelaban las violaciones de los derechos humanos y de la Convención de Ginebra por parte de los Estados Unidos en los campos de prisioneros ubicados en Cuba. Al momento me resultó obvio lo siguiente:

En primer lugar, que la idea de que WikiLeaks fuera una creación de algún servicio secreto era absurda.

En segundo lugar, que el proyecto tenía potencial para adquirir aún mucha más importancia que Cryptome.

Y en tercer lugar, que WikiLeaks era algo muy positivo.

Para aquellos que desde el principio han estado involucrados en comunidades de la red, Internet no es un confuso océano de datos, sino más bien una aldea. En caso de necesitar una valoración sobre un tema concreto, sabía perfectamente dónde debía acudir. Así lo hice, y en todos los casos obtuve idéntica respuesta: «¿WikiLeaks? ¡Es fantástico!». Eso me confirmó que debía seguir la evolución de WikiLeaks.

Me registré en el *chat* que todavía existe en la página de WikiLeaks y entré en contacto con ellos. Tuve la inmediata sensación de que las personas que participaban en el *chat* tenían una mentalidad parecida a la mía. Les interesaban las mismas preguntas. Trabajaban, igual que yo, a horas intempestivas del día o de la noche. Mantenían debates sobre temas sociales. Creían que Internet ofrecía la posibilidad de abordar los problemas desde una perspectiva totalmente nueva. Un día después pregunté por primera vez si podía colaborar de algún modo. No recibí respuesta. Me

sentí desconcertado y hasta cierto punto ofendido. Sin embargo, seguí participando en el *chat*.

La respuesta llegó dos días más tarde: «¿Sigues interesado en trabajar?». Era Julian Assange quien preguntaba.

«¡Por supuesto! Dime qué puedo hacer», contesté.

Julian me asignó un par de tareas poco importantes. Me pidió que pusiera orden en WikiLeaks, que realizase formateos y revisara contenidos. Durante mucho tiempo no tuve nada que ver con documentos delicados. Enseguida se me ocurrió la idea de incluir WikiLeaks en el programa del XXIV Chaos Communication Congress (24C3), la cita anual de *hackers* y otros protagonistas del mundo de la informática, que tiene lugar entre Navidad y Fin de Año en el Centro de Congresos de Berlín (BCC), organizado por el Chaos Computer Club.

En aquel momento apenas sabía de los procesos internos de WikiLeaks. Ni siquiera sabía cuántas personas participaban, ni cuál era la infraestructura técnica en la que se basaba. Mi imagen de WikiLeaks era la de una organización de tamaño medio, con un buen equipo, sólidos fundamentos técnicos y servidores en todo el mundo.

Yo tenía un trabajo fijo como diseñador de redes y responsable de seguridad de las mismas para Electronic Data Systems (EDS), una importante empresa estadounidense que gestionaba las necesidades de TI de clientes civiles, pero también del ámbito militar, que tenía su principal sucursal en Alemania, en Rüsselsheim. Según un acuerdo tácito con mi jefe, entre mis funciones no se encontraba la de asesorar a empresas de armamento, de modo que era responsable principalmente de GM, y por tanto también de Opel, así como de varias compañías aéreas. Cualquiera que realice reservas de vuelos por Internet puede que esté utilizando tecnologías que desarrollé en aquella época.

Ganaba unos 50.000 euros al año. Era muy poco para el trabajo que realizaba, pero no me importaba. Me involucré en la Open Source Community, trabajaba muchas más horas de las cuarenta semanales acordadas en mi contrato, y creaba de forma permanente nuevas soluciones, con un rendimiento valorado por todos.

Mis colegas y yo nos permitíamos las bromas típicas con las que los técnicos consiguen mantener el buen humor en ese tipo de empresas: como protesta ante la deplorable calidad del café, manipulábamos los menús de las máquinas automáticas de manera que debían realizarse constantes operaciones de mantenimiento en aquellos aparatos, en teoría tan rentables. O por ejemplo, enviaba con regularidad correos electrónicos a alguno de mis compañeros, de carácter muy irascible, desde la dirección, y observaba en secreto cómo se encolerizaba aún más. Y de inmediato le enviaba otro correo: «Dios dice que no debemos enfadarnos tanto».

Vivía en Wiesbaden, mi novia de entonces era una joven muy hermosa, y me

sentía, en una palabra, feliz, pero en absoluto eufórico. Llevaba una vida alegre y plena, pero aún había sitio para algo más.

En una ocasión, cuando mi relación con Julian ya estaba muy degradada, me dijo que sin WikiLeaks sería un Don Nadie. Y que solo había participado en el proyecto porque no sabía qué hacer con mi vida.

Tenía razón. WikiLeaks fue lo mejor que me había pasado hasta entonces en la vida.

Sin embargo, con anterioridad a WikiLeaks, no me aburría en absoluto: había instalado en mi cocina un servidor con un consumo anual de 8.500 kWh; me rompía la cabeza permanentemente en la creación de estructuras de red y me reunía con miembros de los clubs del caos locales. De ese modo mis días estaban más que colmados.

No obstante, no ponía el alma en ello. Durante todos aquellos años había sentido que me faltaba algo, algo definitivo. Un sentido. Una misión que estaba deseando encontrar, que de verdad anhelaba y por la que sería capaz de dejarlo todo.

En aquel tiempo, el Chaos Computer Club era para mí un importante punto de referencia, y las direcciones de las salas del club en Berlín fueron de las primeras en mi agenda cuando llegué a la capital. Imposible describir qué era lo que me atraía tanto de sus miembros. Todos demostraban una acentuada extravagancia. Se trataba de personas creativas, inteligentes, a veces un tanto toscas, que con toda seguridad no malgastaban su tiempo en relaciones hipócritas de falsa amistad. Su supuesta deficiencia en habilidades sociales quedaba compensada por una lealtad auténtica hacia el nuevo miembro del club, tan pronto como este era aceptado. Todos ellos estaban ocupados las veinticuatro horas del día en algún tema. Todos eran expertos acreditados en sus respectivos ámbitos de especialización, ya fuera software libre, música electrónica, arte visual o cuestiones de pirateo informático, seguridad de TI, protección de datos o espectáculos de luces, es decir, existía un gran abanico de intereses.

Además, el club presentaba una ventaja decisiva en comparación con muchas otras comunidades similares: contaba con un lugar de reunión. Para las personas que pasan gran parte de su tiempo en espacios digitales, este es un atractivo nada despreciable. En el club podíamos sentarnos en torno a una mesa y debatir problemas cara a cara, e incluso, tal como pude comprobar poco después, en situaciones delicadas era posible pasar la noche en uno de los innumerables sofás. El club velaba para que los integrantes de aquel mundillo se reunieran periódicamente, como era el caso del congreso anual en el Centro de Congresos de Berlín (BCC), en Alexanderplatz.

A principios de diciembre de 2007, Julian se había puesto en contacto conmigo a través del *chat* mediante un breve mensaje: «Nos vemos en Berlín. Estoy impaciente

por dar esa conferencia».

Lo primero que me vino a la cabeza fue: «Bueno, espero que haya funcionado». Hasta muy poco antes de que empezara el congreso no se sabía con seguridad si su conferencia estaba programada. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para incluirla en el programa, pero los plazos de presentación habían finalizado en agosto. Por otro lado, tampoco estaba seguro de no haber alborotado demasiado el gallinero, si al final no aparecía nadie de WikiLeaks.

Como era habitual en él, Julian apareció en el último momento. Pero entonces resultó que su conferencia no estaba prevista. Hasta la fecha no he logrado saber si Julian llegó a entregar el formulario que se le había solicitado. Es posible que los miembros del club tampoco supieran a ciencia cierta qué era WikiLeaks, o que consideraran que no tenía relevancia. O tal vez fuera la actitud de desconfianza de numerosos miembros del club hacia WikiLeaks el motivo por el cual Julian había quedado fuera del programa principal. En un principio, sobre todo en Alemania, tuvimos que luchar contra la actitud recelosa del movimiento de protección de datos personales, cuyo lema era: «Protección de datos privados vs. uso de datos públicos». Nosotros nos posicionábamos en un punto intermedio, por lo que éramos materia de debate.

Sea como fuere, la conferencia de WikiLeaks no estaba incluida en el programa oficial. Los organizadores nos ofrecieron como única alternativa una sala en el sótano para realizar una pequeña presentación. A todo esto, Julian ya había mantenido una discusión en las taquillas al negarse a pagar la entrada. Había dado por supuesto que tenía entrada libre puesto que era uno de los conferenciantes, pero los taquilleros no compartían su punto de vista. Al no constar en la lista de ponentes querían sacarle setenta euros.

Julian dejó la mochila (a menudo su único equipaje) en la sala de prensa y exigió el uso de la sala a partir de aquel momento.

Se trataba de una sala no demasiado grande, con el suelo cubierto de oscuras baldosas y una hilera de mesas dispuestas tras tabiques de separación. La sala se encontraba en un extremo del primer piso, al final del pasillo. Las persianas estaban bajadas incluso durante el día. Normalmente la utilizaban los periodistas para elaborar sus textos con tranquilidad desde sus portátiles. Julian tomó posesión de la sala de inmediato y empezó a trabajar, esto es: permanecía horas y horas inmóvil ante el ordenador, mientras pulsaba con fuerza las teclas.

En caso de que alguien quisiera utilizar la sala, aunque solo fuera durante un cuarto de hora para llevar a cabo una entrevista para la radio, Julian se negaba a abandonarla o a teclear con más suavidad.

Aunque los organizadores ponían todo su empeño en deshacerse del tozudo invitado, Julian consideraba que estaba en su derecho a quedarse a pasar la noche. Y

al final se salió con la suya, con toda seguridad durmió arropado en su chaqueta, sobre las mesas, ya que las baldosas debían de estar muy frías.

La primera vez que lo vi pensé que era un tipo genial. Llevaba pantalones militares de color verde oliva, una camisa blanca inmaculada y un chaleco de lana verde. Julian llamaba la atención, destacaba entre los demás con su resplandeciente camisa blanca.

Era muy dinámico, desenvuelto, se desplazaba a grandes pasos. Cuando bajaba la escalera, los tablones temblaban. Hay personas que parecen estar haciendo una prueba de resistencia del suelo con cada paso que dan. A veces cogía carrerilla, daba un salto y patinaba con sus desgastadas botas sobre el suelo recién encerado. O se dejaba deslizar por la barandilla de la escalera y casi daba una vuelta de campana en el aterrizaje. Diversiones que yo también compartía.

Nos vimos por primera vez en el primer piso del Centro de Congresos de Berlín, donde acababa la escalera de caracol. Aquel día el local estaba abarrotado. En la planta baja, los visitantes que habían llegado tarde suplicaban que les dejasen entrar. Se acababa de superar el récord de tres mil visitantes, y toda aquella multitud avanzaba a empujones con gran fragor a través del pasillo del pabellón de congresos. En ocasiones era necesario un cuarto de hora para recorrer veinte metros en aquel atasco. En el primer piso, al final de la escalera, había un poco más de tranquilidad. Recuerdo que a la izquierda había un sofá de cuero blanco con vistas a Alexanderplatz. Durante los siguientes días, ese fue nuestro punto de encuentro. Cuando uno de los dos necesitaba ir al baño o a buscar algo de comer, el otro hacía vigilancia. Como respuesta a la mirada ávida de los cansados asistentes al congreso, enseñábamos los dientes.

Al principio hablábamos durante horas. Después con frecuencia solo compartíamos el sofá; Julian trabajaba inmerso en su ordenador y yo hacía lo propio.

No sé qué es lo que esperaba Julian cuando emprendió su viaje a Berlín. La sala del sótano que nos habían asignado para la presentación me resultaba desagradable. Por suerte era una sala pequeña, porque a la conferencia acudieron menos de veinte personas, entre ellas ninguna cara conocida del club, lo cual me entristeció mucho. No podía comprender por qué a ninguno de sus miembros parecía interesarle la idea de WikiLeaks.

Me senté en primera fila, a la derecha, y observé a Julian mientras hablaba sobre WikiLeaks con su encantador acento australiano. Julian llevaba siempre la misma ropa. La reluciente camisa blanca, que en nuestro primer encuentro me había deslumbrado, a esas alturas ya no parecía tan esplendorosa.

No sé si Julian estaba decepcionado por el escaso público que había bajado al sótano, pero en todo caso disimuló. Habló durante cuarenta y cinco minutos, y cuando comenzó la ronda de preguntas, respondió con tranquilidad a los tres

asistentes que formularon alguna.

Me dio un poco de pena. Después de todo, había tenido que pagar el viaje de su bolsillo. Durante su ponencia, de vez en cuando me volvía hacia los oyentes y observaba la expresión un tanto perpleja de sus rostros.

Más adelante volvería a dar aquella misma conferencia de forma mucho más gráfica, con ayuda de más ejemplos, pero entonces su discurso era todavía demasiado teórico. Julian era incansable a la hora de ganar adeptos para su idea. Apenas nadie conocía WikiLeaks y solían confundirnos con wikipedia, así que durante los meses siguientes hablamos sobre WikiLeaks a cualquiera que quisiera escucharnos durante un par de minutos, aunque solo fueran tres personas. Hoy nos conoce el mundo entero. En aquella época cualquier alma era bien recibida.

Cuando aquellos tres oyentes ya no tenían más preguntas, Julian recogió sus cosas y regresó al sofá para volver a enfrascarse en su trabajo.

Tiempo más tarde supe cuáles fueron los problemas con los organizadores y que Julian había protagonizado varios altercados con algunos de mis conocidos. Tras el congreso, el club, que por aquel entonces era para mí algo así como mi hogar social, miró con escepticismo WikiLeaks durante meses. Y yo no dejaba de preguntarme cuál sería el motivo.

La actitud de Julian me había impresionado. Aquel vigoroso australiano no dejaba que nadie se metiera con él, ni que nada le apartara de su trabajo. Asimismo, era muy culto y tenía una opinión muy clara sobre muchos temas. Su posición respecto a la comunidad de *hackers*, por ejemplo, era por completo distinta a la mía. Consideraba que eran idiotas, «inútiles». Con frecuencia juzgaba a la gente por el grado de «utilidad», según su propia definición de «útil». Incluso los *hackers* especialmente hábiles eran a sus ojos idiotas, si no empleaban sus capacidades en un objetivo superior.

Los juicios de Julian tenían siempre un carácter intransigente. Daba su opinión sin que nadie se la pidiera. Y ya entonces pensé que debía de causar mala impresión a mucha gente con sus comentarios.

Teníamos mucho de que hablar y planes que concretar. No me cuestioné si el comportamiento de Julian me resultaba chocante o si podía confiar en él. No me planteé si podría meterme en problemas serios a su lado. Al contrario. Me halagaba el hecho de que quisiera trabajar conmigo. Julian Assange no solo era el fundador de WikiLeaks, sino también Mendax, miembro de Subversivos Internacionales: uno de los *hackers* más grandes, coautor de *Underground*, un libro muy valorado en determinados círculos. Nos entendimos perfectamente a la primera.

No le interesaba saber cosas de mí. Creo que me respetaba en calidad de nuevo compañero de armas, que desde el primer día había expresado sus ganas de colaborar y había mantenido su palabra. Había sido así de sencillo, tal vez porque le aportaba

bastante más de lo que hasta entonces había recibido de otros, como pude comprobar muy pronto: tras cada publicación aparecían un par de voluntarios que decían querer apoyar a WikiLeaks. Sin embargo, cuando se les encomendaban tareas concretas, con mucha suerte de cien voluntarios respondía uno. En ocasiones encargué una tarea a cien personas distintas, con lo cual tuve que explicar lo mismo cien veces, y al final todo fue en vano.

Creo que a Julian esto le había sucedido a menudo, y por eso estaba encantado de haber encontrado en mí a un aliado. WikiLeaks auspició enseguida una estrecha unión entre nosotros, puesto que teníamos los mismos ideales. Estábamos a la misma altura, o como mínimo eso creía, aun cuando Julian fuera el fundador de WikiLeaks y tuviera más experiencia que yo.



## WikiLeaks y Goliat. El caso de la banca Julius Bär

*E*n enero de 2008 empecé a participar en WikiLeaks y por primera vez me impliqué directamente en una publicación. Alguien había cargado una maraña de números y cálculos, organigramas, hojas de ruta y contratos en nuestro buzón de correo digital. ¿Para qué servía todo aquello? Julian y yo necesitamos un par de días solo para echar un vistazo a todo el material. Cientos de páginas que reproducían la correspondencia interna, las notas y cómputos de la banca Julius Bär, uno de los establecimientos bancarios privados más importantes de Suiza.

Las personas que depositan su dinero en bancos en Suiza no siempre lo hacen por amor al aire puro de los Alpes. Gracias a aquellos documentos podía comprenderse cómo se habían ocultado fortunas millonarias ante posibles inspecciones fiscales, y se ponía de manifiesto mediante casos concretos. Se trataba de fortunas entre cinco y cien millones de dólares por cliente. Con los impuestos evadidos por aquellas varias decenas de personas con grandes ingresos hubieran podido llevarse a cabo incontables proyectos sociales.

El refinamiento de aquel banco era sorprendente. Un complejo sistema de compañías subsidiarias y transacciones financieras garantizaban que el dinero ubicado en las Islas Caimán no solo estuviera protegido de posibles intervenciones fiscales. El banco ocultaba los flujos de efectivo en interés de sus clientes, pero al hacerlo también se llenaba los bolsillos a espaldas. Me impresionó la inteligencia de las personas que habían ideado todo aquel sistema.

Investigamos el trasfondo de todo ello, escribimos un resumen y colgamos todos los detalles en Internet. Se envió un comunicado de prensa a los medios. Después esperamos impacientes la reacción, que tuvo lugar el lunes 14 de enero de 2008.

El martes tenía una reunión de personal en la empresa. Eso significaba reunirse con entre quince y veinte personas en una sala de dimensiones demasiado reducidas, mientras respirábamos aire enrarecido y manteníamos los ojos clavados en hojas de cálculo de Excel. Las manecillas del reloj de la sala parecían estar pegadas con Pattex No Más Clavos. Cada cinco minutos miraba de reojo mi móvil para comprobar si aparecía alguna noticia sobre nosotros en Google News. Estaba seguro de que pasaría algo. Era solo cuestión de tiempo.

Aunque los administradores de las páginas web desean saber exactamente quién navega en sus páginas y los botones que ha pulsado, en nuestro caso no habíamos previsto esta formalidad técnica, porque iba en contra del enfoque anónimo de WikiLeaks. De manera que no podíamos saber si alguien había consultado la documentación.

Cuando por fin mi superior dio por finalizada la reunión, recogí mis cosas y salí corriendo.

De camino a casa pasé por la tienda ecológica de la esquina para comprar un poco de carne, patatas y coliflor. Cuando llegué a mi piso en la zona oeste de Wiesbaden (un sótano con dos habitaciones, una cocina grande y un baño, y un oscuro pasillo desde el que se accedía a todas las estancias), dejé la compra en la cocina, sobre la encimera, y encendí mis dos portátiles. La primera reacción ante el caso Julius Bär había llegado. El punto de partida de nuestra lucha contra los poderosos. La prueba de fuego. El primer correo electrónico llegó el 15 de enero de 2008 a las 20.30.

El remitente era un abogado de un bufete con sede en California, que normalmente se ocupaba de defender los casos relativos a estrellas de Hollywood. Los abogados nos exigían en un tono altanero que diéramos a conocer el nombre del autor de los documentos y que retiráramos el material de la página.

«Dios mío —escribió Julian—. Mira esto.»

«Acabaremos con ellos», respondí.

Julian y yo solo chateábamos, nunca hablábamos por teléfono. Las frases que intercambiamos en las siguientes horas, entre algún lugar en el mundo y Wiesbaden, entre Julian y yo, estaban llenas de signos de exclamación y palabras malsonantes.

Mientras pelaba las patatas, cocía la coliflor y cocinaba un escalope, Julian y yo reflexionábamos sobre cuál sería el siguiente paso. No tenía miedo de que pudiera acabar mal, de que pudieran arrestarnos o incautar el material. Estábamos preparados para afrontar las posibles dificultades.

Los escritos oficiales de tribunales o de otras autoridades parecen estar redactados con la única intención de desencadenar los peores sentimientos de impotencia o de ira en los destinatarios. Esta vez solo estaba por ver quién llevaba las de perder. Era la primera prueba para el sistema que habíamos ideado y que en la teoría nos parecía genial, pero que en la práctica todavía debía demostrar su eficacia.

Solicitamos al bufete datos concretos: les preguntamos a qué clientes se referían. Y les indicamos que seleccionaríamos a un abogado apropiado para el caso.

En realidad, estábamos muy lejos de disponer de una gran lista de abogados. Para ser más exactos, solo teníamos contacto con una jurista, que nos ayudaba a título honorífico. Julie Turner vivía en Texas, y pasamos un par de días angustiados hasta que pudimos contactar con ella. Pero de cara al exterior aparentábamos contar con un importante departamento jurídico.

Para este caso me decidí por el nombre Daniel «Schmitt». No era especialmente imaginativo (mi gato se llamaba así), pero serviría para mantener alejados a posibles detectives privados. Nos habían llegado noticias de que los grandes bancos no tenían reparos en utilizar detectives para seguir la pista a aquellas personas que les pudieran resultar molestas. Y no me apetecía que nadie fisgoneara en mi vida.

Desde el caso Julius Bär he usado ese nombre. La prensa solo me conocía como Daniel Schmitt, y así debería seguir siendo en el futuro.

Durante los siguientes días intenté trabajar desde casa siempre que pude. Hacia mediodía me colocaba un viejo dispositivo estropeado bajo el brazo y me despedía de mi superior con un rápido: «¡Prueba de instalación, adiós!». Cuando mi móvil sonaba en horas de trabajo, me refugiaba en el almacén del octavo piso.

Muy pronto llegaron más correos electrónicos. Numerosos medios de información y organizaciones de defensa de los derechos de los ciudadanos de los Estados Unidos se pusieron de nuestra parte. Al fin y al cabo, actuaban en su propio interés: protección de los informantes y libertad de prensa. El problema de base consistía en que los trabajadores que quisieran informar sobre situaciones injustas en su propia empresa no podían hacerlo debido a los contratos internos que les amordazaban con cláusulas de confidencialidad, un tema sobradamente conocido y debatido. La cuestión de los informantes estaba mucho más evolucionada en los Estados Unidos que en Alemania, donde las personas que revelan secretos son considerados delatores y no héroes de la libertad de información.

Sin embargo, en un primer momento casi llegamos a creer que nuestros adversarios podrían con nosotros. Los abogados de la parte contraria consiguieron una resolución provisional del juez competente en California. El juzgado de California contaba con un motivo muy simple: el dominio WikiLeaks.org ya estaba registrado. El bufete había alegado que se trataba de «secretos empresariales» robados por un «antiguo trabajador», que de este modo había contravenido un «acuerdo escrito de confidencialidad». El juez admitió la instancia. El sitio WikiLeaks.org fue en consecuencia eliminado de Internet. Nos habían borrado del mapa. Por lo menos eso es lo que ellos creían. No tenían ni idea de uno de los fundamentos en los que se basa el principio de WikiLeaks, que consistía en lo siguiente: tan pronto como alguien eliminaba un sitio de la red, en otro lugar del mundo se creaban cientos de réplicas. Por esa razón, era casi imposible taparnos la boca.

Se desató una oleada de indignación por todo el mundo. Nuestros teléfonos no paraban de sonar. Periodistas de todo el planeta querían hablar con nosotros, necesitamos días enteros para responder a todos los correos que recibimos. Debido a la diferencia horaria apenas podía dormir. Aparecieron multitud de artículos y programas en los que los medios informaban sobre el caso.

Los periodistas fueron lo bastante inteligentes para hacer alusión a las casi doscientas páginas web a través de las cuales se podía seguir accediendo a WikiLeaks. *The New York Times* dedicó varios artículos al caso, además de hacer pública nuestra dirección IP. Todo ello culminó en un titular de CBS News: «Freedom of Speech has a Number». La libertad de expresión tiene un número. Y ese número era la dirección IP de WikiLeaks: 88.80.13.160. NOSOTROS éramos ese número. Y uno bastante importante.

De ese modo, a principios de 2008, en el transcurso de muy pocos días pasamos a ser conocidos. Sin la demanda de Julius Bär no hubiéramos podido conseguirlo tan rápido. Enseguida recibimos apoyo, propuestas de colaboración, así como nuevos documentos. No recuerdo haber tenido esa sensación de vértigo con anterioridad en mi vida.

Pero la culminación de todo ello llegó cuando fuimos capaces de oponer resistencia a aquellos arrogantes abogados. Apenas diez días después el juez revisó su precipitada sentencia y la página volvió a ser conectada. En último término fue la presión de la opinión pública quien lo consiguió. Una semana más tarde, el banco Julius Bär retiró la demanda. Hace poco leí que los depósitos realizados durante 2010 en ese banco disminuyeron drásticamente debido a las investigaciones realizadas en toda Europa sobre fraude fiscal. Por cierto, nunca volvió a presentarse una demanda contra WikiLeaks.

Publicamos la correspondencia que mantuvimos con los abogados en su totalidad. De haber aceptado la publicación del material en silencio, la banca Julius Bär hubiera salido bastante menos perjudicada.

En estas comunicaciones parecían participar muchas personas. No obstante, aun en nuestros mejores tiempos en WikiLeaks, apenas contábamos con un puñado de personas a los que podíamos confiar las tareas de mayor relevancia. En realidad, durante mucho tiempo fuimos solo Julian y yo los que nos ocupábamos de la parte del león del trabajo. Cuando un tal Thomas Bellmann, o un tal Leon del departamento técnico respondían correos electrónicos o prometían transmitir la consulta al departamento jurídico, quien estaba detrás era yo. También Julian trabajaba con varios nombres distintos. Todavía me preguntan si puedo facilitar contactos de personas que participaban en el proyecto. En efecto, puedo dar las direcciones de correo electrónico sin problema. Pero en algunos casos, a fecha de hoy no sé si se trata de personas reales o simplemente es otro de los nombres de Julian Assange. Jay Lim se encargaba de responder las cuestiones jurídicas. ¿Jay Lim? ¿Tal vez era chino? Nunca lo vi ni hablé con él. Tampoco tuve nunca contacto con los disidentes chinos que se supone participaron en la fundación de WikiLeaks.

Durante demasiado tiempo solo contamos con un servidor, aunque ambos teníamos muy claro que de cara al exterior debíamos disimular. Nuestra infraestructura debía parecer mucho más compleja. Cuando aquel ordenador fallaba, los usuarios no sabían a ciencia cierta si se trataba de censura o de un ataque de nuestros enemigos. En realidad, el misterio se debía, por decirlo lisa y llanamente, a que nuestros elementos técnicos eran chatarra. Para ser sinceros, quizá también podría decirse que se trataba de falta de profesionalidad, o como mínimo de dejadez. Si nuestros contrarios hubieran sabido entonces que solo se trataba de dos jóvenes fanfarrones y radicales con una única y vetusta máquina, tal vez hubieran tenido la

oportunidad de detener la ascensión de WikiLeaks. O por lo menos de crearnos muchos más problemas.

En el Chaos Communication Congress de 2009, el último al que asistimos juntos, fuimos a la presentación de un nuevo programa para realizar análisis literarios. Los ponentes intentaban demostrar lo sencillo que resultaba relacionar diferentes textos con un solo autor. No solo la caligrafía del escritor, sino también elementos estilísticos recurrentes, palabras o la construcción de las frases ayudaban a reconocer de manera indiscutible al mismo autor de varios textos.

Hice una seña a Julian mediante un golpecito en el pie. Nos miramos y no pudimos evitar empezar a reír a carcajadas. Si alguien hubiera analizado nuestros documentos con un programa similar, hubiera podido determinar que detrás de las numerosas noticias de prensa, análisis de documentos y correspondencia siempre estaban las mismas personas, que adoptaban todo un abanico de identidades distintas.

Asimismo, el número de voluntarios estaba, para decirlo en plata, considerablemente abultado. Desde un buen principio dijimos que contábamos con miles de voluntarios y cientos de ayudantes activos que colaboraban con nosotros. No era del todo mentira, puesto que nos limitamos a contar a todas aquellas personas que se habían inscrito en una lista de correo y que de hecho en alguna ocasión habían comunicado su deseo de apoyar el proyecto. Sin embargo, en su mayoría nunca tuvieron una participación activa; eran simplemente nombres.

Durante mis primeros meses en WikiLeaks no tenía muy claro cuántos éramos. En ocasiones me sorprendía el hecho de no tener que reunirme con otras personas, aparte de Julian, con más frecuencia; o apenas oír hablar de alguien, aparte de nosotros dos, que fuera responsable de alguna tarea. Los remitentes de los correos utilizaban las mismas cuentas de WikiLeaks que Julian. Cuando por fin me di cuenta del reducido número de personas que en realidad participaban en el proyecto, tuve la sensación de ser cada vez más indispensable. Y el hecho de que tan poca gente hubiera tenido una repercusión tan impresionante me motivaba aún más.

La publicación del caso Bär hizo que se pusiera en contacto con nosotros un tal Ralf Schneider\*.<sup>[1]</sup> Schneider\* era un arquitecto alemán que figuraba en la información adicional del informante como uno de los evasores fiscales. Nos escribió un correo. Le hubiera encantado tener varios millones para ponerlos a buen recaudo en Suiza, pero no era así; debía tratarse de un error. Me quedé estupefacto.

Las informaciones sobre las personas implicadas procedían de nuestro informante. Fuera quien fuese la persona que nos había hecho llegar el material, también había hecho sus propias pesquisas en relación con informaciones sobre los clientes y las había añadido a los documentos con la esperanza de facilitar su comprensión. Precisamente en el caso de aquel nombre había cometido un error. Había confundido al arquitecto alemán Ralf Schneider\* con el verdadero criminal,

que tenía un nombre similar, un colega de profesión suizo llamado Rolf Schneider\*. Del mismo modo que habíamos publicado todas las observaciones de nuestra fuente, enseguida añadimos la información relativa a aquel error. Inmediatamente pudo leerse en nuestra página web: «Este documento, su contenido y ciertos comentarios son, de acuerdo con tres fuentes independientes, entre las que no se encuentra Julius Bär, falsos o están manipulados. WikiLeaks ha abierto una investigación al respecto».

¿Tres fuentes independientes? Suena bien, lástima que nos lo inventáramos.

¿Por qué no eliminamos el nombre de inmediato, cuando la información podía meter en problemas a un inocente? Decidimos no hacerlo porque era habitual que las personas que veían sus nombres publicados y asociados a informaciones negativas se dirigieran a nosotros con la petición de retirar de inmediato su nombre de la página. Queríamos comprobar la información antes de corregirla.

Schneider\* estaba furioso, y con razón. Cuando los posibles clientes buscaban «Ralf Schneider, arquitecto» en Google, la primera página que aparecía como resultado era la que le vinculaba al fraude fiscal. No obstante, pudo demostrarnos que las demás informaciones incluidas en los documentos no encajaban con su perfil. «No tengo ni he tenido nunca una cuenta bancaria en la banca Julius Bär —escribió—. No tengo ninguna casa en Mallorca, ni una cuenta en las Islas Caimán, ni vivo en el extranjero. Ya he encargado a mi abogado que presente una denuncia por difamación en el ministerio público de [...]»

En realidad no queríamos modificar las declaraciones originales de nuestra fuente, sino que preferíamos defendernos con notas explicativas. Sin embargo, al cabo de un año Schneider\* volvió a ponerse en contacto con nosotros porque al buscar su nombre en Google el resultado seguía remitiéndolo a WikiLeaks, por lo que me encargué de la actualización de las páginas en el archivo del buscador.

Schneider\* fue acusado de forma injusta. Por lo que sé, ha sido el único caso en toda la historia de WikiLeaks. Me dio mucha pena. Pero las demás reclamaciones, amenazas y ruegos, que con anterioridad o posterioridad nos llegaron en relación con nuestras filtraciones, en última instancia se trataba siempre de un intento de encubrir los propios delitos. Al introducir su nombre en Google descubrían el *link* que les remitía a WikiLeaks, y entonces se ponían en contacto con nosotros en un tono indignado. Desde amenazas a ruegos, pasando por intentos de soborno, no desistían hasta intentarlo todo. Y nosotros nos divertíamos con ello.

Por ejemplo, habíamos publicado un escrito de demanda de Rudolf Elmer, hasta 2003 vicepresidente de Julius Bär en las Islas Caimán. En 2008 presentó una reclamación por varios casos de violaciones de la Convención de los Derechos Humanos en el Tribunal de Justicia Europeo para los derechos humanos. Muchos creen que Elmer era el informante que facilitó los datos sobre Julius Bär. En todo caso, tras la pérdida de su puesto en el banco, o tal vez incluso antes, se convirtió en

un comprometido combatiente contra la ley bancaria en Suiza. En una oración al margen de dicha reclamación, se afirma que un tal John Reilley\* supuestamente había recibido asesoramiento del banco Julius Bär. Reilley\* es un conocido inversor que se proclama a sí mismo en su página web como un gran promotor de proyectos sociales y «filántropo».

Un par de días después de dicha publicación, se puso en contacto con nosotros un tal Richard Cohen\*. Su correo empezaba con un himno de alabanza a WikiLeaks, seguía deshaciéndose en elogios y finalizaba con una propuesta: según decía deseaba hacer una donación, pero puesto que la cuenta en PayPal no funcionaba en aquel momento, le pareció aún mejor idea organizar una recaudación de fondos en Manhattan para nosotros. A continuación mencionaba de pasada que «causalmente» había buscado a su inversor en WikiLeaks, y quién le iba a decir que John Reilley\* aparecería vinculado con aquel fraude fiscal. Reilley\* estaba por encima de cualquier duda. ¿No podría tratarse de un error de traducción?

Cuando en pocas palabras respondimos que nuestra traducción era correcta, su tono dejó de ser afable.

Fuimos amenazados por toda una serie de abogados, con procedimientos judiciales y otras medidas. Transparencia Internacional y hasta el mismo Dios deberían ser informados. En más de una página, Cohen\* exponía de forma detallada cómo el aparato judicial no tardaría en hacernos pedazos, como si aplastara una mosca, y luego se limpiaría la punta del zapato. Nuestra respuesta fue aún más breve que la anterior: «Deje de perder su tiempo y el nuestro con esta estupidez».

Admito que en ocasiones disfrutábamos al imaginar a nuestro interlocutor mordiendo el respaldo de la silla a causa de la ira. En esta vida, a mí también me han sacado de mis casillas algunas personas.

Desarrollamos un sexto sentido para los correos que empezaban con alabanzas. Casi siempre acababan mal.

También publicábamos en nuestra página web las respuestas de nuestros enemigos, sus elogios y maldiciones. Tan pronto como se lo hacíamos saber, empezaba abruptamente el primer asalto.

Publicábamos todo lo que llegaba a nuestras manos en cumplimiento de nuestro principio de transparencia. ¿Cómo hubiéramos podido aplicarlo de otro modo? En caso de no haberlo hecho, se nos hubiera recriminado parcialidad. Nos daba igual que afectara a la izquierda o a la derecha, a personas simpáticas o a tontos: simplemente, lo publicábamos todo. Solo descartábamos las informaciones extremadamente insignificantes. A buen seguro nuestras publicaciones en ocasiones iban demasiado lejos, puesto que no retirábamos los correos privados que afectaban a terceros no involucrados.

Publicamos, por ejemplo, la correspondencia del negacionista del Holocausto

David Irving. Con ello echamos a perder de forma indirecta su gira literaria por los Estados Unidos. Cuando se dieron a conocer los lugares en los que tenía programadas sus conferencias, la mayoría de los organizadores demostraron no tener la menor intención de buscarse problemas con una manifestación contra Irving. De manera simultánea, los correos revelaron la desaforada relación del controvertido historiador con su propia asistente. Se trataba sin duda alguna de un asunto privado. Probablemente no fue agradable para su colaboradora. ¿A quién le gusta quedar expuesta como víctima? Pero para mantener nuestra imparcialidad, debíamos imponer nuestro anhelo de transparencia como un principio férreo.

Para Julian los principios estaban por encima de todo. Cuando uno de nuestros informantes descubrió un fallo de seguridad en la página web del senador americano Norm Coleman de Minnesota, y sin más ni más nos envió los datos en sistema abierto, accesibles al público, Julian no solo quería publicar la lista con los nombres de las personas que le financiaban, sino también los datos de sus tarjetas de crédito, incluidas las claves. Por supuesto, informamos por correo electrónico a todos los afectados acerca de la inminente publicación para que pudieran bloquear sus cuentas. Los datos estuvieron disponibles, además, en aplicaciones de intercambio de archivos durante semanas.

Aun así, me pareció que el riesgo era demasiado grande, y sobre todo inútil. Los datos exactos de las tarjetas de crédito de los donantes de Coleman no tenían mayor relevancia en este caso. Tras gran alharaca, acordamos tinter las últimas cifras de los números de las tarjetas de crédito en nuestra publicación.

Julian parecía disfrutar sembrando la discordia lo más posible. Me dijo de forma explícita que le gustaba fastidiar a la gente. Por ejemplo, consideraba el correo spam como un mal menor e incluso agradable, que exasperaba a los destinatarios. Creía que de este modo se les hacía un favor indirecto. Por casualidad hacía bien poco que había cometido un error con una lista de correo, que provocó la inclusión de 350.000 personas en un bucle de correos de WikiLeaks que se reenviaban continuamente. Nuestra dirección acabó como consecuencia incluida en algunas listas de filtros para correo spam, de las que no resultó tan fácil que nos retiraran. No obstante, Julian consiguió ver la parte positiva de todo ello, al asegurar que las personas se alegran de poder enfadarse.

Durante mucho tiempo consideramos igual de importante nuestra norma de revisar los documentos por orden de recepción. Queríamos publicar todo lo que llegaba a nuestras manos, aunque tuviera una mínima relevancia. Así lo hicimos hasta finales de 2009, cuando Julian sobre todo empezó a insistir cada vez más en que debíamos publicar en primer lugar los temas más mediáticos, un procedimiento que más tarde sería motivo de graves disputas entre nosotros.

Pero en la época del caso Bär, una discusión seria entre Julian y yo hubiera sido



impensable. Apenas nos veíamos, casi solo chateábamos. Nuestros raros encuentros eran entrañables. Siempre decía «*Hoi*» como saludo, y «*How goes?*» para preguntarme qué tal me iba. Tal vez Julian no era demasiado cortés, pero tenía la habilidad de hacer sentir bien a sus interlocutores.

Ya por entonces no podíamos reunirnos en lugares «normales». A Julian le preocupaba el hecho de que alguien pudiera observarnos. Creía que era demasiado peligroso que nos vieran juntos. Nunca fui a buscarle al aeropuerto o a la estación de trenes; casi siempre aparecía inesperadamente, o llamaba a mi puerta por la noche, o me pedía que me reuniera con él en algún lugar con poca antelación. Todavía recuerdo cuando en 2008 nos volvimos a encontrar después de largo tiempo. Quedé con él en la estación de metro Rosa-Luxemburg-Platz en Berlín. Se acercó a mí y nos abrazamos calurosamente.

—Me alegro de verte —dijo.

—Yo también —contesté.

Me gustaba estar con él. Sabía que luchaba por lo mismo que yo. No me importaba el que pudiera venderse por mucho dinero a los industriales. Quería hacer algo útil por la sociedad y dar su merecido a los malos, según sus propias palabras.

Un fin de semana del verano de 2008 alquilamos un coche, un Mercedes Clase C Combi plateado. Llenamos el maletero de servidores que habíamos comprado con las primeras donaciones y nos dispusimos a hacer una pequeña gira por Europa, lo cual era absolutamente necesario. Nuestra infraestructura se tambaleaba bajo el peso de los cada vez más numerosos envíos y visitas a nuestra página. En principio era positivo crecer, tal como había sucedido. Pero en realidad nuestra infraestructura técnica era una osadía irresponsable. Si alguien hubiera descubierto entonces el emplazamiento de nuestra máquina, lo hubiera tenido muy fácil para darle el golpe de gracia a WikiLeaks.

Tenía pensada la ruta para las posibles ubicaciones, en varios países distintos, lo más seguras y discretas posible, que deberían mantenerse en absoluto secreto. No queríamos poner en peligro a las personas que nos alquilaban los locales para los servidores.

Nos esperaba un periplo extenuante durante aquel fin de semana. Cuando devolvimos el coche veinticuatro horas después, los trabajadores de la casa de alquiler se quedaron estupefactos al comprobar en el cuentakilómetros que habíamos recorrido dos mil cien kilómetros.

Tuve que pisar fuerte el acelerador, sin dejar de observar por el retrovisor los coches que nos seguían, por miedo a que alguien pudiera descubrir nuestra misión secreta; a mi lado Julian no paraba de despotricar. Era un espantoso acompañante. Se quejaba todo el rato de que conducía demasiado rápido. Al ser australiano, las calles le parecían demasiado estrechas y demasiado transitadas. Además, parecía que no

podía librarse de la sensación de estar circulando por el carril contrario.

En uno de los centros informáticos en los que dispusimos nuestro servidor en el pasillo, Julian tomó sin preguntar un cable de la habitación contigua y lo cortó por la mitad para confeccionar una extensión para el portátil, ya que la fuente de alimentación no llegaba hasta el siguiente enchufe. No le importaba demasiado que hubiera cámaras de vigilancia, como es habitual en estos centros de procesamiento, ni que a los trabajadores pudiera molestarles que alguien cortara uno de sus cables.

Recuerdo también que a nuestro paso por Suiza me aprovisioné de Ovomaltine con los últimos francos que me quedaban. Me encanta ese chocolate suizo, y durante todo el viaje estaba deseando llegar a casa para prepararme un gran vaso de esa bebida. Pero al llegar a Wiesbaden no quedaba nada del cacao en polvo. Julian simplemente había abierto el paquete y se lo había comido todo.

En Suiza se nos ocurrió que podríamos hacernos una foto ante la sede de Julius Bär en Zúrich posando como triunfadores. Si no hubiéramos tenido tanta prisa, lo habríamos hecho, en un paralelismo con David y Goliat.

Con posterioridad al caso Bär publicamos otras filtraciones tal vez incluso más significativas, revelaciones de gran importancia para la política internacional, que nos habían proporcionado nuestros minutos de gloria en las noticias de la noche. Sin embargo, nada volvería a satisfacernos tanto como el triunfo en el caso Bär. Un banco con recursos ilimitados, que había confiado su defensa a un famoso bufete de abogados, y nada había podido hacer contra nosotros y nuestro inteligente sistema. Debían de estar acostumbrados a amordazar con una sola carta a cualquiera que les hiciera frente. En nuestro caso se habían pillado los dedos. Además, si pensábamos que ni siquiera los más poderosos e inteligentes pudieron conseguir nada, incluso tratándose de semejantes sumas de miles de millones, ¿quién podría pararnos? Esta clase de personas siempre encontraban la tapadera adecuada para cualquier negocio turbio. Y sin embargo, en aquella ocasión nuestros adversarios no habían podido acallarnos, aunque solo éramos dos personas con una pequeña máquina obsoleta. Por primera vez fui consciente de que podíamos con el mundo entero.

Sería exagerado decir que mi ego se había hinchado de manera desmesurada. Nunca había sufrido de falta de autoestima. Pero cuando se ha abatido a un coloso semejante, la verdad es que uno va por la vida sacando más pecho.

La tienda alternativa Haselnuss, donde realizaba mis compras diarias, estaba cerca de mi casa, a unas dos manzanas en la misma calle. Por aquellos días, mi contacto con el mundo real era más bien escaso, y aquella tienda era una de las pocas conexiones que todavía conservaba. Tras el caso Julius Bär iba a comprar pensando: «Si supierais a quién acabamos de machacar, creo que os encantaría».

Siempre estaban los tres mismos dependientes, con los que charlaba mientras ponían en una bolsa mi nata batida o leche sueca *filmjolk*. En una ocasión me

preguntaron que a qué me dedicaba. Creo que de mis extensas explicaciones sobre Internet y la lucha contra la corrupción solo les quedó la idea de que debía de ser uno de esos *freaks* de la TI. Sonrieron amablemente y añadieron a mi bolsa un frasco de la nueva mantequilla de cacahuete de comercio justo, «¡para que la pruebe!». La conversación derivó hacia productos para untar en pan, lo cual parecía interesarles bastante más.

En la tienda Haselnuss también vendían prensa, entre ella unas pocas publicaciones que ilustraban las noticias de todo el mundo desde una perspectiva marxista de la teoría *Queer*, aunque la mayoría eran periódicos serios como el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Vi que en un par de los diarios hablaban del caso Julius Bär. A veces miraba de reojo los periódicos apilados y en mi interior me alegraba de que los trabajadores de Haselnuss no supieran que ese tipo desgarbado, con una camiseta estampada y mal afeitado, que cada día les compraba nata para hacerse el desayuno, formaba parte de la gente de WikiLeaks.

## La secta y WikiLeaks

No tuvimos mucho tiempo para dormirnos en los laureles. Poco después del caso Julius Bär nos llegaron los primeros documentos relativos a la Cienciología, cuya procedencia desconocíamos. Sin embargo, no creíamos que fuera una casualidad que de repente toda una serie de personas del grupo Anonymous participaran en nuestro *chat*.

Este grupo internacional de activistas de la red había declarado la guerra a la Cienciología. Deben su nombre a que los usuarios de Internet que no quieren facilitar datos sobre su identidad en foros o tabloneros de imágenes reciben en inglés el apelativo de usuario «anónimo». Se les reconoce por la máscara de Guy Fawkes que adoptaron de la novela gráfica *V de Vendetta*. Guy Fawkes era un insurgente que en 1605 quería volar por los aires el Parlamento inglés y cuyo rostro sirve de máscara al protagonista de *V de Vendetta*. Los activistas de Anonymous también hacen uso de esta máscara, con la que aparecen en vídeos de YouTube o manifestaciones. Se trata de una máscara masculina con bigote y perilla, y una sonrisa permanente que resulta un tanto siniestra.

En su página web, Anonymous explica su enmascaramiento por el miedo a la Cienciología: «Podría dar la impresión de que queremos infundir el terror, pero no es así. La organización Cienciología en ocasiones ha perseguido a ciudadanos de a pie que protestan contra sus maquinaciones. Con la palabra perseguir nos referimos a rastrear y acosar. Persiguen a personas por la única razón de que estas no comparten su cosmología. Nosotros nos limitamos a protegernos de la intimidación y el acoso que algunos de los nuestros ya han tenido que soportar. La organización Cienciología dispone de gran cantidad de fondos, así como de un increíble equipo de juristas, y es tristemente conocida por querellas improcedentes. De ahí el uso de máscaras».

Anonymous firma además sus vídeos y mensajes con la divisa: «*Knowledge is free. We are Anonymous. We are Legion. We do not forgive. We do not forget. Expect us!*».<sup>[2]</sup>

La Cienciología era un poderoso adversario. La secta ya había hecho callar a muchos que querían informar sobre ella. Sobre todo antiguos miembros que, tras abandonarla, deseaban advertir a otras personas de sus métodos; habían sido acallados con procesos judiciales, acosados e intimidados.

En nuestra página, las personas con información privilegiada podían publicarla sin miedo a ser demandadas por la Cienciología. Con el caso Julius Bär habíamos demostrado que nadie era capaz de meterse con nosotros.

En primer lugar publicamos sobre todo manuales internos de la secta. Como consecuencia cada vez nos llegaban más documentos. Después de habernos adentrado en el «sistema bancario», nos zambullimos en el «sistema sectario». Nunca antes me

había interesado por la Cienciología, y ahora me sentía fascinado.

El cienciólogo se abre paso en la vida, por decirlo de algún modo, a través de una escalera profesional, y va ascendiendo de nivel con el objetivo de volverse «puro». En función de los méritos de cada uno, se alcanza un nivel concreto *thetan*.

Los *thetan* son criaturas paranormales. Según dicen, hace millones de años nuestro universo compuesto por 76 planetas sufrió una superpoblación. Uno de los señores intergalácticos de la guerra, llamado Xenu, viajó en una misión de rescate por toda la galaxia. Como si del antagonista del Noé del Antiguo Testamento se tratara, Xenu reunió la escoria de entre los habitantes del Universo, sobre todo criminales y demás personajes turbios. Al llegar a la Tierra se dispuso a asesinarlos. Para ello, por ejemplo, los encerró en el interior de volcanes en Hawái y los aniquiló con bombas de hidrógeno. ¡Muy bien!

Desde entonces viven en la tierra los *thetan*, las almas de los asesinados. En su búsqueda de un cuerpo, se introdujeron en los seres humanos primitivos y adoptaron su forma. Cuando en la actualidad una persona tiene un problema, este siempre radica en el *thetan* aletargado en su más profundo fuero interno, según dice la doctrina de la Cienciología. Por ende, la Cienciología ofrece a las personas ayuda para librarse del *thetan* interno. El fundador L. Ron Hubbard dice tener unos cuantos cientos de millones de años (en relación con estas declaraciones, publicamos las primeras grabaciones con sus conferencias de los años cincuenta), y dedicarse a viajar como observador por el Universo.

Obviamente, sería pedir demasiado a los nuevos miembros de la Cienciología, incluso a los más tontos, que aceptasen semejante desatino de buen principio. En consecuencia, los miembros no reciben esta información hasta que no han alcanzado un nivel concreto, y hasta ese momento, los miembros de la secta no deben tener acceso a las escrituras para las que todavía no están preparados. Por ejemplo, cuando los cienciólogos alcanzan el nivel 3, se les informa de que el mundo será repoblado por extraterrestres.

Los manuales no solo son secretos, sino que además son muy caros. A efectos prácticos, para estar informado de la existencia de extraterrestres, normalmente es necesario haber legado el equivalente al valor de una casa unifamiliar a la secta. Cualquiera puede imaginarse entonces el valor de los libros electrónicos que publicamos en nuestra página. Otro motivo para haber desairado a la Cienciología.

Aquellos que en la lucha contra su propio *thetan* no avanzan con la suficiente rapidez, deben ser «rehabilitados». Es decir, si tienen mala suerte, irán a parar a uno de los llamados Rehabilitation Force Project (proyecto de rehabilitación), que funcionan a modo de correccionales.

Cienciología cuenta asimismo con su propia flota de navíos, compuesta por cruceros. Esta marina privada de la secta se llama Sea Organisation, con la

abreviatura Sea Org. Aquellos miembros que una vez a bordo no demuestran tener el rendimiento esperado pueden entrar en la correspondiente unidad de Sea Org RFP (rehabilitación en el mar), aceptando en consecuencia toda una serie de sanciones absurdas. Los documentos que habíamos recibido revelaban los castigos con los que se podrían encontrar las personas afectadas.

Por ejemplo, uno de los castigos consistía en ponerse un traje de neopreno negro de cuerpo entero y quedar aislado del resto de la tripulación. A la hora de las comidas, los sancionados debían esperar a que los demás acabaran de comer y solo podían alimentarse de los restos. No podían moverse a una velocidad normal, sino que siempre debían desplazarse corriendo. En el barco debían vaciar los sanitarios químicos o realizar otras tareas degradantes similares, a las que les podía obligar cualquier otro miembro de la secta. Solo una vez realizados aquellos trabajos, la persona sancionada podía volver a dedicarse a sus verdaderos cometidos, a su evolución espiritual y al estudio de las escrituras.

Lisa McPherson era una joven que perdió la vida en 1995, mientras se encontraba en manos de la Cienciología. Eso provocó la primera oleada de indignación contra la organización en los medios. Hasta entonces, la secta era bastante desconocida.

Todavía no se han podido esclarecer por completo las circunstancias de la muerte de McPherson. Lo único que se sabe es que la joven, de treinta y seis años, fue ingresada en el hospital con una crisis nerviosa tras un accidente de circulación leve. Sin embargo, pronto la recogieron dos científicos que, a partir de una serie de documentos, aseguraron ser responsables de la salud de McPherson. A continuación trasladaron a la mujer a una de las unidades de rehabilitación de la secta y la sometieron a lo que se conoce como un *introspection rundown* (proceso de introspección). Nosotros fuimos los primeros en publicar información contrastada sobre los procedimientos que practicaban.

Durante el transcurso de esos procedimientos nadie puede hablar con la persona afectada, que debe aprender a liberarse de su propia situación gracias al aislamiento. Para alguien aquejado de una crisis psíquica, cualquier situación de aislamiento resulta fatal.

Lisa McPherson sufrió una crisis psíquica. La investigación judicial dictaminó que no había ingerido suficiente líquido. La deshidratación aguda combinada con el prolongado reposo en cama provocó una trombosis que o bien no fue detectada, o bien no fue tratada debidamente, y que desembocó en una muerte por embolia pulmonar. Así pues, el *rundown* tuvo un final mortal. Los científicos entregaron el cadáver, que se encontraba en muy mal estado, a un hospital de Florida el 5 de diciembre de 1995.

A continuación se inició una investigación contra los responsables de la Cienciología por denegación de auxilio y por realizar prácticas médicas sin las

debidas licencias. El procedimiento criminal terminó archivándose en el verano del año 2000 por falta de pruebas. En un proceso judicial posterior, celebrado en 2004, los familiares llegaron a un acuerdo con la secta y aceptaron una compensación económica, si bien los detalles exactos del acuerdo nunca se hicieron públicos.

La información que publicamos tenía un gran valor, no solo porque detallaba los procedimientos exactos de los rundowns, sino porque incluía también gran cantidad de grabaciones de vídeo y de audio internas. Además, publicamos extensos listados de empresas y sociedades vinculadas con las redes de la Cienciología, entre ellas empresas que realizaban exámenes de colocación para otras empresas e instituciones sociales, como por ejemplo una oficina de la asociación norteamericana de ayuda a los drogadictos.

La gente de Anonymous nos ayudó a estructurar y clasificar el material para nuestra página web y aportó mucha información de utilidad.

Mantuve conversaciones telefónicas con numerosos ex miembros de la secta a altas horas de la noche. Los llamaba siempre desde alguno de los locutorios de Internet que había en mi calle a sus teléfonos norteamericanos o británicos. Y ahí estaba yo, apoyado en una pared de conglomerado de madera, rodeado por el sedante sonsonete de las conversaciones de árabes, indios y africanos exiliados en Wiesbaden, mientras escuchaba las truculentas historias de algún ex científico. Aquellas conversaciones podían durar hasta bien entrado el amanecer.

Para mantenerme despierto me llevaba una botella de Club Mate, que dejaba junto al teléfono, e intentaba calmar a los desconocidos que había al otro lado de la línea telefónica. Uno había abandonado Sea Org y estaba asustado; otro quería saber cómo podía hacernos llegar material de vídeo; y otro simplemente quería hablar. Aunque, en realidad, eso lo querían todos, sobre todo los ex científicos que habían abandonado la organización hacía poco: tenían los nervios destrozados y agradecían mucho que un joven alemán se tomara tiempo para escucharlos.

Los empleados de los locutorios estaban acostumbrados a los personajes lúgubres que deseaban hacer una llamada telefónica de forma anónima, pero yo me salía de lo corriente. En casa tengo aún cientos de tarjetas SIM, que guardo en botes de carretes de fotos. Lo más práctico para mis necesidades, sin embargo, eran las tarjetas SIM ya registradas que podían adquirirse bajo mano en cualquier tienda del Westend. A veces me compraba varios números consecutivos, buscaba en Internet alguna familia numerosa que hubiera colgado fotos de una fiesta de aniversario en un *blog* y utilizaba sus nombres y direcciones para registrar todas las tarjetas SIM de una tacada. En lo tocante a cuestiones de seguridad, yo era un profesional; quien me llamaba podía estar seguro de que no nos escuchaba nadie.

Asimismo, cuando se trataba de enviar documentos tomábamos grandes medidas de seguridad. Nos encargábamos de que, antes de llegar a nuestras manos, los

documentos con informaciones explosivas dieran tantos rodeos, pasaran por tantos procesos de cifrado y de eliminación de la identidad y llegaran con tanto ruido de fondo como fuera posible, para que nadie lograra seguirles la pista. Ni siquiera nosotros mismos podíamos contactar con nuestras fuentes, por mucho que se tratara de algún asunto urgente. Nuestros remitentes no dejaban rastro alguno en la red, ni la menor huella dactilar, ni un solo *byte* que pudiera delatarlos.

Tampoco debían temer posibles juicios. Al contrario, deseábamos fervientemente una denuncia por parte de la Cienciología. Estábamos seguros de que las demandas de la secta no prosperarían y de que, en cambio, un proceso judicial atraería mucha más atención sobre los espectaculares documentos que habíamos publicado, como ya había sucedido con Julius Bär. Casi cada mes había en todas las grandes ciudades alguna acción de protesta contra la Cienciología. En una de ellas, Anonymous exhibió una pancarta en la que podía leerse: «*Sue WL, you faggots*». Denunciad a WL, mariquitas.

Sin embargo, los representantes de la secta demostraron ser más inteligentes que nuestro rival bancario. O a lo mejor tuvieron la suerte de llegar después de Julius Bär, cuya demanda demostró ante los ojos de todo el mundo que quien nos demandaba se exponía a una derrota segura.

A mí, personalmente, me fascina el culto que se ha creado alrededor del fundador de la Cienciología, L. Ron Hubbard. Existen imágenes y grabaciones antiguas que muestran al otrora escritor de ciencia ficción dando conferencias en universidades. Allí contaba a los oyentes que tenía millones de años y que viajaba de planeta en planeta por todo el Universo para velar por la justicia. Al principio los asistentes se reían, pero hacia el final de las grabaciones tenía una impresión de que entre el público y Hubbard se había establecido una relación francamente amigable. Hubbard tenía un talento especial, era un narrador capaz de seducir a su público, sabía reírse de sí mismo y, entre lo uno y lo otro, contaba las historias más estrambóticas.

En su momento, Julian y yo hicimos muchas bromas acerca de lo útil que nos habría resultado crear una religión, ya que habría resuelto muchos de nuestros problemas. Así, por ejemplo, si los documentos que nos parecían más importantes no llegaban a suficiente gente, podríamos mandar a un equipo de adeptos que irían puerta por puerta leyendo nuestras filtraciones: «¿Conocen este capítulo? Trata sobre la red de aprovisionamiento de aguas de su ciudad: ¡un caso de corrupción multimillonaria!».

Los chicos de Anonymous nos echaron una mano en la filtración de la Cienciología y ordenaron la *wiki* de tal forma que los lectores pudieran manejar el caudal de documentos. En todos los casos se trató de colaboraciones voluntarias.

Pero había otros contingentes de material que precisaban de un trabajo similar. No era nada fácil motivar a personas externas para que colaborasen con nosotros y



éramos conscientes de que, a largo plazo, iba a sernos imposible gestionar toda la información sin ayuda. Constantemente aparecía alguien en el *chat* que nos ofrecía su ayuda, pero ¿cómo podíamos saber que se trataba de personas que compartían nuestras mismas ideas? ¿Y si se dedicaban a divulgar cuestiones relativas a la seguridad?

Fundar una religión nos habría facilitado mucho las cosas. Por regla general, los colaboradores de la Cienciología eran personas sumamente motivadas a pesar de que vivían y trabajaban en unas condiciones atroces. La Cienciología se lo arrebató todo a muchas personas que, cuando se quedaban el dinero, debían echar mano de sus casas, objetos de valor o seguros. Si alguien prefería contribuir de otra forma, podía realizar trabajos para la Cienciología, a cambio de los cuales recibía algo de calderilla y muy pocos días de vacaciones.

Entre tanto, me preguntaba si, durante los últimos meses, WikiLeaks no se habría convertido también en un culto religioso o, por lo menos, en un sistema que apenas toleraba la contestación interna. Si algo fallaba, había siempre motivos externos, el gurú era intocable y no se le podía cuestionar. Estábamos sometidos a una amenaza externa constante y eso reforzaba la cohesión interna. Si alguien expresaba excesivas críticas era castigado con una privación de la comunicación o amenazado con posibles consecuencias. Y los compañeros de armas debían saber tan solo lo que fuera necesario para desempeñar la tarea en la que trabajaban en cada momento.

Cuanto menos, puede decirse que Julian había comprendido perfectamente lo que se escondía detrás del fenómeno del culto religioso, algo que quedaba clarísimo después de leer los documentos sobre la Cienciología.

## Primeras experiencias con los medios

**P**rácticas religiosas y confidencialidad, artimañas legales y marketing: es innegable que aprendimos muchas cosas de las personas a quienes nos enfrentamos. Más tarde, Julian quiso aplicar a nuestras finanzas tácticas similares a las del banco de Zúrich. Asimismo, corrimos un tupido velo ante nuestras propias estructuras y convertimos nuestro equipo en un gran misterio, lo mismo que la Cienciología. A finales de 2010, y en su huida de las autoridades suecas, Julian buscó asilo en Suiza, país al que habíamos puesto en la picota por sus miserables leyes bancarias y sus medrosas actitudes políticas. Por otro lado, los discursos de Julian fueron impregnándose de la jerga militar. Ya no me preguntaban nunca dónde estaba nuestro técnico, sino si estaba AWOL, *away without leave*, poco menos que una acusación de desertión. Cuando decidimos eliminar los nombres de los informadores del ejército norteamericano de los documentos relacionados con la guerra de Afganistán, lo denominamos «*harm minimization*», minimización de daños.

El siguiente ámbito en el que pronto nos convertimos en expertos fue el de la prensa. Los medios de comunicación nos enseñaron cómo se puede manipular la opinión pública.

Hasta ese momento habíamos tenido ya las primeras experiencias con la prensa escrita y la radio, y no todas habían sido buenas. Así, por ejemplo, habíamos aprendido que en situaciones de crisis es preferible distraer la atención del público a invertir energías tratando de desmentir las debilidades y los errores propios, o intentando justificarlos con argumentos, algo que exige una inversión de recursos excesiva. Al principio me dedicaba a informar de todos los errores por pequeños que fueran, pero pronto me di cuenta de que la opinión pública olvida muy deprisa. Era mucho mejor ignorar los problemas; lo importante era la siguiente historia. Mientras hubiera algo nuevo sobre lo que escribir, nadie preguntaba por los errores pasados.

Así, por ejemplo, un periodista del *taz* cuestionó que nuestros servidores y nuestra estructura legal en Suecia estuvieran preparados para soportar una verdadera prueba de carga. En concreto, hizo referencia a las salvaguardias que prometíamos a nuestros informadores. Ciertamente, alrededor de ese asunto existía un hueco legal que nos suponía un quebradero de cabeza. Al final, el periodista empezó a aportar pruebas cada vez más concluyentes de que nuestra estructura no era ni mucho menos inexpugnable.

Cuando le comenté el problema a Julian, este reaccionó de forma arisca y a la defensiva.

«Ese periodista no se ha informado bien», me espetó. Más tarde publicó un *tweet*: «El artículo que se ha hecho correr sobre la protección de las fuentes de WikiLeaks es

falso». El asunto quedó zanjado.

La estrategia se fue ampliando: había que presentar las cosas de forma tan confusa y desconcertante como fuera posible para que resultaran incomprensibles. Hice un esfuerzo consciente por explicar determinados detalles técnicos a los periodistas de la forma más enrevesada posible. A menudo, estos no querían admitir que no sabían lo suficiente y terminaban por rendirse, exhaustos. Se trataba del principio fundamental del terrorismo y de la burocracia: si el enemigo no es capaz de encontrar ningún punto donde asestar el golpe, no podrá atacarte. Los servicios de atención al cliente actuales funcionan de forma similar: si alguien quiere presentar una queja y no encuentra a ningún responsable del problema, no le quedará más remedio que tragarse la rabia.

En nuestro caso, lo importante no era tanto cómo algo había sucedido *realmente*, sino cómo lo vendíamos. Preocuparse por un problema o adoptar una postura pública respecto a este significa, de entrada, reconocer su existencia en tanto que problema. Visto con perspectiva, era sorprendente cómo Julian podía aplazar un problema simplemente ignorándolo.

Con el tiempo aprendimos también con qué periodistas debíamos trabajar para lograr que una noticia recibiera la mayor atención posible. En caso de duda, dábamos preferencia a aquellos periódicos y programas que nos permitían llegar a un público más numeroso y diverso, por delante de otros que estaban más informados y eran capaces de formular preguntas más inteligentes, pero a cuyos lectores ya no teníamos necesidad de convencer.

En cualquier caso, la colaboración con los grandes medios de comunicación no siempre estaba exenta de problemas. A finales de 2009 publicamos más de diez mil páginas de los contratos secretos de Toll Collect. En dichos contratos entre el gobierno alemán, Daimler, Deutscher Telekom y la empresa francesa de autopistas Cofiroure, el gobierno alemán prometía a las empresas que conformaban el consorcio empresarial que debía gestionar el sistema de peaje en autopista para camiones unos réditos absolutamente ilusorios de un 19 por ciento. El montante final ascendía a más de un millón de dólares, una suma inalcanzable que, en último término, iba a tener que sufragar el contribuyente. Las partes habían decidido no hacer público el contenido del acuerdo.

En su momento, decidimos entregar la información a dos periodistas para que pudieran explotarla en exclusiva. La experiencia nos decía que era preferible que las informaciones muy complejas (y el material de dicho contrato era sumamente complejo) llegaran al público a través de una versión más digerible elaborada por los medios. De este modo, podían resultar igualmente explosivos; en cambio, si nadie se ocupaba de hacer llegar los documentos al público, estos quedaban muertos de la risa en nuestra página web. Elegimos a nuestros dos socios: por una parte el periodista

especializado en tecnología Detlef Borchers, que había escrito a menudo sobre ese mismo asunto para la editorial Heise, especializada en temas informáticos, y por otra Hans-Martin Tillack, un periodista laureado con numerosos galardones y colaborador habitual de la revista *Stern*.

A través de *Stern* creíamos poder llegar a un gran público; por aquel entonces la revista contaba con siete millones de lectores y era distribuida por la plataforma Lesezirkel, que lo repartía en peluquerías y salas de espera, y garantizaba así un gran número de lectores.

Me reuní con Tillack en su oficina de Berlín, situada en el Hackescher Markt; desde la quinta o la sexta planta que ocupaba su oficina, había una vista fantástica del bullicioso Mitte berlinés. Tillack estaba sentado ante una librería, con los brazos cruzados delante del pecho. Era un hombre impaciente, absorbido por completo por su papel de periodista estrella con experiencia. Tillack, de cuarenta y nueve años, puntuaba muchas de mis frases con un «sí, sí...» antes incluso de que yo hubiera terminado de pronunciarlas.

Saqué la copia del contrato de Toll Collect de mi cartera. Aunque a mí me trataba como a un principiante, en aquel momento detecté un gran interés en su mirada. Tillack prometió mencionar a WikiLeaks en un lugar destacado de su artículo.

«Y estoy seguro de que encontraremos la forma de dar a WikiLeaks el reconocimiento que se merece para su entera satisfacción», me dijo en el correo electrónico que me escribió después de la reunión.

Lo importante, para mí, era que explicara cómo funcionaba la plataforma y de qué trataba este proyecto. Sin embargo, cuando volví a llamarle para preguntarle si necesitaba que le proporcionásemos algún otro tipo de información, reaccionó con irritación y me dio a entender que no tenía intención de ceñirse a lo que habíamos acordado.

Cuando por fin se publicó la noticia, nos llevamos una gran decepción. El artículo sugería que la historia se basaba principalmente en las investigaciones del periodista. Faltaba toda la información básica sobre WikiLeaks y me llevó un buen rato encontrar el «lugar destacado» que nos había prometido: «Los documentos fueron entregados a los gestores de WikiLeaks, página especializada en documentos secretos que tiene intención de colgarlos íntegros en la red».

Hice un esfuerzo por calmarme. ¿Por qué me alteraba tanto lo que había hecho Tillack? No volveríamos a trabajar nunca más con él y listos. De hecho, el correo con el que había respondido cuando le escribí por primera vez para informarme sobre sus progresos ya lo decía todo:

«Eso es todo lo que he conseguido. Mis jefes me preguntaron qué necesidad teníamos de citar siquiera a WikiLeaks. Sin embargo, como estos documentos tienen una dimensión muy distinta a los de una empresa farmacéutica alemana,<sup>[3]</sup> en este

caso no se publicarán en el *Wirtschaftswoche*, sino en *Stern*, ¡que vende un millón de ejemplares y cuenta con siete millones de lectores! Saludos, Hans-Martin Tillack».

A pesar de todo, también hemos tenido muy buenas experiencias con algunos medios de comunicación: el *Wirtschaftswoche*, por ejemplo, se ciñó a todos los acuerdos adquiridos, lo mismo que el *Zeit Online* en el caso del informe de la policía militar alemana sobre el bombardeo de dos camiones *ciSterna* secuestrados en el Kunduz afgano.

El documento, que describía posibles delitos e intentos de encubrimiento por parte del coronel del ejército alemán Georg Klein, estaba ya en manos de un puñado de medios de comunicación bien informados. Sin embargo, en lugar de poner la información completa a disposición del público, el *Bild*, el *Spiegel* y el *Süddeutsche Zeitung* se pasaron una semana ofreciendo tan solo pinceladas y pequeñas informaciones seleccionadas. El *Zeit Online*, en cambio, informó sobre el documento íntegro, que desde WikiLeaks pusimos simultáneamente a disposición del público, para que los lectores pudieran formarse una idea más clara del asunto.

En el futuro, eso fue lo que sucedió con frecuencia creciente: nosotros nos dedicábamos a publicar íntegramente informaciones que los medios citaban tan solo de forma parcial, porque no disponían de una plataforma que les permitiera publicarlas por completo, porque temían consecuencias legales o, con mucha más frecuencia, porque algunos periodistas no querían compartir sus materiales exclusivos con otros colegas.

También tuvimos que aprender qué asuntos interesaban a la prensa y cuáles, en cambio, despertaban poca atención. Después de las dos páginas del artículo sobre Toll Collect, *Stern* publicó una historia sobre religiones alternativas que atraía la atención del público, sobre todo, por sus ilustraciones de mujeres desnudas fumando puros.

Tuvimos que aceptar el hecho de que las filtraciones que despertaran mayor interés no fueran necesariamente las que tenían un contenido más interesante, sino las más fáciles de digerir y las que llegaban a un público más amplio. Así, por ejemplo, el público mostró un gran interés cuando un *hacker* logró acceder a la cuenta de correo de Sarah Palin. La carga explosiva de esa filtración no era particularmente alta, pues lo único que se podía criticar era que Palin hubiera utilizado una cuenta privada para enviar correos profesionales. En la cuenta había varias fotos privadas de sus hijos, asunto que los medios discutieron ampliamente.

En ese sentido, me parecía una filtración muy floja, e incluso de una relevancia discutible. Sin embargo, uno de nuestros principios era publicar todos los documentos que nos llegaran sin censura alguna. Por otro lado, eso tenía también un uso estratégico, pues con cada nueva filtración intentábamos ampliar un poco más los límites de lo realizable.

¿Qué es público y qué es privado? Nuestra intención era crear controversia alrededor de esa cuestión y, desde luego, era mucho mejor articular ese debate alrededor de las cuentas de correo de Sarah Palin que alrededor de los datos de consumidores privados. Además, estábamos convencidos de que ampliar poco a poco la frontera de lo aceptable era una forma de fortalecer el proyecto y constatamos que cada vez terminábamos saliéndonos con la nuestra. Nos íbamos volviendo cada vez más osados. Nadie podía pararnos.

El interés que en 2009 despertó la publicación de las diligencias abiertas contra una multinacional farmacéutica alemana, en cambio, fue sorprendentemente pequeño. Esos documentos constituían una de mis filtraciones favoritas durante 2009: eran un caso de manual en cuanto a sobornos y se podían leer sin ninguna preparación previa.

Los representantes de la empresa farmacéutica pagaban a médicos para que recetaran cada vez más productos de sus fabricantes. Publicamos las 96 páginas de diligencias abiertas tanto por la dirección de la policía del estado en el que estaba sita la empresa, como por la fiscalía del estado.

El auto exponía el método de trabajo de algunos representantes de la farmacéutica: si un médico recetaba a sus clientes un producto de sus fabricantes, tenía derecho a una parte de los beneficios. También había pagos directos. En algunos correos internos, la directora regional decía: «Si un médico necesita dinero, que me llame y encontraremos una solución».

Otro método para conseguir que los médicos aumentaran el número de recetas eran los vales de regalo para realizar costosos cursos postdoctorales.

El procedimiento se sobreesayó porque las prácticas de la empresa farmacéutica no habían provocado ningún perjuicio y porque los médicos no habían recibido sobornos en un sentido legal estricto. La justificación formal fue que los médicos no son sobornables porque no son ni funcionarios ni empleados.

Aún recuerdo un interesante encuentro que se produjo en relación con un programa de Katrin Bauerfeind. Bauerfeind había empezado su carrera con el programa de Internet *Ehrensensf* y hoy en día tiene su propio programa en el canal de televisión 3sat. Hablando de nuestras grabaciones, la redactora de dicho programa me dijo que le parecía curioso mi optimismo y mi confianza en la gente.

Lo cierto es que yo tengo una imagen bastante positiva de las personas. Le respondí que la gente, de por sí, tiene interés en la información, pero que los medios, los políticos y sus superiores los tratan como si fueran idiotas; y que si las personas dispusieran de la información necesaria en cada caso, estarían en situación de actuar correctamente y de tomar las decisiones adecuadas.

La redactora contestó que, por su experiencia, sucedía todo lo contrario. Ella creía que las personas no se interesan por los asuntos complejos. Al mirar el programa, no

pude evitar pensar en el debate entre causas y efectos: el programa duraba treinta minutos en total. Nosotros dispusimos de diez y a continuación se emitieron dos reportajes más, algo así como: «Cayó el muro y ahora todo Berlín baila tecno» y «Miss Platnum: la verdadera Lady Gaga». Con ello no quiero decir que tuvieran que hablar durante treinta minutos sobre WikiLeaks para conseguir un mundo mejor; simplemente me pregunté qué era primero: ¿un mal programa o un público malo? A lo mejor habría que encontrar la forma de que el público pudiera exigir un programa mejor.

Otras informaciones, en cambio, despertaban un interés público limitado a medio plazo, pero en cambio generaban interesantes análisis a largo plazo o eran recogidos en artículos científicos en revistas especializadas. Ese fue el caso, por ejemplo, de la publicación de todos los mensajes de texto y de buscapersonas que se mandaron a partir del 9 de noviembre de 2001 o, en otras palabras, antes, durante y después del ataque al World Trade Center. Los investigadores analizaron esa ingente cantidad de textos para determinar el uso de conceptos relacionados con la pena, el miedo o la rabia. El resultado fue que, en los días posteriores a los atentados, los conceptos que expresaban agresividad eran cada vez más numerosos, mientras que la pena y el miedo se fueron estancando. Eso corroboraba la tesis de que la violencia provoca siempre más violencia.

Los antropólogos, por su parte, mostraron gran interés en nuestra publicación sobre el *Human Terrain System*, que demuestra cómo, al inicio de la guerra, muchos de sus colegas antropólogos habían asesorado a los miembros del ejército estadounidense para que estos pudieran comprender mejor a la población nativa e interpretar su propaganda sobre el país y su cultura.

Otra fuente de gran interés, especialmente entre los académicos, eran los CRS-Reports, los Congressional Research Service Reports (Informes del Servicio de Información del Congreso). El Congreso estadounidense dispone de un servicio de información científica propio al que pueden recurrir todos los congresistas. El servicio cuenta con un elevado presupuesto y genera informes de altísima calidad sobre los temas más variopintos, desde la industria del algodón en México hasta las armas de destrucción masiva en China.

Muchos científicos querrían tener acceso también a esos dossieres, financiados con fondos públicos, pero en última instancia son los congresistas quienes autorizan o no la publicación de los informes. Y a menudo se niegan a ello, por diversos motivos: de entrada, la publicación de informes permite saber a posteriori desde cuándo un congresista estaba al corriente de determinada problemática o por qué asuntos se interesa. También puede suceder que los resultados de los informes no se correspondan con los resultados esperados. En Alemania tuvimos una filtración de ese tipo en relación con un estudio sobre las aseguradoras médicas privadas. Cuando

los científicos a quienes se encargó la investigación llegaron a la conclusión de que las aseguradoras privadas no generaban en modo alguno los beneficios sociales que se les suponía, el ministro de Economía Rainer Brüderle, del FDP, optó por archivar el estudio.

Asimismo, determinados CRS-Reports publicados permitían concluir que los congresistas habían cometido un error al adoptar determinadas leyes, que habían empleado argumentos falsos o que no habían sabido organizar su gestión. El Center for Democracy and Technology, un movimiento de derechos civiles americano que aboga por la libertad en Internet, dispone de una lista de objetivos que, durante mucho tiempo, tuvo la publicación de esos Reports en el número uno. Nosotros publicamos miles en nuestra página web. El valor en impuestos de esos informes ascendía posiblemente a varios miles de millones de dólares y despertaron un interés considerable.

Al cabo de un tiempo, comprobamos dónde habían ido a parar esos Reports. Entre otros lugares, los encontramos de nuevo en los servidores del gobierno, lo que supuso un éxito no carente de ironía. Poco a poco, el movimiento Open-Data había ido adquiriendo importancia y poder de influencia. El candidato republicano en las elecciones presidenciales, John McCain, que iba a enfrentarse a Obama, exigía desde hacía tiempo el acceso universal a esos informes. Por aquel entonces, McCain era un defensor aún más acérrimo que Barack Obama del libre acceso a la información gubernamental, aunque más tarde Obama levantaría mucho polvo con la iniciativa que bautizó con el nombre de Open Government.

Otro de nuestros frentes abiertos era la batalla para impedir que los periodistas utilizaran nuestra información sin citar WikiLeaks como fuente. En ese sentido, hacía tiempo que trabajábamos en la posibilidad de incorporar algún tipo de marca de agua digital, pero la solución planteaba muchas complicaciones. A menudo nos encontrábamos con que, poco después de publicar algo en nuestra página web, de pronto aparecían en los medios historias relacionadas con esos documentos en las que no se citaba a WikiLeaks como fuente. Siempre que pedía explicaciones, me respondían que habían obtenido los documentos «de otras fuentes» o que disponían de ellos «desde hacía ya tiempo». Pues muy bien. Si nuestros documentos hubieran incluido algún tipo de marca de agua digital, habría sido sencillo demostrar que los periodistas mentían. Por lo menos, cuando les hubiéramos solicitado ver el documento original, habríamos podido comprobar que provenía de nuestras fuentes.

Desde luego, eso nos habría merecido acusaciones por exigir el reconocimiento de una especie de propiedad intelectual, algo que criticábamos abiertamente en otros ámbitos. Yo suelo llevar camisetas de «Pirate Bay» y soy un defensor acérrimo de una nueva interpretación de los derechos de autor. Sin embargo, nuestras consideraciones tenían mucho más alcance que el simple respeto del copyright. Se



trataba, por ejemplo, de poder aportar, en caso de duda, informaciones complementarias a determinados documentos. Y también de evitar que los medios pudieran ofrecer vínculos a determinados documentos que, por sí solos y sin los debidos comentarios, pudieran generar una imagen falsa en la opinión pública. Por ese motivo, hacía tiempo que redactábamos resúmenes y que, en caso necesario, ofrecíamos detalles sobre la calidad del material.

Un buen ejemplo en cuanto a la vinculación directa de documentos fue la filtración sobre el llamado Memorandum of Understanding. Se trataba de un convenio entre el político keniano Raila Odinga y el National Muslim Leaders Forum del país africano. Entre otras cosas, el convenio ponía de manifiesto que Odinga había hecho concesiones a la minoría musulmana. Así, por ejemplo, prometía velar por los intereses de los kenianos musulmanes encarcelados en Guantánamo.

El Memorandum of Understanding constaba de dos versiones, una auténtica y otra falseada. En la última se sugería poco menos que Obama apoyaba la introducción de la *sharia* en Kenia, algo que, naturalmente, era absurdo. Fue muy interesante constatar cómo los diferentes medios optaron por ofrecer vínculos a uno u otro archivo. Uno de ellos permitía presentar a Obama como un mahometano africano camuflado y, con ello, desacreditar su candidatura a la presidencia. Esta fue la versión que eligieron, entre otros, el *New Yorker*, el *New York Sun* y otros medios, sobre todo los conservadores. El memorando del otro documento era mucho menos explosivo y no mencionaba nada sobre la instauración de la *sharia*. Si ambos documentos se hubieran ofrecido tan solo en un paquete unitario, con marcas de agua digitales y acompañados por una aclaración, habríamos podido evitar que los medios utilizaran nuestros documentos para manipular a la opinión pública.

A finales de diciembre de 2008 nos invitaron de nuevo, a Julian y a mí, al Chaos Communication Congress. A diferencia del año anterior, sin embargo, en esta ocasión nuestra conferencia constaba en el programa oficial y contó con una notable afluencia de público. Julian y yo ocupamos la tribuna de la sala principal; ¡menudo cambio en comparación con el pequeño sótano del año anterior! Si hacía un año habíamos logrado reunir apenas a veinte personas, en esta ocasión acudieron novecientos espectadores. En más de una ocasión, a través de los altavoces de la sala, alguien pidió a los asistentes que, por favor, no bloquearan las salidas de emergencia. Por descontado, no sirvió de nada.

Los asistentes se amontonaban en las escaleras y en los pasillos de la sala de conferencias. Yo, entre tanto, me pregunté si alguien más se habría percatado de que Julian llevaba exactamente la misma ropa que el año anterior: camisa blanca y pantalones militares verde oliva. Sin embargo, era evidente que nadie iba a acordarse de nosotros.

Provocamos unas cuantas carcajadas con la lectura de un correo electrónico de

protesta del Servicio de Inteligencia Alemán (BND) que habíamos recibido hacía pocos días. Ernst Uhrlau, el por aquel entonces director del BND, se había dirigido a nosotros personalmente.

Para: WikiLeaks@jabber.se

De: leitungsstab IVBB-BND-BIZ/BIZDOM

Fecha: 16/12/2008 01:15PM

Asunto: Informe clasificado del Servicio de Inteligencia Alemán

Muy distinguidos señores,

en su página web permiten la descarga de un informe clasificado del Servicio de Inteligencia Alemán. Por la presente les solicito que anulen dicha opción de inmediato. He dado ya instrucciones para que se determinen las posibles consecuencias delictivas.

Cordialmente,

Ernst Uhrlau

Director del Servicio de Inteligencia Alemán

De: WikiLeaks@jabber.se

Para: leitungsstab@bnd.bund.de

cc: wl-office@sunshinepress.org, wl-germany@sunshinepress.org

Fecha: Mar, 18 Dic 2008 09:35:54

Asunto: Re: WG: Informe clasificado del Servicio de Inteligencia Alemán

Apreciado Sr. Uhrlau,

tenemos diversos informes relacionados con el BN. ¿Podría ser más preciso?

Gracias.

Jay Lim.

Para: Sunshine Press Legal Office

Fecha: Jue, 19 Dic 2008 17:59:21

Asunto: Respuesta: Re: Informe clasificado del Servicio de Inteligencia Alemán

Apreciado Sr. Lim. A fecha de hoy ofrecen aún la posibilidad de descargar un informe clasificado del BND desde la dirección: [http://www.WikiLeaks.com/wiki/BND\\_Kosovo\\_intelligence-report,\\_22\\_Feb\\_2005](http://www.WikiLeaks.com/wiki/BND_Kosovo_intelligence-report,_22_Feb_2005).

Le solicitamos una vez más que elimine ese archivo de inmediato, así como también cualquier otro archivo o informe relacionado con el BND. De lo contrario, procederemos a demandarlos.

Atentamente,

Ernst Uhrlau

Director del Servicio de Inteligencia Alemán

Para nosotros, una respuesta de ese tipo era la mejor forma de demostrar la autenticidad de un documento. Cada vez que alguien nos amenazaba y nos exigía que eliminásemos inmediatamente un documento de nuestra página web, nuestra respuesta (siempre educada y en aras de la claridad, naturalmente) consistía en preguntar al demandante si podía atestiguar que poseía el copyright del documento en cuestión. Muchos comunicantes tenían la deferencia de mandarnos una captura de pantalla para probar que, en efecto, detentaban los derechos legales sobre el documento. Entonces publicábamos también esa captura de pantalla, en secreto

agradecidos a la otra parte por mostrarse tan predispuesta a facilitarnos el trabajo.

Esa filtración en concreto trataba sobre la implicación del BND en la lucha contra el crimen en Kosovo y su cooperación con periodistas. Alguien nos había enviado un documento interno de Deutsche Telekom que contenía dos docenas de direcciones IP secretas que el BND utilizaba para navegar por Internet. Entonces decidimos llevar a cabo un juegucito: con el wiki-scanner era posible comprobar en qué páginas de la enciclopedia *on-line* wikipedia se habían introducido cambios desde alguna de estas direcciones IP. Entre otras, se habían modificado entradas sobre aviones militares y armas atómicas, pero también la entrada del propio BND.

Mucho más graciosa, sin embargo, era la corrección introducida en el artículo sobre el Goethe-Institut. Con anterioridad, dicho artículo incluía una frase según la cual las oficinas del Goethe-Institut en el extranjero servían como sedes no oficiales del BND. Alguien le había dado la vuelta a la frase, que ahora decía: «Las oficinas del Goethe-Institut en el extranjero no sirven como sedes no oficiales del BND». Entre tanto, la insinuación ha desaparecido por completo de la página.

Además, a través de esas direcciones IP alguien había contactado con un servicio de prostitución de Berlín. ¿Acaso se seguían utilizando a mujeres como señuelo, como en plena Guerra Fría? ¿O era más bien que alguien había solicitado los servicios femeninos para sí mismo?

Durante la conferencia en el CCC hubo un par de imprevistos: como cuando al coger el micrófono, Julian arrancó en varias ocasiones la conexión de vídeo del ordenador, con lo que la imagen se perdió. Sin embargo, al final de la conferencia el público dedicó una afectuosa ovación a aquellos dos oradores tan simpáticos y algo chiflados.

Tras la ponencia, me senté en un sofá del vestíbulo mientras observaba distraído la riada humana que fluía ante mí. Julian, en cambio, iba de aquí para allá, incansable, ansioso porque alguien lo reconociera y le dirigiera la palabra.

## La visita de Julian

**D**espués del congreso de finales de 2008, Julian regresó conmigo a Wiesbaden y se hospedó dos meses en mi casa. Vivía siempre así: no tenía una residencia fija ni duradera, sino que se instalaba en casa de otras personas. Su equipaje consistía en una mochila, en la que llevaba sus dos portátiles y un sinfín de cables (aunque luego, cuando buscaba uno, no lo encontraba nunca).

Iba siempre vestido con varias capas de ropa e incluso cuando se encontraba en espacios cerrados (aunque nunca he logrado comprender por qué) llevaba dos pantalones y a veces varios pares de calcetines.

En Berlín habíamos pillado la «peste de los congresos», nombre con el que se conoce la epidemia de gripe que, tradicionalmente en esa época del año, suele contagiarse en reuniones multitudinarias, cuando los asistentes comparten los teclados y el aire de los congresos. Con el rostro macilento, acatarrados y en silencio, el 1 de enero de 2009 subimos al tren rápido que nos llevó a Wiesbaden. En cuanto llegamos a mi piso, la gripe nos obligó a instalarnos de inmediato en nuestros colchones; en realidad, y como yo me encontraba algo mejor que él, le cedí mi cama a Julian y me instalé en un colchón en el suelo.

Julian se vistió con toda la ropa que fue capaz de encontrar y aun sacó unos pantalones térmicos de esquí de su mochila. En ese estado se metió bajo el edredón, se cubrió con dos mantas de lana y se deshizo de la fiebre durmiendo y sudando. Cuando al cabo de dos días volvió a levantarse, estaba curado. Había resuelto aquel asunto con gran eficiencia.

Mi piso estaba situado en el Westend de Wiesbaden. Se trata de un barrio en el que es mejor atar la bicicleta con un buen candado, aunque la aparques en el patio interior. La zona tenía la ventaja de contar con numerosas tiendas de móviles y supermercados en los que se podían conseguir móviles y tarjetas SIM por poco dinero.

El piso se encontraba en el semisótano del edificio, más o menos medio metro por debajo del nivel de la acera. Al principio, Julian se mostró bastante nervioso ante el hecho de que los transeúntes pudieran ver el interior de mi sala de estar. Decidimos bajar la persiana; se trataba de una persiana translúcida de color amarillo a la que había pegado una bandera del Tíbet. El sol se filtraba convertido en una luz turbia y crepuscular, una especie de sol prestado. A mí me gustaba así.

Superada la gripe, gozamos de varios días tranquilos durante los que pudimos trabajar. Nos sentábamos en mi sala de estar y escribíamos en nuestros portátiles: yo en la mesa del rincón, junto a la ventana, Julian ante mí en el sofá, con el ordenador en el regazo. Por lo general llevaba su chaqueta de plumón verde y a veces incluso se ponía la capucha, o se cubría las piernas con una manta.

Yo estaba algo preocupado por mi sofá. Julian convirtió la pieza, un Rolf Benz de terciopelo marrón que había logrado salvar antes de que mis padres lo tiraran al contenedor, en su puesto de trabajo permanente. Julian comía siempre con las manos, aunque se tratara de *foie-gras*, y luego se limpiaba los dedos en los pantalones. El sofá había sobrevivido treinta años, era incluso mayor que yo, y de pronto temí que a Julian fueran a bastarle unas pocas semanas para destrozarlo por completo.

Julian utilizaba su ordenador a ciegas, con un método de trabajo poco menos que meditativo. Así, por ejemplo, cuando respondía correos, se movía a toda velocidad por los campos de texto sin ni siquiera mirar la pantalla. Escribía ante la atenta mirada de su ojo interior y se desplazaba de un campo de texto al siguiente utilizando los comandos del teclado.

Nuestra comunicación con el exterior debía pasar por varios mecanismos que aseguraban que los mensajes se gestionaban de forma anónima y segura, y no podíamos mandar los correos desde nuestros portátiles, sino que debíamos hacerlo a través de máquinas remotas, por lo que las conexiones eran lentísimas. Cuando escribías algo, las palabras no aparecían en la pantalla hasta al cabo de bastante rato. Y, sin embargo, Julian quería siempre resolver sus tareas en un santiamén, a pesar de volar sin visibilidad. «Trabajar sin *feedback* óptico es una forma de perfección, una victoria sobre el tiempo», me contó; hacía ya tiempo que había terminado lo que debía resolver con su ordenador.

Por aquel entonces recibíamos ya algunos donativos en nuestra cuenta de PayPal y habíamos adquirido el hábito de enviar regularmente mensajes en los que agradecíamos a nuestros benefactores la importancia de su donativo, que era en realidad una inversión en la libertad de información. Realizábamos esa tarea por turnos y en esa ocasión le tocó a Julian escribir el correo conjunto y añadir las direcciones de nuestros mecenas.

Ahí estaba, sentado en mi sofá, bañado por la luz amarillenta y envuelto con dos mantas de lana, escribiendo sus mensajes. Yo oía el tecleo constante, incansable, pero de pronto el aria se interrumpió abruptamente con un «¡maldita sea!». Julian acababa de cometer un error. Como el mensaje iba dirigido a varios destinatarios, las direcciones debían incluirse no en el campo «para», sino en el «cco», para que los destinatarios individuales no tuvieran ocasión de ver los nombres del resto de benefactores. Julian se había equivocado precisamente en eso; y ya había enviado el mensaje.

El error tuvo lugar en febrero de 2009 y supuso nuestra primera y única filtración propia. Las reacciones a ese correo de agradecimiento no tardaron en llegar.

«Por favor, utilice la opción con copia oculta (CCO) para mandar correos como este...», o: «A menos que su intención fuera filtrar 106 direcciones de e-mail de personas que les han efectuado donativos, le recomiendo usar el CCO». Uno de los

mensajes decía incluso: «Si no conoce la diferencia, no dude en ponerse en contacto conmigo y yo lo guiaré con mucho gusto a través del proceso».

Julian escribió una disculpa. ¿Julian? No, lo hizo Jay Lim, nuestro experto legal del WikiLeaks Donor Relations, el departamento de donativos.

Pero pronto constatamos que la casualidad es caprichosa. Entre los benefactores a quienes mandamos nuestro agradecimiento se encontraba un tal Adrian Lamo, un ex *hacker* más o menos conocido que, más tarde, sería el responsable de la detención de nuestro supuesto informador Bradley Manning.

—Fíjate tú, qué golfo —dijo Julian al descubrir la coincidencia.

Abrí nuestro buzón de entrada y encontré un nuevo «documento secreto»: alguien nos había mandado nuestra propia lista de donativos como filtración oficial, acompañada por una nota bastante desagradable. Normalmente no sabíamos quiénes eran nuestras fuentes, pero Lamo reconoció más tarde que había sido él quien nos había hecho llegar nuestra propia chapuza. Nos gustara o no, no teníamos más remedio que publicarlo.

Aquella era una cuestión interesante. A menudo filosofábamos sobre qué sucedería si un día debíamos publicar algo sobre nuestra propia organización; estábamos de acuerdo en que, llegado el momento, también debíamos dar a conocer informaciones negativas sobre nosotros. La prensa se hizo eco de la filtración de forma positiva; por lo menos éramos consecuentes. Ninguno de los responsables de los donativos se quejó.

Julian se comportaba a menudo como si se hubiera criado entre lobos y no entre seres humanos. Si yo alguna vez cocinaba algo, la comida no se repartía, sino que se trataba de ver quién comía más rápido. Si había cuatro trozos de *foie-gras* y yo era demasiado lento, él se comía tres y me dejaba tan solo uno. Nunca antes me había encontrado con alguien que se comportara así y a menudo me preguntaba si no sería un cursi, pues me venían a la mente frases propias de mi madre, como «por lo menos podrías haber preguntado», y otras parecidas.

Nos gustaba comer carne roja y también picadillo con cebolla. Si yo tardaba más en comer el *foie-gras* era porque a mí me gusta comerlo con pan y mantequilla, mientras que Julian prefiere tomar el alimento solo, sin acompañamiento: él come carne, o queso, o chocolate o pan. Si alguna vez creía que necesitaba ingerir cítricos, chupaba limones uno tras otro. A veces esos antojos le daban en plena noche, después de haber pasado un día sin probar bocado.

El problema, desde luego, no era que nadie le hubiera enseñado educación: Julian podía ser sumamente educado cuando quería. Así, por ejemplo, tenía la costumbre de acompañar a mis visitas hasta la calle, aunque no las conociera de nada.

Por otro lado, Julian era muy paranoico. Daba por sentado que alguien vigilaba la casa y por ello insistía en que nadie debía vernos salir ni regresar juntos. Yo siempre

me preguntaba de qué servía aquello: si alguien se había tomado la molestia de vigilar mi casa, desde luego ya había descubierto que vivíamos juntos.

Si salíamos juntos por la ciudad, Julian insistía siempre en que debíamos separarnos antes de llegar a casa. Él se iba por la izquierda y yo por la derecha; a menudo, al llegar a casa, debía esperarlo un buen rato porque se había perdido. Nunca he conocido a nadie con un sentido de la orientación tan pésimo. Julian era capaz de entrar en una cabina telefónica y, al salir, no recordar por dónde había llegado. Una y otra vez, no acertaba a dar con la puerta de mi casa. Era imposible actuar de forma más sospechosa que Julian, que recorría la calle de un extremo a otro, una y otra vez, mirando a derecha e izquierda, intentando dar con la puerta correcta, hasta que yo me cansaba y salía a buscarlo.

En su obsesión por adoptar siempre un aspecto nuevo y por dar con el camuflaje perfecto, había tomado prestados mi chándal azul de la RDA y unas gafas de sol de Fórmula 1, que combinaba con una gorra de béisbol marrón. Yo me reía en silencio de su actitud infantil. Aquello no le daba en absoluto un aspecto más discreto: más bien parecía que fuera disfrazado. En una ocasión salí a buscarlo y dobló la esquina con un palé de madera encima del hombro derecho; no me pareció una táctica de camuflaje muy profesional que digamos. A veces creo que se había dejado influenciar demasiado por una serie de libros que, mezclados con su propia fantasía, habían dado lugar a algo así como un «Código de Conducta Julian Assange».

Julian tenía también una relación muy libre con la verdad; a veces tenía la sensación de que probaba hasta dónde le era posible llegar. En una ocasión, por ejemplo, me contó una historia sobre el origen de su pelo blanco. A los catorce años había construido un reactor en el sótano de su casa, pero había cometido un error de polarización. A consecuencia de ello, el pelo se le había vuelto blanco por culpa de los rayos gamma. Pues muy bien. A lo mejor quería comprobar hasta dónde podía mentir antes de que yo exclamara: «¡Ya basta! ¡Eso no me lo trago!». Pero por lo general yo no decía nada; para mí esa no era forma de tratar a otra persona.

Julian no solo se perdía constantemente, sino que también se montaba en el tren equivocado o conducía en dirección contraria. Y cada vez que cogía un avión, un barco o un tren para ir de un punto A a un punto B, se perdían inevitablemente varios recibos y resguardos. Constantemente esperaba «con urgencia» una carta que debía sacarlo del último apuro en el que se había metido: una firma para una cuenta, una nueva tarjeta de crédito, una licencia para un nuevo contrato... No había duda de que la carta iba a llegar «mañana, a mucho tardar». Si alguien le preguntaba por algo que se había comprometido a hacer, ni una sola vez le oí responder: «No lo he conseguido/Me he olvidado/No he terminado», sino: «Estoy esperando aún una respuesta de Fulanito». La frase hecha: «Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana» la inventaron para Julian. Y ahora viene la gran sorpresa: si olvidaba algo,

la culpa no era nunca suya, sino de los bancos, del personal de la compañía aérea, del responsable de planear la ciudad o, en caso de duda, incluso del Departamento de Estado, el Ministerio de Asuntos Exteriores americano. Seguramente el Departamento de Estado estaba también detrás de las tazas que se rompieron en el transcurso de sus visitas a mi cocina de Wiesbaden.

En cambio, en mi vida he visto a nadie con una capacidad de concentración como la de Julian, que podía pasarse días enteros sentado ante la pantalla del ordenador, de fundirse con ella en una unidad inalterable. Si me acostaba tarde, lo dejaba sentado en el sofá como un Buda flaco. Cuando me despertaba a la mañana siguiente, Julian seguía delante del ordenador con la capucha puesta, exactamente en la misma posición en la que lo había dejado. Cuando por la noche me iba a dormir, Julian seguía allí.

Mientras estaba trabajando era casi imposible hablar con él, pues se sumía en un trance en el que programaba, escribía y leía no sé muy bien qué. Entonces, de pronto y sin previo aviso, se levantaba de un brinco y hacía unos extraños ejercicios de kung-fu. Algunos medios lo han pintado como si Julian poseyera por lo menos el equivalente a un cinturón negro de todas las modalidades de artes marciales. En realidad, sus combates contra un adversario imaginario duraban a lo sumo veinte segundos y servían básicamente para estirar los tendones y las articulaciones.

Julian era capaz de trabajar concentrado durante varios días y, de repente, irse a dormir. Se metía en la cama tal como iba vestido, con pantalones, calcetines y capucha, se cubría con las mantas y se quedaba dormido al instante. Cuando despertaba, su regreso al mundo era igual de súbito: se levantaba de sopetón y, en el proceso, solía llevarse siempre algo por delante. En la habitación había un banco de hacer pesas; perdí la cuenta de las veces que, al levantarse del colchón donde dormía, Julian se golpeó con la barra de hierro. De pronto se oía un gran estruendo y yo sabía que Julian volvía a estar despierto.

Tenía otra manía muy rara: le gustaba llevar ropa que reflejara su estado de ánimo. No, en realidad era al revés: tan solo lograba alcanzar el estado de ánimo deseado si llevaba la ropa apropiada.

—Daniel, necesito una chaqueta. ¿Tienes alguna?

—¿Quieres salir?

—No, tengo que escribir una declaración muy importante.

—¿Cómo?

Aunque por lo general se sentaba a la mesa de mi cocina vestido con chándal y gorro, de pronto tenía que buscarle sin falta una chaqueta con la que pudiera escribir un texto para un comunicado de prensa. A continuación ya no se quitaba la chaqueta en todo el día, adoptaba una expresión muy seria y redactaba. Luego se iba a dormir, con la chaqueta puesta.



Durante los dos meses en que vivió conmigo, conocí a una persona muy distinta al tipo de gente con la que solía relacionarme. Y que conste que estoy acostumbrado a los caracteres fuertes. Por una parte Julian me resultaba insoportable, pero por otra le cogí un cariño increíble.

Tenía la sensación de que en la vida de Julian debía de haber fallado algo fundamental. Habría podido ser un ser humano increíble y, de hecho, yo estaba orgulloso de tener un amigo en el interior del cual ardía un fuego abrasador y para quien las ideas, los principios y la voluntad de mejorar el mundo lo eran todo; alguien que era capaz de pasar a la acción sin prestar demasiada atención a lo que dijeran los demás. En determinados aspectos, yo intentaba incluso copiar su actitud. Pero Julian tenía también esa otra cara, que a lo largo de los meses siguientes fue imponiéndose.

Muchos amigos me han preguntado cómo logré aguantar a Julian durante tanto tiempo. Yo creo que todos tenemos nuestras peculiaridades y que no es fácil convivir con nadie. En el mundo de los *hackers*, sin ir más lejos, existen no pocos personajes extremos, algunos incluso con tendencias autistas. Por otro lado, yo tengo una tolerancia superior a la media en lo tocante a las rarezas de los demás. Por eso aguanté tanto tiempo a Julian, mucho más que la mayoría.

El 17 de febrero de 2009 me invitaron al programa Küchenradio, que se emite por Podcast. He aquí el correo que Julian escribió a nuestros colaboradores:

«Daniel Schmitt en el programa Keutchenradio de Berlín: Entrevista de dos horas con videoconferencia a nuestro corresponsal alemán, Daniel Schmitt, en el reputado programa berlinés Kuechenradio, esta noche a las 21.00.»

Aún hoy, al leer esas palabras, me pongo sentimental. A veces me olvido de lo genial que fue la época que pasamos juntos. Julian escribió «reputado»; Küchenradio era un Podcast para *freaks* de la tecnología y, sin embargo, Julian estaba orgulloso de nosotros. La verdad es que todavía hoy hay momentos en los que me pregunto si las cosas tenían que acabar necesariamente mal y si, de no ser por el éxito brutal de WikiLeaks, el dinero, la atención y la presión internacional, no seguiríamos siendo amigos.

Lo de «Keutchenradio» también es típico de Julian, que era incapaz de recordar cualquier palabra que no fuera en inglés. Se refería al *Spiegel* como «Speigel» incluso cuando hacía ya meses que esa revista de actualidad era uno de nuestros colaboradores mediáticos más cercanos.

En un taxi, de camino al barrio berlinés de Neukölln, donde debía reunirme con el periodista Philip Banse, recibí una llamada de mi madre. Se había muerto mi abuela, algo que desde hacía ya tiempo sabíamos que podía pasar cualquier día. Y, sin embargo, yo no había ido a visitarla a Rheingau ni una sola vez. Sé que mi abuela

estaba orgullosa de mí y de mi lucha para lograr un mundo más justo, pero aun así en aquel momento me avergoncé por no haber renunciado al programa de radio para así poder despedirme de ella como es debido. El resto de mi familia había pasado la semana entera junto a su cama, pero yo tenía esa cita en Berlín y era importante.

Por aquel entonces teníamos la sensación de que debíamos aprovechar todas las oportunidades para dar a conocer WikiLeaks. Necesitábamos urgentemente donativos y nos alegrábamos cada vez que alguien subía un documento a nuestros servidores. Todo lo demás quedaba relegado al final de nuestra lista de prioridades, muy al final.

La primera vez que una frase de Julian me dio realmente mala espina fue a principios de 2009, cuando nos estábamos planteando volar a Brasil para asistir al Foro Social Mundial. Un amigo me había dicho que le gustaría acompañarnos. Se lo conté a Julian, aunque en realidad a mí no me parecía muy buena idea; mi amigo no tenía nada que ver con el proyecto y nuestra intención no era ir a Brasil de vacaciones, sino a hacer contactos y a trabajar. A Julian, en cambio, le pareció una idea genial y comentó: «Sí, dile que venga». A continuación añadió que siempre venía bien tener a alguien que cargara con las maletas. Entonces, por primera vez, me pregunté quién le llevaba las maletas en esos momentos; y no vi a nadie... salvo a mí mismo.

Más tarde comprendí que, en numerosas ocasiones, Julian debió de tener la sensación de que yo adoptaba una actitud de subordinación cuando, en realidad, yo tan solo intentaba mostrarme amable y considerado. Era evidente que a menudo me consideraba mucho más débil de lo que en realidad era.

Eso se debía quizás a que yo soy un tipo optimista, que invierte mucho menos tiempo en las críticas que en los hechos concretos. En todo caso, a partir del momento en el que Julian tuvo la sensación de que yo había dejado de subordinarme a él, nuestra amistad empezó a resquebrajarse. En cuanto empecé a sacar a colación problemas concretos (porque esos problemas existían y no porque de pronto yo hubiera empezado a valorar nuestra relación de forma distinta), Julian empezó a referirse a mí como alguien al que había que contener, controlar y mantener a raya.

A principio de 2010 su actitud hacia mí había cambiado ya visiblemente. De hecho, llegó a decirme que si cometía un error, me «cazaría» y me «mataría». Nunca nadie me había dicho nada parecido. Y por mucho miedo que tuviera de que algo pudiera salir mal, una amenaza de ese calibre no tiene excusa posible. Yo me limité a preguntarle si se había vuelto loco, solté una carcajada y dejé correr el asunto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

No recuerdo haber cometido ningún error grave. Solo en una ocasión se me olvidó hacer una copia de seguridad del servidor central. Cuando este se estropeó, Julian me dijo: «WikiLeaks sigue vivo tan solo porque no he confiado en ti».

Él tenía una copia de seguridad, a partir de la cual logramos poner de nuevo el

servidor en marcha. Es posible que hiciera esa copia no solo por precaución, sino también por desconfianza hacia mí, pues se trataba del servidor donde almacenábamos nuestros correos.

Lo más absurdo era que, por lo general, quien perdía o se olvidaba de las cosas era él. Y eso era justamente lo que me echaba en cara. Los percances de Julian tenían siempre una explicación perfecta, por no decir heroica. En junio de 2009 debía recoger el Premio de la Prensa de Amnistía Internacional, pero llegó tres horas tarde a Londres. El galardón premiaba la filtración sobre los asesinatos por encargo de la policía keniana, que había matado a más de 1.700 personas y secuestrado a más de 6.500. Dos activistas pro derechos humanos kenianos de la Oscar Foundation habían descubierto el complot y habían escrito un informe al respecto.

Julian llegó tarde a la entrega de premios. En el auditorio habría tenido ocasión de hablar ante muchas personas a las que, por aquel entonces, no teníamos acceso de ninguna otra forma. La concesión de ese premio debía abrirnos muchas puertas, pues nos serviría como garantía ante muchas críticas: al fin y al cabo, si Amnistía Internacional te concedía un premio, tu labor no podía ser tan inmoral, ¿no?

Dos meses antes de la entrega de premios, Oscar Kamau Kingara, director de la Oscar Foundation, y su director de programas, John Paul Oula, fueron asesinados a quemarropa en Nairobi, mientras iban en su coche. Ambos se dirigían a la Comisión de Derechos Humanos de Kenia, en colaboración con la cual habían elaborado el informe; nosotros lo habíamos colgado ya en nuestra página web, lo que le había dado una gran proyección pública. En realidad estábamos en deuda con Kingara y Oula, y debíamos recoger el premio también en su nombre. Julian había redactado una solemne nota de prensa en la que elogiaba su compromiso.

La excusa que puso Julian por no haber llegado a tiempo a la entrega de premios habría podido llenar páginas y más páginas de un libro de espías; aún recuerdo que aseguró que dos policías lo habían estado siguiendo.

En otra ocasión, Julian me explicó que había perdido el vuelo de enlace porque estaba resolviendo un complejísimo problema matemático. A pesar del tiempo que había pasado con él, nunca supe a ciencia cierta cuándo mentía y cuándo decía la verdad.

En ese sentido, conozco tres versiones distintas sobre su pasado y el origen de su apellido. Existen historias sobre, por lo menos, diez antepasados distintos procedentes de diversos rincones del planeta, desde irlandeses hasta piratas de los Mares del Sur, y durante una época en sus tarjetas de visita ponía «Julien d'Assange». Lo cierto es que urdió un verdadero misterio alrededor de su persona, que nunca dejó de añadir nuevos detalles a su pasado y que se alegraba cada vez que un periodista se hacía eco de ello. En cuanto me enteré de que tenía intención de escribir su autobiografía, mi primer pensamiento fue que el libro iba a tener que aparecer en la sección de ficción.

Julian se creaba cada día de nuevo, como si fuera un disco duro que se formateara una y otra vez. Deshacer y reiniciar. A lo mejor era simplemente que no sabía ni quién era, ni de dónde venía. O a lo mejor había aprendido que siempre terminaba separándose de todo el mundo, ya fueran mujeres o amigos; entonces, si podía revisar su personalidad y darle al *reset*, todo era mucho más fácil.

Julian estaba siempre enzarzado en una lucha por ejercer el dominio, incluso con *Herr Schmitt*, mi gato, un animal de pelaje gris y blanco que toda su vida fue un ser de lo más pacífico, tal vez precavido en exceso, pero manso hasta las barbas. Desde la llegada de Julian a mi piso de Wiesbaden, la bestia vivía en una especie de estado de psicosis permanente.

Julian lo sometía a ataques constantes. Crispaba los dedos de las manos como si de un tenedor se tratara y se lanzaba contra el cuello del gato. Se trataba de ver quién era más rápido: unas veces, Julian lograba pescar al animal y retenerlo contra el suelo; otras, el gato era más rápido y se quitaba a Julian de encima con un fulgurante arañazo felino. Para *Herr Schmitt* aquello debió de ser un martirio. Apenas se enroscaba ronroneando en un rincón, le caía encima el australiano chiflado. Para sus ataques, Julian prefería los momentos en los que *Herr Schmitt* estaba particularmente cansado.

«Se trata de entrenar su atención», me explicó. El gato debía aprender a ejercer su dominio. «Un hombre no puede olvidar nunca que él es el amo y señor del lugar», añadió Julian. Yo no sé quién cuestionaba la identidad humana de *Herr Schmitt*, el gato, ya fuera en mi casa o en mi patio trasero. Además, *Herr Schmitt* estaba castrado. Pero aun así no logré que Julian renunciara a sus jueguitos.

En abril de 2009, mientras regresábamos de la International Journalism Conference en Perugia, Italia, se produjo un enfrentamiento con un revisor de tren que a punto estuvo de costarnos nuestro billete de avión de regreso a Alemania.

Aquel día teníamos un plan de viaje muy apretado, pues debíamos llegar a tiempo para coger un vuelo de enlace en Roma. Un tren llegó con retraso por culpa de un problema en la catenaria, por lo que tuvimos que cambiar de tren, comprar un billete nuevo y pagar un recargo. Yo me encargué de todo y pasé unos minutos agónicos en el mostrador de la compañía ferroviaria mientras Julian estaba sentado en un banco, vigilando nuestro equipaje. Finalmente nos dirigimos corriendo al andén y logramos subir al tren con un último *sprint* después de que yo, desde las escaleras, me pusiera a gritar: «¡No arranquen, esperen por favor!».

Así pues, con el corazón a cien por hora y sudando como condenados, logramos subir a aquel tren que, tal como nos habían dejado claro en la estación, era nuestra última posibilidad de llegar a tiempo. De hecho, era el último tren del día. Encontramos dos asientos junto a una ventana, dejamos nuestras mochilas en los asientos contiguos y estiramos las piernas con un suspiro de alivio.

El infortunio llegó en forma de un tipo rechoncho y mal afeitado, que fue avanzando de hilera en hilera hasta llegar a nuestros asientos, y que era un revisor italiano. El hombre estudió nuestros billetes con el ceño fruncido y nos los devolvió con gesto insolente. A Julian se le hinchó la vena del cuello.

En un inglés macarrónico, el italiano nos dijo que lo sentía mucho, pero que al parecer habíamos comprado los billetes equivocados; aunque acto seguido anunció que (¡tachán!) por un módico precio nos ofrecía la posibilidad de resolver el asunto allí mismo. Yo me habría resignado sin más, pero a Julian se le fundieron los plomos, se negó en redondo a pagar los diez o quince euros de suplemento y miró al revisor con aire desafiante.

El revisor era un tipo malhumorado y desatento de cincuenta y tantos años, que lo único que quería era volver lo antes posible a su compartimento para jugar a las cartas con sus colegas, o lo que fuera que hicieran allí. Nosotros, por nuestra parte, podríamos haber pasado una eternidad discutiendo con aquel italiano cómo era posible que nos volvieran a pedir dinero por algo que no era culpa nuestra y, de modo más general, comentando lo que opinábamos de su país y de sus estructuras mafiosas, pero lo cierto era que debíamos llegar a Roma cuanto antes para coger un vuelo económico para el que yo había comprado ya los billetes. Por eso, yo habría preferido pagar aquel ridículo recargo y poder relajarme de una vez. Pero Julian montó tal escándalo que, al llegar a la siguiente estación, el revisor llamó a los *carabinieri*. Yo pasé mucha vergüenza, sobre todo porque en el vagón viajaba una persona que también había asistido a la conferencia de Perugia. A Julian, en cambio, no le molestaba en absoluto tener público; al contrario, parecía disfrutar con ello.

El caso es que, de pronto, nos vimos rodeados por el revisor y dos jóvenes policías. «Documentación, por favor», dijo una policía de no más de veinte años y que tenía un aspecto tan hosco como su compañero.

Revolví mis bolsillos, pero Julian protestó airadamente: «No vamos a enseñarle la documentación a nadie».

Le tendí mi documento de identidad a la mujer; Julian, por su parte, se cruzó de brazos y resolló con actitud de menosprecio.

Los tres italianos se miraron, vacilantes. A los tres les habría encantado echar a Julian del tren, pero ninguno se atrevía a dar el primer paso. Habrían tenido que agarrar del brazo a aquel australiano, que seguía apoltronado en su asiento, y llevárselo de allí a rastras; ninguno de los tres quería tener que pasar por eso.

Julian se creía en la obligación de darle una lección a aquel revisor. De hecho, en su opinión había que cuestionar siempre a la autoridad uniformada. Además, era intolerable que alguien pudiera tratarlo sin respeto. Respeto, respeto, respeto: Julian hablaba de ello constantemente. Sin embargo, todo aquello era particularmente absurdo, pues lo más probable era que los tres italianos no comprendieran ni siquiera

el vocabulario básico de la lección.

A mí aquella situación me resultaba muy desagradable, quería resolver el problema para no volver a pagar otros 700 euros por dos billetes de avión. Así pues, decidí aprovechar el *impasse* en el que de pronto nos encontrábamos para darle al revisor lo que nos pedía. Durante el resto del viaje tuve que soportar el mal humor y los discursitos de Julian. Sin embargo, a mí me preocupaba mucho más lograr que WikiLeaks se convirtiera en una parte esencial de mi vida que si me había rebajado más o menos.

En 2009 me hicieron una vídeoentrevista en el *Zeit Online* en la que también hablamos de las motivaciones personales que me habían empujado a comprometerme con WikiLeaks; Julian me acusó de exhibicionista. «Demasiada personalidad», me recriminó. Teníamos tanto trabajo que tampoco había habido tiempo para grandes entrevistas. Al ver su reacción intenté mantenerme en un segundo plano, pero no era tan sencillo.

Durante la conferencia periodística en Perugia concedí una entrevista a la revista de tecnología americana *Wired*, con la joven periodista *freelance* Annabel Symington, que había estudiado en la City University de Londres. A través de ella, y aún en Perugia, conocimos al periodista americano Seymour Hersh que, entre otros, había destapado el suceso de My Lai en Vietnam. Salimos con los dos a comer una pizza y Hersh nos estuvo contando interesantes historias de sus años de reportero de guerra. Al contrario de lo que sucede con muchos de los llamados periodistas estrella, Hersh era un tipo nada vanidoso, además de un interlocutor muy divertido.

Durante mi entrevista con Annabel, sin embargo, Julian no paró de lanzarme malas miradas. Luego aseguró haber oído que me refería a mí mismo como «fundador» de WikiLeaks; para él era importantísimo dejar claro que el único fundador era él.

Nunca expresé la menor duda al respecto.

Con posterioridad, Julian me acusó de haber iniciado una disputa por el poder. Se equivocaba: yo no tengo ningún interés en el poder, ni tampoco ningún problema en cederlo si eso tiene que ser útil para la causa. Al contrario: ¿qué necesidad tengo de cargar con una responsabilidad enorme si el trabajo en equipo va a dar mejores resultados? Soy un jugador de equipo, no un lobo solitario como Julian. Y si alguien es capaz de hacer algo mejor que yo, sé reconocerlo; de hecho, existen muchísimas personas más capaces que yo, maldita sea.

## WikiLeaks y el dinero

**L**as filtraciones de más éxito, y con una mayor repercusión mediática, tenían un efecto directo en nuestras cuentas. Desde 2008 contábamos con tres cuentas PayPal a través de las cuales se nos podía hacer llegar donaciones. Tras el caso Julius Bär, el 1 de marzo de 2008 llegaron a la cuenta principal 1.900 euros, el 3 de marzo 3.700 euros; el 11 de marzo se habían acumulado en esa cuenta un total de 5.000 euros. En junio de 2009 se bloqueó la única cuenta activa de PayPal: todavía era posible realizar ingresos, pero no podíamos retirar dinero.

Hacía meses que no nos habíamos interesado por la cuenta. Únicamente cuando nos llegó el mensaje de PayPal sobre el bloqueo, echamos un vistazo a los ingresos.

«Agárrate —escribió Julian en agosto de 2009—. Hay casi 35.000 dólares.»

Yo quería desbloquear el dinero a toda costa, pero para Julian no era una prioridad. No veía por qué debíamos mortificarnos.

PayPal nos pedía un documento oficial que demostrara el tipo de organización que éramos. Nos habíamos inscrito como una organización sin ánimo de lucro, pero nunca llegamos a solicitar esa denominación oficialmente, «501c3» en la jerga de las autoridades norteamericanas.

Busqué en Google y resultó que no éramos la única entidad sin fines lucrativos que había tenido que hacer frente a ese problema. PayPal había puesto dificultades de forma reiterada por el mismo motivo a varios clientes. Así que nos registramos como sociedad. Tuvimos que pagar por ello, pero nos ahorramos las engorrosas gestiones administrativas, puesto que cambiar una sola coma en el contrato con PayPal suponía una pérdida monumental de tiempo.

Puedo asegurar que llamé como mínimo treinta veces a la línea de atención al cliente, envié varios correos, y finalmente llegué a la conclusión de que PayPal era una empresa que no tenía operadores, sino que se trataba de una máquina. Con todo, si esperaba lo suficiente, al final conseguía hablar con una persona real. Pero el subcontratista hindú, o quien quiera que fuese el encargado de realizar aquella tarea para PayPal, en última instancia poca cosa podía decir, aparte de rogar al usuario que utilizara la ayuda *on-line*.

Creo que los trabajadores de PayPal, al igual que sus clientes, estaban a merced de su propio software. El arte de rellenar los campos correctos del sistema siguió siendo para mí una ciencia oculta inaccesible.

Una vez modificada la descripción de la cuenta, cuando dimos nuestra conformidad al pago de las tasas correspondientes, el sistema nos recompensó con un desbloqueo a corto plazo. El desbloqueo duró aproximadamente un día. Y después se repitió el mismo sinsentido desde el principio: volvía a faltar un dato, y de nuevo me resultaba imposible dilucidar en qué campo debía introducirlo, de forma que otra vez

tuve que pelearme con la ayuda *on-line*.

Había una dificultad añadida en estas contingencias, ya que no éramos los únicos que lidiábamos con los campos a cumplimentar. En aquella época todas las cuentas a nuestro nombre eran gestionadas por voluntarios. La cuenta congelada de PayPal había sido abierta por un periodista estadounidense. Nuestro contacto era un hombre de casi sesenta años del Medio Oeste americano, bastante tradicional, empleado en un periódico local. Unos meses atrás nos había preguntado si podía hacer algo por nosotros, y puesto que no se había ofrecido para ocuparse de temas contables, le asignamos precisamente ese cometido. Nuestra decisión se basó en la lógica de que si alguien no se interesaba por el dinero, era el mejor indicado para administrarlo. Si a alguien no le interesaba ejercer su propia influencia en la opinión pública, podía gestionar el *chat*, y así con las demás tareas.

Aquel voluntario se sentía completamente desbordado y no tenía la menor idea de cuál era la raíz del problema.

En septiembre de 2009 Julian recurrió a la Nanny, figura que entraba en juego cada vez que había una tarea pendiente de la cual Julian no quería o no podía ocuparse personalmente. En ocasiones venía poco antes de que tuviera lugar una conferencia para escribir sus ponencias. También sería ella la que, más adelante, cuando algunos miembros del equipo abandonamos WikiLeaks, se desplazara por todo el mundo como mediadora entre Julian y nosotros para pedirnos que no perjudicáramos el proyecto con críticas públicas.

La Nanny es una vieja conocida de Julian, una persona muy dinámica y afable de unos cuarenta años, que para Julian ofrecía una gran ventaja: nunca hablaría de su relación con WikiLeaks en público.

En todo caso, la Nanny acabó por completo con los nervios de nuestro ayudante americano, sobre todo porque la diferencia horaria les hacía incompatibles a la hora de comunicarse, puesto que uno de los dos siempre tenía que mantener la conversación durante la fase profunda del sueño. Eso sin contar que aquel pobre hombre no estaba dispuesto a volver a explicar toda la problemática desde el principio.

Al final nos ayudó una periodista y conocida mía del New York Times. En la última semana de septiembre preguntó a través de la vía oficial más directa de PayPal cómo era posible que hubieran congelado uno de los proyectos respaldados por el New York Times. ¡Alakazam! Poco después la cuenta estaba desbloqueada.

En ese momento empezaron las verdaderas disputas. De repente contábamos con un montón de dinero, pero Julian y yo teníamos visiones muy distintas de cuál debía ser su destino.

En mi opinión, lo principal era la adquisición de nuevo *hardware*, no solo porque esa era mi especialidad, sino porque nuestra infraestructura lo estaba pidiendo a



gritos. Estábamos corriendo muchos riesgos de seguridad y de posibles averías, y se lo estábamos poniendo demasiado fácil a nuestros adversarios. Mientras todo pasara por un solo servidor, cualquiera podía entrar fácilmente en WikiLeaks. Pero lo peor era que en ese mismo servidor se almacenaban todos los documentos.

Sin embargo Julian tenía otros planes. Hablaba de fundar empresas, expresamente con el fin de proteger mejor las donaciones contra posibles ataques externos. Decía que solo por registrarnos en los Estados Unidos los gastos jurídicos ascenderían a 15.000 dólares.

Julian también tenía contacto con algunas entidades que deseaban participar en el proyecto como mecenas. Crearíamos organizaciones sin ánimo de lucro a las que los patrocinadores norteamericanos podrían hacer donaciones para ahorrarse impuestos. No sé quiénes eran los interlocutores de Julian, ni qué películas veía, aunque lo más probable era que la idea hubiera surgido de leer algunos de los documentos que llegaban a nuestra página web. En todo caso, solo hablaba de sociedades pantalla, ley internacional y actividades financieras en paraísos fiscales extraterritoriales. Me lo imaginaba utilizando un criptófono a prueba de escuchas, las manos apoyadas con aire de autosuficiencia en las caderas, el entonces largo flequillo blanco peinado hacia atrás con gomina y diciendo:

«Hola, ¿Tokio, Nueva York, Honolulu? Sí, transfieran por favor tres millones a las Islas Vírgenes. Sí, gracias, muy amable. Y por favor, no olviden destruir los contratos una vez realizada la transacción. Incinérenlos, por favor. Después pueden barrer las cenizas y proceder a tragárselas, ¿de acuerdo? Ya saben que no soporto que queden restos...».

Las fantasías en las que Julian pudiera estar inmerso se correspondían con su sueño de contar con una organización infranqueable, con una red internacional de empresas y con la aureola de los intocables, y ser capaz de hacer malabares en todo el mundo con finanzas y sociedades sin que nadie pudiera ponerle freno. Pero en mi opinión, y aunque no sonara tan grandilocuente, para ello primero necesitábamos unos cuantos elementos prácticos y muy simples.

La que era mi novia entonces nos proporcionó criptófonos y nos dejó mucho dinero de golpe. Todavía hoy me remuerde la conciencia cuando pienso en la poca atención que dediqué a nuestra relación.

Algunos meses después, en Islandia, me enteré por casualidad de que Julian había intentado vender a uno de nuestros conocidos uno de aquellos teléfonos tan caros, por unos 1.200 euros. En primer lugar, los teléfonos no le pertenecían; pero además, trató de vendérselo a alguien que no tenía dinero por un precio desorbitado. Posteriormente, Julian regaló ese mismo teléfono a un adolescente de diecisiete años, como gancho para involucrarlo más en WikiLeaks. Julian podía ser la persona más generosa del mundo y al día siguiente demostrar el aspecto más mezquino de su

carácter.

En abril de 2008 habíamos abierto una cuenta en Moneybookers, a través de la cual los donantes, sobre todo de los Estados Unidos, podían realizar sus donaciones *on-line*. Nadie supo nunca la cuantía de los ingresos que llegaron a Moneybookers ni cuál era su destino. Julian impidió el acceso a toda la gente de WikiLeaks.

Más tarde abrió otra cuenta en Moneybookers, esta vez a su nombre. En nuestra página de donaciones había un *link* que conducía directamente a dicha cuenta. Nunca me dijo para qué era aquel dinero. La cuenta fue bloqueada en otoño de 2010. Y al tiempo, Julian se quejó de que alguien había retirado los fondos de WikiLeaks. El periódico *The Guardian* citó un correo electrónico de Moneybookers a WikiLeaks, con fecha 13 de agosto de 2010, en el que se anuncia cómo, tras una inspección realizada por el departamento de seguridad de Moneybookers la cuenta quedaba inoperativa de forma provisional «para someterla a investigaciones adicionales de las autoridades gubernamentales». La cuenta fue definitivamente bloqueada, pero alguien había retirado los fondos con anterioridad.

Y sin embargo, a Julian, el dinero en sí le daba igual. Tampoco disponía de fondos, así que casi siempre dejaba que pagaran los demás. Se justificaba, por ejemplo, con la excusa de que no quería que alguien pudiera saber su paradero por sacar dinero de un cajero automático. Una excusa absurda si pensamos en que podía estar a punto de dar una rueda de prensa que se retransmitiría por todo el mundo, pero que todos aceptaban. Sobre todo recibía ayuda de las mujeres. No sé cuántas cosas llegaron a comprarle: ropa, cargadores, móviles, café, vuelos, chocolate, bolsas de viaje, calcetines de lana.

Julian no daba valor a los símbolos que identifican con determinada clase social. Quizás haya cambiado, pero cuando viajábamos juntos no tenía reloj, ni coche, no llevaba ropa de marca, le daba todo igual. Incluso su ordenador era un vetusto Mac, uno de aquellos iBooks blancos, que hoy son casi una pieza de museo. Como mucho de vez en cuando se compraba un nuevo lápiz de memoria USB.

No obstante, con frecuencia pensábamos en cómo conseguir dinero para WikiLeaks. Se nos ocurrió que tal vez podíamos cobrar por los documentos, subastando el acceso exclusivo al material. Una especie de Ebay para WikiLeaks. En septiembre de 2008 hicimos una prueba. Anunciamos la subasta de los correos electrónicos de Freddy Balzan en nuestra página web y en comunicados de prensa. Balzan era quien escribía los discursos del presidente venezolano Hugo Chávez. Esta notificación tuvo una gran repercusión en los medios de comunicación latinoamericanos, y no precisamente porque acudieran muchos a la puja, sino más bien porque de inmediato se desató un debate crítico. Se nos reprochaba que quisiéramos sacar dinero del trabajo de nuestros informantes, y se denunciaba que de esa forma los primeros en obtener la información serían los medios con más recursos.

De todos modos, entonces ni siquiera contábamos con la capacidad técnica para llevar a cabo una subasta semejante.

Decidí presentar una solicitud a la John S. and James L. Knight Foundation para conseguir dinero. Esta fundación fomenta proyectos periodísticos extraordinarios. Solo en el año 2009, la fundación repartió más de 105 millones de dólares entre varios medios de comunicación. A finales de 2008 presenté por primera vez la solicitud de subvención por valor de dos millones de dólares, que por cierto fue rechazada en la tercera o cuarta ronda del procedimiento eliminatorio de selección de candidaturas. Tras la invitación a la segunda ronda, Julian ya había comunicado a los destinatarios de nuestra lista de correo que teníamos prácticamente en el bolsillo la subvención de dos millones de dólares.

En 2009 volví a intentarlo, pero en esta ocasión tan solo solicité medio millón de dólares. La preparación de una solicitud semejante comporta mucho trabajo, pero Julian no me ayudó. Otra persona y yo trabajamos durante dos semanas la solicitud. Había que contestar a ocho preguntas relativas a la motivación y a la estructura interna del proyecto. Un día antes de que se cumpliera el plazo de presentación, apareció Julian, con la Nanny a remolque, y se dispuso a escribir la solicitud para la Knight Foundation que nosotros teníamos preparada desde hacía días. Julian simplemente había decidido presentar dos solicitudes. Así seguro que una de ellas tendría éxito. Julian y la Nanny me explicaron además por qué la suya triunfaría. Mi solicitud fue aceptada, pasó la primera ronda y la segunda, y de repente formaba parte de las elegidas en la penúltima. La de Julian y la Nanny fue descartada ya en la primera ronda.

Un tiempo después, Julian me echó en cara que había incluido mi nombre en la solicitud. El problema, en realidad, era otro: en el año 2008, el último día del plazo de presentación me encontré con la solicitud cumplimentada en mi escritorio, sin saber si debía firmarla e indicar mi nombre real y mi dirección. No teníamos ninguna oficina, y por tanto ninguna dirección. Y Julian no tenía siquiera un domicilio fijo.

Como el tiempo apremiaba, pensé que debía olvidarme de los Estados Unidos, daba igual si constaba mi verdadero nombre. Así que firmé la solicitud y la envié.

Durante los siguientes días en efecto soñé con el medio millón de dólares para WikiLeaks y con todas las cosas de las que nos proveeríamos. Antes de dormir pensaba en cómo dispondríamos aquellos nuevos componentes de tecnología punta para la seguridad de nuestra red: medio bastidor en un centro informático adecuadamente refrigerado, con alimentación y red redundantes, así como un terminal para el acceso a otros servidores, por si se producía una avería. Por descontado serían servidores de última generación, no de la antepenúltima.

Y seguía soñando. Soñaba que podríamos alquilar una oficina y confiar tareas concretas a algunos ayudantes. Y que podríamos cobrar un sueldo. Lo que más

deseaba era no tener que volver a la empresa, las hojas de cálculo de Excel y las reuniones de los martes, y a mis teleconferencias secretas desde el almacén del octavo piso.

El proceso de selección de solicitudes se prolongó durante semanas. La Knight Foundation nos pidió documentación adicional y quería invitarnos a la última ronda en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en Boston. La fundación quería conocernos personalmente y entrevistar a los miembros de nuestra junta.

El Consejo Consultivo era una creación ficticia de antes de que yo participara en el proyecto. De las ocho personas que dábamos como consejeros, solo una declaró públicamente su adhesión a WikiLeaks: C. J. Hinke, un ciberactivista de Tailandia. Con el tiempo, los periodistas encontraron a cada uno de los supuestos miembros de la junta. Los chinos inmediatamente desmintieron su participación, y Julian despachó con pocas palabras el asunto: «Es obvio que no pueden declararse públicamente a favor nuestro».

Ben Laurie había negado en varias ocasiones haber formado parte del Consejo. Philip Adams por lo menos admitía haber estado de acuerdo con nosotros en alguna ocasión, pero por motivos de salud no había podido hacer ninguna aportación.

Seguro que la fundación habría apreciado poder hablar con el selecto núcleo de WikiLeaks, como mínimo en una ocasión. Pero resultó imposible encontrar una fecha para una teleconferencia conjunta. Hubo un profuso intercambio de correos, y la fundación debió tomarnos por unos arrogantes o por una organización extremadamente desorganizada, lo cual, en ambos supuestos, era cierto. Les aseguré que independientemente de la fecha que propusieran, por lo menos yo estaría a su disposición. Quería que nuestros interlocutores tuvieran la sensación de que estábamos realmente interesados. Julian me escribió entonces en un correo malintencionado: «Tú no eres el solicitante».

Con posterioridad declaró a terceros que yo había intentado meter baza en la solicitud. ¡Dios mío! Hubiesemos aprovechado mejor nuestras energías de haber realizado una presentación convincente juntos. Como consecuencia, en la siguiente ronda fuimos descartados.

Yo tenía muy claro que algún día los colaboradores de WikiLeaks podríamos cobrar un sueldo, con el fin de que nadie tuviera que seguir prostituyéndose. Ese era el problema: necesitábamos mucha más gente y disponer de más tiempo. Lo cual no era posible porque casi todos teníamos que ganar dinero, aparte de trabajar en WikiLeaks.

En mi opinión, el hecho de no poder realizar el trabajo que satisface a cada uno es una especie de prostitución. Aunque por supuesto soy consciente de que no soy el único que no puede hacer lo que más le gustaría.

En aquella época tan solo hubo una persona que recibió dinero por su

colaboración: un técnico que todavía sigue trabajando para WikiLeaks, tal vez incluso porque siente estar en deuda con el proyecto. En una ocasión una periodista recibió unos seiscientos euros para que escribiera un análisis exhaustivo sobre las filtraciones relativas a la banca. Entonces consideramos que debíamos encargar a alguien la realización de una investigación en profundidad. En 2008, seiscientos euros todavía era mucho dinero para nosotros.

En cualquier caso, yo cada vez aborrecía más mi trabajo. No encontraba sentido a gastar mi energía en los clientes. ¿Qué importancia tenía si Opel producía más automóviles, o si ascendían las cifras de ventas de algún otro comprador? Esas cuestiones no harían del mundo un lugar mejor. Era de la opinión de que aquellas personas que poseyeran un don concreto tenían la responsabilidad de ponerlo al servicio de la sociedad. Tenía la sensación de que cada minuto que pasaba en la oficina era tiempo perdido. Me concentraba únicamente en realizar mi trabajo de la manera más eficiente posible. En una gran empresa en la que, de todos modos, los plazos para las distintas fases de un proyecto son muy amplios, no me resultaba demasiado difícil, sobre todo teniendo en cuenta que era más eficaz que la mayoría de mis compañeros.

Por la noche me dedicaba a WikiLeaks, y por el día atendía las peticiones de mis clientes, aunque cada vez podía trabajar desde casa con más frecuencia. A veces me despertaba el teléfono a las once de la mañana con la llamada de un cliente importante: una teleconferencia que había olvidado por completo. En ropa interior, desperezándome del sueño más profundo, avanzaba tropezando con un montón de documentos militares secretos, esparcidos por el suelo, para sentarme en mi puf. A continuación, me dirigía a los directivos de consorcios internacionales para ilustrar con todo detalle el magnífico proceso de optimización de sus centros informáticos, mientras me fijaba en un agujero del calcetín de mi pie derecho. Una vez hecho esto, volvía a enfrascarme en los documentos, informaciones sobre servicios de inteligencia y casos de corrupción, que deberían aparecer en nuestra página próximamente. La calidad de mi trabajo no se veía afectada por ello. Mis padres me habían educado con una conciencia del deber que no se puede olvidar fácilmente.

A mediados de 2008 estuve durante cuatro semanas en Moscú por motivos de trabajo. Debía organizar la estructura de un centro informático en un edificio de oficinas. Una vez allí, el complejo proyecto resultó ser incontrolable.

Me alojaba en un Holiday Inn en las proximidades del parque Sokolniki al noroeste de Moscú, así que cada día debía viajar durante cuarenta y cinco minutos en metro hasta mi lugar de trabajo. Como era el único que no era ruso, solo confiaban en mí, y muy pronto me convertí en el chico de los recados. El cliente me llamaba a diario. Trabajaba todo el tiempo. Además, siempre pasaba algo, a veces un trabajador

esmerilaba las paredes de la sala de servidores, o el aire acondicionado tenía una fuga. Así que, entre mis tareas, también estaba la de proteger del polvo y la suciedad componentes de *hardware* por valor de aproximadamente un millón de dólares.

Las obras eran una pesadilla: los trabajadores mal pagados escondían cascotes y desechos en el falso suelo, de forma que incluso antes de que hubieran acabado ya se habían producido los primeros escapes en los tubos de la calefacción, porque nadie caminaba con cuidado. Me pasaba todo el día corriendo de un lado a otro, de hecho, incluso me salieron ampollas en los pies. En Moscú gasté por completo un par de botas Dr. Martens. La ciudad me ponía de los nervios.

Un día decidí darme un respiro y visitar a un viejo conocido de cuando participé en el programa de intercambio del último curso de bachillerato. Aquella fue la primera vez que estuve en Rusia. Vladimir\* había estudiado derecho, y cuando le pregunté que a qué se dedicaba, me respondió: «Hago favores». Tenía cuatro amigas, a cada una de las cuales había regalado un coche y una casa. Lo que más me impresionó fue que en su coche había una nota del jefe de policía que rezaba: «No se debe importunar al propietario».

No suelo ser mal copiloto, pero cuando Vladimir\* entraba a cien por hora en un carril para girar a la derecha, o habilitaba uno para su uso exclusivo, convencido de que los demás debían dejarle pasar, porque de todos modos los responsables de tráfico le darían la razón, me agarraba con fuerza al asidero que hay encima de la ventanilla.

Desde la ventana de mi oficina, me entretenía contemplando las numerosas obras en las que los obreros moldavos trabajaban para batir nuevos récords. A la izquierda, el edificio más alto de Europa, a la derecha, la segunda torre más alta del mundo, si mi memoria no me traiciona. Los obreros vivían en pequeños barrios de chabolas hechos de contenedores, algo parecido a *townships* rusos, cercados por alambradas. Más de cincuenta habían perdido la vida en accidentes desde que comenzaron las obras.

Es realmente vergonzoso que no publicáramos nada sobre la situación en la que estaba sumido el país. Nos llegaba muy poco material de Rusia, y además, desconocíamos el idioma. Cualquiera podía hacer críticas a nuestro enemigo preferido, los Estados Unidos, pero en Moscú también había mucho por denunciar. Durante aquellas semanas me hubiera gustado contar con más tiempo para WikiLeaks. Con todo, conseguí reunirme en Moscú con Transparencia Internacional y concedí una entrevista a la ARD (Consortio de instituciones públicas de radiodifusión de la República Federal de Alemania), en su delegación en el extranjero.

Simultáneamente, se produjo la primera oleada de despidos en la sede de mi compañía, y el comité de empresa envió un correo a todos los trabajadores para

ofrecerles asesoramiento al respecto. Poco después recibimos un correo de la dirección: si un trabajador perdía un cuarto de hora con el comité, le sería descontado del horario de trabajo acordado. A partir de ese momento, no cesaron de llegar insinuaciones de que se llevarían a cabo operaciones de vigilancia y otras sandeces pedagógicas semejantes, tales como el recordatorio de que el día 24 de diciembre se trabajaba media jornada, o de que los bolígrafos y las gomas de borrar eran propiedad de la empresa.

Trabajaba dieciséis, a veces dieciocho horas al día, para que la empresa después me echara en cara que quería estafar un cuarto de hora de trabajo. Así que como respuesta redacté un correo que envié a todos los trabajadores alemanes del consorcio. Utilicé la dirección de la gerencia como remitente, con copia a todos los directivos. En el correo solicitaba al gerente que por favor no aplicara su propia moral laboral a los demás trabajadores. Y que estaría bien que el comité de empresa no diera su brazo a torcer. Hice que el correo saliera a través de una impresora de red, de la cual conocía la dirección IP porque estaba en el pasillo de mi oficina en Rüsselsheim.

No tardó mucho en aparecer una ventana del *chat* en mi ordenador: era una compañera que pertenecía al pequeño círculo de gerencia. Tenían un problema y me pedía si podía ayudarles, puesto que sabía que era experto en temas de seguridad.

Simulé estar muy sorprendido: «¡No puede ser!».

Realicé a conciencia las comprobaciones pertinentes y les recordé que en el pasado ya había indicado los problemas de seguridad de las impresoras de red en varias ocasiones.

«¿No es posible identificar al remitente del correo?»

«Desgraciadamente no —respondí lamentándome—. Tengo además mucho trabajo pendiente, lo siento.»

Me despedí amablemente y volví a dedicarme al proyecto ruso.

Algunos de mis colegas en Alemania desarrollaron muy pronto un auténtico odio hacia el autor del correo. Tenían miedo de que alguien pudiera acusarles de ser los redactores del mensaje y de la posibilidad de perder realmente su trabajo. Sobre todo estaban muertos de miedo aquellos que en otras circunstancias no dejaban pasar la menor oportunidad de echar pestes de la gerencia.

Observé divertido cómo la gerencia había recurrido incluso a la policía, y los procedimientos chapuceros de sus agentes. Estos hicieron un gran despliegue para sellar la sala y tomar huellas dactilares de impresoras y fotocopiadoras. Desmontaron los dispositivos de memoria de todos los aparatos cercanos y los enviaron al forense. Por supuesto, no consiguieron descubrir nada.

A principios de 2009 tuve claro que dejaría el trabajo, puesto que era difícil que figurara entre los despedidos. Al ofrecer mi renuncia voluntaria, y dado que era joven

y soltero, la empresa no pudo rechazar mi oferta. Conseguí el sueldo de un año como compensación y renuncié a mi cargo el 31 de enero de 2009. Lo primero que hice con el dinero fue comprar seis portátiles nuevos y un par de teléfonos para WikiLeaks.

En un primer momento mis padres no pudieron entender por qué había dimitido: desde su punto de vista, renunciar a un trabajo seguro y a la pensión de jubilación sonaba un poco arriesgado. Sin embargo, me apoyaron en todo momento. Sobre todo mi madre, que sabía desde hacía mucho tiempo de mi intención de hacer algo con una finalidad social, y era consciente de que cualquier intento por su parte de hacerme cambiar de opinión, únicamente tendría como resultado justo lo contrario.

Di por supuesto que en el plazo de un año conseguiríamos sacar adelante el proyecto, de forma que pudiéramos cobrar un modesto sueldo. Por eso, el paso que había dado no me pareció tan descabellado. Tenía la sensación de haber tomado la decisión correcta.



## La lucha contra la censura en Internet

**E**n el año 2008 empezamos a publicar las listas de filtros de varios sistemas, utilizadas en todo el mundo para bloquear el acceso a páginas web concretas.

La primera lista nos llegó desde Tailandia. En este caso, se trataba de un evidente abuso del poder político: el régimen empleaba el filtro sobre todo para vetar las críticas a la casa real. Asimismo, quedaban prohibidas las páginas de contenido pornográfico.

Muy pronto llegaron listas de filtros de países democráticos, tales como Noruega, Finlandia, Dinamarca, Italia y Australia. En dichos países, los filtros debían utilizarse supuestamente para poner freno a la difusión de la pornografía infantil. Algunos de estos sistemas están ideados para su aplicación voluntaria, es decir, los padres pueden instalarlos en sus ordenadores y en los de sus hijos. Con toda seguridad, se trata de un buen enfoque. Sin embargo, estos filtros pueden convertirse en una sospechosa medida de censura cuando los legisladores pretenden obligar a todos los usuarios de Internet a instalarlos.

El argumento esgrimido por sus partidarios afirmaba que solo de este modo sería posible luchar de manera efectiva contra la pornografía infantil en la red. Pero se trata de un argumento engañoso, que posteriormente sería rebatido de muchas maneras.

Nuestras filtraciones pusieron de relieve que incluso las mejores listas de censura no incluían ni siquiera un tercio de los sitios identificados como peligrosos. Algunas listas presentaban hasta un noventa por ciento de errores. Entre ellas destacaba la lista finlandesa: un porcentaje mínimo de las páginas identificadas incluían en realidad contenidos de pornografía infantil. Esta información desencadenó un amplio movimiento político de protesta.

Los sistemas no solo eran pésimos, sino que podían ser manipulados fácilmente con fines políticos, y no solo en dictaduras y regímenes tiránicos tales como China o Tailandia. En Finlandia la censura afectó a Matti Nikki, conocido autor de un *blog*. Tras publicar la lista prohibida finlandesa, su propia dirección IP pasó a formar parte de la misma.

Las listas australianas habían incluido la página web de un dentista y páginas web de antiabortistas, así como de minorías homosexuales y religiosas.

Publicamos la lista australiana en plena campaña electoral. En Australia, el gobierno pretendía, al igual que en Alemania, instaurar los filtros de la red de forma obligatoria para todos los usuarios. El gobierno negó que la lista publicada fuera el mismo documento en el que se basaba su proyecto de ley. Curiosamente, muy pronto recibimos una nueva lista, muy parecida a la anterior, aunque mejorada por sus responsables en los puntos más criticados por la opinión pública.

A finales de abril de 2009, la entonces ministra de Familia alemana, Ursula von

der Leyen, presentó un primer proyecto de ley para restringir el acceso en la red. Ya los servicios de investigación del Bundestag manifestaron en su momento tener dudas sobre su constitucionalidad. Pienso que, aunque no hubiéramos sacado el tema a la luz, el proyecto habría sido rechazado de todos modos.

Pero en aquella época no era el nombre WikiLeaks el que atraía la atención de los medios. Era necesaria una persona que enfocara el tema como un asunto personal. Tuvimos la gran suerte de que esa persona fuera Franziska Heine.

La joven berlinesa supo del asunto a través de un *blog*, y de inmediato hizo una petición *on-line* —para impedir la implementación de la Ley— que se convertiría en la de mayor éxito de la República Federal de Alemania. Como consecuencia, Franziska pasó a ser famosa en muy pocos días, por lo menos en los círculos que profundizaron en la cuestión de la censura desde una perspectiva política y periodística. Los principales periódicos y programas de televisión querían entrevistarla. Cuando estaba con ella, su teléfono sonaba constantemente, y aprovechaba la hora de comer para atender a la prensa.

Conocí a Franziska por correo electrónico. Tras haber hecho pública al mundo su petición, escribí un correo para preguntarle si le interesaría unirse a nosotros. Cuando respondió parecía entusiasmada, y al final de su correo decía: «Deberíamos vernos».

Un par de días más tarde me encontraba en un tren rumbo a Berlín. Franziska es una persona muy abierta. Ya en nuestro primer encuentro paseamos durante horas por las orillas del Spree mientras hablábamos. Tiene una mirada amable y adormilada, un tanto pícara, y da gusto charlar con ella. En aquel momento, lo que más hubiera deseado era no tener que cargar con la pesada bolsa de bandolera, en la que llevaba mis dos portátiles y los móviles, que por motivos de seguridad me había acostumbrado a no dejar en casa sin vigilancia.

Después la acompañé a un bar situado a la orilla del río, el Club de los Visionarios. Nos sentamos en la pasarela sobre el canal Flutgraben, escuchamos música electrónica y observamos el agua. Más tarde se unirían a nosotros otros *bloggeros* y ciberactivistas. A Franziska le fascinaba aquel tema como mínimo tanto como a mí.

No sé si le gustaba el revuelo que se había formado en torno a ella. Conseguía llegar a todo, además de realizar su trabajo a jornada completa como gestora de proyectos en una empresa de telecomunicaciones, lo cual a buen seguro era agotador. En mi opinión, era la que mejor podía desempeñar aquel papel, porque no se la conocía como ciberactivista, y tampoco tenía ambiciones políticas, ni pretendía aprovechar lo sucedido en beneficio de su propia carrera. Franziska no era una experta en el ámbito de la tecnología, así que me pidió que la acompañase en sus apariciones ante la prensa. Lo hice con gusto, no solo como apuntador y enciclopedia técnica ambulante, sino también porque de ese modo podría entrar en contacto con

los dirigentes políticos.

En 2009, Franziska y yo pegamos juntos los carteles que anunciaban la gran manifestación contra el control «Libertad en lugar de miedo», en Berlín, y volvimos a encontrarnos en la multitudinaria conferencia de los *hackers* (Hacking at Random, HAR) en los Países Bajos. Ahora hemos perdido un poco el contacto. Creo que anhelaba volver a dedicarse a su profesión y sobre todo a su vida privada. En aquel momento ya había mucha gente interesada en cuestiones relativas a la censura, pero resultaba muy difícil que trabajaran en equipo. Algunos se habían involucrado en el asunto mucho antes, y a veces se comportaban como si tuvieran la exclusividad. En las conversaciones, con frecuencia ya no se hablaba del tema sino solamente de los nombres que figuraban en los papeles.

Franziska recibió una invitación a un debate con la entonces ministra de Familia, Ursula von der Leyen. Los moderadores serían el periodista de *Zeit Online*, Kai Biermann, y el redactor de *Zeit*, Heinrich Wefing. Franziska me pidió que la acompañara, y a pesar de que ambos periodistas aceptaron mi presencia, insistieron en que todas mis respuestas serían atribuidas a Franziska.

Aunque recibí un trato correcto —me ofrecieron una silla y una taza de café— no dejé de tener la sensación de estorbo. Cuando Franziska hablaba, ambos asentían con la cabeza amablemente. Querían saber cómo había llegado a plantear semejante petición. Cuando intentaba aclarar un detalle técnico, la respuesta era casi siempre: «Demasiados detalles, demasiada tecnología».

Me preguntaba cómo era posible entender todo el asunto, cuando ni siquiera estaban preparados para profundizar en los detalles técnicos. Pero a los periodistas les interesaba más la trayectoria personal de Franziska.

En general no me preocupó de revisar las entrevistas antes de ser publicadas. E incluso comenté a Wefing que esa actitud de desconfianza me parecía un cáncer para el periodismo en Alemania, declaración por la que otros periodistas me hubieran abrazado espontáneamente. Wefing me explicó que por el contrario se trataba de una virtud de corrección alemana, y que nadie ofrecía entrevistas a los periodistas sin haber pactado previamente esta cuestión.

Con posterioridad nos dimos cuenta de que en realidad habíamos cometido un error al conceder sin más ni más aquella entrevista a *zeit*. Tuvimos una buena impresión de la copia que se nos presentó, pero el mismo texto fue enviado enseguida a nuestros adversarios. Y el portavoz de prensa de Ursula von der Leyen no pudo reprimir la tentación de hacer sus propios retoques. El resultado final que vimos publicado en el periódico manipuló el debate en perjuicio nuestro, lo cual nos molestó considerablemente.

Poco después celebramos un segundo encuentro con la ministra. El despacho de Ursula von der Leyen se encuentra en un edificio de hormigón gris en la

Alexanderplatz.

La sala de reuniones, situada en el último piso, tenía aproximadamente las dimensiones de la mitad de un aula escolar y estaba provista de varias mesas con sillas a su alrededor. Allí nos esperaban unas cuantas personas más, aparte de la ministra: Annette Niederfranke, la directora general del ministerio y del Departamento 6: ayuda a la infancia y la juventud, con una de sus ayudantes, así como el portavoz de prensa Jens Flosdorff, que ya conocíamos de nuestra entrevista con Zeit. Pero había además otro asistente a la reunión, con el que no contábamos: Lisa\*, metro veinte de estatura, una niña de unos ocho años.

Tomamos asiento en uno de los extremos del círculo de mesas, frente a la niña morena de cabellos rizados, que hacía garabatos con ceras sobre hojas en blanco, más o menos absorta en su tarea.

Lisa\* era la hija de la ayudante de Annette Niederfranke y su padre había salido en viaje de negocios, por lo que la niña había tenido que quedarse con su madre después de la escuela. Y puesto que ninguna otra persona en todo el ministerio podía ocuparse de ella, la niña debía asistir a nuestras conversaciones sobre pornografía infantil.

«No es ningún problema, ¿verdad?», dijo Ursula von der Leyen sonriendo, como si hubiéramos puesto algún inconveniente. Lisa\* era una niña tranquila y se limitaba a pintar coloridos y simpáticos dibujos. Y ahora que ya estaba allí, no debíamos utilizar la palabra que empezaba con «p» bajo ningún concepto. No debíamos decir aquella «palabra horrible», dijo la ministra, y por si no había quedado claro repitió: «esa horrible, espantosa palabra», con una expresión desconsolada en su rostro. «Todos sabemos muy bien de qué estamos hablando.» Volvió a hacer un significativo gesto con la cabeza a todos los asistentes. La entrevista podía comenzar.

La reunión duró dos horas, durante las cuales Ursula von der Leyen habló consecuentemente de la palabra que empezaba con «p», mientras la joven ayudante de la directora del departamento, la madre de Lisa\*, utilizaba sin reparos las palabras «pornografía infantil». Lorient (un famoso cómico alemán) no hubiera podido poner mejor en escena semejante parodia. Finalmente, la reunión se dio por terminada porque era muy tarde y Lisa\* tenía que ir a dormir.

«Gracias por su asistencia, ¿necesitan que les acompañemos a la salida?»

El tono de la conversación fue en todo momento tranquilo y sereno. Ursula von der Leyen demostraba con cada palabra y cada gesto su amabilidad y buena disposición. Tampoco queríamos asustar a la pequeña Lisa\*, de forma que nadie pudo poner los puntos sobre las íes y decir: «Lo siento, pero esa basura que tenéis entre manos no tendrá ningún éxito en la lucha contra la pedofilia».

Sea cual fuera aquella estrategia, nos sentimos moralmente extorsionados. Más tarde lamentaríamos no habernos negado a asistir a aquella reunión. Pero al menos

podimos comprender un poco mejor cuál era la motivación de Ursula von der Leyen. Nos explicó lo mal que se sentía cuando en conferencias internacionales se le preguntaba por qué Alemania no actuaba con la suficiente dureza contra la pornografía infantil.

Ese era su argumento. Bien. Pero yo tenía la impresión de que quería hacer algo para demostrar que realmente estaba haciendo algo. De qué se trataba exactamente, sin embargo, parecía pasar a un segundo plano.

No obstante, la oposición a la ley del bloqueo en la red fue una de las acciones políticas de mayor éxito durante mi época en WikiLeaks, y puso de manifiesto la posibilidad de generar una gran presión política en muy poco tiempo. Contábamos con los hechos, Franziska era la activista y cuatro semanas después nos reuníamos con la ministra competente, Ursula von der Leyen.

De las dos posibles formas de compromiso político esa era mi preferida. Se puede criticar a posteriori los errores cometidos, por ejemplo en el servicio de peaje para camiones o la industria farmacéutica alemana. O bien, se puede influir en el proceso en curso. En esta ocasión habíamos aprendido que era necesario superar cierto umbral de percepción en los medios de comunicación para poder cambiar algo. Y para ello lo mejor era, lamentablemente, personalizar un problema con un cara y un toque individual.

En la conferencia HAR 2009 intentamos trasladar a un foro mayor aquella acción política cuyo ímpetu habíamos percibido en Alemania. Nuestro objetivo era dar vida a un movimiento político que opusiera resistencia a las medidas de censura en Internet en todo el mundo.

HAR es la abreviatura de Hacking at Random (Piratería aleatoria) y para los *hackers* es algo así como un Woodstock, un festival de gran relevancia que tiene lugar cada cuatro años en diferentes ubicaciones de los Países Bajos. La conferencia HAR es una buena oportunidad para conocer gente y dar impulso a temas de actualidad. Julian y yo teníamos tres ponencias programadas, entre ellas un debate sobre la cuestión de la censura.

Junto con mi novia y uno de nuestros dos técnicos, nos desplazamos a Vierhouten en un gran Mercedes Sprinter blanco, apenas una semana antes de que comenzara el festival el 13 de agosto. En nuestro equipaje llevábamos una enorme tienda. Me sentía especialmente orgulloso de la bandera azul celeste con el logotipo de WikiLeaks, que había encargado por Internet a una empresa textil: en un palo de seis metros de altura ondeaba una bandera de casi dos metros de largo. Contábamos además con dos tiendas para fiestas, mi unidad solar móvil, un montón de luces y una bola de discoteca. Nuestro equipaje incluía además una nevera, hamacas, un sillón hinchable y un colchón.

El campamento se estableció en un gran recinto con prados y bosques, que

normalmente es un camping al que acuden familias en sus vacaciones. Ayudamos a instalar las unidades de energía, la red de información y las tiendas en las que tendrían lugar las conferencias, y colaboramos en el tendido de kilómetros de cables y fibra óptica sobre los árboles para que nadie pudiera tropezar con ellos. Para aquellos cinco días de conferencias se creaba una ciudad completa, con todo lo necesario, incluida una conexión a Internet de 10 GB, que en los próximos días transferiría la mayor parte del tráfico europeo en la red en dirección Vierhouten.

Los preparativos son casi lo que más me gusta de estos campamentos. Me parecía estupendo volver a trabajar al aire libre con personas reales.

El tiempo fue fantástico. Solo hubo una tormenta una noche, debido a la cual el agua de la lluvia penetró en las baterías del equipo de energía solar. Se produjo un cortocircuito y por poco se quema toda la instalación. Pero eso lo descubrimos a la mañana siguiente.

Julian llegó dos días antes de la conferencia. Puso su tienda en el lugar más recóndito, y luego se dispuso a vagabundear por el recinto. No parecía tener muchas ganas de ayudarnos.

En aquel campamento todos llevaban consigo teléfonos DECT, conectados entre sí mediante una red propia. De ese modo los asistentes a la conferencia podían contactar unos con otros o llamar a los amigos que se habían perdido entre el gentío. Por supuesto, también era posible usarlos para llamar por teléfono en todo el mundo.

Se podía reservar un código de cuatro dígitos para cada teléfono DECT. Yo elegí el código LEAK. Para Julian había reservado el código 6639, es decir MNDX, que representaba Mendax, su antiguo nombre de *hacker*. Creo que se alegró mucho. Recuerdo que durante una conferencia en 2008 en Berlín, alguien del público había reconocido a Julian en la tribuna y le había llamado en voz alta: «¡Eh, Mendax!». En la cara de Julian podía leerse su alegría. En el congreso celebrado en diciembre de 2007, cuando nos vimos por primera vez, era seguramente el mejor *hacker* de todos con diferencia, y él se pavoneaba en consecuencia. Creo que se sentía un tanto decepcionado de que casi nadie le reconociera.

No oí su teléfono ni una sola vez durante la conferencia. Pero nunca cargaba la batería, y tampoco parecía interesarle demasiado.

Al margen de los muchos actos programados, siempre había alguna fiesta. En nuestra tienda había una bola de discoteca y música, y por la noche cocinábamos todos juntos. Bajo ella se reunían unas veinte personas, aunque solo fuera porque estábamos tan bien equipados. Mi novia tuvo la oportunidad de relajarse, estaba contenta de poder tenerme cerca durante tantos días. Se mecía en la hamaca o se pintaba las uñas de los pies con los colores del arcoíris. Se encargaba además de recaudar fondos para las compras y ayudaba en la cocina. Todos estaban encantados con ella.

Nuestro técnico fue el que más pareció alegrarse con aquella excursión. Se sentía muy a gusto en la naturaleza, entabló nuevas amistades y dejó de pensar en el mañana. Se me ocurrió entonces que deberíamos hacer algo juntos con mucha más frecuencia. Hacía mucho bien fijar la vista en un par de árboles, y no siempre en la pantalla del ordenador.

Un periodista preguntó en una ocasión a Marvin Minsky, experto en inteligencia artificial y uno de los primeros en defender la hipótesis de que algún día los ordenadores estarán conectados directamente por cable con nuestro cerebro, cuándo nos despediríamos finalmente del mundo real para entrar en el virtual. A lo cual contestó que mientras fuéramos capaces de mirar hacia el exterior, después de haber pasado dos horas ante el ordenador con las mejores imágenes en 3D, para observar un árbol y maravillarnos atónitos ante aquella realidad tan fantástica y rica en detalles, a buen seguro no pasaría algo semejante.

A Julian se le ocurrió entonces que quería dar otra conferencia. Pero no había contado conmigo, a pesar de que hasta entonces siempre habíamos dado las conferencias juntos. Se fue a un hotel, porque según me dijo allí podía prepararse mejor y además quería volver a revisar minuciosamente su ponencia con un conocido suyo.

Por una parte me alegré de que por lo menos se hubiera presentado dos días antes de la conferencia, en lugar de dos minutos antes, como casi siempre. Sin embargo, me hubiera gustado haberlo sabido antes. Aquellos numeritos improvisados y espontáneos a lo kamikaze en la tribuna me destrozaban los nervios. Hoy en día, a menudo acudo a las apariciones en público sin haberlas preparado previamente, puesto que a estas alturas conozco la temática al dedillo. Me he vuelto mucho más espontáneo. Con frecuencia los oyentes me dicen después que les encantó escucharme y que mi exposición les pareció viva y desenfadada. Esto debo agradecerlo a Julian. Desde que empezamos a dar conferencias juntos, dejé de preocuparme de que algo pudiera ir mal, de que el proyector se incendiara o la tribuna se derrumbara.

Había veces que secuestrábamos la tarima. Cuando el organizador no había previsto nuestra participación, pero creíamos que debíamos estar incluidos en el programa, sencillamente saltábamos al estrado sin preguntar antes. Así fue por ejemplo en junio de 2008, cuando Julian y yo asistimos a la conferencia de Global Voices (Voces globales) en Budapest. Global Voices es una red universal de *bloggeros*, que traducen *blogs* y periodismo ciudadano en todos los idiomas, para divulgar sus contenidos y defenderlos contra la censura. En aquella conferencia esperábamos hacer nuevos contactos que pudieran apoyarnos a la hora de dar a conocer nuestras filtraciones al mundo. Para ello simplemente creamos nuestro propio punto del programa y repartimos folletos de forma previa a nuestro asalto a la

tribuna, durante una ponencia oficial.

Una vez concluida la conferencia, Julian habló con un representante del Open Society Institute (OSI) de George Soros, que le preguntó de dónde sacábamos el dinero para WikiLeaks, y dio a entender que el OSI subvencionaba proyectos como el nuestro. Según Julian, este se interesó también por nuestra lista de necesidades, y comentó que no debíamos ser modestos. Por lo que sé, tampoco conseguimos nada.

Dimos tres conferencias en el ámbito de la HAR. Nuestro objetivo era llamar la atención al nuevo movimiento internacional sobre el tema de la censura en Internet. Fui moderador de una mesa redonda al respecto. Compartí la tribuna con Julian y Rop Gonggrijp, un ciberactivista neerlandés, que posteriormente también nos ayudaría en la publicación de *Asesinato colateral*, además de Franziska, y el artista y ciberactivista padeluun, de la asociación para la protección de datos Foebud de Bielefelder, así como una informante y ex agente del MI6 de Gran Bretaña.

Todos estaban de acuerdo con la teoría de que los políticos de todo el mundo preparaban leyes de censura, pero también por todas partes había personas que intentaban oponerse a ello. Asimismo, consideraban conveniente adoptar un enfoque internacional y centralizar la resistencia. Tras el coloquio se nos acercaron muchos oyentes que querían demostrar su apoyo. Creamos una lista de correo que debería cimentar la base de un movimiento global.

Pero en eso se quedó. A lo mejor, lo que faltó en aquel movimiento fue un líder, un abanderado que hubiera podido entusiasmar a más gente. Quién mejor que yo podía saber que en estos casos siempre es necesario un idealista que vaya en cabeza.

Además de la creación de un movimiento global anticensura, en la HAR me encargué de otro cometido, tal vez el más duro de mi vida. Había encargado camisetas con el logotipo de WikiLeaks sobre un fondo blanco, porque pensé que nuestro logo así resaltaría más, y además nos ahorrábamos un par de céntimos por unidad. Fue una estupidez. Las camisetas blancas no se venden, sobre todo en un mundillo en el que las camisetas negras casi forman parte del código de indumentaria. Ni siquiera yo me pondría en la vida una camiseta blanca.

Había encargado doscientas cincuenta unidades, casi cuatro cajas llenas. Apiladas una sobre otra habrían alcanzado tres metros de altura. Ahora tenía que intentar reducir aquel montón monstruoso. Hoy seguro que se venderían como artículos para fans por diez veces su precio, pero entonces no las quería nadie.

Tenía que asaltar literalmente a la gente al pasar por nuestro stand, para intentar convencerles de que comprasen una camiseta por cinco euros. A mis compañeros tampoco se les daba mucho mejor que a mí. De haber tenido que dedicarnos al comercio, ya nos hubiéramos muerto de hambre. Mi novia era demasiado sincera para venderle a alguien una camiseta tan horrible sin tener mala conciencia. Julian, por su parte, prefería iniciar una profunda conversación con los posibles compradores



sobre el estado de las cosas en el mundo. Así que allí estaba, parloteando o buscando camorra. Nadie se acordaba ya de las camisetas.

Por muy poco escapamos a la ruina. El merchandising de WikiLeaks a buen seguro no nos sacaría de nuestras dificultades financieras.

Poco después se nos concedió un premio relacionado con el arte. La fundación donante era Ars Electronica, que cada año celebra un festival en Linz. En mi opinión, aquello era una estupidez, que empezó además de forma muy divertida.

De hecho es necesario presentar una solicitud para poder optar a un galardón de este festival de los medios de comunicación. Cada año se presentan miles de artistas. A nosotros, con toda seguridad, no se nos hubiera ocurrido nunca.

Recibimos una carta de los organizadores. En primer lugar enviaron un par de correos con informaciones sobre el premio, que eliminamos de inmediato. El arte no nos interesaba en absoluto. ¿Qué querían de nosotros? Sin embargo, siguieron llegando cada vez más correos. Finalmente se nos preguntó si no queríamos presentarnos. ¿Acaso querían darnos un premio? El modus operandi nos pareció un tanto extraño. Por otro lado, creíamos que los personajes de aquel mundillo intelectual y artístico, relacionado con la alta tecnología, eran capaces de todo. Leímos por encima las descripciones de los trabajos premiados del año anterior, y ya no nos extrañó nada. Todo aquello nos hizo pensar en algunas citas del cómico Helge Schneider, o en artículos de la revista Titanic, aunque evidentemente iba en serio. No parecía demasiado relevante para la sociedad. ¿Dónde encajaba WikiLeaks?

Pero puesto que los responsables de Ars Electronica habían insistido tanto, envié un par de folios con información general de WikiLeaks a Linz. ¡Sorpresa! Recibimos una invitación para asistir en Austria a la ceremonia de entrega de premios el 4 de septiembre de 2009.

Como solo nos pagaban una habitación de hotel, Julian y yo tuvimos que compartir una cama de matrimonio. En comparación con las pensiones de mala muerte en las que nos solíamos alojar, el Hotel Wolfinger se nos antojó el Ritz. Con todo el encanto austríaco y además muy chic. Como un reflejo involuntario hice amago de quitarme los zapatos en cuanto pisé el elegante parqué de madera de la habitación. Y lo que era aún peor, sentí incluso el impulso de ordenar, antes de que se me pasaran las ganas, puesto que allí donde Julian y yo permanecíamos más de cinco minutos, enseguida parecía como si la maleta llena de ropa hubiera explotado y alguien hubiera tendido cables y teléfonos por encima como decoración. Después me consoló el pensamiento de que los demás artistas probablemente no eran mucho más ordenados.

Habíamos iniciado aquel viaje con la esperanza de conocer a un par de bichos raros, pero acaudalados, del mundo del arte, con los que pudiéramos crear una red social mediante la cual recaudar fondos. Llevábamos una vida bastante espartana.

Tuve que poner cinta americana alrededor del portátil para que la batería no saliera de su receptáculo. Un par de zapatos nuevos hubieran hecho de Julian otro hombre. No obstante, hicimos todo lo que pudimos para pulir nuestra imagen ante la escena artística. Yo me puse unos zapatos de cuero negro decentes. Julian llevaba un abrigo entallado de paño negro, de corte probablemente femenino, que le iba un poco pequeño. Me recordaba a Phantomias poco antes de despegar, pero de alguna manera había conseguido estar verdaderamente elegante.

Perdí a Julian de vista antes de que se realizara la entrega de premios, que tuvo lugar en el centro de congresos Brucknerhaus. Quizás estuviera paseando por el río o hubiera vuelto al hotel, puesto que no le gustaba aquel ambiente.

No se perdió nada. En mi opinión, fueron premiados proyectos completamente absurdos, y por último el presentador anunció que habíamos ganado el segundo premio, sin mencionar siquiera nuestro nombre. La enorme sala en la que tuvo lugar aquella gala estaba llena de señores en traje y damas en vestido de noche. Una de las primeras filas estaba ocupada por aproximadamente veinte de los patrocinadores, y entre estos y el público estaban sentados los artistas con su indefectible peculiar indumentaria. Pero el acontecimiento fue para nosotros bastante improductivo, puesto que nadie se enteró de quiénes éramos en realidad. Tampoco conseguimos un cheque importante de los ricos y extravagantes artistas. La ceremonia me pareció además completamente forzada. Por lo menos pude comprarme un reloj que funcionaba con bioenergía procedente de una planta, el único proyecto que me gustó. Por lo demás, solo vi y escuché a personas enamoradas de sí mismas, que hablaban sobre sus banales proyectos, de los que por supuesto se vanagloriaban.

En el sótano había una presentación con un par de fotos y paneles nuestros. Reconfiguré en secreto los terminales de Internet, de forma que el navegador solo permitiera el acceso a la página de WikiLeaks. Pero nadie se dio cuenta.

Al día siguiente volé de vuelta a casa, antes de lo previsto, porque todo aquel espectáculo me crispaba los nervios. Julian se quedó hasta el lunes, ya que al haber recibido el segundo premio, se nos ofrecía la oportunidad de volver a presentar el proyecto y entrar en contacto con los demás.

Hacia mediodía tuvo lugar una conferencia de prensa, en la misma sala, aunque esta vez el número de participantes era mucho más reducido. Cada uno de los galardonados disponía de cinco minutos para su exposición. Los organizadores cometieron el fallo de dejar que Julian fuera el primero.

«¿Hay algún representante de la prensa en la sala?», preguntó.

Aproximadamente la mitad de los asistentes confirmaron que pertenecían a los medios.

«Qué suerte —dijo Julian—. Tenía miedo de que me hubieran vuelto a encerrar aquí únicamente con artistas papanatas.»

La mitad del público profirió una carcajada, casualmente los mismos que con anterioridad habían alzado la mano. Julian empezó a hablar y explicó a los regocijados periodistas y a los artistas ofendidos cómo funcionaba el mundo y WikiLeaks; acabó cuarenta y cinco minutos después.

## La idea del puerto franco de los medios

**E**n el verano de 2009 la crisis mundial de la banca se encontraba en su peor momento. Alguien nos había enviado material sobre el Banco Kaupthing, en aquel momento el más importante de Islandia. Publicamos la documentación el día 1 de agosto 2009.

El material demostraba que los socios comerciales y allegados de aquel banco habían recibido créditos en condiciones especialmente ventajosas, justo antes de que el banco se declarara insolvente. Los medios hablaban de «saqueo financiero por parte de los banqueros». Los beneficiarios apenas habían ofrecido garantías, en ocasiones ninguna, y sin embargo en algunos casos habían conseguido créditos que ascendían a muchos millones. Los islandeses se habían lanzado en masa a las calles para manifestarse. Asimismo, la indignación alcanzó importantes cotas en Inglaterra y en los Países Bajos, residencia de muchos de los deudores. Los islandeses comprendieron que la explotación de la que eran objeto seguía las directrices de un plan: deberían pagar la bancarrota de su Estado y del sistema de seguridad social durante generaciones, mientras que los banqueros se habían llenado los bolsillos.

Poco después un grupo de islandeses contactó con nosotros, entre los que se encontraba Herbert Snorasson, un estudiante. Tenía previsto organizar una conferencia sobre «libertades digitales» con su club universitario, *Félag um stafrænt frelsi á Íslandi* (FSFÍ), que defendía la libertad de Internet, y quería saber si estábamos interesados en participar. Inmediatamente acepté la invitación. Julian no lo tenía claro.

Como era habitual, decidió asistir en el último momento. Yo ya había confirmado mi intervención y organizado el viaje. Tal vez lo que le convenció esta vez fue mi comentario de que, según unas estadísticas que había leído en alguna parte, en Islandia se encuentran las mujeres más bellas del mundo.

Me alegré de viajar con él a Islandia para acudir a aquella conferencia. Cuando estábamos juntos nos divertíamos mucho. Lo único que empezaba a molestarme era su comportamiento; su actitud de jefe. Por ejemplo, siempre era él el primero en dar la mano a la gente con la que nos reuníamos.

«Soy Julian Assange y él es mi colega.»

A mí nunca se me hubiera ocurrido presentar a Julian como «mi colega».

En noviembre volamos a Islandia. Tomé el avión en Berlín, y Julian fue desde algún lugar que desconozco. Había buscado una pensión donde alojarnos, se llamaba Baldursbra, una casa de huéspedes acogedora pero no demasiado elegante, en el casco antiguo, regentada por una francesa. Julian y yo compartíamos una habitación en el segundo piso.

Nada más llegar fui al centro de la ciudad y busqué un restaurante. Allí me encontré con Herbert, que vino acompañado por su compañero de estudios Smari. No recuerdo el nombre del restaurante, solo me acuerdo de que me sirvieron una magnífica sopa de pescado. En Islandia hay además cerveza de malta de una calidad excelente. Enseguida me sentí a gusto en aquel país.

Conocía a Herbert por su participación en el *chat*. Tras la publicación del caso Kaupthing se había puesto en contacto con nosotros, y enseguida aceptó la tarea de responder a las preguntas de los que empezaban a interesarse por WikiLeaks. Herbert es una persona muy atenta y agradable, con un refinado sentido del humor. Debe de tener unos veinticinco años, lleva una barba al estilo inglés, con unas patillas que presentan una tendencia al crecimiento desmesurado, y estudia historia y ruso en la Universidad de Reikiavik. Una de sus citas preferidas es «¡Propiedad es sinónimo de hurto!» de Pierre-Joseph Proudhon, un economista y anarquista francés del siglo XIX. Dice de sí mismo, utilizando una cita del anarcosindicalista alemán Rudolf Rocker: «Soy anarquista no porque crea que el anarquismo es el objetivo final, sino porque creo que no existe algo semejante a un objetivo final».

Conocía los clásicos anarquistas que formaban parte de mi lista extraoficial de autores preferidos de la literatura mundial. Me sentía entusiasmado al haber encontrado tan lejos de casa a una persona con el mismo modo de pensar. *Qué es la propiedad*, de Pierre-Joseph Proudhon, era para mí el libro más significativo de todos los tiempos. Entre mi equipaje se encontraba una nueva edición de las obras de Proudhon, en la que aparecían publicadas cartas hasta entonces inéditas. Desde Navidad se apilaban en mi casa pendientes de lectura además *Blackwater: el auge del ejército mercenario más poderoso del mundo*, de Jeremy Scabill, *Corporare Warriors* (Guerreros corporativos: El auge de la industria militar privatizada), de P. W. Singer, y *La revolución*, de Gustav Landauer. Tenía la intención de reducir un poco aquel montón durante mi estancia en Islandia. Con Herbert podía filosofar durante horas. Como historiador, sabía muchas cosas de las que los informáticos no teníamos la menor idea. Por su parte, se sintió entusiasmado con la nueva edición de la correspondencia de Proudhon.

Con Smari tuve contacto por primera vez en aquella ocasión. Estudiaba informática en la universidad y organizaba junto con Herbert la conferencia. Es un poco inconstante e informal, pero en compensación cuenta con una gran cultura y está involucrado en muchos proyectos sociales. Es medio irlandés, y además de su maraña de pelo rubio tiene un nombre especialmente sonoro: Smari McCarthy. Smari significa «hoja de trébol» en islandés (sus padres se permitieron hacerle una pequeña broma). Lo llevaba bien, como casi todo lo demás.

Hablamos hasta que los propietarios del restaurante se acercaron a nuestra mesa y nos dijeron que les gustaría cerrar. Julian llegó en el último vuelo y se reunió con

nosotros en la pensión. Aquella noche se nos ocurrió la idea de convertir Islandia en un puerto franco para los medios de comunicación.

Estábamos en Islandia únicamente por la conferencia, pero en aquel país tan pequeño había corrido la voz de nuestra presencia. Tras haber publicado las maquinaciones del banco Kaupthing, éramos casi una especie de héroes nacionales. La cadena de televisión islandesa RUV tenía previsto incluirnos en el informativo de la noche el día 1 de agosto, pero cinco minutos antes de la emisión llegó un auto provisional que prohibía la retransmisión del reportaje. La redacción no permitió que les coaccionaran y emitió en sobreimpresión nuestra dirección de Internet. Muchos visitaron nuestra página web para acceder al documento original.

Al día siguiente nos llegó la invitación del presentador televisivo más popular de Islandia, Egill Helgason, que quería entrevistarnos en su programa nocturno de los domingos. Unos días antes, tuvimos una conversación previa con él en la ciudad. Le expusimos nuestra idea de convertir Islandia en el país con la legislación sobre medios de comunicación más avanzada del mundo, y de servirnos de su programa como lanzadera.

A decir verdad, ni la idea era nueva, ni se nos había ocurrido a nosotros, sino que la habíamos sacado de la literatura de ciencia ficción. Una de las fuentes de la idea, que habíamos estudiado a fondo, era el libro *Criptonomición*, de Neal Stephenson. Esta novela de ciencia ficción con ambientación histórica del año 1999 trata, entre otras cosas, del desciframiento del sistema encriptado del ejército alemán, del oro nazi y de diversas operaciones militares secretas. En el libro tiene también un papel central la creación de un puerto franco de datos: la isla asiática ficticia de Kinakuta debe convertirse en un lugar en el que ninguna instancia del mundo pueda controlar las vías de comunicación.

Junto a los libros de Solzhenitsyn, esta era una de las lecturas clave de Julian. Incluso había tomado prestadas algunas formulaciones de esa obra, como por ejemplo el «bruñido», un concepto de ingeniería que denomina a un proceso mediante el cual una constatación pretendidamente objetiva se va modelando y refinando hasta lograr que se aproxime al resultado deseado. Si Julian quería mejorar una formulación, decía siempre que aún había que bruñirla un poco, como si se tratara de esmerilar un pedazo de metal.

Además, cambió su viejo nombre de *hacker*, Mendax, por Proff, tal vez una leve alteración del «Prof» del libro. El Prof del *Criptonomición* está basado en un personaje real: el matemático británico Alan Turing. En determinados ámbitos informáticos, Turing está considerado uno de los grandes pensadores del siglo XX. Fue él quien escribió el código de una de las primeras máquinas de cálculo y también quien descifró el código en clave de los nazis.

Nuestra idea de crear un puerto franco para los medios, análogo a las islas que se

convierten en paraísos fiscales por su legislación particularmente favorable para el negocio bancario, se basaba en convertir Islandia en un paraíso informativo, con leyes favorables para empresas de comunicación y proveedores de información. En muchos países del mundo no existe realmente la libertad de prensa e incluso en los países democráticos, las redacciones reciben presiones, se ven sometidas a persecución legal o se ven obligadas a publicar sus fuentes. La idea era que medios y proveedores pudieran trasladar las sedes de sus empresas a Islandia (en caso necesario de forma tan solo virtual) y allí acogerse a una legislación informativa particularmente avanzada.

Islandia tenía ya previsto desarrollar sus centros de cálculo a lo grande y hacer llegar su sistema de datos a todo el mundo mediante el cable submarino. También disponían de energía verde procedente de numerosas centrales térmicas. Como últimamente habíamos conseguido hacer realidad tantas cosas que hasta entonces parecían poco más que argumentos de novela, pensamos: ¿por qué no vamos a poder llevar a la práctica también nuestro proyecto de desarrollar un puerto franco para los medios de comunicación?

Por su parte, cuando Julian le presentó la idea, Egill Helgason detuvo su taza de café a medio camino de la boca y yo detecté un brillo en su mirada. Nos quedó claro que íbamos a lanzar nuestra propuesta durante la entrevista que nos iba a hacer el domingo.

De vuelta a nuestra pequeña habitación con vistas, cortinas de flores, un cubo de basura beige y el aseo en el pasillo, intercambiamos aún unas palabras sobre la primicia. Rebosábamos confianza en nuestras posibilidades: a continuación nos íbamos a inmiscuir un poco en la política islandesa. Y si no lográbamos sacar esa simpática isla de la crisis, por lo menos nos reiríamos un rato. Nuestra siguiente aventura podía empezar, el equipo estaba a punto.

Aquel domingo, un chófer nos recogió en la pensión y nos acompañó hasta el estudio de televisión. Nos dirigimos lentamente a la colina de las afueras de la ciudad donde este estaba situado. Eché un vistazo por la ventana; el paisaje estaba cubierto de nieve y soplaba un fuerte viento. Mirando a través de los copos blancos que caían sobre el parabrisas, daba la sensación de que no nos movíamos de sitio. Reikiavik era un lugar peculiar, fabuloso e inhóspito al mismo tiempo. Habría podido quedarme eternamente dentro de aquel coche. Es probable que no hiciera más frío que en Alemania, pero el mundo que veía a través de la ventana del coche parecía la Antártida. El sol asomaba apenas en el horizonte, brillaba miserablemente durante unas pocas horas y volvía a desaparecer, exhausto, del campo de visión. Yo me sentía extrañamente fatigado, el cansancio se apoderaba de mí nada más levantarme y no lograba desperezarme en todo el día. A pesar del flechazo instantáneo que había experimentado con Islandia, habría podido darme cuenta de buen principio de que

aquel país no solo iba a aportarme cosas buenas. Tal vez incluso podría haber anticipado que surgirían problemas con Julian si teníamos que pasar mucho más tiempo allí.

Ya me había percatado de que nuestra relación había experimentado un cambio y pensaba a menudo en ello. Julian reaccionaba con una irritación exagerada casi cada vez que yo abría la boca. A veces ni siquiera contestaba a mis preguntas y me trataba como si ni siquiera estuviera allí, o corregía mis frases con una pedantería pedagógica que me sacaba de quicio y que, por mí, se podría haber ahorrado. El inglés era su lengua materna, ¡naturalmente que se expresaba mejor que yo! Y yo tenía que hablar e incluso conceder entrevistas en una lengua extranjera. Pero en realidad el problema tampoco era ese: discutíamos sobre estupideces para no tener que mencionar el verdadero conflicto.

También mis ojos me daban problemas: los párpados me pesaban una barbaridad e intentaba detectar en las miradas de los demás si había algo raro en mi aspecto. Así, casi cada día atravesaba la nevasca para ir al supermercado a comprar zumo de naranja natural, con el que pretendía suplir la falta de sol. En la botella de zumo había una radiante esfera anaranjada, vagamente parecida al sol que tanto añoraba. Si no podía verlo, por lo menos iba a beberlo.

A pesar de todo, la entrevista fue un éxito rotundo. Helgason nos preguntó todo lo que tenía que preguntarnos y al final, al hablar sobre WikiLeaks y el Kaupthing Bank, lanzamos nuestra propuesta sobre el puerto franco para los medios. Tras esa aparición pública nos conocía toda la isla.

Nos saludaban por la calle, nos abrazaban en el supermercado y nos invitaban a chupitos en los bares. Era una locura, nos habíamos convertido en estrellas y me gustaba tanto que casi sentía vergüenza. Ser héroe por un tiempo sentaba francamente bien y mentiría si dijera que no me sentí así. En un primer momento habíamos hecho todo lo posible para dar a conocer WikiLeaks. Los periodistas tardaban semanas en devolverme una llamada, dábamos conferencias a las que asistían tan solo un puñado de personas; a menudo nos tachaban de delatores, de locos o de criminales. De repente, y por primera vez, alguien reconocía nuestro trabajo y eso me gustaba. Sin embargo, no detecté ningún cambio de actitud en Julian. Al parecer, que de repente nos adularan era para él lo más natural del mundo y si acaso se preocupaba escrupulosamente de que los himnos de alabanza siempre le dedicaran un par de cánticos más a él.

Desde luego, los viajes con WikiLeaks no podían compararse con unas «vacaciones con un amigo». Nunca cocinábamos juntos, ni siquiera veíamos una película por la noche. Si alguna vez no nos saltábamos directamente el desayuno, nos sentábamos a la mesa con los ordenadores y nos comíamos unos panecillos sin ni siquiera abrir la boca. Si hubiera utilizado el *chat* para pedirle a Julian que me pasara



la cafetera, no habría cambiado gran cosa. Eso sí, una noche salimos juntos por Reikiavik y terminamos en un club del centro de la ciudad. También allí nos invitaron a las consumiciones y todo el mundo quiso beber y bailar con nosotros.

En realidad, Julian y yo nunca fuimos demasiado aficionados a ir de bares. En todo el tiempo que estuvimos juntos, no salimos más de una docena de veces. Me acuerdo de una noche en Wiesbaden, en el Schlachthof. Los amigos con quienes salimos bautizaron a Julian como «el rey de la pista» por su peculiar estilo bailando, pues la verdad es que necesitaba muchos metros cuadrados. Su forma de bailar recordaba una danza ritual; Julian abría mucho los brazos y avanzaba por la sala dando largos pasos. No tenía un estilo particularmente rítmico, ni elegante, más bien daba la sensación de que obedecía a un sentido musical algo demencial, pero aun así daba el pego. A él le traía sin cuidado lo que los demás pensarán de él. En una ocasión me dijo que, para que el ego pudiera fluir, necesitaba espacio. Esa explicación encajaba perfectamente con su forma de bailar.

Pasábamos los días sentados en los sofás del Café Rot, un minirestaurante autogestionado agradabilísimo situado en un viejo y ruinoso edificio donde los domingos se bailaba swing y donde podías tomarte un café por un euro y pasar el día rellenando la taza y trabajando.

Tres días más tarde se celebró la conferencia en la que conocimos a Birgitta, que acudió en su condición de parlamentaria para informarse sobre nuestras ideas para el puerto seguro de datos. Birgitta era miembro del Movement, un nuevo partido que había accedido al parlamento a raíz de la crisis económica y las protestas sociales; era una activista del movimiento de derechos civiles, una fanática del Tíbet que había viajado por todo el mundo; por si eso fuera poco, escribía poesía y no era en absoluto una política al uso.

Después de la conferencia se nos acercó y fuimos juntos a comer. Por su condición de parlamentaria, despertó inmediatamente el interés de Julian, que cuando creía encontrarse ante una persona importante podía ser muy atento. Su saludo seguía siempre el mismo patrón: le daba la mano a la persona en cuestión, en el caso de Birgitta, por ejemplo, no entendió su nombre, entonces se acercaba un poco más, volvía a preguntárselo y, finalmente, intentaba pronunciar correctamente lo que había entendido. Para alguien como Julian, que solía tener problemas con los conceptos extranjeros, los nombres islandeses eran complicados. Así, por ejemplo, Birgitta se convirtió en Brigitta. Y así se quedó, aunque durante los meses siguientes nos acompañó a menudo y se estableció entre nosotros una estrecha relación de gran confianza.

En Islandia me hice también un tatuaje. Los tatuajes me encantan y siempre intento encontrar un motivo especial, personal. Me gusta llevarme tatuajes como recuerdos de lugares especiales, e Islandia era uno de esos lugares.

Le di bastantes vueltas al asunto. De repente se me ocurrió la idea de tatuarme el reloj de arena de WikiLeaks en la espalda; era algo que ya me había planteado anteriormente, pero siempre había terminado descartándolo. Recuerdo que se lo comenté a Julian y que le pareció una buena idea. Más tarde, sin embargo, se burló a menudo de mi tatuaje y dijo que le parecía patético.

La gente de Karamba, una cafetería en la que por las tardes me tomaba cafés americanos mientras trabajaba con mi portátil, me recomendaron la Icelandic Tatoo Corp, situada en el número 1 de Hjallabrekku.

El centro de tatuajes tenía un ventanal translúcido que daba a la calle principal y en cuanto abrí la puerta, sonó la campanilla y salió a recibirme un joven que incluso hablaba alemán. Sin embargo, cuando le pedí una cita para tatuarme, sacudió la cabeza y se rio como si acabara de preguntarle si creía en Papá Noel: imposible, no les quedaban horas disponibles, ni siquiera durante el mes siguiente. Iba a marcharme cuando un segundo empleado salió del cuarto trasero y me reconoció al instante.

—¡Oye, te he visto en la tele y me gusta lo que haces!

Se me acercó sonriendo, me tendió la mano y me dijo que se llamaba Fjölfnir. Le enseñé el motivo que quería tatuarme y me dio cita al momento.

Por desgracia, el tatuaje quedó inacabado porque el tatuador y yo nos rendimos, agotados, al cabo de más de cuatro horas. Tuve que tomarme dos dosis de paracetamol con mucha agua. Una y otra vez, le preguntaba a Fjölfnir en qué continente del logo estaba trabajando.

—Voy por Islandia.

Yo suspiré.

—Marruecos.

¡Oh, Dios mío!

Al llegar al Cabo de Buena Esperanza mis esperanzas se agotaron. Decidimos abandonar de mutuo acuerdo.

Por eso aún hoy voy por el mundo con medio logo de WikiLeaks en la espalda. Y así seguirá; me parece muy apropiado.

Durante nuestro último día en Reikiavik, estábamos otra vez en el Café Rot cuando cogí a Julian y me lo llevé a dar una vuelta. Quería hablar con él. Nos dirigimos hacia el puerto, mientras la nieve caía encima de nuestras gorras.

Quería saber qué nos estaba pasando y me había cansado ya de intentar descubrir qué le molestaba tanto de mí. Últimamente, por ejemplo, Julian se tomaba muchas molestias para llevarse por lo menos el 52 por ciento de la atención y de que yo recibiera tan solo el 48. A lo mejor me veía como alguien con quien tenía que compartir algo; a lo mejor creía que yo quería engalanarme con las plumas que le correspondían a él, que quería que me adularan por su gran proyecto y que me guardaba mis ideas sobre lo que más le convenía a WikiLeaks. Compartir los fracasos

había sido sencillo; adjudicarnos la cuota justa de éxito, en cambio, resultó ser mucho más complicado. Intentaba comprender sus sentimientos negativos y disiparlos en la medida de lo posible. Para mí era evidente que el fundador de WikiLeaks era él y que nadie iba a disputarle la autoría de su obra. Eso sí, yo también había contribuido a nuestro éxito; había hecho un buen trabajo y no veía motivos para ocultarlo.

Regresé a la pensión con la sensación de que aquella conversación nos había venido bien. En la entrada, mientras me sacudía la nieve de la ropa, me dije que tal vez aquellas últimas semanas habíamos acusado un poco el estrés, pero que a partir de entonces todo volvería a ser como antes.

## Parón forzoso

Aunque la representación externa de WikiLeaks recayera exclusivamente en Julian y en mí, nuestra leyenda sobre un potente equipo que trabajaba en la sombra no era del todo una invención. Además de los colaboradores ocasionales, contábamos también con dos aliados particularmente constantes, a los que Julian y yo bautizamos como el «Informático» y el «Arquitecto».

El hecho de que nunca habláramos públicamente de ellos obedecía básicamente a dos motivos. En primer lugar, a ninguno de los dos le entusiasmaba la idea de presentarse a la luz pública como miembro de WikiLeaks, pues ambos tenían un carácter bastante reservado. Y en segundo lugar, era casi más importante protegerlos a ellos que a Julian y a mí. Poco a poco, la responsabilidad en lo tocante a los asuntos técnicos del proyecto fue recayendo cada vez más en sus manos; si alguno de nuestros enemigos quería perjudicar a WikiLeaks de forma duradera, debería haberlos atacado a ellos dos, y no a nosotros.

Su característica más destacable era que no destacaban en absoluto. De hecho, no resultaría nada sencillo describirlos de modo que uno pudiera identificarlos sin lugar a dudas en un grupo de veinte personas.

Nuestro informático número uno acudió a nosotros ya durante el año 2008. Como fue el primero, lo bautizamos simplemente como «el Informático». Resulta difícil determinar en qué momento empezó a trabajar para WikiLeaks. Como siempre éramos sumamente precavidos con las personas que querían incorporarse a nuestro proyecto (Julian podía ser realmente paranoico), su entrada en el equipo se produjo paso a paso. Eso no tenía nada que ver con el hecho de que el informático fuera aún relativamente joven. Pronto constatamos que era un trabajador fiable, que aprendía deprisa y que si le asignábamos una tarea, la resolvía de forma metódica. Por otro lado, nunca tomaba cartas en los asuntos internos y le resultaba sumamente incómodo ser testigo de nuestras disputas.

El informático prefiere vestirse con anorak y calzado resistente que con ropa chillona a la moda. Es un tipo muy delgado, a menudo está algo pálido y habla siempre en voz baja. No sé demasiadas cosas sobre su vida privada. ¿Tiene novia? Ni idea. Durante el Hacking at Random su teléfono sonó sin parar, pero él no lo cogió nunca; simplemente miraba la pantalla y lo dejaba a un lado.

La conferencia de *hackers* de Vierhouten fue un gran acontecimiento para él, aunque necesitó entrar en calor antes de empezar a relacionarse con otras personas. Pasó dos días observando la situación desde su butaca, entonces empezó a conocer a la gente y pronto se lanzó a hacer trueques con una avalancha de películas de acción.

Por extraño que parezca, el Informático se alimenta exclusivamente de yogur. No come nada más. Durante el Hacking at Random asalté la sección de lácteos del

supermercado para poder ofrecerle un buen surtido de productos, pero ni siquiera tocó mis yogures: únicamente comía de la marca Danone. Solo espero que la vida le depare un largo camino.

«El Arquitecto», tal como bautizamos a nuestro segundo informático, llegó a WikiLeaks en el año 2009 a través de un conocido mío. También él tuvo que perseguirnos durante un tiempo hasta que, finalmente, le encargamos la primera tarea concreta. Al cabo de unas horas nos escribió para sugerirnos una modificación necesaria y nos ofreció una solución perfecta y elegante. Yo no soy un programador particularmente dotado, pero sé reconocer cuándo alguien hace un buen trabajo. Y el arquitecto era un genio: era rapidísimo, inteligente, y no se daba por satisfecho hasta que encontraba la solución perfecta. Para mí, es uno de los mejores programadores del mundo, además de un gran diseñador.

Julian, sin embargo, dejó al arquitecto varias semanas esperando ante la puerta e ignoró su gran solución, una verdadera prueba para un programador tan bueno. Cualquier empresario le habría ofrecido al momento un puesto fijo con un sueldo máximo. Más allá de mis dotes de persuasión, el hecho de que el Arquitecto se quedara con nosotros fue un auténtico milagro. Julian se negaba por sistema a permitir que otra persona tuviera acceso a nuestro servidor. A nuestro otro informático, por ejemplo, llevaba varios meses negándole el acceso, lo que dificultaba innecesariamente su trabajo.

Cuando por fin pudo echar un vistazo a nuestro sistema, se llevó las manos a la cabeza. En comparación con todas las amenazas y los escándalos que más tarde azotarían WikiLeaks, para el Arquitecto no había mayor escándalo que el que tenía ante los ojos: una programación excesiva y una infraestructura débil y catastrófica. En pocas palabras, lo que veía era caos, unos recursos muy limitados y un sistema chapucero y vulnerable, sin procesos bien definidos y, mucho menos, un método de trabajo aceptable.

Se puso manos a la obra, y a lo largo de los siguientes meses introdujo una distribución clara de las tareas. Los informáticos se encargaron de estandarizar los formatos y de elaborar el material que luego nos pasaban a nosotros. En otras palabras, ellos se encargaban de la parte técnica, y Julian y yo de los contenidos. En cuanto todo estuvo dispuesto, enviamos servidores por correo tradicional a muchos puntos distintos del planeta. Colaboradores voluntarios se hicieron cargo de ellos y se ocuparon también del *hosting*; ese fue su donativo al proyecto. Por fin podíamos repartir nuestros recursos en distintas jurisdicciones. Finalmente, ocultamos la red que unía los distintos servidores repartidos por todo el mundo.

Para completar una reestructuración de ese calado, una empresa cualquiera habría necesitado a un equipo entero trabajando a tiempo completo durante por lo menos

medio año. El afán de trabajo del Arquitecto nos superaba ampliamente.

Pero ¿por qué? ¿Cuál era su motivación? ¿Qué lo había atraído a WikiLeaks? Yo creo que se trataba de la tarea en sí: estábamos construyendo algo único en el mundo, también desde el punto de vista técnico. Se trataba de un verdadero trabajo de vanguardia que se adentraba en territorio desconocido y que le permitía convertirse en algo así como el Colón de las plataformas de filtraciones o, por lo menos, en el creador de la arquitectura del sistema de envíos

Se trataba de un proyecto exigente por muchos motivos, tanto por la arquitectura en sí como por las consideraciones estructurales que se escondían detrás de esta. Por otro lado estaban también las cuestiones de seguridad y el aspecto jurídico.

El arquitecto tenía tan pocas ganas de destacar personalmente como el joven informático. Sin embargo, y a diferencia de este, el arquitecto tenía una opinión clara sobre las cosas y la expresaba abiertamente. Quienes no lo conocían a menudo tardaban un poco en acostumbrarse a su forma de hablar. No daba ningún valor a las fórmulas de cortesía ni a la retórica amable. Sus frases eran siempre lacónicas, desprovistas de medias verdades y de afirmaciones bienintencionadas. Bastaba una frase como «confía en mí» para que se pusiera de mala leche. «Eso significa o bien que alguien no tiene ni idea, o que me la quiere jugar», replicaba. El Arquitecto no se basaba en la buena retórica, sino en los argumentos.

Más tarde, cuando el equipo entero se vio sacudido por un sinfín de conflictos, cuando las emociones se desbordaron y las acusaciones cruzadas adquirieron un aire irracional, el Arquitecto conservó siempre la imparcialidad. Creo que no sentía que tuviera una deuda de lealtad hacia nadie, ni hacia Julian ni tampoco hacia mí; como mucho, su lealtad era hacia la idea. Era un tipo completamente independiente, fiel tan solo a la calidad de su trabajo. Sin embargo, como también era muy exigente con su propia actitud, se podía confiar en él. Si discutías con él (algo que yo hice a menudo), podías estar seguro de que nunca iba a reaccionar de forma histérica, que no jugaría con cartas marcadas, que nunca albergaría intenciones ocultas y que no mostraría ningún signo de envidia, rivalidad o cobardía. Y eso no es algo que se pueda decir de muchas personas.

En los últimos meses, los dos informáticos, Julian y yo habíamos dado lo mejor de nosotros mismos, pero once meses después de presentar mi dimisión en EDS, a finales de 2009, nuestra situación económica era más precaria que nunca. La publicación de los mensajes enviados en los días que rodearon el 11 de septiembre de 2001 había agotado nuestros medios. Los 500.000 sms y mensajes de buscador habían generado la primera pequeña oleada de atención mediática. Nuestra página web estuvo a punto de sucumbir al flujo de visitas. Nos había llevado mucho trabajo editar los mensajes para que resultaran legibles.

Habíamos decidido no publicarlos todos de una tacada, sino que intentamos

recrear la progresión temporal de los ataques terroristas. Con ello pretendíamos recrear una evolución realista de los hechos y, al mismo tiempo, evitar que el lector terminara sepultado por una avalancha de información. Además, nos dijimos que así íbamos a ser capaces de gestionar mejor las conexiones a nuestra página.

WikiLeaks.org se hospedaba aún en un único ordenador. Para los mensajes de texto, en cambio, habíamos creado una página web y la habíamos repartido entre varios servidores. Si pudimos trabajar de esa forma fue gracias a voluntarios que pusieron a nuestra disposición sus servidores y capacidad de almacenamiento. Sin embargo, nuestra infraestructura sufría en cada circuito. Desde hacía un año trabajábamos constantemente como servicio de reparación de nuestros propios sistemas. En cuanto arreglábamos un elemento, se rompía otro. El disco duro estaba siempre hasta los topes de nuevos documentos, había que cambiar piezas de *hardware* y teníamos problemas con el sistema operativo, que necesitaba una actualización urgente, aunque no sabíamos ni por dónde empezar. El Arquitecto estaba enfrascado en una renovación a fondo y trabajaba de sol a sol. El sistema había ido creciendo a lo largo de los años y el código del programa se había propagado hasta adquirir proporciones dadaístas, aunque nadie le hacía ni caso; y Julian el que menos, pues hacía ya tiempo que había dejado de preocuparse realmente por las cuestiones técnicas.

La decisión de desconectarnos de la red fue unánime. Con ello pretendíamos mandar un mensaje al mundo: si queréis que sigamos adelante, tenéis que apoyarnos un poco. Se trataba de una especie de huelga. No hubo discusión sobre el tema.

El 23 de diciembre de 2009 cerramos la página. Por primera vez desde hacía mucho tiempo pudimos respirar un poco. Nos vino bien admitir finalmente que la cosa no podía seguir como hasta entonces.

Desde hacía meses, una fuerza invisible me atraía hacia el ordenador, me obligaba a meterme en el *chat*, a entrar en Internet. Cada día surgía un nuevo problema y no había tenido ocasión de apartar la mirada ni siquiera durante un día. Cuando poco antes de Navidades WikiLeaks me liberó de sus garras por primera vez desde hacía dos años, experimenté una sensación indescriptible. De repente podía prestar atención a otras cosas y eso era un verdadero alivio. Pero, al mismo tiempo, me sentía raro: me faltaba algo, definitivamente.

Pasé las fiestas con mi familia, me relajé y no hice nada aparte de comer y abrir regalos. También volví a pasar algo de tiempo con mi novia.

Durante los últimos meses, cuando nos veíamos, algo que tampoco sucedía demasiado a menudo, compartíamos una misma habitación, pero poco más. Si yo trabajaba, ella se sentaba detrás de mí, en la cama, con las piernas cruzadas y la vista clavada en mi espalda, con expresión pensativa.

—Me acostaré pronto —decía de repente.

—Vale —respondía yo, y seguía trabajando.

Ella esperaba media hora. Entonces se levantaba con gesto dubitativo, se acercaba a mi escritorio, me daba un beso en la mejilla y se metía en la cama. Yo apenas reaccionaba y ni siquiera apagaba la lámpara de sobremesa, si acaso bajaba un poco la pantalla.

Me acostaba tarde y al cabo de unos segundos sucumbía a un sueño profundo. No sentía nunca la necesidad de acostarme con ella. En realidad no me faltaba nada, tan solo me atormentaba una mala conciencia que fue empeorando con el tiempo. Fue un proceso lento, pero estoy seguro de que en algún momento mi novia debió de sentirse relegada a un segundo plano.

Alguna vez he dicho que volvería a repetir todo tal como lo hice en su día, errores incluidos. Eso, sin embargo, no incluye mi relación con la que era mi novia, que tuvo que pagar un alto precio por mi compromiso con WikiLeaks. Sé que las cosas no le fueron bien cuando, poco después, decidí romper con ella. También ella quería invertir su tiempo en algo más relevante que pasar el día encerrada en una oficina y sé que, como yo, tenía muchas ganas de luchar por un mundo mejor.

En su día me dejé arrastrar por el entusiasmo y sugerí que, a la larga, podría integrarse en nuestro proyecto. A menudo comentamos que, en cuanto nuestra situación fuera más estable y estuviéramos en situación de pagar salarios y alquilar una oficina, confiábamos en ella como la persona perfecta para organizarlo todo. Creo que, en su momento, lo dije porque esperaba que así fuera, pero entiendo que ella se lo tomara como una promesa.

Ella era una persona reservada que se concentraba mucho en nuestra relación y pasaba poco tiempo con otros amigos, aunque me daba mucha libertad. Uno está obligado a satisfacer las expectativas que genera en otras personas. En este sentido le fallé; aún hoy me sabe muy, muy mal.

Entonces llegó el 26C3, es decir, el XXVI Chaos Communication Congress. Para mí ese era el momento álgido del año, y en esa ocasión más que nunca. No exagero si digo que me sentía como si me hubieran inyectado una dosis de endorfina directamente en el cerebro.

Nos habían invitado a pronunciar el discurso central, programado para la mejor hora del día. Para poder acoger a todos los espectadores habían tenido que abrir el segundo piso de la sala de actos.

Antes de empezar la conferencia repartimos un número a cada uno de los participantes. Entonces les expliqué que, estando en Islandia, nos habíamos topado con Papá Noel y sus renos, y que estos nos habían proporcionado una filtración: un listado de todas las personas que probablemente no iban a recibir ningún regalo las Navidades siguientes porque no habían cumplido satisfactoriamente con sus obligaciones para con la sociedad. Todos los que habían recibido un número tenían



un año para saldar sus deudas. Si lo hacían, nosotros nos encargaríamos de interceder en su favor delante de Papá Noel.

Durante el año siguiente recibimos una gran cantidad de donativos y ofertas de colaboración en las que se mencionaban esos números, que también aparecían en el campo «Concepto» de muchas de las transferencias recibidas en la Fundación Wau Holland (WHS), que gestionaba una cuenta corriente a nuestro nombre en Alemania.

A continuación informamos a nuestros oyentes de lo ocurrido en Islandia, de la idea de crear allí un puerto franco seguro para la prensa y de cómo habíamos planteado dicha propuesta en un programa televisivo de una cadena islandesa. Finalmente, lanzamos la pregunta de si los asistentes al Centro de Congresos de Berlín comprendían la importancia de fomentar la libertad en Internet.

Fue el momento más sensacional de toda mi vida. No habíamos ofrecido un concierto de pop, ni tampoco ofrecíamos bebidas gratis. Simplemente habíamos pronunciado una conferencia sobre las leyes de prensa internacionales, pero la gente nos aplaudía a rabiar. Primero se levantó una persona, luego otra, luego una tercera, y pronto toda la sala estaba de pie, ovacionándonos. El ruido era atronador. Percibí una gran oleada de entusiasmo procedente del numeroso público. La sensación era increíble.

Y después, poco a poco, empezó a llegar el dinero.

Habíamos declarado públicamente que íbamos a necesitar 200.000 dólares para cubrir los costes de explotación, e idealmente otros 400.000 dólares para pagar los salarios. En febrero o marzo de 2010 habíamos reunido ya los primeros 200.000 dólares, y estoy hablando tan solo de la cuenta de la WHS, que habíamos abierto apenas en octubre de 2009.

Había conocido a los responsables de la fundación en el Chaos Computer Club. Wau Holland era uno de los padres fundadores de los clubs de *hackers* y la fundación se dedicaba a la promoción de proyectos orientados a la libertad de información. Lo bueno de la fundación era que también se encargaba de garantizar que las donaciones se destinaran a causas oficiales. Todo aquel que nos hacía una donación desde Alemania, podía desgravársela fiscalmente. Yo mismo organicé el encuentro con la fundación y me encargué de todo el papeleo. La mayor parte de las donaciones procedían de Alemania.

El vídeo titulado *Asesinato colateral*, con el que en abril de 2010 pusimos fin a nuestro parón forzoso, nos reportó en apenas dos semanas 100.000 dólares más en donativos. En verano de 2010 teníamos ya en nuestra cuenta 600.000 dólares y según he podido saber, en el momento álgido la fundación había recogido más de un millón de dólares. Hasta septiembre, es decir, hasta el momento en el que abandoné el proyecto, habíamos gastado 75.000 dólares en *hardware* y en costes de viaje. Durante los siguientes dos meses se retiró una cantidad varias veces superior a esa,

seguramente también porque, finalmente, se encontró la forma de poder pagar salarios.

En enero de 2010, y con el sistema de envíos, volvimos a colocarnos en la red, preparados para recibir nuevos documentos. En ese momento, el sistema estaba ya mucho más evolucionado que antes del parón. La wiki, es decir, la interficie de la página de inicio con las aclaraciones sobre filtraciones y los *links* a los diversos documentos, estuvieron aún *offline* durante seis meses. Así pues, durante medio año tan solo estuvimos en situación de recibir nuevo material y no había otra forma de contactar con nosotros a través de Internet. Las reparaciones resultaron ser más complejas de lo que inicialmente habíamos imaginado.

Pero de pronto teníamos dinero y, a diferencia de Julian, yo estaba dispuesto a gastarlo. Desde marzo hasta mayo pusimos en funcionamiento unos diecisiete servidores nuevos. A finales de agosto nos rearmamos más aún. Poco después el equipo se disolvería. Cuando en septiembre de 2010 abandoné WikiLeaks, el proyecto había alcanzado el nivel técnico que siempre había soñado. Teníamos teléfonos encriptados, buscaperonas por satélite y un montón de servidores nuevos. Nos habíamos expandido considerablemente y nuestro sistema contaba con una arquitectura de ensueño.

En mi opinión, en esos momentos habríamos necesitado también una oficina con empleados fijos. Hacía tiempo que hablábamos de ello. Nuestras oficinas centrales debían estar situadas en Berlín o en los Alpes: Julian, lo mismo que yo, era un enamorado de la naturaleza y de las montañas. Durante un tiempo incluso tanteamos la idea de comprar un búnker. Yo incluso había empezado las gestiones con el ejército alemán, que por unas pocas decenas de miles de euros tal vez nos habría vendido un buen pedazo de hormigón. El plan consistía en construir un centro de cálculo, tal vez albergar también proyectos afines e izar una gran bandera de WikiLeaks con la que reforzar aún más la imagen de fortaleza inexpugnable.

Hasta ese momento nuestra divisa era clara: queríamos convertirnos en «la organización periodística más agresiva del mundo». Sin embargo, en cuanto llegó el dinero, Julian cambió de opinión y anunció que debíamos convertirnos en una «organización insurgente».

Pero los insurgentes no tienen oficinas y actúan desde la clandestinidad. En mi opinión, Julian acababa de poner en duda todo aquello por lo que llevábamos años trabajando.

Julian hablaba cada vez más a menudo de que nos perseguían y de que debíamos convertirnos en intocables. Estaba convencido de que no era seguro ir por la calle, que nos vigilaban el correo y las maletas, y que debíamos ocultarnos y permanecer en la clandestinidad. Empezó a hablar de que los servicios secretos internacionales nos pisaban los talones e insistía en que debíamos comprarnos chalecos antibalas para

protegernos.

Personalmente, tengo muchas cosas que objetar sobre el Estado alemán, pero no dudo de que es un estado de derecho. En mi opinión, durante nuestros viajes a Islandia, Italia o Hungría tampoco tuvimos ningún motivo para preocuparnos porque nos secuestraran o nos tirotearan en plena calle. Aparte de eso, en mi opinión, antes de quejarnos porque alguien hubiera registrado nuestra oficina, habría estado bien tener una.

Desgraciadamente, el dinero fue lo que provocó nuestra primera disputa abierta. Le dije a Julian que no podía ser que él fuera el único que tuviera acceso al dinero de la Fundación Wau Holland. Naturalmente, yo no tenía ninguna intención de apropiarme de él, solo quería poder tomar decisiones y disponer del dinero de forma inmediata, pues muchas veces Julian pasaba días enteros inaccesible. Los dos informáticos compartían la misma opinión que yo e incluso llegaron a sugerir que dividiéramos el dinero para evitar la eventualidad de un error fatal. Así, si uno de los dos tomaba una decisión equivocada, por lo menos no pondría en peligro el presupuesto entero. Los balances con la WHS eran relativamente sencillos: ellos me entregaban el dinero, yo compraba lo que necesitábamos y a continuación presentaba las facturas. En una ocasión me dieron 10.000 euros y luego 20.000 más, que destiné a la compra de *hardware* y a su transporte, y también a sufragar gastos de viaje.

Todos trabajábamos para WikiLeaks a tiempo completo. Hacía ya tiempo que barajábamos la posibilidad de pagar sueldos. Yo habría podido arreglármelas con 2.500 euros al mes. Brutos. No necesito demasiado. Incluso habíamos hablado con la Fundación Wau Holland, que se había mostrado más que dispuesta a pagarnos sueldos y que incluso nos había sugerido que estos no podían ser demasiados bajos, pues de otro modo podíamos levantar sospechas por contratación encubierta. A mí me pareció bien, aunque en su momento también nos planteamos convertirnos en una organización sin ánimo de lucro, como Greenpeace o World Watch.

Pero Julian lo bloqueó todo. Justo cuando teníamos más dinero que nunca empezamos a discutir por cada céntimo. Las disputas económicas eran una indignidad, pero ocultaban algo mucho más importante. Poco a poco, fui tomando conciencia de que nos enfrentábamos a un problema, un problema monstruoso. Discutíamos sobre la futura organización de WikiLeaks.

## Una ley para Islandia

**T**ras nuestra espectacular participación en el 26C3 de finales de 2009, a principios de enero de 2010 Julian y yo regresamos a Reikiavik para ocuparnos de la IMMI. La Icelandic Modern Media Initiative (Iniciativa Islandesa para los Medios Modernos) debía convertir la isla en el país con las leyes de prensa más avanzadas del mundo. Ya habíamos anunciado nuestra idea, ahora queríamos también ayudar a ponerla en práctica. Teníamos previsto destinar dos semanas a dicha tarea, tal vez incluso tres.

En Alemania, acabábamos de impedir que el Ministerio de Familia aprobara la Ley de bloqueo al acceso; a finales de noviembre, el por entonces presidente de la República, Horst Köhler, se había negado a firmar esa ley. Ahora nos proponíamos que el Parlamento islandés aprobara nuestra propia ley. Contábamos con que surgieran dificultades, desde luego, pero estábamos convencidos de que lograríamos superarlas todas. En realidad, aún iban a pasar seis meses antes de que los parlamentarios votaran la resolución en el Parlamento.

Alquilamos un apartamento en el Fosshotel, una cadena que no estaba nada mal y que, de hecho, era demasiado cara para nosotros. Sin embargo, Julian logró que nos hicieran un buen precio y al final terminamos pagando un precio simbólico. Julian se hizo cargo de la factura y, con ello, pudo presentarse como anfitrión.

Julian inició al modesto recepcionista que casi cada noche ocupaba el mostrador del hotel en los secretos de nuestras maquinaciones y le dejó bien claro con qué club exclusivo se estaba jugando los cuartos y lo extremadamente peligrosa que era nuestra misión. El tipo ya se veía en la película. Por la noche, cuando regresábamos a casa tras una jornada de conversaciones y reuniones de trabajo, nos dirigía una mirada conspirativa. Es posible que se pasara la noche vigilando el aparcamiento del hotel a través de la puerta de cristal, esperando en cualquier momento que llegara la limusina negra del servicio secreto americano.

Ocupábamos un apartamento para cuatro personas sobriamente decorado en el segundo piso del hotel, con cocina integrada, cortinas lilas de tela y suelo de parquet artificial. El hotel, que visto desde fuera era francamente feo, estaba situado en una callejuela tranquila, casi en el paseo marítimo. En la habitación que compartía con Julian había apenas una ventanita diminuta que quedaba a la altura del ombligo. Aun así, había unas vistas espectaculares de la bahía de Faxaflói. Cuando la estrechez y el desorden de nuestra morada me agobiaban, me dedicaba a contemplar la silueta de las montañas en el horizonte.

El baño no tenía ventanas y por las mañanas, después de que se hubieran duchado tres personas, el aire cargado de vapor de agua y azufre te aguijoneaba los pulmones. Aparte de Julian y yo, en la habitación vivían varios *hackers* y activistas de Internet que se habían trasladado a Islandia para darle un empujón a la IMMI. Entre ellos

estaban Rop, de Holanda, Jake Appelbaum, de los Estados Unidos, y Folkert, un buen amigo mío de Hong Kong. Su experiencia y sus conocimientos especializados nos ayudaron a precisar los detalles de la idea.

Nos reuníamos a diario con Birgitta, la parlamentaria islandesa que habíamos conocido durante nuestra última visita, Herbert y Smari. Los tres vivían en Reikiavik. A las reuniones asistía también Harald Schumann, un periodista del *Tagesspiegel* de Berlín que quería escribir un reportaje sobre nosotros.

Birgitta pronto se convirtió en algo más que nuestro enlace en el Parlamento islandés. Enseguida constatamos que no era una política corriente; si pensaba en Ursula von der Leyden, por ejemplo, el contraste no podía ser mayor. Birgitta iba siempre vestida de manera informal; así, por ejemplo, llevaba un abrigo negro, largo, unas botas con punta de hierro y una serie de complementos juveniles como una cadenilla plateada, una blusa o un pasador floreado.

Birgitta se convirtió en la fuerza impulsora de la IMMI. Tenía una visión distinta de las cosas y sus opiniones externas sobre WikiLeaks eran de gran utilidad para nosotros. Por si eso fuera poco, Birgitta es una persona enrollada y amable como pocas.

Birgitta contactó con un bufete de abogados, que se mostraron igualmente entusiasmados con la idea del puerto franco para los medios. Eso era algo con lo que yo no contaba. Los juristas empezaron a perfilar el proyecto legal de la IMMI.

Alquilamos un espacio en el Ministry of Ideas, un viejo complejo de almacenes de Reikiavik que actualmente aloja numerosos proyectos sociales y grupos políticos, y en el que uno puede alquilar habitaciones para trabajar por poco dinero. El Ministry era un espacio enorme y vacío, con el suelo de hormigón gris. La distribución, las mesas y las sillas hacían pensar en un aula escolar. Había una pequeña cafetería y nos instalamos en uno de los sillones, desde el que llevábamos a cabo nuestras deliberaciones par sacar adelante la IMMI.

Cuando no estaba sentado ante el ordenador, me reunía con socios potenciales. El objetivo era convencer a proveedores de servicios, autoridades reguladoras, centros de cálculo y a las empresas que poseían las canalizaciones ultramarinas sobre las bondades de nuestra iniciativa.

Islandia tenía ya a su favor energía verde y un clima frío. Ambas cosas eran positivas para la ubicación de servidores en el país, desde luego. Sin embargo, eso no bastaba para conseguir el objetivo de incrementar el tráfico de datos en un 30.000 por ciento en el futuro. Esa era la capacidad potencial que se estaba desaprovechando en los cables submarinos recientemente instalados, pero mucho más importante para los proveedores y sus clientes era la cuestión de la seguridad jurídica. Saber que no debían temer inesperadas medidas disuasorias, ni costes de procesamiento no previstos e imposibles de calcular era una ventaja muy superior a cien certificados de

energía ecológica. Además, eso supondría la creación de puestos de trabajo y una inyección económica en un país en bancarrota.

Las autoridades islandesas objetaban que la medida iba a generar disputas con otros países sobre todo tipo de cuestiones jurídicas, particularmente en lo tocante a las leyes de la competencia. Además, temían que un El Dorado de Internet atrajera sobre todo a empresas de cambio de divisa y a la industria del porno. Pero sus preocupaciones eran infundadas: la IMMI se centraba fundamentalmente en los medios de comunicación. Además, en realidad constituía un compendio de las mejores leyes sobre la materia extraídas de las legislaciones de otros países.

A continuación debíamos encontrar una fecha para presentar el proyecto en el Parlamento. Antes de abordar la negociación parlamentaria, sin embargo, debía celebrarse una vista previa. Con mucho esfuerzo, habíamos redactado un informe. Debo decir que hasta ese momento yo había pronunciado con éxito todo tipo de discursos sobre WikiLeaks, aunque me acabaran de arrancar de un sueño profundo. Sin embargo, la IMMI era algo nuevo para nosotros; debíamos prestar tanta atención a las implicaciones políticas y legales como a todas las demás, por no mencionar nuestro desconocimiento del sistema político islandés.

Nuestra intervención en el Parlamento de Reikiavik resultó bastante lamentable. La presentación de nuestro informe estaba programada para un martes por la tarde. Nuestra idea era aprovechar la intervención para convencer a la mitad de los parlamentarios y convertirlos en defensores acérrimos de la IMMI. Hasta entonces, tan solo contábamos con el apoyo de Birgitta y dos o tres políticos más. Hacía ya tiempo que Birgitta había adoptado nuestra idea y le daba bombo en el Parlamento. Últimamente, según nos había contado, trabajaba también para intentar convencer a parlamentarios de diversos partidos de las bondades de la iniciativa, aunque en realidad no sabíamos de cuántos parlamentarios se trataba.

De camino a la sala de plenos me sorprendió el silencio que reinaba en los pasillos del Parlamento; digamos que yo estaba más acostumbrado al bullicio del Parlamento alemán. Al llegar a la sala fue como si nos dieran un bofetón en la cara. En las diez hileras de butacas había tan solo dos parlamentarios; el resto eran butacas vacías y una corriente de aire que entraba por la ventana y revolvió los papeles. Más tarde nos enteramos de que la mayoría de políticos estaban ya de vacaciones, o se habían trasladado a sus circunscripciones electorales.

Empezamos a exponer el informe. Solo la planificación de quién iba a decir qué nos había llevado varias horas, por no decir días. Julian y los otros no permitieron que la situación los irritara, pero a mí todo aquello me parecía demasiado absurdo y decidí abreviar. Había más personas exponiendo el informe que escuchando; el trabajo invertido en estructurar la exposición no tenía ningún sentido. Daba igual si

pronunciábamos un discurso corriente, a la antigua usanza, más aún teniendo en cuenta que no teníamos necesidad de convencer a los dos parlamentarios presentes.

Como siempre, Julian actuó como si la cosa no fuera con él y al término de la presentación se marchó al Ministry o donde fuera. Me sentía un poco derrotado. ¿Cómo íbamos a incorporar la IMMI a la legislación islandesa si tan solo venían dos personas a su presentación? Dos parlamentarios más Birgitta. Nos faltaban sesenta más. Y ya llevábamos casi tres semanas en Islandia.

Ya casi me había olvidado del aspecto que tiene una sala de conferencias prácticamente vacía y lo mal que sienta hablar para nadie. De repente me di cuenta de que ya no estábamos acostumbrados a las derrotas. La verdad es que aún no sé cómo en su día pudimos convencernos de que aquello sería un camino de rosas.

Además de las numerosas reuniones, la IMMI nos exprimía también desde el punto de vista formal. Debíamos poner en marcha la página web de la iniciativa, diseñar un logo y preparar el lanzamiento. Había que redactar los textos y discutir posiciones. Nos habíamos atascado un poco y habíamos subestimado gravemente la tarea que teníamos entre manos.

La siguiente crisis interna se originó en nuestras propias filas. En nuestro apartamento, el resentimiento iba creciendo entre montañas de ropa sucia y cajas de pizza. Aunque éramos capaces de entendernos a la perfección y colaborar eficientemente por *chat*, empezamos a acusar la presencia física mutua a lo largo de tantos días. Al principio, la idea me había parecido incluso graciosa. Generalmente se culpa a la informática de originar problemas interpersonales porque aleja a las personas unas de otras: las videoconferencias y las conversaciones por correo electrónico han sustituido las conversaciones cara a cara y los seres humanos deben sobreponerse a una sensación de distancia y a unos malentendidos que antes se resolvían por sí mismos. A nosotros, en cambio, nos sucedió todo lo contrario. Aquel primer conflicto (de consecuencias nada desdeñables) seguramente no se habría producido si no nos hubiéramos alojado en aquel hotel islandés, o si por lo menos cada uno hubiera tenido su propia habitación.

El ambiente se calentó por primera vez la tarde del miércoles de la tercera semana. El motivo fue una ventana abierta. Yo había salido y, al regresar al apartamento, me los encontré a todos delante de sus ordenadores: Rop, Julian, Herbert y Smari. La habitación olía peor que un ataúd que llevara diez años cerrado.

Me tapé la nariz, fui hasta el balcón que había al otro lado de la habitación y abrí la ventana un poco para que entrara algo de oxígeno. Herbert me dirigió una mirada de agradecimiento; antes de mi llegada había salido incluso un par de veces al pasillo porque no lo soportaba más. Julian, en cambio, se puso muy tenso, levantó la cabeza y me preguntó qué mosca me había picado para abrir la ventana de aquella forma. Me clavó una mirada furiosa. «¡Rop se va a resfriar, pirado!», exclamó en tono cortante.

No tenía ni idea de por qué de pronto Julian actuaba como si fuera el padre de Rop; seguramente quien tenía frío era él. Los tres nos miraron con ojos asustados. Al parecer, Rop acababa de decir que tenía algo de frío, pero yo tampoco pretendía dejar la ventana abierta toda la noche. Eso fue lo que dije, aunque Julian no contestó y se limitó a fulminarme con la mirada. Era evidente que esperaba que yo hiciera algo, de modo que di media vuelta, volví a cerrar la puerta del balcón, tal vez con más fuerza de la necesaria, y me marché. Aquella noche quedó claro hasta qué punto puede enrarecerse el ambiente.

Me compré un bañador y unas gafas de piscina y me metí en la piscina climatizada. Fue una sensación agradable percibir el mundo exterior de forma ahogada, los gritos de los niños, el vaivén del agua, el sonido de las zapatillas que se acercaban al borde de la piscina y volvían a alejarse... En Islandia, incluso cuando el termómetro baja de los cero grados, la gente se baña en piscinas al aire libre. Y no hay que preocuparse por el coste de climatización del agua: al tratarse de una isla volcánica, las fuentes brotan de la tierra a una temperatura agradable para el baño. Sumergido al anochecer en la humeante agua oscura y rodeado de montículos nevados, se respiraba una atmósfera casi mística.

Alrededor de la piscina, en los vestidores, en las duchas y en los lavabos, podían leerse carteles con todos los mensajes imaginables: «Prohibido saltar a la piscina». «No se bañe con el estómago lleno.» «Cuidado: suelo resbaladizo». «Mantenga las instalaciones limpias.» «Es obligatorio ducharse desnudo antes de bañarse.» A veces los otros (Rop y Folkert, por ejemplo) me acompañaban a la piscina y entre todos le dábamos vueltas al asunto. Rop propuso lanzar una campaña para una mayor seguridad en todos los ámbitos. La idea era cubrir todo el mundo con letreros de advertencia, no dejar ni un solo peligro sin su correspondiente cartelito para, así, saturar completamente la política y, en última instancia, desquiciarla. Ciertamente, habría sido una forma amable de introducir la anarquía.

Pero es que teníamos muchas más ideas, por ejemplo comprar un barco, a poder ser uno que, al tiempo que navegaba, fuera instalando cable de datos por el fondo marino, y así viajar por todo el mundo en una oficina flotante. O conseguir dinero y comprar un autobús con el que cruzaríamos toda Europa con el primer bibliobús para documentos secretos.

Antes de que nos diéramos cuenta habían pasado cuatro semanas. La IMMI seguía encallada y en el ambiente flotaba la pregunta de qué estábamos haciendo allí. Yo la formulé en voz alta y me gané las antipatías generales.

—¿Qué le está pasando a WikiLeaks? —pregunté. Llevábamos ya un mes sin trabajar y nuestra plataforma, Submission, estaba hasta los topes de nuevos documentos que había que ordenar y preparar para poderlos publicar—. ¿Cuándo nos pondremos manos a la obra? —quise saber.



Creía que nuestra misión consistía en poner en marcha la ley, pero que a partir de aquel momento esta debía valerse por sí misma. Al fin y al cabo, estaba ya en manos de los islandeses.

—¿A qué estamos esperando? —insistí.

Pero Julian veía la IMMI como su guerra y no podía ni quería dejar las cosas como estaban. Más tarde, sin embargo, perjudicó políticamente todo el proyecto con unas declaraciones muy poco diplomáticas.

La verdad es que no éramos en absoluto personas fáciles y cuando la presión aumentó, nuestras relaciones empezaron a resquebrajarse. Eso nos afectó sobre todo a Julian a mí; los demás eran meros comparsas que asistían impotentes a nuestras discusiones. Hacia el final Julian me echó en cara que hubiera perdido la perspectiva, que fuera incapaz de ver la situación en su conjunto y me obcecara en nimiedades. Soy incapaz de recordar ningún episodio decisivo y no sabría decir qué fue lo que desencadenó nuestros primeros enfrentamientos, seguramente banalidades como lo de la ventana abierta.

Había empezado a mostrarme crítico con la conducta de Julian. Así, por ejemplo, le había dicho que debía cuidar más su aspecto externo. Él se ofendió mucho, pero ¿cómo se le ocurría presentarse ante una ministra de Justicia vestido como un pordiosero?

Para colmo, estando aún en Islandia nos enzarzamos en una penosa discusión sobre quien era «*senior*» y quién era «*junior*». Julian diseñó un organigrama jerárquico que determinaba quién podía criticar a quién y quién no, con él en la cúspide de la pirámide. Justificó aquella disposición apelando a su inteligencia y a su experiencia, y como en aquel momento aún mantenía buenas relaciones con Birgitta, dejó claro que también ella estaba al margen de las críticas, pues criticar a Birgitta equivalía a criticarlo a él.

Julian me dijo también que quería que habláramos muy seriamente, pues Birgitta le había dicho que estaba cabreada conmigo. Más tarde se lo pregunté a Birgitta y esta se echó a reír. Julian se lo había inventado.

—Todos opinan que eres insoportable —dijo Julian.

—¿Quiénes son todos? —pregunté yo.

—Pues todos —insistió él—. Todos los que tratan contigo.

Al parecer le molestaba que intercambiásemos opiniones. Decía que si empezábamos a hablar entre nosotros, la verdad se volvería «asimétrica». En Islandia ya no podía controlar al grupo como lo hacía en el *chat*. De pronto surgió el peligro de que los demás fueran a tomar un café y se dedicaran a hablar sobre WikiLeaks.

El apartamento pronto pareció una pocilga. Al principio, las mujeres de la limpieza aún lograban abrirse paso por entre nuestros trastos con sus enormes aspiradoras negras, pero al cabo de unos días les era ya imposible entrar por la puerta.

Los primeros días, aquellas islandesas tan amables hicieron cuanto estuvo en su mano para salvar el apartamento número 23, pero al cabo de no más de cinco días decidieron dar la batalla por perdida. Entonces acordamos un armisticio en virtud del cual intercambiábamos bolsas llenas de basura por toallas limpias y papel higiénico.

Ninguno de nosotros cocinaba y a lo sumo compraba cuatro cosas para comer. Entre nuestra ropa sucia había también bolsas de patatas medio vacías. Y una montaña apestosa de pescado ahumado que alguien había comprado, pero que nadie había osado comerse, y que ahora se estaba pudriendo poco a poco. El ambiente resultaba cada vez más desagradable y creo que podríamos haber patentado aquella mezcla de olores a calcetines sudados, restos de pizza, pescado ahumado y azufre como una variante de tortura.

Para poder sobrevivir yo necesito por lo menos algo de orden, una mínima organización. Soy incapaz de concentrarme si a mi alrededor reina el caos. Por mucho zumo de naranja que tomara, llegaba un momento en el que todo empezaba a darme vueltas. Y ni veinte visitas a la piscina podían remediarlo.

Una noche decidí librarme de una vez del cansancio que arrastraba y le pedí a Julian que me dejara dormir. Al poco lo oí hablar por teléfono con una conocida. Julian se rio; al parecer, su amiga le había propuesto reunirse en su casa. Yo suspiré en silencio cuando oí a Julian insistir en que ella acudiera a nuestro apartamento. El problema era que no solo compartíamos habitación, sino también una cama doble. Me volví hacia mi lado y me cubrí la cabeza con la almohada.

También discutíamos porque casi siempre que alguien se hacía esperar, era él. Qué duda cabe que no es nada fácil coordinar un grupo de personas (más aún si estas tienden a la anarquía), y que para ello hace falta una gran fuerza de voluntad. Pero si teníamos una cita o simplemente habíamos decidido salir a comer algo, muy a menudo estábamos todos a punto delante de la puerta mientras Julian seguía a lo suyo. Yo era el único que me ponía duro con él y que le echaba en cara que siguiera tecleando en el ordenador; los demás preferían esperar estoicamente a que reaccionara.

Me encontraba francamente mal. El estrés, las preocupaciones y las tensiones me habían pasado factura y era incapaz de relajarme. Islandia era un país muy bonito (más tarde regresé con mi familia de vacaciones), pero el apartamento, el ambiente general, el azufre del agua, la falta de sol, el caos y la actitud despótica de Julian me habían dejado abatido. El 5 de febrero, y antes de perder completamente los nervios, decidí comprarme un billete de avión y regresar a casa.

—Pasado mañana me marchó, no aguanto más —le dije a Julian.

En esta ocasión la despedida no fue precisamente cordial.

Sería la última vez que nos veríamos en persona. A partir de aquel momento, toda nuestra comunicación quedaría relegada de nuevo al *chat*.

## De nuevo en Berlín

**A**l llegar al aeropuerto de Schönefeld cogí un metro directo a Mitte, donde me instalé en el sofá rojo para invitados del Chaos Computer Club. A menudo, cuando estaba de visita en Berlín, pasaba la noche allí.

Estaba alicaído. Seguramente, si en aquel momento hubiera sabido que faltaban unas pocas horas para conocer a la mujer con la que me casaría unos meses más tarde, no me habría sentido tan derrotado. En cualquier caso, la vida volvía a tratarme bien e iba a encadenar una alegría con una tristeza.

Pero de momento iba de aquí para allá, lánguidamente, por las salas del club. La verdad es que en Alemania no hacía mucho más sol que en Islandia y yo no me sentía con ánimo de responder a las ansiosas preguntas de los demás sobre las gestiones relativas a la IMMI. «Estoy cansado», me limitaba a decir y me dejaban en paz. Por fortuna, el peligro de que pudieran importunarme con preguntas indiscretas era muy limitado.

Me dirigí hacia Friedrichstrasse para comprar algo para comer. Aunque lo hago muy de vez en cuando, me lie un porro e intenté relajarme. Por casualidad terminé en el Dada Falafel, el moderno restaurante árabe de comida rápida de Oranienburger Tor. De forma aún más casual, allí me encontré con Sven, un conocido, al que acompañaba una mujer.

Sven nos presentó:

—Este es Daniel, Mr. WikiLeaks en Alemania —dijo señalándome a mí—. Y esta es Anke. Trabaja en Microsoft —explicó mirando a mi futura mujer—, pero a pesar de ello es muy simpática.

Le di un mordisco a mi falafel y miré a Anke por encima de su ensalada con humus. Era una mujer enrollada, elegante y con un estilo personal, segura de sí misma y con buen sentido del humor.

Nos pasamos la noche hablando, reparando cada vez menos en lo que nos rodeaba. La comida se fue enfriando hasta convertirse en una masa pegajosa. Cuando nos quisimos dar cuenta, se habían llevado nuestros cubiertos. Habrían podido cambiar toda la decoración del restaurante, encender una traca bajo nuestros pies o regalar billetes de cien dólares, que nosotros habríamos seguido sumidos en nuestra conversación.

Por aquel entonces Anke apenas había oído hablar sobre WikiLeaks y no sabía nada de Julian ni de mí. En Microsoft, se dedicaba a desarrollar estrategias de gobierno abierto, es decir, al fomento de transparencia aplicada desde arriba; nosotros, en cambio, trabajábamos desde abajo. En cualquier caso, creo que hacía una buena labor.

Anke contaba todo lo que le pasaba a través de Twitter. Esa misma noche publicó

un *tweet* en el que decía haber «conocido a un fundador de WikiLeaks en Dada Falafel» y afirmaba haber mantenido una interesante conversación.

Hacia la una y media regresé al club. Tenía la cabeza llena de pensamientos; algunos giraban en torno al pasado, pero también pensaba en el futuro. Tardé mucho rato en dormirme. Cuando me metí dentro del saco de dormir, me dije que era muy agradable poder dormir solo de nuevo. Además, por primera vez desde hacía mucho tiempo volvía a pensar en una mujer. Me pregunté si yo también le gustaría a Anke. Era extraño, meneé la cabeza con incredulidad. ¿Dónde había ido a parar mi mal humor? Creo que aquella noche sonreí en sueños.

A partir de aquel día quedé con Anke casi a diario y pronto me olvidé del hacinamiento y la claustrofobia de Reikiavik.

Cuando, al cabo de cuatro días, volví a ponerme en contacto con Julian estaba de bastante buen humor. Le hablé enseguida de aquel feliz descubrimiento llamado Anke. Su primera reacción fue: «Descubre toda la basura que puedas sobre ella». Así, si lo nuestro terminaba mal, por lo menos iba a sacar algo positivo de todo aquello y tendría algo que utilizar contra ella. Me quedé de piedra. En cambio, cuando le mostré el *chat*, Anke se rio.

«Oye, lamento que la convivencia conmigo estos últimos días fuera tan dura», le escribí. Nunca he tenido problemas a la hora de pedir perdón y en aquel momento me resultó particularmente sencillo. Desde mi llegada a Berlín, me había dado cuenta de que en Islandia había perdido un poco el norte.

Con la perspectiva que da la distancia, me acordaba de mí mismo en el pasillo del Hotel Floss, golpeando nervioso con el pie en el suelo y a punto de explotar porque Julian volvía a hacernos esperar cinco minutos. Tenía la sensación de que el Daniel de Islandia era algo así como una copia mala de mí mismo, un insoportable manojito de nervios. Darle cuenta de ello fue un descanso; habría sido mucho peor constatar que todos los reproches de Julian habían sido injustos.

Yo quería que las cosas entre nosotros se arreglaran. Por aquel entonces ni siquiera podía imaginarme que la opinión que Julian tenía de mí iba a ser definitiva. Puedo ser muy testarudo y cuando he querido a una persona, no me dejo desalentar con facilidad.

—Ahora no podemos arreglarlo —me dijo.

—¿Y más tarde?

—Puede ser.

La forma más sencilla de provocar la ira de Julian consistía en afirmar ni más ni menos lo que decían algunos artículos sobre WikiLeaks: que Daniel Schmitt era uno de sus fundadores. Julian tenía mucho miedo de que alguien pudiera discutirle ese título. Desde que WikiLeaks se había destapado como una fuente de dinero, fama y

popularidad, a él, que había montado, planeado y sostenido el proyecto desde el principio, le parecía inconcebible tener que compartir esa atención con un pelagatos de Wiesbaden que había llegado después de él.

Yo conocía perfectamente lo que se siente cuando tus esfuerzos y tus ideas no se ven reconocidos e intenté comprender las preocupaciones de Julian. Pero cuanto más pensaba en ello, más difícil me resultaba.

Y lo cierto era que yo iba con pies de plomo y en todas las conversaciones con periodistas me presentaba como uno de los primeros miembros de WikiLeaks, pero no su fundador, aunque estos no me lo preguntaran y, en algunas ocasiones, antes incluso de que me invitaran a sentarme. Aun hoy, varios meses más tarde, les pregunto a los periodistas si alguna vez me han oído afirmar que soy uno de los fundadores de WikiLeaks. De hecho, siempre utilicé la misma fórmula: «Me incorporé al proyecto pronto y ahí me quedé».

Cuando le hablé a Julian de Anke, me preguntó enseguida si no sería la mujer que había conocido a un «fundador de WikiLeaks». La idea de que yo hubiera podido utilizar su WikiLeaks para pavonearme ante una mujer debió de quitarle el sueño. Seguramente me imaginaba en el restaurante, rodeado por diez supermodelos, vacilando con un sinfín de historias sobre WikiLeaks, hasta que las mujeres caían rendidas a mis pies.

En el fondo, creo que nadie le daba al concepto «fundador» tanta importancia como el fundador mismo. A la mayoría de periodistas eso les traía sin cuidado y, con tal de que les diera algo que escribir en su artículo, lo mismo les podría haber dicho que era el portavoz para cuestiones especiales en Alemania y Europa Central.

Julian me dijo que mis conocidos del club hablaban mal de mí. La cosa llegó tan lejos que no invité a algunos de ellos a mi boda. Según Julian, le habían recomendado que se deshiciera de mí, pues daba muy mala prensa a WikiLeaks en Alemania. E incluso aseguró que mucha gente evitaba comprometerse con WikiLeaks porque no se identificaban con mis opiniones anarquistas. Todas esas calumnias me afectaron bastante.

Julian me echó en cara que estaba obsesionado con que alguno de los miembros del club pudiera quitarme el trabajo. Pero eso no era cierto. Es cierto que me preocupaba que alguien pudiera estar intrigando a mis espaldas, pero no porque yo estuviera particularmente interesado en seguir siendo el portavoz de WikiLeaks y temiera la competencia, sino porque me habría costado mucho digerir que se rompiera el ambiente de solidaridad dentro del club. De pronto había empezado a preguntarme hasta qué punto conocía a los demás.

Hacía poco que era miembro del club y no pagaba ningún tipo de cuota, sino que intentaba mostrar mi agradecimiento de otras formas, consiguiendo *hardware* y ayudando a organizar eventos. Los miembros del club tenían una conciencia de

pertenencia que no iba conmigo, y me sentía algo culpable por pasar tantas noches en aquel sofá. Les pregunté a los demás qué pensaban, pero me respondieron: «Hace ya mucho tiempo que formas parte del club». Para mí fue un gran honor que pensarán así, me sentí casi como si acabaran de investirme caballero.

El club había superado otras situaciones difíciles, yo no era el primero cuyo trabajo despertaba una cierta atención. Antes de mí, otros miembros habían logrado cosas mucho más extraordinarias. Y si el éxito individual provocaba el descontento de algunos, eso era algo que pasaba en las mejores familias. En cualquier caso, el club había logrado superar los conflictos. Un factor importante en ese sentido era que la reacción dentro del grupo ante un éxito ajeno no solía ser de envidia o de rencor; la única reacción que uno podía estar seguro de provocar era de curiosidad, y tampoco era infrecuente que alguien se ofreciera a ayudar. Por lo demás, cada uno se preocupaba por sus propios intereses.

Me llevó varios meses hablar con todas aquellas personas que Julian aseguraba tenían una mala opinión de mí y preguntarles qué podíamos hacer para superar esas diferencias. Otro de los rumores de entonces fue que estaba a punto de incorporarme a un servicio secreto, pues las personas que, como yo, sufríamos situaciones de estrés, éramos presa fácil para dichas organizaciones. Aún hoy me pregunto qué servicio secreto andaría detrás de mis servicios y qué trabajo irrechazable me habrían ofrecido. ¿Jefe de cantina? ¿Archivista de documentos secretos? Todas esas teorías de la conspiración parecían sacadas de una mala película de suspense.

Poco después de que me marchara de Islandia, Julian empezó a atacar la política islandesa y en particular el Ministerio de Justicia, con el que habríamos tenido que colaborar para lograr la aprobación de la IMMI.

Inicialmente, nuestra cuenta de Twitter había sido una plataforma neutral desde la que informábamos a nuestros seguidores sobre las novedades y los artículos relacionados con WikiLeaks; por descontado, también incluíamos textos críticos. Sin embargo, la cuenta pronto se convirtió en una especie de «canal sobre lo que piensa Julian Assange», y tardó muy poco en empezar a hablar de sus seguidores y de su cuenta. De repente estaba prohibido criticar sus *tweets*. En una ocasión tildó a un periodista de idiota integral y en otra (y sin que nadie se lo hubiera pedido) escribió que no tenía tiempo para conceder entrevistas, mensaje que recibieron ni más ni menos que 350.000 personas.

En uno de sus *tweets*, Julian dejó por los suelos un artículo de la revista norteamericana de noticias confidenciales *Mother Jones*. Más tarde, el autor de dicho artículo asistió a la rueda de prensa de WikiLeaks sobre las filtraciones de la guerra de Afganistán y aprovechó la ocasión para preguntar qué tenía de malo el artículo de marras. Julian respondió: «Ahora mismo no tengo tiempo de volver a analizar esa mierda». Lo que más le irritaba era que los periodistas recurrieran a procedimientos

poco científicos y no se basaran en sus fuentes primarias, tal como exige cualquier método de trabajo mínimamente serio. Sin embargo, tampoco él podía documentar siempre sus historias, por ejemplo, cuando por enésima vez afirmaba que alguien lo perseguía.

Nunca he comprendido de dónde salía esa obsesión de Julian de que alguien lo estaba persiguiendo. Era como si para convencerse de la trascendencia de su labor de resistencia tuviera la necesidad de que primero lo declararan enemigo número uno del estado. En Islandia se compró el libro *El primer círculo*, de Solzhenitsyn. Cuando descubrió la obra en una librería de viejo, el hallazgo le arrancó una sonrisa. Los libros de Solzhenitsyn son una lectura clásica dentro del movimiento anarquista, pero para Julian tenían una importancia aún más significativa, pues se identificaba con el escritor ruso, que había pasado mucho tiempo en el *gulag* y que más tarde había vivido desterrado en el desierto kazajo.

Julian veía muchas similitudes entre su vida y la de aquel erudito, matemático y filósofo.

El que más tarde fuera premio Nobel de Literatura fue arrestado por haber expresado una crítica contra Stalin en una carta a un amigo. Hace tiempo, Julian escribió una entrada de *blog* en la que aseguraba que «el momento de la verdad» se produce «cuando vienen a por ti». La entrada, publicada en el año 2006 bajo el título «Jackboots» rebosa de heroísmo romántico. En ella, Julian habla también de los científicos presos en los campos de trabajo de Stalin y de los paralelismos entre lo que estos escribieron en su momento y su propia experiencia. Según Julian, la verdadera convicción empieza cuando «las botas de los soldados derriban la puerta de tu casa y vienen a por ti».

Una y otra vez acusó a la policía islandesa de estarlo vigilando. Asimismo, Julian aseguró que al tomar un vuelo para asistir a una conferencia en Oslo lo siguieron dos miembros del Departamento de Estado norteamericano; dijo tener pruebas irrefutables de que estos habían viajado en el mismo avión que él. Eso fue lo que les contó a nuestros (no, perdón: sus) seguidores de *tweeter*. Julian creía también que el hotel estaba vigilado.

Desde luego, esa aura de amenaza constante no perjudicó en absoluto la expectativa creada alrededor de nuestras filtraciones. Era evidente que no necesitábamos ningún departamento de marketing.

## El vídeo *Asesinato colateral*

**E**stando aún en Islandia, Julian y los demás empezamos a trabajar en el documental titulado *Asesinato colateral*. En el proyecto estaban involucrados también Birgitta, Rop y dos o tres islandeses que nos prestaron fundamentalmente asistencia técnica. Los informáticos y yo trabajamos desde casa con nuestros portátiles. Los demás alquilaron una casa vieja en las afueras de Reikiavik, se encerraron allí, corrieron las cortinas y se dedicaron a preparar el vídeo.

Por aquella época se unieron dos personas más a WikiLeaks: los periodistas islandeses Kristinn Hrafnsson e Ingi Ragnar Ingasson. Es probable que tanto Kristinn como Ingi influyeran decisivamente en que nuestra siguiente producción tuviera un tono tan periodístico. Ambos procedían del mundo de la televisión e Ingi era productora. Los dos animaron a Julian a elaborar un reportaje propio con el material de vídeo.

Kristinn comprendió enseguida lo que WikiLeaks podía significar para él en tanto que periodista. Actualmente es el nuevo portavoz de WikiLeaks. Y creo que fue él quien llevó a Ingi a WikiLeaks. Al poco, la joven de diecisiete años adquirió el extraño estatus de colaboradora de Julian, un título que nunca he terminado de comprender. A partir de aquel momento, Julian se refugió en Kristinn para lanzarme muchos de sus ataques: «Kristinn puede confirmar que los demás también están cansados de ti», Kristinn esto, Kristinn lo otro.

Sin necesidad de hablar del asunto, todos dimos por sentado que yo ni quería ni debía regresar a Islandia. Tenía la sensación de que Julian no me quería allí y no mostré ningún interés por viajar. Podía trabajar para WikiLeaks desde Alemania sin mayores problemas y, además, ahora tenía un buen motivo para querer quedarme en Berlín: Anke. Pronto nos habíamos dado cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro: compartíamos los mismos valores, ambos queríamos un mundo mejor y podíamos tratarnos de igual a igual.

En cambio, Julian y yo no nos poníamos de acuerdo en cuál debía ser nuestra relación a partir de aquel momento. Yo intentaba propiciar el diálogo, pero él lo bloqueaba. Había llegado el momento en que ya solo íbamos a conversar a través del *chat*, aunque muchos aseguran que habría bastado con que nos encontrásemos en persona para solucionar nuestras diferencias. Nuestras conversaciones eran cada vez más inverosímiles. A principios de mayo me enzarqué en otra de mis frecuentes batallas perdidas para intentar comprender de qué me acusaba. He aquí un fragmento del *chat* original.

D: tengo que saber qué podemos hacer para recuperar la confianza mutua, j

D: en cuanto tengas un minuto para hablar del tema, házmelo saber

D: solo necesito una conversación constructiva



J: no sé ni por dónde empezar. además, si te lo tengo que explicar, ¿de qué va a servir?  
D: a lo mejor servirá para poder seguir adelante  
D: y yo aún creo que soy de las pocas personas en las que puedes confiar, confiar de verdad  
D: y ese tipo de personas no abundan, créeme  
D: yo creo que vale la pena, aunque solo sea por lo que hemos hecho estos últimos tres años  
J: los mentirosos patológicos tienen mucha confianza en su propia honestidad, y eso los ayuda a mentir  
D: ¿crees que soy un mentiroso?  
D: porque yo no recuerdo haberte mentido nunca, jamás.  
D: tengo la sensación de que escuchas las mentiras de los demás  
D: pero que ni siquiera te tomas la molestia de preguntarme a mí  
D: pero, fundamentalmente, es que no entiendo por qué crees que soy un mentiroso  
D: tío, esto va mucho más allá de lo que yo imaginaba  
J: la has cagado de todas las formas imaginables y encima quieres que las enumere. ¿de qué va a servir si eres incapaz de verlo por ti mismo?  
J: no, quiero que descubras tus errores por ti mismo.  
D: lo que pasa es que yo pongo en duda esa lista  
D: y por eso no puedo descubrir mis errores, porque por lo menos la mitad ni siquiera son ciertos  
D: son cosas que no han pasado nunca, aunque tú creas que sí  
D: ¿cómo quieres que las descubra por mí mismo?  
J: Se trata de observaciones directas, no de informaciones de terceras partes.  
D: pues entonces aún lo entiendo menos  
J: te pasé una lista larguísima de las cosas que me fastidian de ti hace seis semanas.  
D: ¿te refieres a esa lista donde decías que casi siempre llevo la ropa bien planchada?  
D: de verdad que no lo entiendo

La lista, Dios mío, menuda locura. Julian había elaborado una lista con todos mis supuestos defectos en la que, por ejemplo, me echaba en cara que los pantalones de mi traje llevaran siempre una raya perfecta. Es importante puntualizar que nos vestíamos con ropa seria aproximadamente una vez cada tres meses. Yo era de la opinión de que muchas de nuestras citas resultarían más productivas si renunciábamos a nuestro aspecto habitual de colgados y nos vestíamos con ropa algo más conservadora. Apariencia formal, actitud subversiva: he aquí mi postura.

Desde hace un tiempo, Julian aparece en público vestido siempre con traje (un traje perfectamente planchado). A mí me parece muy bien. Sobre este tema existe una gran cita de Daniel Ellsberg, un famoso informador que en 1971 filtró a los medios documentos secretos del Pentágono sobre la guerra de Vietnam: «Si a uno lo detienen, debe llevar traje». El objetivo, naturalmente, no es aparecer elegante en las fotos de la detención, sino el efecto que eso produce en la opinión pública: que vean que un buen traje no impide recibir un castigo.

Otro de sus reproches era que, desde que me había mudado a casa de Anke, mi nombre aparecía en el timbre. Para Julian eso era verdaderamente inquietante. A menudo me he preguntado qué le importaba eso a él. Julian me acusaba de poner en peligro mi propia seguridad, pero la verdad es que ya antes de irme a vivir con Anke tenía un cartel con mi nombre en la puerta de mi casa. Y también en Wiesbaden, por cierto, donde Julian había vivido durante dos meses.

Aparte de eso, siempre que me he mudado de piso he cambiado la vieja cerradura

por una nueva y mejor. Forzar la puerta de mi casa no era fácil. Y si alguien hubiera entrado en el piso, me habría dado cuenta enseguida. Por otro lado, hacía poco me había hecho con un bono de los ferrocarriles alemanes que me permitía viajar en tren y en metro siempre que quisiera durante un año. La tarjeta había costado 3.800 euros, que habían salido de la cuenta de la Fundación Wau Holland, que no paraba de crecer. Así, podía sentarme en el tren y viajar sin dejar un rastro de pagos con tarjeta de crédito que pudieran dar pistas sobre mi ruta de viaje. En definitiva, llevaba un estilo de vida más seguro que nunca.

Julian hacía tiempo que no tenía residencia fija, vivía aquí y allí, y siempre encontraba a alguien que lo acogía. Ya de niño había tenido que mudarse constantemente; su madre pasó mucho tiempo huyendo de su padre, que era miembro de una secta New Age australiana.

El año anterior, yo mismo había podido experimentar lo que se siente al vivir sin un domicilio fijo. En julio de 2009 había renunciado a mi piso de Wiesbaden y había pasado siete meses sin una dirección fija, hasta que conocí a Anke. Es posible que en un primer momento pensara que podía resultar emocionante llevar un estilo de vida como el de Julian. Y, de hecho, al principio la sensación de vivir sin lastre resultó interesante. Cuando digo «al principio» me refiero más o menos al primer mes.

Pronto lo empecé a detestar. Lo que más echaba de menos era mi cocina, donde tenía mis provisiones, mis especias y mi comida, el espacio alrededor del cual se articulaba mi orden vital y donde podía cocinar cuando tenía hambre.

Mis muebles (que habían ocupado dos minibuses llenos hasta los topes, medio para mi cocina y uno para el *hardware*) los había dejado en casa de mis padres. Mi idea era encontrar algo en Berlín, pero ni siquiera llegué a mirar pisos. Siempre andaba de aquí para allá con una mochila enorme, asistiendo a conferencias, alojándome en pensiones baratas o pernoctando en casa de amigos.

Y entonces fue cuando conocí a Anke y al cabo de una semana los dos supimos que iba a instalarme en su casa. Creo que cuando, más tarde, vio el sofá rojo del sótano del club donde había dormido la mayor parte del tiempo, se sintió muy aliviada por haberme propuesto que me fuera a vivir con ella. Anke vivía en una casa grande y cómoda, con un sofá rinconero en la sala de estar y una cocina que fue una verdadera bendición para mi hambrienta alma nómada. Es posible que Julian fuera mucho más nómada que yo y que ese tipo de vida le resultara agradable. Sin embargo, después de la época que pasé en el sofá rojo del club, entendí que no era para mí.

Además, de la noche a la mañana me convertí en padre. Mi nuevo hijo se llamaba Jacob y tenía diez años. Aunque mucha gente no se lo crea, nos entendimos desde el primer segundo. Desde mi nueva base de operaciones, me dediqué a trabajar en el proyecto con energías renovadas.

Durante una época, el *chat* estuvo muy calmado. Al parecer, los demás estaban demasiado ocupados preparando el documental y nadie aparecía por el *chat*. Pero al cabo de un tiempo se produjeron los primeros debates, centrados fundamentalmente en la estrategia a seguir con los medios y los donativos.

Poco después de la filtración, Julian anunció que el trabajo de *Asesinato colateral* había costado 50.000 dólares, cantidad que tenía intención de recuperar a través de donativos. Además, afirmó que la decodificación del material de vídeo le había llevado mucho trabajo. Yo sé que eso no era del todo cierto. De vez en cuando recibíamos vídeos codificados, pero ese en concreto había llegado acompañado de la clave. Lo único que había que hacer con el documento era escalarlo un poco para mejorar la calidad de la imagen, pero incluso de eso se encargaron en gran medida una serie de colaboradores voluntarios. En realidad, en aquellos momentos prácticamente los únicos gastos de Julian eran el alquiler de la casa y su propio vuelo. Los voluntarios nos ofrecían hasta la memoria necesaria para el buen funcionamiento de nuestro servidor.

Más tarde, Ingi y Kristinn, que Julian había enviado a Irak para hablar con testigos oculares e investigar un poco, me llamaron para pedirme el reembolso del precio de sus billetes a Bagdad, que habían pagado de su propio bolsillo, ya que Julian les había prometido que cubriría los gastos.

Su idea consistía en crear una fundación propia en Islandia, que, más tarde, nos serviría para reunir el dinero necesario. Evidentemente, Julian había descubierto que las donaciones a WikiLeaks constituían un modelo de negocio que permitía conseguir importantes sumas de dinero en cualquier momento.

Solicité un desembolso a la Fundación Wau Holland para los dos islandeses y les devolví el dinero.

La aparición del documental *Asesinato colateral* puso por primera vez sobre la mesa la cuestión de los derechos sobre nuestras propias publicaciones. Las televisiones nos llamaban y nos preguntaban si podían utilizar el vídeo, si disponíamos de una versión en alta definición y cuánto costaba. Acordamos solicitar donativos a cambio de nuestro material o, si los estatutos de algún medio (como era el caso de la ZDF) lo impedían, pedir honorarios a cambio de entrevistas. En general, las discusiones económicas sobre aquel vídeo nos dejaron muy mal sabor de boca, y no hablo solo por mí. Sin embargo, Julian se negaba siempre a discutir el asunto conmigo y con los demás y nos repetía una y otra vez que no debíamos «poner en duda el liderazgo en tiempos de crisis».

Julian voló a Washington invitado por el National Press Club para dar una conferencia sobre el documental *Asesinato colateral* en compañía de Rop. Justo antes de subirse al avión, despidió la sesión de *chat* colectivo con las palabras: «Y ahora

me voy a poner punto y final a una guerra».

Seguramente habríamos tenido que responderle: «Vale, hasta luego. ¿Quieres que te prepare unos bocadillos?». Soy un tipo optimista y no soporto la falsa modestia, pero esa frase me pareció algo exagerada.

Más tarde se rumoreó también que nos podían dar el Premio Nobel de la Paz. Me enteré por el Arquitecto, que dijo que se lo había oído decir a Julian. Me quedé de piedra.

«Existe la posibilidad de que nos concedan el Premio Nobel de la Paz», me dijo también Julian. Más tarde descubrí en nuestra bandeja de entrada un correo de uno de nuestros colaboradores suecos; nos contaba que conocía a dos profesores universitarios que podían proponer candidatos para el Premio Nobel, y añadía que iba a preguntarles si podían sugerir la inclusión de WikiLeaks en la lista de nominados. Así pues, se trataba de la típica historia sobre el perro de la tía de un conocido del vecino del hermano de no sé quién. Evidentemente estábamos aún muy lejos de poder seguir la senda de Martin Luther King, la Madre Teresa de Calcuta y Barack Obama.

Desde Berlín me encargué de organizar las invitaciones, de preparar una sala y garantizar la emisión en directo por Internet de la conferencia de prensa sobre el vídeo Asesinato Colateral en Washington. Cuando era necesario, aun funcionábamos bien como equipo. O, mejor dicho, tres días antes de la fecha en Washington aún no había nada organizado. De no ser por mí, Julian habría podido atender a los periodistas en el vestíbulo del National Press Club, o delante de la puerta. Eso, claro está, si alguien se hubiera enterado de que iba a pronunciar una conferencia.

Cuando Anke y yo decidimos casarnos, Julian fue el primero en enterarse. Eso sucedió en marzo de 2010. Es posible que Julian y yo estuviéramos pasando por una época difícil, pero para mí seguía siendo una de las personas más importantes en mi vida. Cuando acordamos una fecha, le dije que para mí sería una verdadera satisfacción poder contar con su presencia. Julian no respondió a mi invitación. Por aquel entonces ya habíamos chocado varias veces con motivo del dinero y del nuevo rumbo que debía tomar WikiLeaks, y nos las habíamos tenido en el *chat*. Decidí no volver a sacar el tema. No quería arriesgarme a que rechazara mi invitación, pero lo cierto es que no hubiera deseado nada más que tener a Julian a mi lado.

Poco antes de la boda montó un numerito y se quejó de que no lo hubiera invitado. ¡Pero si lo había invitado antes que a nadie!

—Pues yo no he recibido ninguna invitación por escrito —insistió él.

—¿Y adónde demonios querías que la enviara? —le pregunté yo; además, no habíamos mandado imprimir ningún tipo de invitación.

El 5 de abril colgamos el vídeo *Asesinato colateral* en Internet. Solo en YouTube llegó a los diez millones de reproducciones. El vídeo mostraba, desde el punto de

vista del cañón de a bordo de un helicóptero militar, cómo unos soldados norteamericanos disparaban contra civiles iraquíes. El ataque se cobró también la vida de dos periodistas de Reuters. Aquel vídeo marcó nuestra consagración definitiva. A partir de aquel momento, no quedó nadie que no conociera nuestra página web.

La agencia de noticias Reuters llevaba varios años intentando en vano que el ejército norteamericano les proporcionara el vídeo. Los soldados disparaban también contra los civiles que bajaban de un minibús para auxiliar a los dos periodistas y al resto de víctimas. Los comentarios cínicos que acompañaban sus disparos provocaron la indignación del mundo y ofrecieron una imagen real de algo que se vendía como una guerra que limpia.

Es posible que el título *Asesinato colateral* fuera una buena idea desde un punto de vista literario pero, considerándolo a posteriori, también es cierto que nos valió muchas críticas. Habíamos abandonado nuestra posición neutral. Al elaborar un vídeo propio a partir de material original y añadir subtítulos sobre lo que decían los protagonistas y sobre los mensajes que se oían por la radio, nos habíamos convertido en manipuladores de la opinión pública. Pero lo que más nos echaron en cara fue el título del documental y la cita de Orwell que lo acompañaba: «El lenguaje político está creado para que las mentiras suenen como verdades y los asesinatos parezcan respetables para, así, dar apariencia de solidez a algo que no es más que viento». Lo cierto era que nosotros nos habíamos planteado ya todas esas cuestiones: ¿hasta dónde debíamos llegar en el tratamiento del material para poder garantizar su efecto? Aquellos reproches, ¿eran un precio razonable a pagar por una filtración que había logrado despertar tanta atención? ¿Cuál era la tarea de los periodistas y qué papel debíamos desempeñar nosotros?

De forma intencionada, dimos a la página web que contenía el documental una imagen distinta de la de WikiLeaks, para así dejar claro que no se trataba de material original. De hecho, creamos un dominio nuevo llamado *collateralmurder.com*. Lo que es innegable es que el material sin tratar de las secuencias originales habría tenido una repercusión mucho menor.

Con todo, y en mi opinión, nos habíamos equivocado de camino.

Experimentábamos constantemente con nuestro rol, cometíamos errores y aprendíamos de ellos. Creo que esa es una actitud aceptable siempre y cuando uno no intente esconder dichos errores.

## La detención de Bradley Manning

La siguiente lección que tuvimos que aprender fue muy, muy desagradable. En mayo de 2010 el analista de inteligencia norteamericano Bradley Manning fue detenido. En un *chat* con el ex *hacker* Adrian Lamo, una persona que las autoridades norteamericanas tomaron por Bradley Manning afirmó habernos enviado documentos militares secretos. Lamo informó de ello a las autoridades. El material, que al parecer esa persona había extraído de los servidores del ejército estadounidense, incluía los vídeos utilizados para el documental *Asesinato colateral* y los telegramas y los cables de las embajadas norteamericanas.

Nos enteramos de la detención de Manning por los medios de comunicación. Yo estaba sentado delante del ordenador cuando aparecieron las primeras informaciones en Internet. Fue el peor momento de la historia de WikiLeaks.

Manning, que entonces estaba destacado en Irak, se encuentra actualmente en una cárcel de los Estados Unidos. En diciembre de 2010, Glenn Grenwald escribió en la revista norteamericana *on-line salon.com* que Manning recibe un trato muy malo y que ni siquiera dispone de almohada y sábanas para dormir. Lo vigilan las 24 horas del día, 23 de las cuales las pasa en una celda de aislamiento. Ni siquiera le permiten hacer flexiones; un celador personal se encarga de velar por ello.

Entre otros, el congresista republicano Mike Rogers pidió la pena de muerte para Manning. El fiscal del estado ha solicitado por lo menos 52 años de prisión. Inmediatamente nos dimos cuenta de que los Estados Unidos no iban a dejar pasar la oportunidad de servirse del caso Manning para administrar un castigo ejemplar. Así, quienquiera que estuviera pensando en proporcionarnos material iba a acordarse de Manning y de lo que le esperaba.

En cuanto tuvimos noticia del arresto de Manning, emitimos un comunicado en el que asegurábamos que le ofreceríamos todo nuestro apoyo, ya fuera con dinero, abogados o movilizándolo a la opinión pública en su favor.

Nosotros no podíamos ni queríamos saber quiénes eran nuestras fuentes, eso formaba parte del concepto de seguridad. Lo único que pedíamos a los informadores era que nos dieran un motivo por el que, en su opinión, el material merecía ser publicado. Con ello queríamos evitar, entre otras cosas, que nuestra plataforma se utilizara para ventilar venganzas personales.

Esas motivaciones tenían siempre una naturaleza sumamente individual: nuestras fuentes podían ser, por ejemplo, empleados frustrados, empresarios que desearan perjudicar a la competencia o personas con móviles de índole moral; el abanico de posibilidades era muy amplio. En cualquier caso, nos encargábamos de que los informadores no se pusieran a sí mismos en peligro con sus textos descriptivos. Su protección era nuestra mayor prioridad o, por lo menos, debía serlo. Si luego hemos

hecho o no todo lo que debíamos en ese sentido es ya otro asunto. En cualquier caso, si algo no podíamos hacer era proteger a los informadores de sí mismos.

En aquella primera ocasión comprendimos las deficiencias sociales de nuestro proyecto. Si bien estábamos preparados para afrontar diversos escenarios de crisis y hablábamos a menudo de que teníamos que protegernos con teléfonos encriptados y cerrojos más seguros, no habíamos considerado esa eventualidad en toda su magnitud. WikiLeaks repartía reconocimientos y riesgos de forma muy desigual: mientras nosotros disfrutábamos de los focos y la atención pública, nuestras fuentes se veían apartados de los laureles de la fama. A cambio, sin embargo, debían asumir la mayor parte del riesgo. Sin su valor cívico y sin los documentos explosivos que copiaban en secreto y colgaban en nuestra plataforma, nunca habríamos podido poner unas informaciones tan interesantes al alcance del público.

En la historia de WikiLeaks había habido ya un caso, anterior al de Manning y ni mucho menos tan espectacular, en el que una supuesta fuente había estado a punto de ser identificada. Se trataba de las asociaciones de estudiantes de los Estados Unidos.

Esas hermandades eran algo así como una broma recurrente en WikiLeaks; sus manuales de rituales llegaban regularmente a nuestros servidores. Al final, habríamos podido llenar una estantería entera con documentos de Kappa Sigma, Alpha Chi Sigma, Alpha Phi Alpha, Alpha Kappa Alpha, Pi Kappa Alpha, Sigma Chi, Sigma Alpha, Épsilon, Sigma Phi Épsilon y comoquiera que se llamen dichas organizaciones.

Los manuales contenían, entre otras cosas, los rituales de iniciación diseñados para poner a prueba a los nuevos miembros (que en algunas ocasiones se habían llegado a saldar incluso con lesiones o con la muerte de algún aspirante), y también los códigos, símbolos y cánticos de esos grupúsculos. Dichos códigos iban desde altares sobre los que se colocaba una calavera, una biblia y dos huesos en cruz, hasta determinadas banderas que había que colgar a ambos lados de la ventana, pasando por la lista de una hermandad de químicos que especificaba lo que los nuevos miembros debían aportar para su ritual de iniciación. La lista incluía un sinfín de sustancias que el nuevo hermano debía sustraer, lo más probable, del laboratorio de la universidad para, con ellos, llevar a cabo peligrosos cócteles. La lista concluía así: «y también un extintor». Por lo menos, las hermandades velaban por la seguridad.

Naturalmente, nos preguntamos si esas hermandades tenían la relevancia suficiente como para publicar sus manuales, pero al final decidimos que los nuevos miembros tenían derecho a saber dónde se metían, y por eso las publicamos. Y en cuanto empezamos, claro está, nos vimos obligados a seguir publicando todos los libros que nos iban llegando.

Con ello nos granjeamos muchos enemigos. Los miembros de Alpha-Gamma-no-se-qué aparecían regularmente en nuestro *chat* y, con el tiempo, desarrollamos un

sexto sentido para identificarlos desde la primera frase.

La conversación discurría más o menos de la siguiente forma:

—Todo esto está muy bien.

Pausa.

—En serio, lo que hacéis me parece cojonudo.

Y entonces venía una frase del tipo:

—Por cierto, tengo una pregunta relacionada con uno de los documentos que habéis publicado...

Por lo general, nuestra respuesta era:

—Oye, tú no serás de una de esas hermandades, ¿verdad?

Un miembro nos había mandado un manual que había fotografiado página por página con una cámara digital. En la primera página de dicho manual había un número que permitía identificar la universidad a la que pertenecía el manual en cuestión. Y en cada universidad había un responsable que debía velar por la confidencialidad del manual. La fuente había borrado ese número para no delatarse. Nosotros convertimos las fotos de alta definición en PDF y las publicamos en ese formato. Sin embargo, alguien colgó también las fotos originales en un foro de Internet y, por desgracia, los hermanos de la organización de estudiantes las descubrieron. En esas fotos era bastante sencillo leer el número tachado en la fotografía correspondiente a la página siguiente. Así, pronto descubrieron a qué universidad pertenecía el traidor.

Entonces los furiosos miembros de la hermandad empezaron a peinar el servidor de la universidad y las redes sociales de la misma institución en busca de fotografías cuyos metadatos coincidieran con los de las fotos del manual. Eso les iba a permitir identificar al propietario de la cámara en cuestión y, a partir de ahí, encontrar al responsable de la traición. Lo cual habría podido tener consecuencias bastante graves para la persona en cuestión, pues esas organizaciones suelen registrar los derechos sobre cada canción y cada emblema. En cambio, y afortunadamente para los acusados, las hermandades no registraban sus rituales. De hecho, parecía que estaban tan preocupadas porque alguien pudiera robarles sus secretos que ni siquiera mostraban sus libros a la agencia de la propiedad intelectual.

Que ventilásemos sus secretos era una verdadera catástrofe para nuestros fieles compañeros de *chat*. En cuanto se daban cuenta de que no teníamos intención alguna de eliminar sus manuales de nuestra página, reaccionaban algunas veces con furia, aunque por lo general se mostraban desolados. Yo conversé con ellos a través del *chat* a menudo. Muchos aseguraban que para ellos la hermandad era lo más importante del mundo; de nada servían mis consejos paternales del tipo: «A lo mejor dentro de diez años lo verás de otro modo». Una vez sus rituales y símbolos secretos eran de conocimiento público en la red, no tenían forma de saber si un falso miembro



de la hermandad iba a infiltrarse en la siguiente reunión.

El deseo humano de tener secretos y de compartirlos tan solo con un círculo selecto de la humanidad, así como la necesidad de excluir a los demás, son motivos nada desdeñables para la existencia de dichos secretos. Eso quedaba particularmente patente en el caso de las hermandades.

Si es cierto que existió una persona que se encontró en la situación hipotética de un Bradley Manning y que más tarde decidió subir a nuestro servidor el material que utilizamos para el documental *Asesinato colateral*, entendería perfectamente su actitud.

Manning era un joven de veinte años al que destinaron a Irak, donde se vio privado de todas sus relaciones sociales y rodeado seguramente de soldados que tenían una actitud respecto a la guerra completamente distinta a la suya. Si unos documentos de esa índole hubieran caído en sus manos, es normal que tuviera la necesidad de hablar de ello con alguien.

De hecho, me parecería poco menos que inhumano obligar a alguien a guardarse para sí semejante información. Es muy probable que la mayoría de nuestras fuentes se pusieran en contacto con nosotros tan solo porque tenían la necesidad de compartir lo que sabían con otras personas.

Trabajando en WikiLeaks he aprendido que no existen secretos auténticos. Cuando una frase empieza con: «Te lo contaré, pero tienes que prometerme no decírselo a nadie, absolutamente a nadie, ¿de acuerdo?», es evidente que esa promesa va a romperse usando exactamente esas mismas palabras. En el mejor de los casos, esa introducción impedirá que un secreto se propague demasiado rápido, pero no que termine enterándose todo el mundo. Aun en el caso de que los únicos que conozcan un secreto sean un mejor amigo o la pareja, una pelea siempre supondrá un peligro de traición.

Quienquiera que copiara esos documentos asumió un riesgo enorme. Es posible que, en ese momento, el informador no fuera consciente del alcance de sus actos. Es probable que intuyera que lo que hacía estaba prohibido, pero no el castigo al que se exponía. Además, es muy posible que actuara convencido de que hacía lo moralmente correcto. A quienquiera que debamos agradecerle ese material le faltó contar con una persona que le recordara con insistencia, a todas horas, que no podía hablar de ello con NADIE.

De hecho, llegamos a plantearnos la introducción de una solución técnica que respondiera a esa necesidad de reconocimiento. Nos planteamos la posibilidad de que nuestro sistema generase una especie de vale, un código que tan solo conociera la persona que nos hubiera proporcionado un material concreto. Ese código estaría vinculado a un premio que la persona podría canjear cuando el caso hubiera prescrito. Así, veinte años más tarde el informador recibiría una camiseta o, quién sabe, tal vez

unos calzoncillos con el logo de WikiLeaks, y podría lucirlo debajo de la ropa.

En más de una ocasión nos habría encantado disponer de un sistema para ponernos en contacto con nuestras fuentes. Incluso nos habíamos planteado la posibilidad de crear un canal de comunicación bidireccional. Sin embargo, la esencia y, hasta cierto punto, también la garantía de seguridad de WikiLeaks se basan en que no exista absolutamente ninguna posibilidad de localizar a las fuentes. Por otro lado, esa posibilidad habría resultado también muy útil para los periodistas. Pero eso supondría asumir un riesgo excesivo, pues permitir que los periodistas tengan acceso a una fuente implica necesariamente no poder protegerla.

A partir de mi experiencia, yo no le aconsejaría a ningún informador que acudiera con un documento secreto digital a la prensa tradicional, por mucho que allí su interlocutor sea una persona de carne y hueso e incluso tenga la posibilidad de recibir una pequeña recompensa económica a cambio de ese tipo de material.

La garantía de anonimato de las fuentes era la mayor ventaja de WikiLeaks en comparación con los periódicos confidenciales tradicionales. En la mayoría de países del mundo, ningún periodista puede garantizar a un informador que las autoridades no recurrirán a sus métodos coercitivos para obligarlo a revelar su identidad; WikiLeaks, en cambio, contaba con la infraestructura técnica y jurídica necesaria para garantizar que los informadores conservaran su anonimato sin que nadie pudiera obligar a sus responsables a delatarlo. Sin embargo, la seguridad jurídica es tan solo una parte del problema. En el transcurso de nuestro trabajo pudimos constatar la ingenuidad con la que la mayoría de periodistas tratan la información. Un documento comprometedor alojado en el ordenador de la mayoría de periodistas es cualquier cosa menos seguro.

¿En qué caso consideraríamos que un documento era tan peligroso que no podíamos publicarlo? Esa fue una pregunta que nos planteamos, sin ir más lejos, en relación con los telegramas diplomáticos. Con la detención de Manning, volvimos a plantearnos la cuestión: ¿en qué supuestos consideraríamos que un documento era demasiado peligroso para la fuente como para publicarlo?

Desde el punto de vista teórico, es una consideración válida para todos los documentos. ¿Qué debíamos hacer si, tres días después de proporcionarnos una información, una fuente se ponía en contacto con nosotros y nos pedía que eliminásemos el documento? ¿No debería la fuente tener siempre la última palabra?

Discutimos sobre ese tema en relación con una filtración procedente de Italia que, en realidad, no habría interesado a casi nadie. La información hablaba de la adjudicación fraudulenta de un contrato que, en palabras de nuestra fuente, suponía un caso de corrupción. Sin embargo, unos días después de la publicación, la fuente se puso en contacto con nosotros para pedirnos que retirásemos la acusación de corrupción. Yo mismo sustituí la palabra «corrupción» por una formulación más

suave en la descripción del documento, pero no eliminé el documento en sí (algo que tampoco habría sido nada fácil técnicamente).

El caso, sin embargo, suscitaba una serie de preguntas. ¿Cómo podíamos asegurarnos de que una fuente que nos pedía que eliminásemos un documento a posteriori no lo hacía bajo la presión de terceros? ¿Cómo podíamos asegurarnos de que, por el simple hecho de ceder, no estaríamos alentando futuras presiones sobre otras fuentes? ¿Y cómo podíamos asegurarnos de que quien nos pedía que retirásemos un documento era realmente la fuente de la que procedía? Finalmente decidimos mantenernos firmes en nuestra política de «recepción implica publicación». La decisión de subir un documento a nuestro servidor implicaba al mismo tiempo la decisión de que ese documento se publicara. En definitiva, se trataba de determinar el momento a partir del cual ya no hubiera marcha atrás.

Por otro lado, constantemente estábamos desarrollando nuevas ideas destinadas a evitar que los implicados inocentes pudieran sufrir consecuencias negativas de una publicación. Debíamos tener en cuenta todos los aspectos que podían suponer un problema para las personas cuyos nombres aparecían en los documentos o incluso para las fuentes. A veces borrábamos nombres o eliminábamos párrafos enteros, números de teléfonos y direcciones. Sin embargo, esa práctica no dio siempre los resultados deseables, tal como se demostró con el problema principal que se derivó de nuestra siguiente filtración.

En cualquier caso, consideramos que era importante dejar claro que no tenía ningún sentido presionar a las fuentes, pues WikiLeaks iba a publicar todas las informaciones, pasara lo que pasara. Visto con perspectiva, creo que en general fue una decisión razonable.

Sea quien fuera quien nos los envió, la cuestión es que recibimos los documentos secretos norteamericanos y que el 5 de abril de 2010 publicamos el vídeo. En mayo se produjo la detención de Manning. Esa actuación tan opaca buscaba impedir que diéramos a conocer más documentos secretos norteamericanos; con cada nueva publicación nos arriesgábamos a propiciar una investigación contra no sabíamos quién. Desde el primer momento me mostré contrario a publicar más documentos.

Existe una cuestión que ha generado una gran cantidad de mitos. Se trata de la pregunta sobre qué fue lo que, en última instancia, permitió la detención de Manning. Inicialmente parecía que la cuestión era muy sencilla: Manning había hablado por *chat* con Lamo y eso había llevado a que se iniciaran las investigaciones. Sin embargo, poco a poco fueron surgiendo otras versiones y todo tipo de teorías conspirativas.

En los Estados Unidos había algunas pruebas de que el descubrimiento no había sido tan casual como parecía a primera vista. En Defcon, un congreso sobre seguridad informática celebrado en agosto de 2010 en Las Vegas, se pronunció una conferencia

sobre el programa gubernamental Vigilant. El proyecto preveía que agentes de seguridad de todo el mundo se encargaran de rastrear Internet a gran escala en busca de relaciones e intercambios de datos sospechosos, para revelar conexiones entre personas y detectar cuando estas enviaban una cantidad excesiva de material de A a B.

Es muy posible que un número creciente de empleados del ejército norteamericano se dedicaran a curiosear por los propios servidores. Hasta ahí, no había ningún problema. En definitiva, eso significaba que había más de dos millones de personas en los Estados Unidos que habían tenido acceso a documentos que contenían material secreto del mismo nivel que los telegramas diplomáticos. La teoría era que los servicios secretos se activaban tan solo en el momento en que el material había sido transferido. El informe oficial estipulaba que Manning habría sido descubierto en ese contexto. Sin embargo, más tarde las autoridades desmintieron una y otra vez la oscura historia del programa Vigilant.

Existen otras teorías aún más oscuras basadas en motivaciones personales. El propio Lamo justifica su traición argumentando que se percató de la naturaleza explosiva que dicho material tendría para la política internacional y se vio obligado a tomar cartas en el asunto. Por otro lado, está por ver hasta qué punto un *chat* puede constituir una prueba concluyente, pues las verificaciones de identidad en un *chat* no son en absoluto sencillas.

Pero quizá toda la historia fuera mucho más banal. Si, a posteriori, los Estados Unidos decidieron convertir un descubrimiento casual por parte de Adrian Lamo en una averiguación propia para crear así la psicosis de que nadie iba a estar seguro en ninguna parte, se trata ciertamente de una jugada maestra.

Es probable que nunca sepamos la verdad. Las sesiones de los juicios militares no son públicas y los implicados van a poner todo de su parte para asegurarse de que nadie filtre ninguna información sobre dicho juicio.

Si aparecía alguien en el *chat* que afirmaba estar en posesión de material que quería transmitirnos, quien se encargaba de ellos en primer lugar era yo. Era importante impedir que contaran demasiadas cosas sobre sí mismos ya en el *chat*. Había una máxima estándar, una advertencia que repetíamos siempre que teníamos ocasión de hacerlo: no queremos ni nombres, ni ningún tipo de información que pudiera llevar a su identificación. Debíamos impedir por todos los medios que las personas en cuestión pudieran escribir algo que permitiera deducir su identidad. Nuestros estándares internos eran muy altos y debíamos imponernos una serie de reservas.

Julian era muy perspicaz a la hora de detectar qué material era particularmente interesante y cual permitiría ejercer influencia política. Eso también fue algo que descubrimos sobre la marcha, a menudo gracias al ejemplo negativo de documentos

que, erróneamente, habíamos creído que despertarían interés.

Así, por ejemplo, habían caído en nuestras manos una serie de textos conocidos como *field manuals*, manuales del ejército norteamericano sobre prácticas bélicas poco convencionales. Dichos manuales describían los métodos apropiados para debilitar o hundir a otros países para, acto seguido, imponer un régimen militar. En su momento, estaba convencido de que los periodistas iban a pelearse por conseguir esos documentos; sin embargo, a la hora de la verdad despertaron muy poco interés, pues el tema era excesivamente complejo.

El material audiovisual, en cambio, era un caso aparte. Pronto nos dimos cuenta de que, aunque reprodujera solo casos aislados, su efecto era mucho mayor. Julian tenía muy buen ojo para eso.

Cuando más tarde me acusó de comportarme como un vulgar cuadro intermedio, comprendí mejor que nunca su forma de pensar. Él se pasaba el día cambiando de número de teléfono, corriendo las cortinas y transformando pasajeros de avión inofensivos en espías del Departamento de Estado; por contraste, los demás seríamos siempre meros administradores, gerentes, portavoces, jamás combatientes clandestinos. Nosotros éramos los encargados de alquilar servidores y de esperar la llegada de los documentos. Nuestra tarea no consistía ni en encargar esos servidores, ni en *hackearlos*, ni siquiera en elaborar los pedidos. Esa apreciación, en todo caso, no se correspondía con nuestra percepción, y le pareciera mejor o peor a Julian, era absolutamente necesario que los demás lo viéramos así.

En nuestra página web teníamos una lista de los documentos «más buscados» (que habíamos elaborado inspirándonos en una lista similar del Center for Democracy and Technology (Centro para la Democracia y la Tecnología) para fomentar la competitividad entre los informadores potenciales, que se encontraba ya en la frontera de la ingerencia. Sin embargo, la lista no la habíamos elaborado nosotros personalmente, sino que habíamos pedido a nuestros lectores que llenaran de contenido una lista preparada.

De puertas afuera, declaramos que íbamos a prestar todo nuestro apoyo a Manning, sin que eso implicara que este hubiera tenido algo que ver con la filtración. Julian anunció que contrataría a los mejores abogados y que lanzaría una gran campaña en los medios de comunicación. Pidió públicamente donativos para poder garantizar el mejor asesoramiento jurídico a Manning (se habló de 100.000 dólares). Yo me encargué de preparar el servidor desde el cual íbamos a lanzar nuestra campaña de apoyo; el contenido iba a correr a cargo de otra persona.

Sin embargo, la campaña de auxilio quedó encallada ya en esa primera fase.

Si le pedía a Julian la información de contacto de los abogados de Manning, nunca lograba sacarle nada concreto. Y los periodistas me llamaban sin parar, de

forma insistente. No solo eso, sino que la Asociación de Científicos Alemanes se puso en contacto conmigo para comunicarme su idea de nominar a Manning para su Premio al Informador del Año.

Pero Julian respondía así a mi interés:

J: yo no tengo tiempo de contártelo y tú no tienes necesidad de saberlo; siguiente...

J: además, sé por qué me lo estás preguntando y eso aún me cabrea más.

D: ¿y por qué te lo estoy preguntando?

J: lo preguntas por una estúpida campaña de desinformación

D: pues no. te lo pregunto porque estoy ahí afuera tratando de salvar el culo para justificar una posición oficial que has expuesto tú mismo, y por la que me preguntan constantemente

J: no podemos revelar los nombres de los abogados. no son nuestros abogados, sino los de bradley, bla bla bla

J: y tú no puedes saberlo porque tampoco puedes contárselo a la gente, bla bla, o sea que es una pérdida de tiempo

Debo decir que en esta ocasión fracasamos vergonzosamente. Y que conste que me incluyo a mí también en ello. Por desgracia, demasiado a menudo me conformé con lo que decía Julian. A menudo me quejé de que Julian era un dictador, que quería decidirlo siempre todo y que me ocultaba información. Mis críticas eran justificadas, pero no me eximían de mis responsabilidades. No debería haberme dejado avasallar por el estrés, debería haber insistido y, en caso de duda, tomar la iniciativa. No había ningún motivo por el que Julian tuviera que encargarse en solitario de la campaña de apoyo a Manning.

Al final nos adherimos a la Red de apoyo a Bradley Manning, que se gestiona a través de la página web [www.bradleymanning.org](http://www.bradleymanning.org) y que habían organizado su familia y amigos. Julian y yo llegamos incluso a discutir por el importe final de la ayuda económica a Manning. Julian tuvo a bien corregir a la baja la estimación inicial de 100.000 dólares (que de repente le parecían demasiados) y dejarla en 50.000 dólares.

Pues muy bien. A finales de 2010, Manning no había visto aún ni un solo céntimo de los donativos recibidos explícitamente para financiar su causa. Hasta principios de enero (según pude saber de la Fundación Wau Holland poco antes de que se cerrara la redacción de este libro) la cuenta de apoyo a Manning habían recibido donativos por valor de 15.100 dólares.

## La nueva estrategia de los medios en el caso de los *Diarios de Guerra de Afganistán*

**T**ras haber probado varias maneras de proceder, tales como simplemente cargar documentos en nuestra web sin decir palabra, permitir la participación de periodistas en el proyecto, e incluso actuar como un medio de comunicación, en esta ocasión queríamos que todo saliera bien. Teníamos en nuestras manos un enorme montón de documentos sobre la operación militar en Afganistán. En relación con los «*Diarios de Guerra de Afganistán*», queríamos involucrar a los medios en el momento preciso. En este caso, queríamos tener el control y buscar unos socios adecuados.

No tardamos en decidirnos por *The New York Times*. Por razones estratégicas queríamos informar a un medio de comunicación americano. ¿Por qué no acudir al más importante?, pensamos entonces. Nuestro segundo socio de mayor relevancia fue *The Guardian* británico, en el que Julian contaba con buenos contactos. En cualquier caso eso decía. En Alemania nos decidimos por una colaboración con el *Spiegel*, de la que yo sería responsable.

Marcel Rosenbach, Holger Stark y John Goetz son periodistas muy experimentados que trabajan en la redacción del *Spiegel* en Berlín. La revista ya había publicado un artículo en el año 2008 sobre WikiLeaks. Pero cuando hicimos públicos el vídeo *Asesinato colateral* por fin debimos parecerles lo suficientemente interesantes como para contactar con nosotros en persona, cosa que hicieron en la Re:publica 2010, una conferencia celebrada en Berlín sobre la Web 2.0. Les facilité un portátil encriptado, para que pudieran custodiar los documentos con mayor seguridad. Nuestros interlocutores de los medios consiguieron además criptófonos, pero nos indicaron que no debíamos utilizarlos en ningún caso en nuestras comunicaciones.

A partir de aquel momento, nos reuníamos como mínimo una vez a la semana, para ponernos al día mutuamente y asegurarnos de que todo iba bien. Habíamos acordado una fecha para la publicación, el 26 de julio de 2010, para la que todavía faltaban algunas semanas.

El material se componía de un total de 90.000 documentos del puesto de mando central de las fuerzas armadas de Estados Unidos, entre los que se encontraban informes de situación, informaciones sobre tiroteos y ataques aéreos, datos sobre incidentes sospechosos y los llamados *threat reports* (informes de amenazas). Ningún periódico, libro o película había podido facilitar hasta entonces informaciones tan concretas, y además de primera mano, sobre la guerra de Afganistán.

Los periodistas examinaron el material y realizaron sus propias pesquisas. Nosotros nos encargamos de que los documentos estuvieran listos desde el punto de

vista técnico, tan pronto como todo el asunto saliera a la luz en Internet.

Pero entonces se nos presentó el primer problema. Queríamos colaborar con varios medios, y no solo con los tres que ya habían sido informados. Los periodistas se convierten en perros que defienden su hueso enseñando los dientes, cuando se trata de una buena historia. Los medios con los que hasta entonces habíamos hablado, obviamente, querían la historia en exclusiva.

Marc Thörner, por ejemplo, ya había escrito profusamente y con un buen enfoque sobre Afganistán. Había trabajado mucho tiempo como reportero sobre el terreno, y la prensa había hecho muy buenas críticas de su libro *Afghanistan Code* (Código Afganistán). Queríamos vincularlo a las investigaciones y ofrecerle también la oportunidad de echar un vistazo a los documentos. Pero los otros medios no lo vieron con buenos ojos. ¿Cómo era posible que un periodista libre cualquiera pudiera participar en aquello? Los grandes periódicos nunca lo consentirían. Según ellos, se trataba de otro nivel.

Debido a la presión ejercida por los medios informados, Marc Thörner, quien posteriormente escribió para el *Tagesspiegel* el informe más fundamentado sobre el tema, tuvo que conformarse con publicar un día después que los grandes. Aunque habíamos dicho que nunca permitiríamos que los poderosos supervisaran con quién y cómo trabajábamos, ya en este temprano estadio tuvimos que ceder.

Por mi parte, aquellas condiciones en ningún caso eran negociables, y así lo manifesté en mis conversaciones con el *Spiegel*, *The Guardian* y *The New York Times* ejercieron mucha más presión. Julian era dado a la confrontación fácil cuando se trataba de sus colaboradores, pero los periodistas de aquellos periódicos de momento parecían haberlo domesticado. Por supuesto, soy consciente de que no siempre es agradable hacerse odiar por los medios. Tampoco cabía la menor duda de que nuestros interlocutores llevaban más tiempo en aquel negocio que nosotros. ¿Qué nos habíamos creído? La caza de noticias exclusivas era una cuestión de competencia clásica. No debíamos engañarnos con la ilusión de que no intentarían imponernos sus reglas.

De acuerdo con nuestro plan inicial, habíamos previsto reunirnos todos en Londres. En un principio se habló incluso de encerrarnos en un sótano para deliberar todos juntos sobre el material. Entre tanto, nadie debería abandonar la sala. Algo parecido a una clausura, tal como había sucedido en el caso del vídeo de *Asesinato colateral*.

También estábamos de acuerdo en que, de cara a los periodistas, no debía escapársenos ni una palabra sobre la existencia de material adicional. Todavía no habíamos podido examinar a fondo los documentos que nos habían llegado con posterioridad, relacionados con la guerra de Afganistán. Pero intuíamos el alcance de la materia explosiva que teníamos entre manos.



Sin embargo, los acontecimientos no se desarrollaron según nuestros planes. Julian rechazó nuestro apoyo y viajó solo a Londres. Más tarde me enteré de que el interlocutor del *The New York Times* había dejado muy claro que prefería trabajar en su redacción, una vez tuvo en su poder no solo los documentos sobre Afganistán, sino también los documentos relativos a la guerra de Irak, que nunca antes habían estado a disposición de nadie. Después subió al avión y desapareció. Lo cual contravenía todo lo que habíamos acordado.

David Leigh de *The Guardian* se hizo cargo de la coordinación. Durante las conversaciones, Julian daba la impresión de estar totalmente agotado, o se enfrascaba por completo en su trabajo ante el ordenador, según me contaron los periodistas de *Spiegel*.

Muy pronto resultó obvio que ya no éramos los dueños y señores del procedimiento. Además, estábamos totalmente desbordados por la preparación técnica de los documentos. Nuestros técnicos trabajaban sin descanso para dar a los documentos un formato legible.

La fecha de publicación se había acordado para un lunes, con el fin de que *Spiegel*, que es una revista semanal, pudiera mantener su edición habitual. Para ello, la revista modificó expresamente su proceso de producción: el domingo no hubo ningún avance editorial para los políticos en Berlín, y la versión ePaper debería ser asimismo enviada después.

El miércoles anterior a la fecha de publicación fijada, me reuní con Marcel Rosenbach y John Goetz en un restaurante italiano de la calle Behrenstrasse a la hora de comer. Aunque no tenía nada de hambre, por educación pedí un plato de pasta cualquiera. Me dispuse a enrollar lentamente la pasta en el tenedor, mientras ambos hablaban. Los periodistas me informaron de lo bien que iba todo. Entre tanto yo miraba interesado cómo los espaguetis serpenteaban en el tenedor en anillos cada vez más amplios.

«¿Y vosotros qué tal?», me preguntó Goetz.

Tomé un bocado y asentí. Los dos periodistas de *Spiegel* parecían muy contentos. Yo tenía un mal presentimiento. El hambre se me pasó definitivamente cuando ambos preguntaron sobre los avances respecto al proceso de minimización de daños («*Harm Minimization Process*»). «¿Ya habéis acabado con la redacción?»

Debí de poner cara de tonto. Pero enseguida intenté controlar mi expresión. Habían acordado con Julian que eliminaríamos los nombres de los documentos, me recordó Rosenbach. Era la condición exigida por los tres medios de comunicación, absolutamente innegociable, antes de proceder a la divulgación *online* del material.

Yo no sabía nada al respecto. Los nombres de los inocentes implicados debían eliminarse, parecía lógico, estaba absolutamente de acuerdo con ellos. Empezaba a tener con frecuencia el problema de que Julian no me hacía partícipe de

informaciones relevantes, o cuando lo hacía ya era demasiado tarde. Eso a veces me ponía en una situación comprometida ante los periodistas. Es bien probable que esa sea también la explicación de lo sucedido en aquella ocasión.

Corrí a casa y me comuniqué inmediatamente con nuestros técnicos y sus ayudantes. Estaban abrumados por el trabajo, pero era la primera vez que oían que había que volver a redactar documentos.

Nos encontrábamos entre la espada y la pared. Los artículos estaban casi terminados, las prensas tipográficas ya se estaban calentando: era demasiado tarde para detener el proceso de producción. Sobre todo cuando *Spiegel* hubiera perdido miles de euros para cambiar la fecha de publicación prevista.

Entré en el *chat*. Julian estaba conectado, y le pregunté: «Eh, ¿de qué va eso de la minimización de daños?».

¡Hop! Julian de pronto ya no estaba. Y no volvió a entrar durante el resto del día.

Para todos los demás había sonado el teléfono rojo. Hacíamos todo lo que estaba en nuestras manos. Creo que durante aquellos cinco días, del miércoles al lunes, dormí como mucho entre diez y doce horas. Anke vivía con un fantasma.

Al echar una ojeada a los documentos, vimos que incluso si eliminábamos los nombres, el contexto seguía allí, y por el contexto también se puede identificar a las personas. Cuando en un informe se mencionaba, por ejemplo, que uno de los tres afganos que fueron detenidos el 25 de marzo de 2009 en la localidad XY había proporcionado información a los americanos, aquello no hacía más que facilitar al talibán regional la tarea de búsqueda de aquella persona para tomar represalias.

¡90.000 documentos! Eran demasiados. Me quedé atónito mirando la pantalla y no supe qué hacer. Era imposible modificarlos en el documento original. Necesitábamos una interfaz web que facilitara la tarea de redacción. Nuestros técnicos desarrollarían posteriormente un programa, con cuya ayuda los colaboradores voluntarios podrían acceder a los documentos mediante una conexión segura, para corregirlos o camuflar los nombres. Pero en el caso de aquella publicación no teníamos tiempo.

Los medios de comunicación nos dieron el criterio decisivo: debíamos retirar 14.000 de los 90.000 documentos y esperar hasta nueva orden. Se trataba de los llamados *threat reports* (informes de amenazas). En aquellos informes se incluía una relación de los afganos que habían actuado como informantes de las tropas de los Estados Unidos, y que, por ejemplo, habían avisado a los norteamericanos de un atentado planificado o de la ubicación de un nuevo depósito de armas. Los informantes eran mencionados por su nombre y probablemente hubiesen sido una presa fácil para los actos de venganza de los talibanes.

En los 76.000 documentos restantes aparecían muchos menos nombres. Varios medios independientes realizaron verificaciones posteriores y todavía encontraron un

centenar de nombres.

Estábamos trabajando a toda máquina, cuando en la tarde del día siguiente Julian apareció de repente en el *chat*. Según dijo, «quería decirnos hoy lo de los nombres». A continuación, nos envió una larga lista de tareas pendientes:

- J: 1. Mañana hay que estandarizar los URL. Se han unificado los nombres: «Diarios de guerra de Kabul» y «Diarios de guerra de Bagdad».
- J: 2. Hay que comprobar si en la base de datos de Afganistán hay información que afecte a informantes inocentes. Dichas informaciones se encuentran sobre todo en los *threat reports*. Hay bastante trabajo para eliminarlas.
- J: 3. Es necesario realizar un sumario y noticias de prensa.
- J: 3.5. Nuestras comunicaciones internas deben ser uniformadas. Deben distribuirse Satellite Pagers, si están disponibles, y SILC/IRC variantes como alternativa.
- J: 4. Debe comprobarse de nuevo la infraestructura de distribución.
- J: 5. Es necesario eliminar el campo correspondiente a la clasificación, de las versiones de la base de datos de Afganistán proporcionada por nosotros.
- J: 6. He creado una versión SQL completa de la base de datos; debe estar disponible como archivo descargable.
- J: 7. Compartición de archivos *.torrent*<sup>[4]</sup> / reparto previo de archivos.
- J: 8. Es necesario convertir los servidores de e-mail en máquinas robustas.
- J: 9. Debe uniformarse el equipo de prensa/contactos.
- J: Todo esto ES NECESARIO para que no fracasemos.
- J: Y ahora lo necesario si queremos hacer justicia.
- J: 10. He desarrollado junto con *The Guardian* el *front-end* basado en Perl con funciones de búsqueda. Debe distribuirse también como archivo descargable (más adelante entraré en más detalles).
- J: 11. Hay que hacer un vídeo de introducción de 3 minutos. Dispongo del personal necesario para las tareas de grabación y edición, pero queda pendiente la parte gráfica (p.ej. Google Earth, imágenes terrestres).
- J: 12. Las personas [periodistas], que han trabajado con esta información deben ser entrevistados para que expliquen sus métodos y la calidad / las limitaciones de la información. De 10 a 20 minutos cada uno. No es necesaria ninguna preparación. Ya he asignado esta tarea en Londres, pero todavía falta Berlín y Nueva York. Es la manera más rápida de conseguir una «guía» para el material, y sirve además para crear una relación de igual a igual entre WikiLeaks y nuestros tres grandes interlocutores.
- J: 13. El equipo de prensa debe consolidarse y necesitamos una lista de expertos que puedan hablar sobre el tema con fundamento (no solo nosotros).
- J: 14. Debe comprobarse el sistema de donativos y hacerlo más transparente. Debe mencionarse la dirección postal en Australia para el ingreso de cheques, etc., y probablemente también es conveniente que aparezca la cuenta bancaria .au [australiana].

Respondí lo que todos pensaban: «Faltan cuatro días para publicar». Sin la lista de Julian ya teníamos bastante presión. Como era de suponer, la noche antes de la publicación todavía no habíamos acabado.

*The Guardian* publicó la información *on-line* sin contar con nosotros. *The New York Times* esperó, porque no se atrevían a ser los únicos en publicarla en el mercado de los Estados Unidos. Nuestros interlocutores de *Spiegel* me llamaban continuamente para saber cuándo pondríamos en circulación el material en la red. Era el caos.

En el momento en que la maquinaria de los medios se puso en marcha, ya no le importó a nadie que hubiéramos echado a perder la acción concertada y que nuestra publicación fuera con retraso respecto a los medios. El mundo exterior, por lo que sé, no supo nada de nuestros problemas internos. Nadie se imaginaba el caos reinante en

la etapa preliminar.

Un portavoz del Pentágono declaró en una conferencia de prensa que WikiLeaks tenía «las manos manchadas de sangre». Sin embargo, se ha demostrado que hasta la fecha ni un solo informante ha sido perjudicado debido a la publicación de aquellos informes. Más tarde se ha sabido que el Ministerio de Defensa estadounidense no tardó en clasificar la información como inofensiva en un comunicado interno.

Fueron los medios quienes nos indicaron que no debíamos permitir la circulación de los *threat reports*. No habíamos profundizado en el contenido de los documentos, puesto que correspondía a los periodistas realizar dicha tarea. No obstante, Julian apareció más tarde ante las cámaras para elogiar el proceso de minimización de daños.

También nuestros técnicos trabajaron cientos de horas. Por ejemplo, transformaron todo el material a formato KML, para poder visualizar en Google Earth el desarrollo cronológico de los incidentes. Pero tuvieron que darse por satisfechos con una frase de agradecimiento en el *chat*.

En todo el mundo se inició un amplio debate sobre la posibilidad de que aquella publicación hubiera podido perjudicar a alguien. No se habló demasiado sobre el contenido, con excepción de la primera oleada de los medios, que se habían preocupado de examinar los documentos, y la segunda, en la que otros periódicos realizaron sus análisis tan pronto tuvieron la posibilidad de ver el material.

Julian se había propuesto acabar con una guerra. Por desgracia, faltaba mucho camino por recorrer. Teníamos la esperanza de que los documentos cambiarían por completo el punto de vista sobre la operación militar. Creíamos que en el momento en que resultara evidente que en Afganistán se habían cometido muchas injusticias, la gente se manifestaría y exigiría a sus gobiernos la interrupción de los ataques y el regreso de los soldados.

El hecho de que no se produjeran consecuencias concretas y de que no se iniciara un nuevo debate social de la noche a la mañana, cuestionando el sentido de aquella guerra, con toda probabilidad se debió a la increíble cantidad de datos incluidos en el material. Aquella recopilación de documentos era demasiado extensa y compleja como para que la gran mayoría pudiera participar en el debate. Por otra parte, precisamente en los 14.000 documentos que no habíamos publicado se encontraba el material más explosivo. Casi todos los artículos publicados por *Spiegel*, *The Guardian* y *The New York Times* tomaban como punto de partida aquellos documentos. En última instancia, los tres medios que fueron nuestros interlocutores sacaron el máximo partido a aquellos archivos de los que tenían la exclusiva, mientras que la competencia tuvo que conformarse con los restos.

Por supuesto, nadie puede echar en cara a los periodistas, en tanto que individuos independientes, que buscaran una buena historia y que desearan tener la exclusividad.

Con la mayoría de ellos mantengo relaciones cordiales. Pero la manera de funcionar de los medios, su afán por conseguir informaciones en exclusiva, el intento continuo de sacarnos lo máximo posible, y esa mezcla de curiosidad permanente y amistosa autosuficiencia, a veces me sacaba de mis casillas.

Todavía recuerdo aquellos tiempos en los que nadie nos conocía, cuando tenía que telefonar a los distintos medios para llamar su atención sobre un buen material. Entonces, no me devolvían la llamada, ni respondían a mis correos. En un principio, muchos de los periodistas alemanes hicieron valoraciones muy críticas y escribieron ingeniosos análisis sobre los problemas asociados a nuestra plataforma. Era algo normal. Hubo otros, sin embargo, que cambiaron de opinión al darse cuenta del interés que podían generar gracias a nuestro material. Entonces empezaron a adularnos. Lo cual me pareció muy extraño.

Cada vez con mayor frecuencia, en los debates acerca de las filtraciones de aquella época se nos criticaba que WikiLeaks arremetiera contra los Estados Unidos como principal enemigo. Y sin embargo, había situaciones en otros lugares de la Tierra que también merecían ser sacadas a la luz pública. En efecto, todas las publicaciones importantes del año 2010 estaban relacionadas con aquella potencia mundial.

Era debido a varias razones. El antiamericanismo de Julian se alimentaba del simple hecho de que los Estados Unidos estaban implicados en la mayoría de conflictos políticos del mundo. Además, en el caso de muchas operaciones, se sospechaba que los Estados Unidos participaban en la guerra movidos por intereses económicos. Un argumento de peso al respecto era su intromisión en la política de otros países. Por descontado, eso no excluía la necesidad de criticar a los gobiernos que cometen crímenes contra su propia población.

Ese era uno de los motivos. Otra de las razones era bastante más trivial: las dificultades idiomáticas. Ninguno de nosotros sabía hebreo o coreano. A menudo, nos resultaba bastante difícil comprender el significado de un documento en inglés. Julian tampoco sabía idiomas. A pesar de que aprovechaba su superioridad como único anglófono nativo en nuestros debates internos para tergiversar hábilmente en su favor los temas que le resultaban desagradables con disquisiciones minuciosas sobre el significado de palabras concretas, con frecuencia no podía recordar el nombre de los medios de comunicación extranjeros, ni tampoco el de nuestros correligionarios. En una entrevista en televisión que concedió tras mi cese en WikiLeaks, incluso se le anudó la lengua al intentar decir mi apellido. Hubiéramos tenido que buscar más voluntarios que nos ayudaran con las traducciones. Pero hacía tiempo que habíamos fracasado en nuestro intento por integrar a simpatizantes en tareas mucho más elementales.

Mucho más relevante era el tercer y último motivo: en los Estados Unidos

habíamos encontrado nuestro mayor adversario. Julian Assange no perdía su tiempo con los débiles, sino que había escogido a la nación más poderosa del mundo como enemigo. Su propia importancia se medía por la de su enemigo. ¿Por qué tendría que buscar pelea en África o en Mongolia, o con la casa real de Tailandia? Acabar en la cárcel en África o Tailandia, o desaparecer con un bloque de hormigón en los pies en un río de Rusia, resultaba bastante menos atractivo que informar a la opinión pública mundial, con el emocionante respaldo de los medios, de que los Estados Unidos le habían echado al cuello a sus servicios secretos. Aquella estrategia era garantía de éxito en los titulares.

El mayor problema de la publicación de los *Diarios de Guerra de Afganistán* radicaba en que Julian había abierto su caja de Pandora para mostrar a los medios el material restante. Aquello nos ligaba a los mismos interlocutores. Y nuestro plan de seguir controlando el proceso se convirtió en una farsa.

*The New York Times*, por ejemplo, no había incluido nuestro *link* en su artículo, tal vez por miedo a tener problemas legales. Pero ya poseían todo el material sobre Irak. Hubiera sido muy difícil publicar los siguientes documentos sin ellos.

Unas semanas después, *The Washington Post* publicó un amplio reportaje titulado «La América secreta», en el que se ponía de manifiesto el trasfondo de la industria armamentística. Los artículos abrían los ojos a los lectores sobre el tremendo crecimiento del que se había beneficiado este sector como resultado de la lucha contra el terror. La información era excelente. No sé cómo *The Washington Post* la había obtenido, pero toda aquella cobertura informativa, junto con los documentos y mapas *on-line*, demostraban una impresionante eficacia, que además procedía de su propia redacción. Cuando *The Washington Post* me preguntó si podrían tener acceso a los 14.000 documentos restantes, pensé que sería una colaboración muy sensata. Les hubiera facilitado con agrado aquel material, como retribución por el excelente trabajo realizado. Pero Julian impidió que llegáramos a un acuerdo: «Ya nos hemos comprometido con los otros tres, no podemos engañarles», fue su explicación.

Me arrepiento de no haber sabido actuar para conseguir otros logros por mi parte. Para Julian, el concepto de compromiso o de acuerdo, de todos modos, no tenía demasiado valor. Con frecuencia él mismo me había dicho que no se trataba de alterarse por las ideas de los demás, sino de participar activamente en la construcción de la realidad. Más adelante, redefiniría el supuesto compromiso de exclusividad con los medios, y entre otras cosas facilitó también a Channel 4 los documentos de Afganistán, contraviniendo todos los acuerdos.

Tampoco quería dañar la imagen de WikiLeaks, haciendo que nos vieran como interlocutores informales. Me debatía en el dilema de aquellos que se atienen a las reglas y al mismo tiempo tienen que tratar con alguien que las utiliza, sobre todo como argumentos, cuando encajan en sus planes.

Nuestras propias pretensiones de publicar inmediatamente el material del que disponíamos, y de seguir siendo independientes a la hora de tomar decisiones, se me antojaban ahora ridículas. Y los medios nos tenían exactamente donde querían. Podían sacar provecho del material de forma exclusiva, mientras nosotros teníamos atadas las manos.

Nuestros técnicos desarrollaron en un plazo muy breve de tiempo un software muy ingenioso, que nos permitió ampliar el círculo de ayudantes, siguiendo el principio «los amigos de los amigos», en el proceso de redacción. Cada uno de ellos tenía acceso a un pequeño paquete de datos a través de una interfaz *front-end* de la red, y por tanto solo podían ver una sección del juego de datos completo. De esa forma, cientos de voluntarios podían visualizar y trabajar simultáneamente en los documentos. Para cada documento contábamos como mínimo con dos voluntarios, y cada una de las modificaciones efectuadas se protocolizaba. Todos funcionaban a la perfección, y pronto los 14.000 documentos restantes estuvieron pulidos.

El conflicto entre Julian y yo seguía ahí, a pesar de que nuestra colaboración diaria se desarrollara de forma paralela. Empecé a hablar con Birgitta en el *chat* sobre ello, porque me sentía como si estuviera dando palos de ciego sin saber lo que Julian tenía en mente. Tan pronto como Julian y yo volviéramos a tirar juntos del carro, sería posible encarrilar de nuevo WikiLeaks, o al menos eso creía yo.

A finales de junio, Birgitta me contó a través del *chat* una conversación que había mantenido con Julian. Le había exigido que no volviera a confiar en mí, y me había calificado de «adversario».

D: Eso no tiene ningún sentido.

B: No, él cree que va más allá, que quieres hacerte con WikiLeaks.

D: ¿Más allá? Eso es basura.

B: Dinero y fama.

D: Sí, claro. Jajaja. Esto ya lo hemos aclarado con todos los demás. Y estamos todos de acuerdo en que es basura.

B: Ya lo sé.

D: El único que no lo ha entendido es J, ya lo solucionaremos. Creo que sé por qué piensa así.

B: Eso espero. ¿Por qué?

D: Por algunos comentarios que hice, por ejemplo, en relación con el dinero. En una ocasión discutimos porque había gastado parte de ese dinero.

B: Cree que estás retirando grandes cantidades de dinero regularmente.

D: Le dije que, si él no quiere hablar conmigo, gastaré dinero en gastos necesarios, sobre todo teniendo en cuenta que el dinero aquí, en .de [Alemania] en gran parte es resultado de mi trabajo.

D: LOL [laugh out loud] (carcajadas). He retirado quizá 15-20K [entre quince y veinte mil] de esa cuenta, como mucho, y todo ese dinero fue destinado a servidores que necesitábamos, o cosas semejantes, guardo todas las facturas.

B: Le he pedido una y otra vez que se reúna contigo para aclarar todo este asunto.

De forma paralela, tuvimos que oponer resistencia a la presión cada vez mayor del exterior. El 30 de julio de 2010 publicamos en el dominio de los documentos de Afganistán, así como en varios sitios de bolsas de intercambio, un archivo de 1,4 GB

encriptado con el título «insurance.aes256». El encriptado de material especialmente delicado, para proceder a su posterior distribución, era una medida más que sensata que debíamos haber puesto en marcha mucho antes.

Ni siquiera yo mismo sabía qué era lo que los técnicos habían guardado en aquel archivo. Estaba codificado con el sistema de encriptación simétrico AES256, que ofrecía una protección relativamente inmune ante los intentos de desciframiento. Pero la idea de colgarlos en la red, no me pareció tan genial.

En un principio, con aquel archivo de seguridad queríamos evitar que alguien desmantelara WikiLeaks o intentara secuestrar a alguien del equipo para sacarle de la circulación con el fin de impedir la publicación de más documentos. Al igual que otros depositan sus conocimientos ante un notario, nosotros lo hicimos en la red.

No sin gran esfuerzo, copié el archivo en lápices de memoria USB, y lo envié a centenares de personas de mi confianza en todo el mundo. Entre ellos, políticos de los verdes, periodistas y otras personalidades, en las cuales suponía que podía confiar.

Para ello compré diferentes lápices de memoria USB y muchos sobres distintos, marrones, blancos, grandes, pequeños, y fui a correos con un montón cada vez, para asegurarme de que era imposible interceptar todo aquel cargamento. En algunos casos, los entregué en mano. A cada lápiz USB acompañaba una carta, con fecha del 20 de julio de 2010:

Consigna de datos

Apreciado amigo,

Nos dirigimos a ti en un acto de confianza. Junto con esta carta encontrarás un lápiz de memoria USB, que contiene información en un archivo encriptado.

Antes de que se produzcan los desafíos a los que nuestro proyecto tal vez deberá hacer frente en las próximas semanas, te enviamos esta información, además de distribuirla a otras personas y entidades dignas de confianza en todo el mundo. De esta forma nos aseguramos de que pueda llegar a los medios de comunicación, y por tanto al gran público, independientemente de lo que pueda suceder. Al mismo tiempo, cumple la función de reaseguro para que no le suceda nada al proyecto o a nosotros mismos.

En caso de que algo vaya mal, se desencadenará un segundo mecanismo que hará pública la clave de este material para poder descifrar el archivo, y de este modo garantizar que no todo fue en vano.

Rogamos no comenten a nadie la recepción de esta carta y de los datos. Hay mucho en juego.

Recibe un cordial saludo, y muchas gracias.

WikiLeaks

Los técnicos trabajaron mientras tanto en una solución para que las contraseñas se publicaran automáticamente en caso de que pasara algo. Este método recibe el nombre de *Dead man switch*.<sup>[5]</sup> En ese momento no sabía que existía un plan para publicar el archivo también en la red y distribuirlo en varias plataformas de descarga. De haberlo sabido, me hubiera opuesto a ello. Incluso aunque el proceso de decodificación del archivo sin contar con la clave hubiera requerido mucho tiempo, no se podía descartar la posibilidad de que alguien lo consiguiera.

Al consignar aquel archivo, nuestra intención era accionar los resortes políticos.



Creo que como mínimo conseguimos que el personal del Departamento de Estado pasara un par de noches sin dormir ocupados con un archivo encriptado, que hacía las veces de «seguro», de acceso público en la red, en una plataforma de intercambio de archivos *.torrent*. Por lo menos no era uno de los problemas habituales reseñados en sus manuales. Y tampoco podía resolverse con el envío de un portaaviones.

No puedo decir con certeza si ese mecanismo de seguridad interesó a alguien o si impidió la detención de algún miembro de WikiLeaks. En todo caso, todos creímos firmemente que serviría. Con posterioridad, cuando Julian sufrió una detención preventiva en Londres a causa de la investigación abierta en Suecia sobre ciertas acusaciones, este manifestó a su abogado que habría que considerar la «opción termonuclear», refiriéndose a la posibilidad de hacer pública la clave del «seguro-archivo» en caso de que Julian fuera extraditado a Suecia.

Por descontado, esa no era su finalidad. El «seguro-archivo» debía proteger a los trabajadores amenazados y a nuestros documentos, y no estaba pensado para que Julian esquivase las investigaciones en un país democrático, sobre todo cuando se trataba de un asunto puramente privado.

La necesidad fundamental de semejante mecanismo de seguridad se confirmaría más adelante, cuando Jake Appelbaum fue detenido e interrogado al entrar en los Estados Unidos. La única falta en la que había incurrido fue dar una conferencia sobre WikiLeaks en representación de Julian, seguramente porque este último creyó que era importante que WikiLeaks estuviera presente. Aquello bastó para que al llegar a los Estados Unidos le confiscaran el portátil, le cachearan y le tuvieran detenido varias horas. Después le gastábamos bromas maliciosas, diciéndole que todos los contactos que tuviera guardados en su móvil tendrían los mismos problemas que él si viajaban a los Estados Unidos.

Este incidente fue muy desagradable para Jake. En comparación, las aventuras de las persecuciones de Julian eran más bien anecdóticas. En mayo de 2010, los funcionarios de aduanas le retiraron el pasaporte en cuanto entró en Australia. Aquel supuesto escándalo se difundió por todo el mundo a través de todas las agencias. El contratiempo dio pie a que Julian concediera varias entrevistas en la televisión australiana, en las cuales declaró que ya no se sentía seguro en ninguna parte. Yo había visto su pasaporte y la verdad es que estaba destrozado. Así que alguno de los funcionarios querría comprobar que en efecto se trataba de un documento oficial y no de papel reciclable. De todos modos hay que decir que a los pocos minutos Julian había recuperado su pasaporte.

Como consecuencia, Julian declaró que ya no podía salir de Australia con garantías de seguridad, que le parecía demasiado peligroso. Recuerdo que coincidió con la propuesta de dar una conferencia ante el Parlamento Europeo, en un acto informativo acerca de la censura en Internet. Julian solicitó que se le invitara a él, en

vez de a mí, con el argumento de que los servicios secretos no le importunarían si viajaba bajo la protección del Parlamento Europeo. Puesto que el Parlamento esperaba su comparecencia, nadie se atrevería a secuestrarle o asesinarle. «Necesito cobertura política», era su discurso. Siempre pensé que como mucho nos seguirían un par de estudiantes radicales o simpatizantes del derechista NPD (Partido Nacional Demócrata de Alemania), para darnos una paliza. Nadie secuestraría un avión de pasajeros australiano para dejar fuera de circulación a Julian Assange.

Por entonces, Julian empezó a tratar con un joven islandés de diecisiete años, involucrándolo cada vez más en el proyecto, algo que todavía hoy no deja de sorprenderme. Con anterioridad nos había prevenido contra aquel joven, afirmando que era un mentiroso y que no era digno de confianza. Julian quería evitar a toda costa que habláramos con él. Por ello me sorprendió aún más que le ofreciera una dirección propia de correo en WikiLeaks. Aquel era un privilegio reservado a muy pocas personas, entre diez y veinte, no más. Julian le compró dos portátiles e incluso le regaló uno de los criptófonos.

Además, Julian tuvo un comportamiento negligente en lo que a nuestras medidas de seguridad se refiere. Los correos dirigidos al joven de diecisiete años, así como los destinados al que sería más adelante portavoz, Kristinn, eran reenviados automáticamente a sus respectivas direcciones de *gmail*, con la comodidad como única justificación. Me preguntaba si realmente debíamos poner tan fácil a los americanos que leyeran nuestras comunicaciones internas. Y de ser así, ¿por qué no renunciábamos a los caros criptófonos?

Julian también se volvió cada vez más descuidado a la hora de mantener el secreto de los documentos. Le facilitó al islandés todo el material de los Cables para que pensara en «cómo podría editarse desde el punto de vista gráfico». Por descontado, no cayó en la cuenta de que hubiera sido mejor no encargarle una tarea tan delicada.

El islandés proporcionó aquel material a la prensa, entre otros a la periodista Heather Brooke de *The Guardian*. Más tarde se justificaría diciendo que se había cuestionado la manera de optimizar la influencia política de dicho material, y por esa razón «había tenido que hablar con un par de personas sobre ello».

Aquel factor humano, el deseo de difundir conocimientos secretos y de este modo revalorizarse un poco como persona, recurriendo a la prensa si era necesario, no era nada nuevo. Por eso precisamente había que ser muy prudente a la hora de hacer circular una información. ¿Acaso no lo habíamos aprendido ya?

Julian era extremadamente paranoico, sobre todo en cuanto a su seguridad personal y, sin embargo, de repente bajó la guardia. Cuando se enteró de aquello, envió a Ingi y Kristinn para que hablaran con él. Pero de qué servía si la información

ya había sido divulgada. Los islandeses hicieron que firmara una declaración en la que decía que le habían sustraído los documentos de forma ilegítima. El simple hecho de asociar su nombre con aquellos documentos era muy peligroso.

Aquel joven de diecisiete años suponía un riesgo de seguridad cada vez más elevado. Julian escribió en Twitter que el joven había sido detenido varias veces por la policía. Y él nos dijo que la policía le había preguntado por WikiLeaks, y que le habían enseñado fotos para interrogarle sobre personas concretas. Julian también lo escribió en Twitter. Sin embargo, no fue posible comprobar aquellos hechos, y la policía de Islandia los desmintió. En todo caso, el misterio de WikiLeaks se avivó considerablemente con los relatos sobre el acoso y las detenciones.

Durante el año 2010, Julian viajaba cada vez con más frecuencia acompañado de guardaespaldas. Quizás eso le hacía sentirse más importante. En algún momento llegué a pensar que la peor hecatombe imaginable para Julian sería que me detuvieran antes que a él. Tal vez por eso se enfadó tanto al ver mi verdadero nombre en el timbre de la puerta.

Nuestra relación no mejoró, después de que en abril me dijera que si me la jugaba y ponía en peligro a nuestras fuentes, me perseguiría y me mataría: «*If you fuck up, i will hunt you down and kill you*». Es cierto que lo dijo en una situación de mucho estrés. A veces, lo que me decía parecía dirigido contra él mismo. En otra ocasión dijo que yo suponía un riesgo para la seguridad, porque «no podría soportar un interrogatorio». Me pregunté entonces por qué película se había dejado llevar Julian en realidad. ¿Acaso visualizaba mentalmente a un policía que me apretaba las clavijas, mientras yo escribía una confesión de un folio, que haría que le condenasen a muerte?

En una ocasión Julian me había contado que de tanto en tanto se iba a pasar un tiempo al campo. En soledad total podía concentrarse en él mismo y cargar pilas, en lo que él llamaba proceso de «puesta a punto». Allí no podía hablar con nadie y se limitaba a vivir el día a día. Según decía, realmente necesitaba semejante retiro cada dos o tres meses, como mínimo. Cuando pienso en los últimos dos años, no recuerdo que se tomase ni un solo día entero para estar en la naturaleza, ni siquiera un rato para pasear por un parque.

Muchas de las personas que le vieron en conferencias o con motivo de alguna de sus visitas, me comentaron que Julian tenía mal aspecto, y que daba la impresión de estar reventado. La verdad es que no le entendía, por qué era necesario trabajar con tanta presión. Había algo que le impulsaba a actuar así, pero no podría decir qué era exactamente. En 2010 publicamos copiosas filtraciones, una tras otra, como si el diablo redivivo nos pisara los talones. Tal vez aquella presión era el resultado del nuevo material que nos había llegado durante los últimos meses.

Ya me había anunciado que no disponíamos de tanto tiempo como antes para

tratar cada detalle, que habíamos crecido demasiado, que el proyecto había tomado un cariz muy serio como para seguir trabajando con tranquilidad. Tal vez también lo que le gustaba era que las cosas tuvieran el carácter más destructor, radical y trascendental posible.

Mi punto de vista era diametralmente opuesto. Ahora que cada vez éramos más conocidos y que los documentos cada vez eran más explosivos, debíamos ser cautelosos. Hubiéramos podido aprovechar la pausa que nos impusimos a finales de 2009 para seguir desarrollando nuestra estructura interna. Y hubiéramos tenido que encargarnos más bien de filtraciones de menor relevancia, hasta que nuestra infraestructura hubiera sido sólida.

También me preguntaba si Julian en realidad tenía miedo de algo: si le impulsaba una preocupación para mí desconocida, o si el nuevo material se había convertido en algo demasiado peligroso para él. Solía decir que debíamos deshacernos de los documentos. Manifestaba una gran inquietud, diciendo que de lo contrario nos «machacarían». Por otra parte, nunca me pareció que Julian tuviera miedo de nada. El miedo pertenecía a una categoría de características que en su caso no parecía en absoluto acentuada. Así que tampoco tenía que superarlo.

La presión tuvo como resultado que, en efecto, cada vez cometiéramos más fallos. Y que ya no pudiéramos cumplir con la inmensa responsabilidad que nos habíamos cargado a las espaldas. Julian se limitaba a repetir su frase preferida: «No pongas en duda al líder en tiempo de crisis».

Esta frase casi tenía un potencial cómico. Julian Assange, el revelador de secretos en jefe y el crítico militar más mordaz en misión de paz global, se había acercado también de palabra a los poderosos a los que pretendía combatir. Parecía hallar cada vez mayor satisfacción en el lenguaje técnico extremadamente afilado y desalmado de los documentos, con sus absurdos acrónimos y códigos.

Hacía mucho que calificaba a cualquier persona como «activo», concepto que se utiliza en el lenguaje empresarial para denominar el inventario, y en el ejército para referirse a los soldados que componen las tropas. La manera como Julian utilizaba este término tampoco era simpática, sino que demostraba que para él las personas de nuestro equipo eran simplemente carne de cañón.

Cuando posteriormente quiso echarme, alegó lo siguiente: «Deslealtad, insubordinación y desestabilización en tiempo de crisis», todos ellos conceptos del *Espionage Act* (Ley del espionaje) de 1917. Las cláusulas de esta ley se derivaron de la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Se trataba de lenguaje militar dirigido a traidores.

El lenguaje en clave no solo es habitual en un entorno militar, sino que constituye la base de la mayoría de los ámbitos de especialización. Asimismo, la mayoría de los textos legales contienen su propia jerga, la llamada jerga jurídica, al igual que en

el caso de la empresa o la banca. Este tipo de lenguaje llega a su máxima expresión, aún más que en el caso del ejército, por ejemplo, en el tono empleado por la Cienciología, cuyos manuales están plagados de acrónimos.

Es un lenguaje no solo perfecto para impedir o dificultar el acceso a los profanos, sino que también es utilizado por grupos profesionales enteros, cuya existencia se justifica únicamente por el hecho de que son necesarios para orientarse en su propio sistema de referencias internas. Aunque el tema en cuestión sea después de todo banal, suena como si se tratara de ciencia oculta. No me sorprende que a Julian le gustara. El llamado *tecnolecto* lleva intrínseca la falsa apariencia de ser relevante, además de insinuar que el orador sabía previamente de qué se trataba. Pero por favor, que a nadie se le ocurra preguntar nada al respecto.

Por cierto, que se trata de una realidad desconocida para mí hasta entonces y que debo agradecer a mi trabajo en WikiLeaks: independientemente de si se trataba de militares, servicios secretos o comisiones estratégicas, todos eran iguales. Algunos documentos me parecían, tras examinarlos más en detalle, increíblemente ingenuos. Publicamos, por ejemplo, un documento de la CIA del grupo Célula Roja, un *thinktank* («laboratorio de ideas») de los servicios secretos, fundado tras el 11-S. El documento del grupo Célula Roja informaba sobre las estrategias en materia de relaciones públicas con las que, en su opinión, los americanos deberían intentar actuar contra la cada vez menor aceptación de la guerra de Afganistán por parte de alemanes y franceses.

Hans-Jürgen Kleinsteuber, profesor de ciencias políticas de la Universidad de Hamburgo, en una entrevista de radio calificó dicho documento de «redacción de colegial». La estrategia de querer contar a los alemanes que su intención era velar por los intereses económicos en Afganistán, por un lado, y a los franceses que la finalidad era salvaguardar los derechos de las mujeres, por otro, era al mismo tiempo un plan tan simple como malicioso. Realmente no podían haberlo ideado estrategias especialmente astutos, pero el lenguaje de la CIA le confería un tono excepcionalmente relevante, aunque bien podría haber salido de la pluma de un alumno de bachillerato.

Por supuesto, nosotros también teníamos referencias internas. WikiLeaks era «WL», Julian quedaba representado por una «J» en el *chat*, yo era una «S» de «Schmitt», y otros miembros del equipo también contaban con solo una letra. De ese modo se estableció una peculiar lógica: cuanto más importante era una persona en WikiLeaks, más corto era su apodo. Cuando en el *chat* de WikiLeaks aparecía un ente representado por una sola letra, uno podía estar casi seguro de que estaba en presencia de un representante oficial del proyecto.

## Las acusaciones en Suecia

**E**l 20 de agosto de 2010, la fiscalía del estado sueco formuló una acusación contra Julian Assange por tentativa de violación en dos casos.

En ese momento yo estaba de vacaciones con mi mujer y nuestro hijo. Durante dos semanas viajamos por toda Islandia, ese país que parece el negativo de una foto, puesto que la tierra en algunos lugares es negra, en contraste con los fiordos completamente helados y blancos como la nieve. Nos desplazábamos en un viejo y ruidoso coche de alquiler de un lugar a otro. Hacía años que no disfrutaba tanto. De hecho, había días en los que conseguía no pensar en Julian ni en WikiLeaks durante horas.

Pero no podía desconectarme por completo de WikiLeaks. Tenía la necesidad de consultar mi portátil de vez en cuando. En el coche llevaba un router WLAN con conexión UMTS, en nuestra tienda contaba con un largo cable de alimentación, y los periodistas llamaban de vez en cuando a mi número de móvil islandés.

Harvey Cashore, de la televisión canadiense, quería entrevistarse conmigo a toda costa. Se encontraba en Alemania por motivos de trabajo, y cuando se enteró de que estaba en Islandia, decidió viajar hasta allí para vernos. Cashore dirigía el ámbito de «investigación» de la CBC (Corporación Canadiense de Difusión). Tuvo que buscar una conexión hasta el pequeño aeropuerto de Isafjördur, donde habíamos hecho una parada en nuestra gira con Anke y Jacob.

Cashore me propuso una colaboración. El canal para el que trabajaba quería participar en nuestra nueva publicación, e incluso destinar algunos redactores que nos ayudarían en la redacción del material. Hablamos durante unas dos horas en un restaurante especializado en pescado de Isafjördur, en el que nos habíamos dado cita. Pero sus esfuerzos fueron en vano. Los demás interlocutores de los medios no querían que la CBC se llevara un trozo del pastel. Nuestros interlocutores de *Spiegel* no parecían demasiado molestos; fueron sobre todo los periodistas de habla inglesa los que tuvieron una reacción negativa. Julian me contó que le habían presionado.

En aquel momento, los medios en Alemania solo hablaban de un tema: la catástrofe en el festival Loveparade de Duisburgo, durante el cual diecinueve personas fueron aplastadas por las masas el día 24 de julio, y dos víctimas más murieron algunos días más tarde en el hospital, debido a las heridas sufridas.

Muy pronto nos llegaron numerosos documentos al respecto: los planos guardados bajo llave, los pactos internos y todos los detalles relativos a la seguridad y el proceso de autorización. El material colapsaba el servidor, ya que en muchos casos la información estaba repetida. Era como si la mitad del personal del Ayuntamiento de Duisburgo hubiera descubierto durante la noche su aspecto secreto de informante.

Aunque algunos *blogs* y otros medios ya habían publicado alguna información al

respecto, éramos con toda seguridad los primeros que podíamos documentar ampliamente el trasfondo. Me sentía en la obligación de publicar todo aquello, sobre todo ahora que WikiLeaks había pasado a ser una plataforma con capacidad para garantizar que los documentos recibirían la atención necesaria. Por esa razón, durante las vacaciones en Islandia, dediqué algunas noches a prepararlo todo para la página web.

En nuestras vacaciones habíamos hecho una parada en un pueblecito llamado Holmavik, en el que no había mucho más que un museo de las brujas y una pequeña casa de huéspedes en una pendiente ventosa. Allí pasamos dos noches. Hasta las cinco de la madrugada estuve con Anke en la caótica sala, en la que se servía el desayuno, para ocuparme del incidente en Duisburgo.

A mi lado había una montaña de latas de cerveza vacías, de nuestros predecesores. Contra el frío me protegían unos gruesos calcetines y la ropa interior azul marino de lana de merino. Contra la débil conexión a Internet no se podía hacer nada, solo tener paciencia. Había examinado unos cuarenta documentos en distintas versiones, y tenía que volver a poner en marcha toda la cadena de producción. Además, los resúmenes y los artículos listos para su publicación todavía necesitaban una portada. Desde nuestro descanso obligado, solo habíamos publicado importantes filtraciones en páginas creadas expresamente para ello. La publicación relativa al festival Loveparade, el 20 de agosto, fue casi la primera filtración normal de WikiLeaks desde aquella pausa.

En aquel momento, hacía ya mucho tiempo que no publicábamos los documentos por orden de llegada, tal como deberíamos haber hecho según el principio en realidad establecido, sino que la mayoría debían esperar turno, mientras nos concentrábamos en los grandes escándalos. Julian había dado aquellas instrucciones. Y a pesar de haber mantenido vehementes discusiones al respecto, no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. Por esa razón, se acumulaban algunas informaciones que me parecían relevantes.

Por ejemplo, habíamos guardado los correos electrónicos del NPD (Partido Nacional Demócrata de Alemania) de los últimos cuatro años. Facilité a un periodista algunos fragmentos para que pudiera hacerse una idea. Asimismo, *Spiegel* parecía tener en sus manos parte de aquel material, y ya habían preparado un artículo. Citaba parte de los correos electrónicos, así que la revista recibió un auto provisional de los abogados del partido. Aunque sería derogado posteriormente, la publicación de los correos electrónicos del NPD en WikiLeaks hubiera sido una buena oportunidad para poner de relieve nuestros puntos fuertes en comparación con los medios clásicos. En WikiLeaks no había ni siquiera un destinatario al que se le pudiera enviar un auto provisional.

Volvimos a Reikiavik un viernes. Enseguida entré en el *chat* y vi que había un

problema. Uno de los técnicos, que como yo se había tomado unas vacaciones, había desaparecido. Solíamos cerciorarnos de que todos volvían sanos y salvos en la fecha prevista, de que nadie fuera detenido en la frontera o pudiera desaparecer. El técnico hacía nueve días que estaba fuera, cuando en un principio solo se había tomado tres días. Estábamos preocupados.

Antes de irnos a dormir cada noche en una cama distinta durante nuestro viaje, mi mujer le decía a nuestro hijo que nuestros sueños se harían realidad.

No sé si aquello tenía algún efecto en el niño de diez años; yo sí lo creía. Cuando la noche siguiente soñé que nuestro amigo había vuelto a casa ileso de su viaje aventurero, por la mañana me levanté con el convencimiento de que todo iría bien. Y así fue: entré en el *chat* y nuestro amigo volvía a estar allí. Pensé que todo había vuelto a la normalidad. Veinte minutos después descubrí en Internet la noticia de que se había dictado una orden de captura para Julian en Suecia. Supuestamente, había violado a dos mujeres.

En Suecia deben protegerse de la prensa las personas que son objeto de investigación. Con el fin de evitar perjuicios en la reputación de dichas personas, los medios no deben saber ni siquiera la edad de un sospechoso, y en ningún caso su nombre. El periódico sensacionalista sueco *Expressen*, que pertenece al grupo sueco Bonnier, contravino en este caso todas las reglas. Redactó un artículo sobre la investigación de la fiscalía del estado en el que figuraba su nombre completo. Julian estaba tan sorprendido como yo. La policía ni siquiera se había puesto en contacto con él, y se enteró de la noticia a través del periódico. Es algo que no le deseo a nadie.

Tuve la sensación de que Julian me había escuchado por primera vez desde hacía meses, aunque solo fuera por poco tiempo. Necesitaba mi consejo. Quería saber que todos estaban de su parte. Aunque posteriormente le recomendamos que buscase un lugar de retiro durante un tiempo, de inmediato le aseguramos que todos le apoyábamos y que no veíamos ninguna razón para dudar de su versión de los hechos.

Tras nuestro aislamiento en la naturaleza islandesa, nos esperaba el festival cultural anual de la capital. Era sábado y estaba todo lleno de gente. Los islandeses habían abarrotado las calles con puestos de comida, bebida y música, y por las principales avenidas se desarrollaba la maratón anual de Reikiavik. Birgitta leyó unos cuantos poemas ante la antigua prisión de la ciudad, y organizó una recogida de firmas contra la utilización de magma para la producción de energía. Dejé a Anke y Jacob en los tenderetes y me abrí paso como pude hasta la Hallgrímskirkja, una iglesia evangélica que recuerda un poco a la nave espacial *Ariane* lista para el despegue. Allí debía encontrarme con Ingi y Kristinn. Queríamos intercambiar información sobre la problemática actual.

Los dos islandeses me esperaban en la estatua de Leif Eriksson. Kristinn parecía



tener la mirada perdida en otro sitio cuando te hablaba. Como si en el pasado hubiera tenido que presenciar algo horripilante, y desde entonces hubiera decidido no volver a mirar fijamente a nadie. Ingi estaba tras él, con los brazos cruzados. Ingi solía llevar pantalones y chalecos de estilo militar, y un viejo bolso de caballero.

Nos dirigimos al Museo Einar Jónsson. La colección de arte no nos interesaba en absoluto, pero aprovechamos el sinuoso itinerario para hablar; subimos una escalera, bajamos por el otro lado, pasamos por la derecha de la puerta giratoria, y dibujando un ocho volvimos a atravesar la sala situada a la izquierda para regresar al primer piso. Una puerta en la parte posterior del edificio daba paso al jardín de esculturas. Tal vez no hubiéramos dado esquinazo a nuestros posibles perseguidores, pero, en caso de haberlos, como mínimo estarían agotados.

Hicimos una breve pausa entre las figuras de bronce. Kristinn encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. Vocalizaba de forma exagerada y me interrumpía con frecuencia. Había pasado mucho tiempo con Julian en Gran Bretaña y se contaba entre sus confidentes más próximos.

«¿Y ahora qué hacemos?», pregunté.

Kristinn me atravesó con su mirada vacía. Ingi nos observaba en silencio. Supe de inmediato que la gestión de nuestra crisis era pésima, si es que existía gestión, y que debíamos reunirnos urgentemente para tratar a fondo las cuestiones relativas a los cargos, las tareas y las estructuras. En el *chat* no podíamos solucionar nuestros problemas. Hacía tiempo que había insistido en la necesidad de una reunión del equipo básico.

Birgitta se nos unió poco después. También daba la impresión de que la situación actual le sobrepasaba.

Entonces sonó el teléfono de Kristinn. Aceptó la llamada, y tras escuchar respondió satisfecho y nos informó enseguida con expresión aliviada. La orden de captura había sido retirada. ¡Qué día tan fantástico! Todos estábamos de acuerdo, sin embargo, en que Julian debería recapacitar con urgencia sobre su comportamiento respecto a las mujeres.

De las relaciones entre Julian y las mujeres podían decirse dos cosas. A Julian le gustan las mujeres, no es ningún secreto. Pero nunca había una mujer concreta que ocupara sus pensamientos, sino que se trataba de una cuestión general. Cuando acudíamos a una conferencia, con frecuencia hacía una evaluación de las asistentes. Pero no hablaba de piernas, pecho, posaderas, como se suele atribuir generalmente a los hombres. La querencia de Julian por las mujeres no tenía el carácter grosero que han descrito los medios.

Julian se fijaba en los detalles. Por ejemplo, en las muñecas, los hombros, la nuca. Puedo asegurar que nunca dijo algo parecido a «qué tetas». Pero sí decía por ejemplo: «Esa mujer tiene unos pómulos bonitos, le da un aspecto aristocrático». O cuando

contemplábamos a una grácil mujer, mientras rebuscaba algo en su bolso al pasar a nuestro lado, Julian decía: «Debe de ser muy agradable que a uno le toquen esas manos». Y ahí quedaba todo; nunca me hizo ningún comentario obsceno sobre las mujeres.

Debo admitir que me contagié un poco su pasión por las mujeres. Pero entonces yo ya estaba comprometido. Todavía recuerdo la conferencia de Global Voices en Budapest. Tras la conferencia fuimos a una fiesta que se celebraba en la azotea de un viejo supermercado y bebimos una cantidad considerable de absenta. Ninguno de los dos aguantábamos bien el alcohol, así que cuando abandonamos la fiesta para regresar a nuestro apartamento estábamos un poco achispados.

Había una fuga de gas en el apartamento, por lo que en su interior olía fatal. Una de las tuberías debía tener algún poro. Para dormir alternábamos entre la litera y el sofá, y hacíamos chistes tales como: «Si oyes que respiro roncamente, tírate por la ventana», o «¿Quieres que les diga algo a tus padres cuando les de la mala noticia?». Pero el apartamento era barato y estaba en el centro. En Budapest llevábamos en realidad una buena vida.

En todo caso, en el camino de regreso en aquella noche de absenta, tuvimos una especie de visión conjunta: una mujer pasó a toda velocidad en sus patines en línea, con pantalones cortos y un top estrecho. Parecía muy interesante y sexy. Nuestras fantasías fueron en aumento, y no pudimos dejar el tema durante toda la noche.

De regreso en nuestro gaseado apartamento rememoramos los sucesos de aquella noche. Julian se tumbó en el sofá, yo subí a la litera. Hablamos sobre la conferencia, planes de futuro...

De vez en cuando uno de nosotros decía: «¡Qué mujer!».

Y el otro respondía: «Sí, era increíble».

Más adelante recordaríamos de forma recurrente aquella patinadora, que se convertiría en el símbolo de la mujer de nuestros sueños.

En aquella época no tuve relaciones con otras mujeres, y sin embargo tenía remordimientos. Era consciente de que cada vez me alejaba más de mi novia en Wiesbaden debido a que con frecuencia estaba de viaje.

El criterio de Julian para considerar a una mujer deseable era muy simple: veintidós años. Tenía que ser joven. También era importante que no le cuestionara y que fuera consciente de su papel en tanto que mujer. Asimismo, debía ser inteligente, era un atractivo más. No percibí ningún otro patrón concreto. No le importaba si era flaca o gorda, alta o bajita, o rubia. Si era guapa, aún mejor, pero no era una condición imprescindible. Creo que en los primeros años de WikiLeaks, Julian con frecuencia se sentía solo. O esa es la impresión que tuve cuando viajábamos juntos a las conferencias.

Durante un tiempo me pareció que empezaba a haber algo entre Birgitta y Julian.

Pero Birgitta era lo contrario de una mujer sumisa: era una persona íntegra, y siempre decía lo que pensaba. Sin duda alguna es una mujer atractiva, aunque hace tiempo que dejó de tener veintidós años. En alguna ocasión Julian me comentó que era la mujer de sus sueños. Quizás era pura charlatanería. Siempre creía que tenía que decir algo importante constantemente. Como sea, yo tenía la sensación de que nunca podría tener una relación duradera con una mujer que estuviera a su altura.

A menudo hablábamos sobre la teoría de la evolución. El más fuerte no solo prevalecía, sino que además se le distinguía por sus descendientes de mayor vitalidad. Sus genes tendrían un valor especial, por lo que debían propagarse, o al menos esa era la tesis.

Estaba presente el día en que Julian se jactó ante un gran grupo de ser padre en casi todos los lugares del mundo. Muchos Julian pequeños, uno por continente, era una visión que parecía encantarle. El que se ocupara de sus hijos, si existían de verdad, era otra cuestión.

Julian también podía ser muy atento con las mujeres. En un primer momento era galante y encantador, pero nunca les prestaba demasiada atención. Lo que provocaba como resultado que siempre volvieran a él. Su falta de interés las atraía.

En el caso de las acusaciones que tuvieron lugar en Suecia, al parecer se trataba de un conflicto sobre la utilización del preservativo. Anna A., una de las dos mujeres afectadas, preguntó a la policía hasta qué punto su relación con Julian podía ser perseguida por la ley. De ese modo, se puso en marcha la investigación. Anna A. es miembro del partido socialdemócrata cristiano de Suecia y había invitado a Julian a un seminario sobre «El papel de los medios en situaciones de conflicto», que se celebró en Estocolmo.

Lo que pasó entre aquellas mujeres y Julian solo pueden saberlo ellos. Los hechos para mí se reducían a la acusaciones presentadas. Debido al cargo ocupado por Julian en WikiLeaks, tuvimos que posicionarnos. Una orden de captura internacional contra el portavoz de una organización perjudica también la imagen de los proyectos que representa. Si a alguien le gusta o le parece bien, es otra cuestión. Muchas personas, además de yo mismo, le pedimos que se retirara un poco de la vida pública por este motivo. Julian, por el contrario, pronto empezó a manifestar que se trataba de una campaña de difamación del Pentágono. Afirmó incluso que le habían avisado poco antes de que utilizarían trucos sucios contra él, y de que debía tener cuidado de «no caer en la trampa del sexo». A nosotros nos dijo que no podía mencionar los contactos que le habían advertido de ello, pero que se trataba de personas dignas de confianza.

En el *chat*, hablábamos continuamente sobre el tema.

J: A finales de semana todo habrá terminado.

D: No, no creo que eso suceda.  
D: Lo que pasará es que (si no hacemos nada para evitarlo), se producirá una repercusión pública aún mayor.  
D: Porque a la gente no le está gustando la manera de llevar este asunto.  
D: Simplemente por eso.  
D: Quieren ver que hay consecuencias.  
D: Y en vista de tus declaraciones, además del hecho que estamos intentando cambiar el punto de vista de toda esta historia, esto no es lo que esperan de nosotros.  
D: Todo esto no hará que la gente que se siente herida, o como sea, se retire, sino todo lo contrario.  
D: Esta reacción hará que la gente se manifieste públicamente de verdad.  
J: ¿Es esta la postura que quieres difundir?  
D: ¿Qué postura?  
J: Si es así, te voy a machacar.  
D: LOL (carcajadas)  
D: WTF [what the fuck] (qué demonios), J.  
D: En serio.  
D: ¿Qué es toda esta basura?  
D: ¿Te has vuelto loco?  
D: No voy a seguirte el juego mucho más, J.  
D: En serio.  
D: Estás disparando al mensajero de la noticia, y eso no está bien.  
D: El que tiene serios problemas eres tú.  
D: Y eso podría perjudicar el proyecto.  
D: Y eso es lo que me importa.  
D: No me estás animando mucho a ayudarte, con tu manera de actuar.  
D: No me lo puedo creer.  
D: ¿Has considerado, aunque solo fuera en una ocasión, en todo el mar de arrogancia en el que parece estar sumido, que no siempre los demás tienen la culpa de todo?  
D: Te deseo suerte, estoy cansado de tener que sacarte las castañas del fuego.  
D: Decídete.  
J: Vete y reflexiona sobre tus acciones y tus palabras. Estoy al corriente de muchos de tus comentarios, aunque tú creas que no. No consentiré ninguna deslealtad en situaciones de crisis.  
D: Creo que no entiendes el alcance de la situación, J.  
D: Con toda sinceridad.  
D: Te repito que no voy a seguir dando la cara por ti, ni intentar minimizar los daños.  
D: Mucha suerte con tu actitud.  
D: Por mi parte no tengo nada de lo que me tenga que avergonzar.  
J: Así sea.

¿Cómo podía hacerle ver que lo que me importaba era el proyecto? Nos recriminó que habíamos caído en la campaña de difamación y que ahora le atacábamos por la espalda.

Me había hablado de las dos mujeres, y desmentido que hubiera tenido relaciones sin preservativo, aunque sin dar más detalles. No puedo ni quiero juzgar los sentimientos de aquellas mujeres, ni el comportamiento de Julian con ellas. Su perdición fue haber tropezado con dos mujeres emancipadas, sobre todo teniendo en cuenta sus actitudes machistas, en un país en el que los criterios jurídicos en relación con la violencia de género son mucho más estrictos que en la mayoría de naciones. Debido a su repercusión mediática como estrella del pop, no en último término Julian había caído en algo que no podía controlar.

Por último, se planteó la cuestión de quién pagaría sus gastos de abogados. No

podía recurrir sin más a las donaciones, puesto que se trataba de acusaciones privadas. No me hubiese opuesto a que Julian hiciera una factura por el trabajo realizado en los pasados años dirigida a la fundación, por ejemplo, para contar con los fondos suficientes para sufragar los gastos de su abogado. En varias ocasiones intenté proponérselo en el *chat*. Pero Julian simplemente no respondió.

## Mi suspensión

**A**l día siguiente de que se emitiera la primera orden de captura contra Julian en Suecia, regresamos a Berlín. Me atrincheré en casa. Pasé horas sentado, casi siempre en la sala de estar, ante la mesa situada frente a una ventana con vistas a un edificio en construcción, con el ordenador encendido y la mirada puesta en el *chat*, en el que participaba de vez en cuando. Apenas iba al Club, donde anteriormente solía acudir a diario para trabajar. Cualquiera hubiese podido darse cuenta de que algo me atormentaba, y no me apetecía que nadie me preguntara.

Anke se sentía desconcertada. Supongo que hubiera preferido decirme mucho antes: «Déjalo ya, te está destrozando». Pero también era consciente de hasta qué punto mi corazón seguía unido a WikiLeaks, y de que mi reacción no habría sido buena ante tal consejo, precisamente porque sabía que ella tenía razón.

Me di cuenta de que, poco a poco, en mi interior, me estaba distanciando de WikiLeaks. Debo admitir que el conflicto personal entre Julian y yo tal vez había sido el principal detonante, aunque no el único. Había muchas otras cuestiones de base que hacía tiempo que me preocupaban, y que se agudizaron en aquel día en que regresamos a Berlín.

Hacía tiempo que me atormentaba el hecho de haber mentido a la opinión pública sobre la verdadera estructura de WikiLeaks. Durante muchos meses únicamente trabajamos dos personas a tiempo completo y solo contábamos con un servidor. Nuestro deficiente sistema de copias de seguridad me daba además muchos quebraderos de cabeza. En última instancia yo era el responsable, pero el sistema no funcionaba como era debido. A lo largo de aquellos años, con frecuencia me despertaba en mitad de la noche porque me asaltaba el pánico al pensar en las copias de seguridad, que quizá no se habían realizado correctamente por enésima vez. Entonces saltaba de la cama y volvía a hacer una nueva copia, con más adrenalina que sangre en las venas.

A pesar de haber concedido cientos de entrevistas, todavía me costaba responder a las preguntas sobre nuestras supuestas comprobaciones de autenticidad. Hasta finales del año 2009, prácticamente solo Julian y yo verificábamos los documentos que nos llegaban. Aunque la afirmación de que podíamos recurrir a unos ochocientos expertos voluntarios no era ninguna falsedad, si hablamos con rigor, a decir verdad omitíamos el pequeño detalle de que no existía ningún mecanismo para integrarlos en el proceso. Ninguno de aquellos expertos había tenido jamás acceso al material. En su lugar, éramos Julian y yo quienes comprobábamos si los documentos habían sido manipulados desde el punto de vista técnico, y quienes decidíamos si nos parecían plausibles, tras realizar nuestras propias pesquisas. Y confiábamos en que todo iría

bien. Resultaba evidente que éramos buenos, y con el tiempo desarrollamos el olfato necesario para discernir los documentos auténticos. Por lo que sé, no cometimos errores. Pero también hubiera podido salir mal.

Mientras fui capaz de tranquilizarme con la idea de que estábamos trabajando en la mejora del sistema, y de que había que tener en cuenta que eran los comienzos, pude aceptarlo. Pero después de casi tres años, ni yo mismo me lo seguía creyendo. En los últimos meses, habíamos tenido la posibilidad de llevar adelante con más ímpetu nuestras propias propuestas de reformas. Disponíamos de dinero. Contábamos con unos cuantos ayudantes de confianza, más recursos, y sin embargo, no nos ocupábamos de este problema lo suficiente. Nuestra actitud era temeraria y jugábamos con la confianza de nuestros informantes y el dinero de las donaciones.

En otros tiempos, el único con quien podía hablar en serio sobre todos estos problemas era Julian. Sabía tan bien como yo cuáles eran nuestras debilidades internas. No obstante, me guardaba para mí la mayoría de las preocupaciones, porque no tenía ganas de discutir.

Entre tanto comencé a intercambiar opiniones al respecto con el Arquitecto y Birgitta, así como con Herbert, y también con Harald Schumann, el periodista del *Tagesspiegel*. La sala del *chat*, en la que debatíamos sobre aquello cada vez más alarmados, tenía un nombre muy apropiado. Se llamaba «Mission First» (ante todo, la misión).

Resultaba obvio, hacía ya tiempo, que WikiLeaks se había desviado del rumbo, y que era hora de realizar cambios. El arquitecto había iniciado la remodelación técnica. Cuanto más hablábamos sobre los problemas, más evidente resultaba la necesidad de una reforma mucho más amplia. El periodista Harald Schumann, durante nuestra visita a Islandia, nos había preguntado en varias ocasiones quién tomaba las decisiones. Era muy persistente, se limitaba a ocupar uno de los asientos en el Ministerio de Ideas, y no nos lo podíamos quitar de encima. Nosotros nos íbamos por las ramas. Intentábamos esquivarlo, llamar su atención sobre otros temas, porque en realidad ese era nuestro problema.

Habíamos intentado eludir posibles cuestiones problemáticas recurriendo a la aplicación de principios: queríamos, por ejemplo, publicar todo el material por orden de llegada, y de esa forma comprometernos con el principio de neutralidad. Solo había un problema: desde finales de 2009 casi nos ahogábamos en el maremágnum de documentos, de forma que nos vimos obligados a escoger, y no pudimos seguir siendo fieles a este principio.

Asimismo, se nos planteó otro problema: queríamos ofrecer una plataforma de presentación de documentos neutral, conforme al principio de separación de poderes. Eso significaba que debíamos facilitar puramente los elementos técnicos, y no actuar como agitadores políticos ni convertirnos en un canal de propaganda a través de una

cuenta en Twitter.

Por último, habíamos elegido interlocutores en los medios, y de ese modo creamos una relación de dependencia. A pesar de que aquella colaboración en un principio era un experimento, consentimos en mantener ese modelo. Nos complacimos en la atención que nos dedicaban los medios y justificamos la nueva línea de actuación con la excusa de que el material y sus contenidos se beneficiarían de ello, gracias a su mayor proyección.

El hecho de no tomar ninguna decisión individual respecto a los documentos y las publicaciones hubiera tenido además la ventaja de que, en caso de duda, nadie podría haber sido culpabilizado, si las cosas no salían como era de esperar. En lugar de eso, nuestra intención era confiar en principios y mecanismos establecidos. Pero era una ilusión.

No solo nos vimos obligados a tomar algunas decisiones, sino que en lo sucesivo lo hicimos sin cuestionarnos en ningún momento las reglas. Schumann, el periodista del *Tagesspiegel*, había dado en el clavo al formular la pregunta que en última instancia debíamos plantearnos: ¿quién debía tomar aquellas decisiones?

Al final siempre era Julian quien lo hacía. Por supuesto. Los demás fuimos demasiado indecisos, cobardes o irresolutos, como para ponerle freno antes de que fuera demasiado tarde. Julian ocupaba la cúpula de WikiLeaks y era el único responsable en la toma de decisiones, sin que hubiera ninguna instancia que le controlara. Tampoco quería que nadie le pidiera explicaciones. Lo que se convirtió en un problema más adelante, cuando Bradley Manning fue detenido, como quedó demostrado en las semanas posteriores a dicha detención. Tras el sumario contra Julian en Suecia, nuestro equipo finalmente sucumbió.

La fiscal sueca había retirado la orden de captura contra Julian en menos de veinticuatro horas, y mitigado la acusación reduciéndola a acoso asexual. Sin embargo, el abogado de las dos mujeres consiguió que la acusación por violación fuera retomada en noviembre.

Julian afirmó que Kristinn, tras nuestra conversación sobre la crisis en el jardín de las esculturas, le había informado de que yo había intentado manipular a Birgitta. La cuestión de quién había dicho qué a quién se convirtió en una de nuestras principales ocupaciones en los siguientes días y semanas.

Habíamos empezado a protocolizar nuestros chats e intercambiárnoslos mutuamente. Era un intento de actuar contra la muy especial percepción «simétrica» de la realidad de Julian. Nuestra intención era simplemente conseguir pruebas, algo así como justificantes, que demostrasen de qué se estaba hablando en el *chat*. No hubiera pasado nada si Ingi y Kristinn hubieran participado en todas las conversaciones, aunque no se contaran entre los miembros del equipo principal. De mi etapa en WikiLeaks he aprendido que siempre debe producirse un intercambio



dentro del grupo sobre las cuestiones importantes, y que en los debates nadie debe quedar excluido.

La conversación en el *chat* que mantuve con Julian sobre mi suspensión también fue grabada, y se publicó a través de *Wired*. Todavía no sé quién facilitó aquella conversación a esa revista de habla inglesa. Sin embargo, creo que existen buenas razones para permitir a otras personas que echen un vistazo a ese tipo de registros. En ese caso no se trataba de un asunto privado, sino de la cultura de la comunicación de WikiLeaks. Los registros del *chat* ilustran el estado en el que se encontraba entonces el proyecto, el tono y los argumentos con el que estaba siendo manipulado. Puedo afirmar una y cien veces que Julian era un «dictador». Quien lo desee puede leer las conversaciones del *chat*, y tener así su propia opinión.

Tras las acusaciones de violación en Suecia, pasaron unos cuantos días antes de que, la tarde de un miércoles, volviera a producirse una disputa en el *chat*. Julian seguía insistiendo en que no tenía tiempo de comunicarnos sus decisiones porque «en aquel momento debía mantener conversaciones de alto nivel con unas veinte personas cada día».

Aún no sé a quién se refería, quiénes eran aquellas otras personas con las que debía entrevistarse, y que debían hacer el trabajo para WikiLeaks. Aquellos a quienes Julian llamaba sus ayudantes quizá viajaban con él, o le acompañaban a reuniones o rodajes, no lo sé. En aquel momento estaba en Suecia. Por lo que sé, allí había contactado con gente del Partido Pirata y periodistas del diario *Aftonbladet* sueco, para el que empezaría a escribir una columna. Naturalmente, hubiera sido importante involucrar a más ayudantes en WikiLeaks, para descongestionar al reducido equipo principal. No cabía duda al respecto.

Por entonces tuvimos considerables problemas a causa de un artículo del *Wall Street Journal*. Los periodistas nos habían preguntado, a Julian y a mí, pero por separado, sobre las finanzas de WikiLeaks. Yo les había explicado que en Alemania llevábamos la contabilidad de las donaciones como era debido y de forma transparente. En el mismo artículo se citaba a Julian de tal forma que se daba a entender precisamente lo contrario, es decir, que las cuentas de WikiLeaks se manejaban con suma habilidad ex profeso, para que ningún ente externo pudiera acceder a ellas. Según el artículo, Julian presentaba la falta de transparencia de la contabilidad como un astuto método para evitar que pudieran cerrarnos el grifo.

Por supuesto, aquello no hizo más que atraer a más periodistas curiosos que querían saber cómo era posible que ocultáramos nuestras finanzas. Pero sobre todo, hizo que la Fundación Wau Holland nos pidiera explicaciones. En vista de lo cual, Julian declaró que habían citado sus palabras de forma incorrecta y que nunca había dicho tal cosa.

Volvimos a pedirle en el *chat* que se retirase un poco de la vida pública, que no

siguiera hablando con la prensa, ni escribiendo en Twitter comentarios en los que sostenía que todo aquello no era más que una campaña de difamación del Pentágono. Cuando nuestras demandas le resultaban demasiado molestas, Julian simplemente se desconectaba del *chat*.

Supongo que en realidad le sorprendía que de repente todos le lleváramos la contraria enérgicamente. Y que el Arquitecto no se desviara lo más mínimo de su línea crítica. Consideré importante preguntar a nuestro otro técnico por su opinión, pero este prefirió quedar fuera de nuestras riñas internas.

Ambos técnicos, y yo mismo, nos sentíamos desconcertados. Había vuelto a participar en el *chat* durante tres horas, con el resultado final de estar más lejos que nunca de encontrar una solución. Y así durante semanas. Queríamos obligar a Julian a hablar con nosotros. Entonces recurrimos a un medio bastante radical. Teníamos que intentarlo. Quizá no era el método óptimo, pero queríamos dejar claro que WikiLeaks estaba a punto de ser objeto de un motín. Y para ello echamos mano de la pequeña ventaja técnica que poseíamos. No sería nada malicioso, nada esencial, sino más bien un gesto simbólico.

En la tarde del 25 de agosto, los técnicos pusieron el sistema en modo de mantenimiento. Algo que de todos modos había que hacer. El sistema de presentación de documentos, el correo electrónico, el *chat*, todo siguió funcionando *on-line*. Pero no era posible acceder a *wiki*. Enviamos un comentario por Twitter diciendo que se trataba de tareas de mantenimiento transitorias. Y modificamos la contraseña de la cuenta en Twitter y de acceso al correo electrónico. Queríamos hacer que Julian despertara. La reacción de un Julian ofendido fue desconectar todo el sistema. Nosotros cedimos rápidamente, volvimos a restaurar *wiki* y le dimos las nuevas contraseñas.

Al día siguiente apareció un artículo en *Newsweek* en el que se hablaba de las «riñas internas» de WikiLeaks. No sabía nada de aquel artículo hasta que Julian me habló de él por la tarde en el *chat*. Creía que yo había hecho circular las declaraciones contenidas en él. Nunca había hablado con el periodista de *Newsweek*, ni siquiera le conocía. En un principio, el motivo para comunicarme con Julian era preguntarle qué habíamos acordado con los medios, en relación con la publicación planificada de los documentos de Irak:

D: ¿Qué se ha acordado respecto a Irak? Necesito saber cuál es el plan, y las restricciones.

J: «Una persona en estrecho contacto con otros activistas de WikiLeaks en Europa, y que solicitó permanecer en el anonimato por tratarse de un asunto delicado, declaró que muchos de los activistas opinan que Assange ha difundido de forma repetida acusaciones infundadas, en las que afirma ser víctima de juego sucio y que se trata de una conspiración dirigida contra su persona. La fuente informada dice que algunas de las personas asociadas a la página web ya se están planteando la posibilidad de persuadir a su líder de que se retire temporalmente, y en caso de que se niegue, incluso destituirlo».

D: ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

D: ¿De dónde ha salido?

J: ¿Por qué crees que tiene que ver contigo?  
D: Probablemente porque supones que fui yo.  
D: Aparte de eso, no hay ninguna razón.  
D: Tal como hablamos ayer, se trata de un asunto pendiente, sobre el cual muchas personas ya han expresado su opinión.  
D: Deberías ocuparte de este tema, en lugar de atacar a la única persona que se esfuerza en hablarte sobre ello con franqueza.  
J: No, tres personas ya me han transmitido tus mensajes.  
D: ¿Qué mensajes?  
D: ¿Y qué tres personas?  
D: Ya se habló sobre este tema.  
D: El Arquitecto y yo hablamos sobre ello, Hans\* también, y Birgitta, y Peter\*.  
D: Un montón de personas, para las que este proyecto significa algo, han hecho la misma propuesta.  
D: No soy yo quien ha difundido este mensaje.  
D: Sería simplemente el paso lógico que deberíamos dar.  
D: Y esto es más o menos lo que dicen todos los demás.  
J: ¿Has sido tú?  
D: No he hablado con *Newsweek* ni tampoco con otros representantes de los medios al respecto.  
D: Hablé con personas con las que trabajamos, a quienes les interesa y les importa el proyecto.  
D: No hay nada de malo en ello.  
D: Esto debería suceder, en realidad, con mucha más frecuencia, y lo único que puedo seguir recomendándote es que empieces a escuchar por fin estas voces.  
D: Especialmente cuando los desastres se suceden uno detrás de otro.  
J: ¿Con quién exactamente?  
D: ¿Con quién qué?  
J: ¿Con quién has hablado de este tema?  
D: Ya te lo he dicho antes.  
J: ¿Son los únicos?  
D: Algunos miembros del club me han hecho preguntas al respecto, y les respondí que considero que esa sería la mejor opción.  
D: Esa es mi opinión.  
D: También con vistas a aplacar el conflicto [...  
J: ¿Cuántas personas del club?  
D: No tengo que darte explicaciones de ello, J.  
D: Este debate está por todas partes y nadie puede entender que cierres los ojos ante la realidad [...  
J: ¿Cuántas personas del club?  
J: ¿Dónde?  
D: En chats privados.  
D: No voy a seguir contestando a estas preguntas.  
D: Tienes que afrontar el hecho de que ya no gozas de demasiada confianza por parte del equipo.  
D: Puedes ignorar este asunto o despacharlo como si fuera una campaña contra ti, pero eso no cambiará el hecho de que solamente se trata de una consecuencia de tu comportamiento.  
D: Y no del mío.  
J: ¿Cuánta gente está representada en estos chats privados? ¿Y qué posición tienen en el CCC?  
D: Puedes imaginarte lo que quieras.  
D: No quiero ni pensar en la cantidad de personas que antes te respetaban, y que ahora me han dicho que se sienten decepcionados por tu reacción.  
D: Intenté decirte todo esto, pero tu orgullo desmesurado, hace que todo te dé igual.  
D: A mí ahora también me da igual.  
D: Aparte de eso, yo pregunté antes, y necesito respuestas.  
D: Por ejemplo, a qué acuerdos hemos llegado.  
D: Necesito saberlo para poder seguir trabajando.  
D: Estás bloqueando el trabajo de otras personas.  
J: ¿Cuánta gente está representada en estos chats privados? ¿Y qué posición tienen en el CCC?

D: Empieza a responder a mis preguntas, J.  
J: Esto no es un «toma y daca».  
J: ¿Te niegas a contestarme?  
D: Ya te he dicho varias veces que no veo por qué he de contestarte, solo porque necesitas respuestas, mientras tú por otra parte no quieres responder a ninguna de mis preguntas.  
D: No soy un perro al que puedes dar órdenes, J.  
J: Estoy investigando una grave infracción de seguridad.  
¿Te niegas a contestarme?  
D: Estoy investigando una grave violación de la confianza. ¿Te niegas a contestarme?  
J: No, no estás haciendo eso. Yo inicié esta conversación. Por favor, contesta a mi pregunta.  
D: Fui yo quien la inició.  
D: Mira más arriba.  
D: En dos ocasiones.  
D: Dime: ¿a qué pactos hemos llegado en relación con Irak?  
J: Es una cuestión de procedimiento. No juegues conmigo.  
D: Deja de disparar al mensajero.  
J: Ya he tenido bastante.  
D: Lo mismo digo, y no soy el único.  
J: Si no respondes a mi pregunta, quedas fuera.  
D: No eres un rey, ni un dios.  
D: Y de momento ni siquiera cumples con tu función como líder.  
D: Un líder comunica y demuestra que es digno de confianza.  
D: Tú haces exactamente lo contrario.  
D: Te comportas como un emperador, o como un tratante de esclavos.  
J: Quedas suspendido durante un mes, efectivo a partir de este momento.  
D: Jaja.  
D: Claro.  
D: ¿Con qué motivo?  
D: ¿Y quién lo ordena?  
D: ¿Tú? ¿Otra de tus decisiones ad hoc?  
J: Si deseas apelar, serás escuchado el martes.  
D: ¡JAJAJAJA!  
D: Tal vez todos tengan razón, y realmente te has vuelto loco, J.  
D: Creo que necesitas ayuda.  
J: Podrás hablar ante una mesa redonda.  
J: Quedas suspendido por deslealtad, insubordinación y desestabilización en una situación de crisis.

Algunas horas después de mi suspensión, en la tarde del 26 de agosto, Julian convocó una reunión, a la que ni el arquitecto ni yo estábamos invitados. Entre los convocados se encontraban la Nanny, Birgitta y Kristinn. También entró en el *chat* Resa\*, un amigo mío, así como unas cuantas personas más que Julian había movilizado. Herbert, mi amigo anarquista de Islandia, también había participado en la reunión, y enseguida me facilitó las actas. El arquitecto y yo añadimos nuestros propios comentarios a las actas, y las reenviamos a todos los interesados.

En aquella reunión, Julian había puesto al corriente a los demás sobre nuestro motín y mi suspensión. Sobre mí hizo el siguiente comentario: «Daniel es problemático, creo sinceramente que padece desvaríos y es malintencionado, pero se le puede mantener bajo control, mientras tenga gente alrededor que le diga lo que está bien y lo que está mal, lo que puede hacer y lo que no. Si le dejamos solo en su

burbuja germánica, empieza a flotar».

Julian intentó poner a los demás de su parte en aquella conversación en el *chat*. Pero los demás no se dejaron convencer tan fácilmente. Hicieron algunas preguntas y criticaron el hecho de que Julian ya no buscara el consenso con todo el equipo. Leí aquellas actas como si fueran una novela policíaca. Me resultaba evidente, tal vez tanto como a Julian, que aunque los demás no se rebelarían abiertamente, tampoco le respaldaba la mayoría.

Julian tenía la esperanza de poder conservar al Arquitecto en el equipo. Era el menos prescindible de todos. El Arquitecto era fundamental para nuestra infraestructura. Fue él quien a finales de 2009 remodeló el sistema de presentación de documentos, que con anterioridad consistía en un formulario muy sencillo para subir archivos a Internet, integrado en la página web. También separó las plataformas de servidor, *wiki* y correo electrónico, con el fin de impedir que los *hackers* pudieran entrar en el sistema en su totalidad. En todo el mundo había muy pocos expertos, aparte del Arquitecto, capaces de hacer algo semejante.

Justo por esa razón me costaba tanto entender que Julian, en su negligente manera de actuar, no apreciase la importancia del trabajo del Arquitecto, a quien aquella reunión en el *chat* ahuyentó definitivamente. Julian presentó al arquitecto ante los demás como un ayudante más, que se había dejado influir negativamente por mí.

Es de suponer que Julian valorara la posibilidad de que convocar aquella reunión podía redundar en su perjuicio. A pesar de ser él quien escogió a los participantes, no estaba claro cuál sería su posición respecto a mi suspensión, o si incluso no acabarían oponiéndose a que Julian mantuviera sus privilegios en WikiLeaks.

Con una mirada retrospectiva, me doy cuenta de que mi suspensión le proporcionaba a Julian la ventaja de ofrecer una imagen distorsionada de mí, la de un trabajador frustrado que criticaba el proyecto para vengarse. En efecto, me sentía frustrado. Resultaba obvio que el conflicto entre nosotros había llegado al límite. Pero sentirme frustrado por mi suspensión no había sido el origen de las críticas, y entre tanto los demás también se habían dado cuenta de que algo no iba bien en WikiLeaks.

Al suspenderme temporalmente, Julian se aseguraba de que a partir de ese momento no tendría acceso a algunos sistemas concretos, con lo cual mis posibilidades de comunicación se reducían considerablemente. Antes, en teoría hubiera podido incluso leer sus correos electrónicos, aunque nunca lo hice.

Como tantas otras personas, suelo utilizar mi programa de correo como agenda, en la que anoto mis citas y contactos. A partir de ese momento ya no pude consultarlo para saber con quién estaba citado en las siguientes semanas. Tenía confirmadas cuatro o cinco ponencias en distintas conferencias para los días siguientes. Por ejemplo, Thomas Leif, moderador del Fórum por la Democracia en el castillo de

Hambach, me había invitado al acto «Mis datos son míos». No pude llamarle para anular la cita, y como consecuencia le puse en una situación embarazosa. La silla que me habían reservado en la tribuna permaneció vacía.

Más adelante intenté disculparme ante todas las personas a las que había dejado en la estacada. Todavía hoy me preocupa que alguien siga terriblemente enfadado conmigo por haberle dejado solo en el estrado.

## Agravamiento del conflicto

**J**ulian no solo me limitó a mí el acceso al servidor de correo, sino que adoptó la misma medida con el resto del equipo. A partir de aquel momento, él era el único que tendría acceso. Muchas de las tareas que debían realizar los técnicos dependían de una preparación preliminar que solía realizar yo. Aquello por sí solo ya suponía un inconveniente. Pero al bloquear el acceso al servidor de correo, nadie podía seguir trabajando. Sin embargo, había que preparar la publicación del material sobre Irak. Del servidor de correo dependía también la administración del dominio. Hubiera sido necesario crear urgentemente subdominios para los documentos relativos a Irak.

Ya se había establecido una fecha con nuestros interlocutores de *Spiegel*, *The Guardian* y *The New York Times* para la publicación. Pero fue necesario aplazarla al 23 de octubre de 2010, casi un mes más tarde. «Todo es culpa de Daniel», declaró Julian.

Nos encontrábamos en una especie de limbo. Por una parte, con mi audición pendiente, oficialmente estaba «suspendido», pero por otro lado seguíamos en contacto a través del *chat*. Julian prorrumpía en eternas lamentaciones. Según él, estaba muy ocupado arreglando todo lo que yo había echado a perder. Me parecía un poco como si una ex novia me hablara durante una hora cada día en el contestador, para confirmar que no quería volver a tener nada conmigo nunca más. Por supuesto, yo era como mínimo igual de tonto, y avivaba fervorosamente la disputa.

Con la condición de que en ningún caso me facilitaran la contraseña, Julian ofreció de nuevo a los técnicos acceso al sistema. Pero estos no le obedecieron, porque no estaban de acuerdo con mi suspensión. El Arquitecto estaba claramente de mi parte. El técnico más joven se mantuvo al margen. Sufría con aquella situación de punto muerto y hubiera preferido que todo siguiera como antes.

Julian había afirmado que tenía la intención de organizar una mesa redonda, así que durante los días que siguieron a mi suspensión, estábamos pendientes de que Julian nos presentara el Tribunal. No se sabía a ciencia cierta quiénes participarían en él, solo dijo que necesitaba aquella mesa redonda para el procedimiento de auditoría, «para la transparencia y generar confianza», según sus palabras.

Birgitta habló poco después con un periodista de *The Daily Beast*. El artículo resultante fue el detonante de una nueva disputa. Entre otras cosas, se afirmaba que Julian tenía «una actitud machista» respecto a las mujeres. Y que ella le había recomendado que se retirase de la vida pública por un tiempo. Julian reaccionó enfurecido. Se sentía traicionado.

Birgitta había subestimado la repercusión de aquel artículo. Más adelante, escribió en Twitter un comentario para mitigar un poco las especulaciones desencadenadas por sus palabras: «NO he dicho que Assange deba dimitir. Creo que

de momento no debería seguir siendo portavoz [de WikiLeaks]. Pero sigue contando con mi apoyo en todas las demás funciones que desempeña». Sin embargo, no se arrepentía de haber hablado con la prensa. Siempre decía lo que pensaba, y se mantenía firme en sus opiniones.

Julian no solo estaba convencido de que había manipulado a Birgitta para inducirla a hacer aquellas declaraciones aparecidas en el artículo de *The Daily Beast*, sino que también creía que yo era la fuente informadora de las «riñas internas» de WikiLeaks, sobre las que se hablaba en aquel medio. Yo no había hablado con ningún periodista. Tampoco sé exactamente de dónde sacó el periodista aquella información. No era demasiado difícil llegar a la conclusión de que existían diferencias internas, cuando ya estaban en circulación varias declaraciones distintas: Birgitta había dicho que consideraba la retirada provisional de Julian como la mejor opción, mientras que este afirmaba que el Pentágono había utilizado a las mujeres para realizar aquel montaje, y que era víctima de una campaña de difamación.

Debido a las acusaciones de violación, Julian había tenido una semana muy dura, «la peor semana de mi vida en los últimos diez años», llegó a decir. Por esa razón no había conseguido organizar la audición ante la mesa redonda.

Se lamentaba además de que no nos preocupábamos de su seguridad lo suficiente. El 7 de septiembre nos envió una lista exhaustiva de cuestiones que, en su opinión, teníamos bastante descuidadas:

J: La conciencia resulta de la motivación. ¿[Habéis] garantizado mi defensa jurídica? ¿Mi alojamiento? ¿Suministro de dinero? ¿Información de servicios secretos sobre el caso? ¿Detalles que indiquen el porqué de esta situación? ¿Mi red de apoyo en Suecia? ¿Enfoques políticos para acabar con la campaña de difamación? ¿Artículos? ¿Chivatazos? ¿Piso franco? ¿[...]? ¿Invitaciones diplomáticas, para evitar ser extraditado a los Estados Unidos? ¿Concentraciones solidarias? ¿Recogida de fondos para el caso? ¿Habéis hecho algo de todo esto? ¿Por qué no? Yo haría todo eso, si uno de nosotros estuviera en dificultades.

Yo sí le había ayudado. Le puse en contacto con dos excelentes abogados en Suecia, ni siquiera dos horas después de emitida la orden de captura, a pesar de estar de vacaciones.

Cuando el servidor de correo al completo sufrió una avería, de pronto Julian quedó aislado. No tengo la menor idea de si fue culpa suya, o de que aquella caja simplemente se estropeó. Cabe decir que era un cacharro bastante viejo, el único servidor que todavía no habíamos renovado.

Discutí con los demás si debía desplazarme hasta el servidor para repararlo, algo que había hecho con frecuencia. Y podría aprovechar para llevarme mis correos electrónicos, para saber a quién debía todavía una carta de disculpa por haberle dado plantón.

El 10 o el 11 de septiembre, no lo recuerdo con precisión, subí al tren. Era un día cálido de finales de verano, y el tren de alta velocidad no estaba demasiado lleno.



Afortunadamente, los pocos pasajeros con los que compartía el vagón estaban absortos en sus cosas. Yo me dediqué a escribir sin tregua en la ventana del *chat* de mi ordenador, mientras golpeteaba el suelo con los pies.

Durante todo el trayecto seguimos debatiendo aquella cuestión, ni siquiera yo mismo estaba seguro de si actuaba de forma correcta. ¿Debía conseguir acceso al servidor sin el conocimiento de Julian? Se trataba de un conflicto de conciencia: ¿debíamos amotinarnos?

El servidor se encontraba en una discreta población de la Cuenca del Ruhr. Fue un viaje muy largo. Tanto, que tuve incluso tiempo para cambiar de opinión.

Tres horas más tarde, paramos en una estación de la que no recuerdo ni el nombre, y de repente agarré mi mochila, apreté el botón de apertura de la puerta y salté al andén. Existe un fenómeno en virtud del cual uno cree haber cometido un crimen solo porque acaba de ver un coche de policía en el retrovisor. En ese momento me sentía así. Entonces volví a Berlín.

Tras mi suspensión, el arquitecto hizo a un lado el teclado y no volvió a escribir una sola línea más para WikiLeaks, ni en forma de código de programa, ni de conversación con Julian. El arquitecto era una persona práctica y no permitía que nada perturbara su tranquilidad. Pero se enojaba cuando alguien le hacía perder el tiempo. Así que cuando Julian dejó de responder a sus reiteradas preguntas, al no contar con más instrucciones para realizar su trabajo, el Arquitecto advirtió a Julian muy en serio: «Si esto sigue así, lo dejo». Y puesto que la situación se hizo aún más crítica, la amenaza se cumplió.

Julian me preguntó por qué el Arquitecto se había tomado vacaciones sin permiso. No sabía qué más podía decirle al respecto.

Algunos más y yo nos planteábamos si tendría sentido hacerse cargo del proyecto. Hablábamos largo y tendido sobre la posibilidad de darle la vuelta al asunto: hacernos con la palanca de mando y suspender a Julian. Éramos mayoría, y en un principio teníamos los mismos derechos. Muchas personas ya nos habían recomendado que asumiéramos el control técnico y nos aseguráramos de que Julian no pudiera crear más problemas. Pero no queríamos hacerlo contra su voluntad.

El 14 de septiembre de nuevo me puse en camino hacia el centro de computación. Durante el trayecto desconecté el móvil y el ordenador, e intenté leer un libro. Quería obligarme a ser consecuente.

Traté de contactar con la persona que dio de alta el servidor en nuestro nombre, pero había sido en vano. La persona en cuestión tampoco es que supiera demasiado sobre los últimos acontecimientos, aunque cuando le confirmé mi llegada antes de tomar el tren por primera vez, reaccionó con considerable escepticismo. Para él, era como si quisiéramos hacer algo contra la voluntad de Julian, por mucho que le asegurara que solo quería volver a poner la máquina en funcionamiento para que

pudiéramos seguir trabajando en WikiLeaks.

Con la mirada fija en la ventana del tren, dejé pasar como una exhalación árboles, casas y paisaje. Esta vez no daría media vuelta. Sencillamente tenía que eliminar los pensamientos negativos. Confiaba en que todo saldría bien. A menudo, los centros informáticos se encuentran en edificios de oficinas poco llamativos, de manera que resultan irreconocibles desde el exterior. Atravesé un par de pasillos grises y desolados, seguí hasta el segundo piso, saludé y me dirigí hacia nuestro servidor. Nadie me impidió el paso. En ese tipo de centros de computación se alojan los servidores de distintas empresas, bien custodiados. Puesto que ya había estado allí varias veces para repararlo, el personal me conocía y no me hacían más preguntas.

Esperé impaciente a que la máquina se reiniciara correctamente. Dispuse el portátil a mi lado. Por supuesto, seguía en contacto con los demás a través de la red. No me sentía demasiado cómodo. Estaba sudando. Aunque el aire acondicionado del centro informático emitía un sonoro zumbido, en realidad salía muy poco aire fresco, por lo que no me sorprendía en absoluto que nuestra vieja caja tuviera problemas en este emplazamiento.

Uno de los trabajadores del centro informático entró en la sala en la que se encontraba nuestro servidor. Saludé y él me respondió con un movimiento de cabeza. Comprobó un aviso y volvió a esfumarse.

Cuando un cuarto de hora después volví a alzar la vista, aquel hombre estaba de pie justo frente a mí. No le había oído acercarse. Parecía que quería decirme algo. Yo ya había preparado una explicación, porque no acababa de estar tranquilo. Quizá solo quería mirarme directamente a la cara. Tal vez quería cerciorarse de que me conocía. Me hizo un gesto con la cabeza y abandonó la sala.

La máquina por fin había arrancado. Mientras tanto, seguía mirando de reojo la pantalla de mi portátil. Accedí a la ventana del *chat*. De pronto entró un nuevo participante, y yo supe inmediatamente de quién se trataba. Era Martin\*, el que había alquilado el servidor para nosotros. Me interpeló de inmediato, sin siquiera saludarme.

M: ¿Qué haces?

D: Estoy aquí, en el servidor.

M: Ya lo sé. El personal del centro de computación me ha informado. ¿Qué demonios quiere decir esto?

D: Escucha, solo lo estoy reparando. No hago nada que pueda crear problemas a nadie.

M: Se lo he dicho a Julian. Ha alucinado.

D: No hay ningún motivo.

M: Dice que llamará a la policía.

D: Es una tontería, escucha...

M: Me gustaría que le quitaras los dedos inmediatamente de encima, Daniel, ¿vale? Vete antes de que pase algo. Julian dice que hará que te detengan.

D: ¡Espera!

Pero no tenía sentido seguir discutiendo. No creía que Julian realmente llamase a

la policía. Si la policía confiscaba nuestro servidor encriptado, aunque no pudieran hacer nada con él, nosotros de momento lo habríamos perdido. Pero sobre todo, una visita de la policía hubiera metido en problemas a nuestro hombre de contacto.

Ya conocía las amenazas de Julian. Pero me contuve por respeto hacia la persona que se había arriesgado por nosotros al dar de alta aquel servidor.

El servidor estaba reparado. No había manipulado nada, y ni siquiera había copiado mis propios correos. Julian y todos los demás volvían a tener acceso a sus mensajes.

Pero la reacción fue demoledora. Julian estaba fuera de sí y se negó a facilitar las claves para el descifrado, con el fin de volver a poner en funcionamiento el servidor. Escribió en el chat: «Vuelve a intentarlo y haré que te encierren». Decía que el servidor tenía que pasar por el «forense», porque este había sido manipulado, por mí o por alguien de los servicios secretos. No tengo la menor idea de a qué se refería exactamente; tal vez quería llevar el servidor a la policía o a un laboratorio especial para examinarlo. En cualquier caso, todo aquello era completamente absurdo.

Cuando hice referencia a la reunión convocada en el *chat* para el día siguiente, Julian respondió: «Hablaemos ahora puesto que el crimen se ha cometido hoy». Birgitta y Herbert también estaban en el *chat*, incluso el Arquitecto reapareció de repente *on-line*. Y de ese modo se celebró aquella conversación de forma espontánea, en la tarde del 14 de septiembre. Estaba muy contento de poder volver a hablar por fin con todos los demás. Lo que todavía no podía imaginar es que sería nuestra última conversación.

Cuántas horas debía haber pasado durante los últimos días con la mirada fija en la pantalla, sin poder seguir enfocando la vista correctamente, esperando que apareciera aquel pequeño botón que me indicara que Julian estaba allí.

Me pasaba el día en casa, solo salía en caso de emergencia. Daba igual lo que hiciera, si me dormía, o bajaba un momento a comprar leche o iba a correos; al volver a mirar a la pantalla siempre esperaba encontrar algo, que hubiera un mensaje de Julian para mí.

Me llevaba el portátil a todas partes: a la cocina, al sofá, al lado de la bañera, y cuando me iba a dormir colocaba el ordenador al lado de mi cama. Aunque tenía otros asuntos pendientes, no podía concentrarme en nada más. En algún momento empecé a ver letras verdes al mirar cualquier superficie negra.

Mi imaginación empezó entre tanto a inventarse, sin ningún fundamento, las frases que yo esperaba leer:

«Eh, Daniel, tengo que hablar contigo».

«He estado pensando. Tal vez haya entendido algo mal, volvamos a hablar sobre el futuro de WikiLeaks.»

«Eh, ¿todavía te acuerdas de aquellos artistas extravagantes en Linz? Nos lo

pasamos bien... O el asunto de Julius Bär, ¿te acuerdas?»

¡Ja, ja! Realmente era un soñador incorregible, ¡un iluso! Vuelve a la realidad, despierta, querido. Las verdaderas palabras que llegaron fueron las siguientes:

«Si vuelves a amenazar a esta organización, alguien se encargará de ti».

«Daniel tiene una enfermedad, es una especie de esquizofrenia paranoica limítrofe».

«Eres un criminal.»

Por otra parte, Julian seguía actuando como si fuera el jefe de WikiLeaks. Según él, había escrito el 99 por ciento de los resúmenes relativos a los documentos, así como los editoriales y cada comentario de Twitter, y además había inspirado toda la filosofía del proyecto. Birgitta supo resumirlo muy bien: «Julian, según tus palabras, TÚ eres WikiLeaks y los demás solo somos tus sirvientes, los que han tenido el honor de merecer tu confianza».

El Arquitecto también encontró bastante rápido palabras contundentes y dejó claro que una separación amistosa sería lo mejor para todos. Ya lo había preparado todo para el traspaso del sistema, que quería dejar en el mismo estado en el que lo había encontrado un año antes.

A lo que Julian respondió: «Nuestro deber es más importante que toda esta tontería». Julian, además, le dijo al arquitecto que ahora solo era «una sombra del hombre que solía ser». También exigió a Birgitta que se disculpase por la «insidia» demostrada al hablar con los periodistas de *The Daily Beast*: «Escúchame atentamente. Te has comportado de forma desleal y deshonrosa, y creo que deberías disculparte. ¿Quieres pedir perdón?».

No obstante, Birgitta corroboró su crítica respecto al comportamiento de Julian tras las acusaciones de violación. «Has metido a WikiLeaks en esto de forma muy desafortunada», escribió. El punto de vista de Julian era diametralmente opuesto: «No. WikiLeaks ha saboteado mi vida privada».

Julian intentó a continuación convocar al Arquitecto a una sala de *chat* paralela, mientras ignoraba a todos los demás. Como resultado, el arquitecto escribió sus últimas palabras. «Bien, disponías de cinco minutos... y los has desperdiciado. Que te diviertas. No me hagas perder el tiempo (¿cuántas veces he tenido que decírtelo?)» A lo que Julian respondió de la misma manera en que tantas veces nos había contestado a nosotros: desapareció.

Julian enmudeció a partir de aquel momento. ¿Qué habría podido decir de todos modos? Con nosotros no quería seguir hablando. Y por nuestra parte, el sentimiento era recíproco.

Era el final. No el fin de WikiLeaks, pero sí el del equipo que en los últimos años y meses había trabajado en el proyecto. A partir de aquel momento, como mucho nos

comunicamos a través de otras vías, incluidos los medios de comunicación, o por terceras personas.

Nos dimos por vencidos y procedimos al traspaso de los elementos técnicos. El Arquitecto ayudó al técnico que siguió fiel al proyecto en la reconstrucción del sistema antiguo. En un principio habíamos aceptado trabajar durante dos semanas en la fase de transición, pero tuvimos que ampliar el plazo a un poco más de tres semanas.

¿Por qué precisamente en aquellas horas tempranas de la mañana del 15 de septiembre de 2010, el Arquitecto y yo decidimos que se había acabado nuestra colaboración con WikiLeaks? Buena pregunta. Sin embargo, la pregunta correcta era por qué no lo habíamos decidido mucho, pero mucho antes. Quizá realmente ya lo habíamos hecho, sin querer admitirlo.

Solo habían transcurrido dos días desde aquella conversación, cuando el 17 de septiembre de 2010 registramos el nombre de nuestro nuevo proyecto: OpenLeaks. Obviamente, aquella idea había visto la luz hacía más de dos días. A decir verdad, nos habíamos planteado aquella posibilidad hacía bastante más tiempo. Y tal vez era cierto que en las últimas semanas, mientras se recrudecía el tono de nuestras conversaciones con Julian, habíamos tenido en mente el nuevo proyecto. Pero no fue hasta aquel día cuando tomamos la decisión definitiva.

Ya en verano nos había asaltado por primera vez la duda de si queríamos seguir luchando toda la eternidad por WikiLeaks. Los comentarios de Julian en Twitter, sumados al hecho de que íbamos a la zaga de las grandes filtraciones, mientras se acumulaba buen material al que nadie prestaba atención, hicieron que nuestra frustración fuera en aumento. Cabe añadir que Julian anunciaba permanentemente nuevas filtraciones de gran relevancia, para poco después declarar que no pensaba volver a publicar nunca nada más, y proceder a atacar sin razón a cualquier periodista. Si no recuerdo mal, Julian acababa de difamar un artículo sobre *Mother Jones*, cuando el arquitecto pronunció las palabras decisivas. Hacía mucho tiempo que nada me hacía sentir tan aliviado como aquella frase breve, como era habitual en él, que dejó caer con indiferencia: «Si esto sigue así, será mejor que lo dejemos».

Dejarlo quería decir escindir, disociarse. ¡Huir! ¡Por fin! Eso quería decir que no era el único que había pensado en esa posibilidad. Y aunque era consciente de que el Arquitecto tenía mejor relación conmigo que con Julian, hasta ese momento no estaba seguro de que, a pesar de todo y llegados a aquel extremo, no dijera: «Seguiré fiel a WikiLeaks para siempre». Obviamente, su posicionamiento era decisivo. Sin él hubiera resultado casi imposible plantearse un nuevo proyecto.

Por supuesto, nos asaltaron serias dudas, una vez empezamos a comentar con cautela aquella idea con otras personas. Por ejemplo, con Harald Schumann y Birgitta, a quienes preocupaba la posibilidad de poner en juego la idea de WikiLeaks,

de escindir la organización. Al fin y al cabo, WikiLeaks se había convertido en algo así como una marca. Insistían en que debíamos solucionar el problema con Julian, en que debíamos luchar por WikiLeaks hasta agotar todos los recursos. Pero el Arquitecto y yo teníamos un punto de vista más pragmático.

Una vez eliminada esa barrera, una vez pronunciadas las palabras decisivas, y tras haber aguantado durante mucho tiempo las disputas y los quebraderos de cabeza, ya no hubo forma de contenernos.

En el caso del Arquitecto y de mí, y muy pronto también de Herbert, por ejemplo, aquel anhelo manaba directamente de nuestro interior. En un principio se trataba solamente de vagas fantasías. Empezamos a intercambiar nuestras visiones sobre la posibilidad de un WikiLeaks mejorado. Muy pronto se nos ocurrió incluso dar un nombre a nuestra ilusión. Inmediatamente surgieron propuestas sobre cómo se podría evitar que una nueva organización, tarde o temprano, acabase evolucionando como WikiLeaks, una vez hicieran aparición la fama y el dinero. Todo empezó en julio, tal vez agosto de 2010.

Anotamos los primeros conceptos que deberían constituir la piedra angular del nuevo proyecto. Algunas de mis propuestas se remontaban todavía a la época en la que preparé por segunda vez los documentos para la fundación Knight Foundation. Aunque parezca gracioso, escribimos una frase en nuestro primer documento, sobre la que los fundadores profesionales de instituciones semejantes seguramente se hubieran reído de todo corazón. Pero a nosotros nos preocupaba muchísimo la cuestión de la toma de decisiones en semejantes organizaciones, sin que uno de sus miembros tenga que imponerse a los demás. Queríamos poder decidir de forma consensuada siempre que fuera posible. Y ante la duda preferíamos discutir durante días, antes que ignorar la opinión de uno solo de los miembros del equipo. No queríamos volver a sentir que trabajábamos bajo la presión del tiempo. Dejamos constancia además de que en caso de duda preferíamos jugarlo a «piedra, papel o tijera», que llegar a una situación en la que de nuevo una sola persona tuviera que imponer su autoridad por encima de todas las demás cabezas pensantes.

No era tan fácil plasmar el principio «piedra, papel o tijera» sobre el papel, de forma que sonase medianamente serio. Finalmente tuvimos que permitirnos bromear sobre nosotros mismos, y acabamos retirando aquel principio del concepto oficial. Por otro lado, manifestamos nuestro deseo de convertirnos en un prestador de servicios neutral, y no en un agitador político. Queríamos evitar a toda costa que la nueva organización produjera una nueva estrella del pop.

Cuando tras aquella última conversación en el *chat*, por fin tuvimos la certeza de que abandonaríamos WikiLeaks, empezaron a arrancar los preparativos para el proyecto OpenLeaks. Aunque me sentía apesadumbrado porque mi época en WikiLeaks había concluido para siempre, en última instancia para mí era una

liberación.

Decidí además hacer pública mi salida de la organización. En aquel momento era inminente la filtración sobre Irak. Yo era responsable de mantener el contacto con los periodistas del *Spiegel*. En nuestro siguiente encuentro les expliqué que, lamentablemente, aquella colaboración ya no era de mi competencia, porque ya no formaba parte del equipo de WikiLeaks.

Rosenbach y Stark me propusieron sin más preámbulos realizar una entrevista. Podría salir incluso en el siguiente número. Pero les pedí una semana de tiempo para reflexionar. Tenía que pensar qué quería decir y cuánto quería revelar. Era consciente de hasta qué punto me sentía frustrado y alterado en ese momento. En ningún caso quería caer en la tentación de que aquella frustración degenerara en una campaña de venganza personal. El único móvil para dar aquella entrevista debía ser relativizar hasta cierto punto la credibilidad del proyecto, que yo siempre había transmitido, y abrir los ojos a las personas que quisieran comprometerse con WikiLeaks, hacer donaciones, o colgar documentos en la página web. Si con anterioridad había respondido por WikiLeaks al afirmar que el proyecto era digno de confianza, ahora solo era posible relativizar aquella aseveración públicamente.

Era una situación completamente nueva. Durante casi tres años no le había contado a nadie los detalles de nuestro funcionamiento interno. Al contrario, siempre intenté vender WikiLeaks lo mejor posible, lo cual, en caso de duda, implicaba tener que disipar posibles recelos o rebatir las críticas. Para ello, entre otras cosas, tuve que recurrir a un poco de cosmética lingüística, y a veces me movía en la fina línea divisoria entre la verdad y la propaganda. Nunca dije una falsedad deliberadamente. Consideré a los dos periodistas de *Spiegel* sobre todo como testigos de mis reflexiones.

Cuando me reuní con Marcel Rosenbach y Holger Stark, me escucharon muy interesados. Ya en nuestras conversaciones anteriores, Holger Stark había hecho uso de su bloc de notas en varias ocasiones. En un momento dado le pregunté por qué siempre tenía que tomar apuntes. Dijo que quería acordarse de mis palabras. Yo repliqué que preferiría que lo guardase, y volví a recordarles su promesa de que nada de lo que habláramos sería utilizado de forma incorrecta.

En una de las siguientes conversaciones, Stark volvió a poner el bloc de notas sobre la mesa. Era algo que me ponía nervioso. Tal vez me había vuelto desconfiado. En las últimas semanas se habían producido demasiados malentendidos, demasiados problemas internos, que en los medios de comunicación habían aparecido descritos brevemente, y habían sido motivo de disputas. Por esa razón, en aquella entrevista para *Spiegel* me reprimí y no manifesté ninguna crítica feroz hacia Julian.

La entrevista apareció el 25 de septiembre. Pasé todo el lunes nervioso, esperaba alguna reacción, tal vez incluso que Julian adoptase una postura oficial. No pasó

nada. Solo se pusieron en contacto conmigo otros periodistas. Pero en aquel momento no tenía la menor gana de seguir hablando sobre WikiLeaks y mi renuncia. No obstante, todavía aclaré un par de detalles al respecto a uno o dos, para que pudieran formarse una idea más clara. A continuación, sentí la necesidad, en primer lugar, de recuperar mi tranquilidad.

Una necesidad imperiosa.



## Los diarios de guerra de Irak

**E**l 22 de octubre de 2010, WikiLeaks publicó 391.832 documentos sobre la guerra de Irak. Se trataba de documentos militares del período comprendido entre los años 2004 y 2009. Más o menos como en el caso de los *Diarios de Guerra de Afganistán*, *The Guardian*, *The New York Times* y *Spiegel* tuvieron ocasión de echar un vistazo al material y escribir sus propios artículos semanas antes de su publicación. De hecho, los documentos estaban ya en su poder desde que Julian abriera su maletín de vendedor ambulante en Londres.

El 22 de octubre, el material pasó a estar disponible para todo el mundo en la página de WikiLeaks. Antes de mi renuncia, Julian habló siempre de conceder derechos exclusivos para los tres medios de comunicación asociados, como en el caso de la filtración sobre Afganistán, de modo que el acuerdo difícilmente podría haber incluido *The Washington Post* o periodistas independientes. Sin embargo, en esta ocasión hubo otros socios a bordo, entre otros los canales de televisión Al-Jazeera y Channel 4.

Si en el caso de la filtración sobre Afganistán había sido David Leigh, de *The Guardian*, quien había llevado la batuta, en el caso de la información sobre Irak esa tarea recayó en Gavin MacFadyen, director del Centre for Investigative Journalism de Londres, una ONG que se dedica sobre todo al fomento del periodismo de investigación y a la divulgación de las utilidades de esta forma de tarea periodística particularmente costosa.

MacFadyen es también miembro del consejo asesor del Bureau for Investigative Journalism, una iniciativa de varios periodistas que, por decirlo de algún modo, se encarga de velar por la aplicación práctica de los objetivos del Centre for Investigative Journalism. El Bureau elabora cada año cuatro o cinco reportajes sobre temas a los que, en la opinión de su consejo, los medios no prestan suficiente atención. Los periodistas que investigan para dichos reportajes cobran directamente del Bureau, de modo que no dependen de los encargos concretos de sus redacciones. El Bureau tiene también su sede en la metrópolis británica, y el Centre for Investigative Journalism le ofrece asesoramiento y le proporciona periodistas.

MacFadyen es un fan de Julian y, al mismo tiempo, un buen colega de Iain Overton, el jefe de redacción del Bureau. Es probable que el contacto con Julian surgiera por aquí, como también la idea de colaborar de manera más estrecha durante la época previa a la filtración sobre Irak. El proyecto consistía en que el Bureau produjera minidocumentales de cinco minutos y vendiera los derechos a las cadenas de televisión.

En 2009, el Bureau recibió una ayuda de dos millones de libras de la Potter Foundation. Así pues, la entidad era económicamente independiente y quizá lo que

más interesaba a sus miembros, de este proyecto de colaboración, era conseguir una buena historia y beneficiarse de la proyección pública que le proporcionaría WikiLeaks.

Con el documental *Asesinato colateral*, múltiples cadenas de televisión habían pedido el precio por los derechos de emisión. Julian pronto se dio cuenta de que el material de vídeo podía constituir otra fuente de ingresos.

Un periodista que por aquel entonces trabajaba como reportero para el *Newsweek* y dos personas más aseguraron que por lo menos Al-Jazeera y el Channel 4 habían pagado dinero a cambio de los vídeos de cinco minutos sobre la guerra de Irak. Se trataba de sumas que rondaban cantidades medio altas de cinco cifras, en libras. Los productores de esos minidocumentales eran Iain Overton y su Bureau. Con posterioridad, Overton se ha convertido en el blanco de muchas críticas precisamente por eso. Diversas partes cuestionaron la completa regularidad de esos acuerdos. En concreto, los críticos quieren saber si, con la compra de los vídeos, las cadenas adquirieron también el derecho a echar un vistazo en exclusiva a los documentos.

Overton desmintió esos rumores. Según él, el dinero había servido tan solo para sufragar los cuantiosos gastos de producción. No solo eso, sino que el Bureau hasta había sufrido pérdidas. Personalmente, tengo la sensación de que Overton está pagando el pato por haber tenido tratos con una organización poco transparente.

Al parecer, hubo medios que recibieron ofertas para adquirir vídeos antes incluso de que estos estuvieran producidos. A algunos de esos medios, como por ejemplo la ABC, dichas ofertas les parecieron sospechosas y se extrañaron del elevado importe que se pedía a cambio. El público (entre ellos los seguidores de WikiLeaks y sus colaboradores) no recibió ningún tipo de aclaración, una actitud a todas luces censurable. A fecha de hoy, aún no hay forma de saber quién pagó qué y qué contraprestación recibió a cambio. Overton me aseguró que estaba en situación de hacer públicos todos los acuerdos y que por parte del Bureau todo se había llevado a cabo de forma regular.

Con la siguiente filtración conjunta surgieron las discrepancias entre Julian y *The Guardian*, que pretendía publicar telegramas individuales sin el consentimiento de Julian. Al parecer, este se presentó con su abogado en la redacción del periódico. Por lo menos, eso es lo que describe la periodista Sarah Ellison en *Vanity Fair* cuando habla del «choque cultural» entre la tradicional redacción de *The Guardian* y el «anarquista de la información» Julian Assange. Este esgrimió que la información de los documentos en cuestión le pertenecía y que para velar por sus intereses económicos, debía controlar cómo y cuándo se publicaba dicha información. Lo que yo me pregunto es por qué Julian puede apelar abiertamente a sus intereses financieros delante de sus socios y, en cambio, no es capaz de abordar las cuestiones económicas de forma pública y transparente.

Sin embargo, la filtración sobre Irak no solo abrió nuevos caminos en la forma de negociar con los medios, sino también desde el punto de vista técnico: los últimos vídeos se hospedaron en los servidores de Amazon en los Estados Unidos y en Irlanda, y también en servidores franceses. Si algo sabemos sin lugar a dudas es que cualquier información que viaje por las redes de datos norteamericanas, se encontrará también bajo la vigilancia constante de la Agencia Nacional de Seguridad, el servicio de inteligencia del gobierno norteamericano. Al parecer, Julian y los informáticos no lograron crear una infraestructura capaz de sostener la publicación de unos documentos de esta índole. En estos momentos (en enero de 2011) todavía no hay forma de enviar documentos a WikiLeaks; eso se debe a que el sistema de envíos está fuera de servicio.

Existe una página donde se explican las diversas posibilidades de envío, así como también el funcionamiento técnico para enviar la información. Pero la página no está cifrada, de modo que es relativamente fácil seguir la pista de cualquiera que se interese por un envío potencial de información a WikiLeaks. Basta con que alguien intercepte la conexión entre el ordenador del usuario y el servidor de WikiLeaks en Francia para ver qué páginas de WikiLeaks consulta el informador potencial.

En el momento de su salida, el arquitecto se llevó consigo casi todo lo que había desarrollado y puesto a disposición de WikiLeaks durante el año en que había estado trabajando para la organización. El arquitecto era el propietario intelectual de todo el software y las configuraciones del sistema, de modo que el resto del grupo se encontró de pronto ante el problema de cómo seguir adelante sin sus conocimientos. En mi opinión, y visto en perspectiva, el nivel técnico que WikiLeaks tenía antes de su entrada en la organización era simplemente una irresponsabilidad, y que conste que durante los dos primeros años el encargado de desarrollarlo fui yo. No obstante, el informático, que sigue trabajando para WikiLeaks, habría podido devolver con facilidad todo el sistema a su estado inicial. También la *wiki* podría haber permanecido activa, pues al fin y al cabo no fue el arquitecto quien la desarrolló.

Antes de marcharse, el arquitecto se tomó la molestia de poner al día al resto de informáticos, colaboró en el relevo de funciones con toda la paciencia del mundo y les explicó cómo debían configurarlo todo. En realidad, el joven informático es un muy buen programador y estoy seguro de que si quisiera incorporarse a nuestro nuevo proyecto sería bienvenido. Sin embargo, tuvo que enfrentarse solo a la reconstrucción de todo el sistema y la tarea lo superó. Julian no se preocupó por ello, ni le prestó el apoyo necesario, sino que se limitó a quejarse. En cualquier caso, en enero de 2011, o sea cuatro meses después de nuestra salida de la organización, el sistema sigue sin estar operativo; desconozco los motivos concretos, pero me los puedo imaginar.

A día de hoy, aún estamos esperando a que Julian reestablezca la seguridad del

sistema para poder devolverle el material que había albergado en la plataforma de envíos. En la actualidad, dicho material se encuentra almacenado de forma segura. No tenemos ningún interés en el material en sí y no vamos a utilizarlo en OpenLeaks, pero solo se lo devolveremos a Julian cuando pueda garantizarnos que es capaz de almacenarlo de forma segura y tratarlo con diligencia y responsabilidad.

Eso es algo que hasta el momento de la publicación de este libro no habíamos contado a nadie, pues temíamos el debate público o, para ser más precisos, temíamos perderlo. A lo mejor ahora lo perderemos, pero mi decisión es firme. En definitiva, nos debemos en primer lugar a la seguridad de nuestras fuentes.

Después de nuestra última conversación, Julian intentó ponerse una vez más en contacto con el arquitecto y le insistió en que tenían que seguir colaborando; lo instó a «actuar como un hombre» y a «olvidar el pasado». El Arquitecto se limitó a reír y le respondió: «Ese tren ya pasó».

En más de una ocasión Julian se ha marcado un farol diciendo que cuenta con muchos colaboradores nuevos y que hay cien caballos nuevos en el establo. Sin embargo, ninguno de ellos ha sido capaz de volver a poner el sistema en marcha. Al parecer, en Suecia contaba con 30 o 35 colaboradores que lo ayudaron durante dos semanas. He oído que todos terminaron abandonando porque trabajar con Julian era insoportable.

Mucho tiempo después de dejar el proyecto y, cuando ya estaba ocupado trabajando en OpenLeaks, seguía conservando el estatus de operador en el *chat* de WikiLeaks. De vez en cuando echaba un vistazo por pura curiosidad. Se podría decir que las separaciones en la vida digital son mucho menos abruptas que en la vida real. El que abandona un equipo de fútbol, debe ir a dar patadas a otra parte. Yo, en cambio, podía aparecer abiertamente en el *chat* de WikiLeaks y leer todas las conversaciones. Y como aún era operador, podía permanecer en el *chat* leyendo lo que se decía sin que me desconectaran tras diez minutos de inactividad, como sucede con los usuarios normales. (Esa medida tiene como objetivo evitar que alguien pueda permanecer demasiado tiempo conectado y aprovechar que pasa desapercibido para escuchar en secreto.)

Fui testigo directo de cómo la situación del personal de WikiLeaks llevaba a que un islandés de diecisiete años fuera nombrado capitán del chat: así, PenguinX era la primera persona con quien hablaban los usuarios que se conectaban al *chat* de WikiLeaks para formular alguna pregunta. No se trata precisamente de una tarea exenta de riesgos, pues ese es también el medio de contacto que eligen muchas personas que desean enviar material a la organización, más aun teniendo en cuenta que los correos electrónicos todavía no funcionaban porque Julian se había negado a entregar el material de decodificación.

En esa situación, es imprescindible proteger a los informadores potenciales de sí

mismos. Así, por ejemplo, hay que recordarles constantemente que no deben proporcionar ninguna información que pueda conducir a su identificación o poner en peligro a otras personas implicadas. Los chats abiertos son públicos y cualquiera puede leer lo que en ellos se dice, tanto si quien se conecta a ellos es un chiflado como si es un profesional de algún servicio secreto.

Tras mi marcha, Julian le encargó a PenguinX que escribiera una nota de prensa en la que debía presentarme como un malvado desertor. Pero resultó ser una tarea excesiva para el chico de diecisiete años. Por un lado, no tiene ni idea de escribir y, por el otro, desconoce el trasfondo de la historia. Por eso solicitó el apoyo de uno de los colaboradores voluntarios que rondaban por el *chat* y a ese solícito voluntario no se le ocurrió otra cosa que pedirme ayuda a mí. Me dijo que no acababa de formarse una idea clara de la situación y que agradecería cualquier tipo de información. Ahí fue cuando pensé: «Oh, Dios mío, ya es demasiado tarde». En manos de este grupo de profesionales hay documentos que, según las palabras del abogado de Julian, podrían tener efectos «termonucleares».

Cuando después de mi marcha la Nanny se puso en contacto conmigo por primera vez, tuve que acceder a no grabar nuestra conversación. No tenía ningún problema en prometer que no guardaría ningún archivo relativo a nuestro chat; lo que hice fue redactar un acta de memoria.

Creo que la Nanny no es una mala persona, pero cuando me dijo que su objetivo era «contentar a todos» a mí me sonó un poco inquietante; para ser exactos, tuve la sensación de que había sacado la frase de una mala película de espías. La Nanny se ofreció a velar porque mi persona no «sufriera ningún perjuicio público»: si yo accedía a dejar de criticar públicamente a Julian y su proyecto, a lo mejor se podría evitar que se hablara mal de mí. Le respondí que aquel planteamiento me parecía un poco amenazador. No, me corrigió ella: cuando quisiera amenazarme no lo haría de un modo tan subliminal; ese no era su estilo.

La Nanny intentó ganarse al Arquitecto a cambio de un sueldo fijo. Después de la salida de Birgitta, pretendieron hacerle firmar también un contrato de confidencialidad. En los últimos meses Julian me ha amenazado en público diciendo que ha reunido material comprometedor sobre mí y ha declarado que pretende publicar mis correos electrónicos para revelar mi verdadero yo. Por mí, que no se corte. Puede que suene extraño, pero no tengo consciencia de haber hecho nada de lo que deba sentirme culpable. A lo mejor soy demasiado normal para eso.

«Me estoy quedando sin opciones que no signifiquen destrozar a otras personas.» Esas fueron las palabras con las que Julian advirtió a Birgitta de que debía obligarnos a regresar al redil. Lo que sucedió poco después de que abandonásemos la organización. La frase era terrorífica, pero al mismo tiempo era tan rimbombante que no me dio ningún miedo. Me recordó vagamente al portavoz del Pentágono que, en

su discurso tras las filtraciones sobre la guerra de Afganistán, nos había conminado a hacer lo debido: «*Do the right thing!*», dijo. No especificó qué habría sido en su opinión no hacer lo debido y qué consecuencias nos habría acarreado. Por dramáticas que puedan sonar, amenazas así son amenazas vacías.

La Nanny llegó a desplazarse hasta Alemania para visitarme en el club. Era el 1 de noviembre, un lunes gris y desapacible, el primer día en que tuvimos que encender la calefacción de nuestro piso. Me senté en la gran sala de reuniones del club, de espaldas a la pared y mirando hacia la puerta. La vi en cuanto entró, y ella a mí también.

Me dijo que no había leído la entrevista en *Spiegel*.

—No quiero saber nada de todo eso —añadió y esbozó una sonrisa afable. Yo se la devolví, aunque mostrándole ligeramente los dientes.

Entonces se sacó una lista del bolsillo.

—Aquí tengo unos cuantos puntos que me gustaría discutir contigo.

—No tengo mucho tiempo —respondí yo.

—*Access codes?* —leyó y me dirigió una mirada interrogativa.

Creo que ni siquiera ella sabía a qué se refería y que dijo aquello solo porque sonaba bien. En cualquier caso, yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando. ¿Contraseñas? Yo no tenía ni contraseñas ni nada parecido. Le expliqué que antes de marcharme había realizado un traspaso con todo lo que eso implica y añadí que lamentaba que Julian la hubiera mandado a verme con informaciones falsas. De veras que me daba mucha pena. Julian le había proporcionado un puñado de medias verdades y ahora ella tenía que arreglar las cosas.

Le expliqué también por qué me negaba a que Julian recibiera los documentos que reteníamos. Le pregunté si le parecía que las cosas en WikiLeaks funcionaban correctamente y ella me contestó que no podía responder a eso.

Me miró o, mejor dicho, miró a la lejanía, a través de mí. Entonces me marché, y creo que se quedó a cuadros. No estaba acostumbrada a que alguien respondiera así. ¿Cómo podía haber algo más importante que hablar con ella?

No quería hacer esperar a mi agente, con quien había quedado para pulir una primera versión de mi libro.

—Lo siento pero tengo que irme —repetí. Y eso fue todo.

## Los telegramas norteamericanos y la detención de Julian

A continuación, WikiLeaks publicó los cables, los telegramas diplomáticos de las embajadas norteamericanas, que ya durante mi época en la organización habían causado no pocos debates internos. En cuanto aquellos documentos salieron a la luz pública, me pregunté por qué demonios Julian había actuado con tanta prisa.

De puertas adentro, Julian justificó la precipitación aduciendo que ya había entregado los documentos a los islandeses, con lo que no tenía más remedio que pasar a la acción. Nadie comprendió la lógica de ese razonamiento. Más tarde me enteré de que *The Guardian* había conseguido el material a través de la periodista independiente Heather Brooke que, a su vez, había sacado los cables del disco duro de los islandeses. Al parecer, *The Guardian* había expresado su deseo de publicar los documentos prescindiendo de Julian. De pronto la historia tenía lógica: Julian se había dado cuenta de que existía la posibilidad de que la siguiente filtración llegara al público sin pasar antes por él.

La mayor parte del antiguo núcleo de WikiLeaks no habría aceptado jamás la publicación de los documentos en esos momentos. Corrían rumores de que la publicación iba a tener lugar durante el último fin de semana de noviembre.

Había ido con Anke y Jacob a visitar a mis suegros en Brandenburgo. El viernes leí en *Spiegel Online* una nota que explicaba que «por motivos de redacción», la edición digital del periódico no iba a publicarse como de costumbre el sábado por la noche, sino el domingo por la noche, y lo tuve clarísimo: regresé de inmediato a nuestro piso de Berlín y empecé a hacer limpieza.

Me deshice de todo lo que me pareció que podía interesarle a la policía, aunque solo fuera remotamente. Por descontado, no había nada que pudiera darle una alegría a un agente, ni siquiera una factura de un café mal desgravada en mi declaración de la renta. Pero tenía una idea aproximada de qué sucedía durante un registro domiciliario. Theodor Repper, el patrocinador del dominio de WikiLeaks en Alemania, me había descrito el registro que él mismo había sufrido en 2009. Había tenido que convencer pacientemente a los agentes de policía de que su *subwoofer* no era ningún ordenador. Los policías se habían llevado todo lo que les recordaba a un ordenador o a un teléfono. Francamente, la idea de dejar de trabajar durante los siguientes días no me atraía. Por otro lado, de vez en cuando recibo alguna llamada de teléfono y me gusta poder contestar.

También cualquier tipo de papel termina en los bolsillos de los agentes de policía durante un registro domiciliario. ¿Quién podía estar seguro de que debajo del montón de periódicos de la cocina no había documentos termonucleares, o que mi libreta de notas no incluía la contraseña de los documentos que Julian había descrito como su «seguro de vida»? En pocas palabras, intenté hacer desaparecer de nuestro piso todo

lo que me pareció que un policía podía quererse llevar, incluidos los sacos llenos de dinero. No, es broma.

El domingo 28 de noviembre se publicaron los primeros telegramas en la página [cablegate.org](http://cablegate.org), creada especialmente para la ocasión. Los documentos, según la propia página web, incluyen comunicaciones secretas entre 274 embajadas de todo el mundo y el Departamento de Estado desde 1966 hasta finales de febrero de 2010. 15.652 de los telegramas están clasificados como «secretos». Sin embargo, resulta algo difícil hablar de esos telegramas, puesto que los visitantes de la página del «cablegate» tienen acceso tan solo a una parte ínfima de los documentos, apenas unos centenares.

El *Spiegel* del 29 de noviembre de 2010 abrió con la historia, por completo banal, de cotilleos de diplomáticos norteamericanos sobre política: Sarkozy es un hombre susceptible y autoritario; Putin, un macho alfa; Merkel, una mujer poco creativa; Westerwelle, un inexperto, y Berlusconi, un orgulloso y un juerguista... Cada uno recibió lo suyo. La información de dichos documentos tendía a cero, como una función de Limes. No había en ellos nada que sorprendiera. De hecho, quienes debían preocuparse eran los líderes que no salían en el artículo porque no eran lo bastante importantes. Por suerte, sin embargo, en las páginas finales del número había historias más interesantes.

En cuanto vi cuál era la estrategia de publicación, comprendí también por qué *Spiegel* se lo tomaba con tanta calma: en el futuro, los 250.000 telegramas iban a ir apareciendo en [cablegate.WikiLeaks.org](http://cablegate.WikiLeaks.org) en pequeñas dosis. Así pues, era normal que los periodistas no tuvieran ninguna prisa.

*Spiegel*, *The Guardian*, El País y Le Monde, lo mismo que *The New York Times* (que en esta ocasión participó de la exclusiva tan solo porque *The Guardian* le había hecho llegar el material) podían explayarse descuartizando poco a poco el material. Si el ritmo de publicación continuaba siendo ese, WikiLeaks iba a poder vivir de ello durante meses.

Me puedo imaginar por qué en esta ocasión *The New York Times* no se encontraba entre el primer grupo de medios en recibir los documentos: el periódico había publicado un artículo muy crítico con Julian. Además, puedo suponer los motivos que llevaron a *The Guardian* a compartir el material con la competencia. Por una parte, desde luego, para reprobar el intento de Julian de castigar los artículos negativos con una exclusión; y, por otro lado, porque *The Guardian* no quería estar solo en el mercado de los medios de habla inglesa si la publicación generaba controversias legales. Para ellos era bueno saber que tenían de su lado un medio del país del que provenían los telegramas en cuestión.

En Internet, además, los telegramas se publicaron retocados, de modo que los cinco medios que contaban con la exclusiva tenían acceso a los detalles realmente explosivos. Seleccionar la información de telegramas individuales si estos podían



poner en peligro la vida de una persona era una práctica correcta, naturalmente. Los medios habían explicado públicamente que el acuerdo para seleccionar la información de algunos telegramas había sido una condición irrenunciable para la cooperación mutua. Así, por ejemplo, habrían acordado no publicar el nombre de disidentes chinos, o de periodistas rusos y opositores iraníes que habían hablado con los diplomáticos norteamericanos.

También Julian lo había visto así. Por eso había enviado una petición a la embajada estadounidense en Londres: «Desde WikiLeaks, les estaríamos muy agradecidos si el gobierno de los Estados Unidos pudiera indicarnos en qué casos no se puede descartar que la publicación de determinado telegrama puede suponer una amenaza para personas individuales». Según las informaciones aparecidas en los medios, el responsable de asuntos legales del Departamento de Estado le habría respondido que el gobierno no trataba con personas que comerciaban con material obtenido de forma ilegal.

En el caso de las informaciones sobre la guerra de Afganistán, Julian había enviado una petición similar al gobierno norteamericano a través de *The New York Times* apenas veinticuatro horas antes de la publicación y, más tarde, había acusado al gobierno de falta de colaboración a la hora de seleccionar la información.

Los cinco medios implicados en la publicación se encontraban pues en una situación privilegiada para incrementar su número de lectores gracias a los telegramas. Sin embargo, los medios de la competencia también querían escribir sus artículos, realizar entrevistas y rodar documentales propios para intentar plantar cara en los quioscos a los medios que disponían de la exclusiva. Eso desembocó en una serie de titulares sensacionalistas, como por ejemplo el de *Stern*. La revista ofrecía en sus páginas un muy buen artículo sobre Bradley Manning, pero para la portada eligió una fotografía suya con un punto de mira en la cabeza y tituló: «Este niño deja en ridículo a los Estados Unidos». El enfoque era grosero y despiadado, mucho más propio, de hecho, de la revista *Bild*.

Por otro lado, los medios necesitaban con urgencia personas a quienes poder entrevistar y citar. Julian ya no concedía ruedas de prensa: Suecia había emitido una orden de detención internacional contra él y Julian decidió no mostrarse en público. Los mensajes a WikiLeaks también se perdían en el vacío, pues el servidor de correo continuaba estando inaccesible.

Es increíble la de personas que en esa época se convirtieron en expertas en WikiLeaks; a menudo bastaba con que alguien hubiera incluido algo sobre Internet en el currículum. Así, por ejemplo, el *blogger* y experto en medios sociales Sascha Lobo participó en el programa de Anne Will y debatió sobre el tema con el asesor de recursos humanos Klaus Kocks.

El día de la publicación de los telegramas, mi teléfono empezó a sonar a las ocho

de la mañana y doce horas más tarde continuaba al rojo vivo. «Hola, Moscú al aparato, Mr. Dolmscheit-Börg, ¿está disponible para una entrevista hoy?» El martes vinieron los japoneses, el jueves fui a Colonia para una entrevista en *Stern TV*, el viernes fui a Hamburgo para participar en un acto de la Fundación Friedrich Naumann programado desde hacía tiempo, donde la prensa ya me estaba esperando. Los medios intentaron ponerse en contacto conmigo por todos los canales imaginables. Los periodistas escribían mensajes en la cuenta de Facebook de mi mujer, llamaban a la oficina de prensa de su empresa... Al parecer, incluso el jefe del restaurante italiano de la esquina se ofreció a ejercer de mediador.

Todos querían unas palabras mías y a algunos, por lo menos, les habría encantado oírme hablar mal de WikiLeaks: ahora que había abandonado la organización, esperaban que aprovechara la ocasión para poner verde a Julian.

Me asombró un poco cómo, de la noche a la mañana, muchos de los colaboradores de WikiLeaks se volvieron de repente fervientes adoradores de Julian Assange. En noviembre, la revista americana *Time Magazine* lo incluyó en la lista de aspirantes a Personaje del año 2010. Al final, el galardón se lo llevó Mark Zuckerberg, el fundador y jefe de Facebook. Zuckerberg fue el elegido por la redacción, pero la mayoría de los lectores votaron a Julian por delante del primer ministro turco Recep Tayyip Erdogan.

Asistí con el ánimo dividido al espectáculo de quienes, después de la filtración, empezaron a atacar las páginas web del Postfinance suizo, de Amazon, PayPal, MasterCard, Visa o Moneybookers. Todas esas empresas declararon de repente que, a raíz de la mala prensa que el proyecto se había granjeado por su enfrentamiento con el Ministerio de Asuntos Exteriores estadounidense, no estaban en situación de cumplir los contratos de servicios que habían firmado con WikiLeaks. Liderando los ataques estaban los chicos de Anonymous. La crítica contra esas empresas estaba justificada y esa era la única forma que los atacantes tenían de tomar partido político. Sin embargo, los ataques en la red contra la fiscalía sueca ponían de manifiesto que alguien no había sabido seleccionar los objetivos con la debida precisión.

Periodistas de todo el mundo, encabezados por Gavin MacFadyen del Centre for Investigative Journalism, se unieron para defender a Julian. MacFadyen publicó una declaración de la International Federation of Journalists en su página web. Según esa declaración, la Federación estaba «muy preocupada por la salud» de Julian, pues «Assange se ha visto obligado a esconderse; sobre él pesa una causa internacional por una acusación de coacción sexual en Suecia».

Tras la publicación de los telegramas, la justicia australiana estudió también presentar una demanda contra Julian. Más de 4.000 personas firmaron una carta (promovida inicialmente por 200 políticos, académicos, abogados, artistas y periodistas) para protestar contra la demanda.

El 10 de diciembre, *The Guardian* publicó una carta firmada, entre otros, por el periodista australiano John Pilger, la escritora A.L. Kennedy y el ex embajador y activista político Craig Murray: «El Gobierno de los Estados Unidos y sus aliados, en colaboración con su medios afines, han iniciado una campaña contra Assange, que ha terminado en la cárcel, donde se enfrenta a la amenaza de una expulsión del país por unas dudosas acusaciones. Es indudable que con ello se persigue su extradición a los Estados Unidos . Exigimos su liberación inmediata, que se retiren todos los cargos contra él y que termine la censura contra WikiLeaks».

En tan solo 48 horas, 45.000 personas firmaron una carta *on-line* que la organización de Internet GetUp! había colgado en la red el 8 de diciembre. La petición exigía al presidente estadounidense y al fiscal general Eric Holder que «defendieran la presunción de inocencia y la libertad de información» en el caso Assange. La carta se publicó como anuncio en *The New York Times* y en *The Washington Post*.

La periodista Miranda Devine, más allá de apelar a los derechos políticos, hizo un llamamiento público para la defensa de Assange y se refirió al «carácter especial» de la denuncia que se había presentado contra él en Suecia: «Nadie se cree que Julian Assange se encuentre en la actualidad en una prisión británica por ser un violador».

Entre los numerosos nuevos amigos de Julian estaba también Michael Moore, que ya se había puesto en contacto con nosotros con motivo del vídeo *Asesinato colateral*. Curiosamente, Julian consideraba que el director y activo crítico de sociedad era un idiota, y lo tenía mentalmente archivado en la categoría de «teóricos de la conspiración». Moore pagó 20.000 dólares de fianza, gracias a los cuales Julian pudo abandonar la prisión.

Julian también contó con las comprometidas palabras de la feminista Naomi Wolf, que se posicionó públicamente a su favor. En una ocasión le recomendé a Julian el ciclo de conferencias de Wolf con motivo de su libro *Give Me Liberty: A Handbook for American Revolutionaries*, pero él lo tildó de «palabreo banal».

Lo gracioso es que todas estas personas eran estrellas que habían acudido al rescate de Julian Assange en un gesto de magnificencia. En cambio, me imagino lo que debía pensar Julian de algunos de sus defensores: que eran tontos útiles, «*juniors*», unos simples quiero y no puedo.

Creo que muchas de esas personas consideraron que quedaría muy guay ir por ahí con una pegatina de «*Support Julian Assange*» en la solapa. Por eso celebraban cada ocasión en que alguien atacaba a los americanos.

Julian describió su detención como el resultado de una campaña de difamación. El procedimiento judicial tenía como verdadero objetivo su extradición a los Estados Unidos, previa escala en Suecia. Cuando fue liberado tras pagar la fianza, estalló la euforia entre sus defensores reunidos en la sala del tribunal, lo mismo que entre

quienes se manifestaban ante el edificio del Palacio de Justicia. Julian levantó los brazos en gesto victorioso y, a continuación, se instaló en libertad condicional vigilada electrónicamente en la finca de su amigo Vaughan Smith, situada al sureste de Inglaterra.

En las puertas de la finca lo esperaban cada día un tropel de acólitos y periodistas. Julian había anunciado que la siguiente filtración de diez mil documentos relacionados con la crisis económica iba a conllevar la caída de un banco norteamericano, pues los informes documentaban «prácticas no éticas» e «infracciones monstruosas». Ante sus seguidores, reunidos al otro lado de la verja del jardín de la casa de campo, prometió que el ritmo de publicaciones iba a aumentar, que su organización era indestructible y que estaba preparada para resistir aquel «ataque de decapitación». Yo me pregunto a qué material se refería, por qué vías lo consiguió y dónde lo tenía guardado. Por el bien de todos los implicados, espero que lo almacene de forma segura.

En cualquier caso, desde la publicación de los telegramas, Julian se mostraba mucho menos agresivo en sus apariciones públicas que en los meses precedentes. La Nanny hablaba desde hacía tiempo de que iba a encontrarle un asesor de relaciones públicas.

He observado que en la página web de WikiLeaks se han introducido una serie de cautelosas reformulaciones. Así, en lugar de: «El envío de material confidencial a WikiLeaks es seguro, fácil y está protegido por la ley», ahora puede leerse: «El envío de documentos a nuestros periodistas está protegido por la ley en las mejores democracias». En el apartado *Submissions* (envíos) puede leerse desde hace un tiempo: «En WikiLeaks aceptamos una amplia gama de material, aunque no pedimos nada en concreto». También la palabra «clasificados» ha desaparecido de la descripción de los documentos que la organización desea recibir.

Cada vez que veo a Julian en las noticias y en la prensa me doy cuenta de lo mucho que ha envejecido en poco tiempo. Aquella sonrisa infantil ha desaparecido de su rostro. Últimamente aparece con la ropa más planchada, es posible que su aspecto sea cada vez más elegante, pero cada vez se parece más a un jefe de empresa. Me resultaba más simpático cuando iba con mochila y con unos vaqueros gastados.

Entre tanto, me invitaron a un programa de *Stern TV*, lo que me dio la oportunidad de presenciar el circo mediático desde el otro lado.

Antes del programa, uno aguarda en una pequeña sala de espera para los invitados hasta que dan el aviso de inicio del programa. Junto a mí, y en calidad de experto, estaba el suizo Thomas Borer. El ex embajador es conocido, sobre todo, porque en el año 2002 la prensa sensacionalista le lanzó una serie de acusaciones infundadas y fue relevado de su puesto de embajador en Berlín con gran revuelo público.

Borer se me acercó y me saludó con las siguientes palabras: «Tengo en muy alta

estima a las personas con valor cívico». Pero la frase no terminó ahí: «En parte porque dicen que yo lo tengo». Borer actuaba con la soltura típica de los políticos, hablaba con el pecho ligeramente hinchado y con una voz tan sonora como le era posible.

Tuvimos una reunión previa en el despacho de Günther Jauch, el presentador, para saber cómo discurriría el programa. Borer y yo nos sentamos cada uno en nuestra butaca. Yo tenía el íntimo convencimiento de que el periodista más famoso de Alemania iba a formularme alguna pregunta indiscreta; creía que, en comparación con los invitados habituales de Jauch, yo era un tipo poco convencional y estaba seguro de que iba a someterme a un buen interrogatorio. Sin embargo, Jauch despachó la planificación del programa con dos o tres frases: «Primero le preguntaré a usted, luego a usted, y por último conversaremos los tres con calma...», nos explicó Jauch. Y, dicho eso, Borer y Jauch se enzarzaron en la conversación que de verdad les interesaba: los precios de las mansiones en el Zürichsee y el Schwielowsee, dos zonas residenciales de las afueras de Potsdam.

Me aburrí soberanamente. Se estaba produciendo una avalancha de revelaciones confidenciales y aquellos dos tipos hablaban ni más ni menos que de la situación inmobiliaria en los lagos de las afueras de la capital.

Los medios estaban ansiosos por oír mis críticas, pero decidí actuar con cautela. Cuanto más generales y neutrales eran mis respuestas, más insinuantes eran sus preguntas. Me hice el firme propósito de no dejarme seducir.

En mi opinión, lo que le faltaba al debate era una separación racional entre los diversos motivos de crítica a WikiLeaks. Un asunto tan complejo no se puede ventilar con un par de frases sentenciosas.

Por descontado, en el fondo Julian merece que lo apoyen. Es un escándalo que políticos y periodistas norteamericanos inciten al asesinato de Julian delante de las cámaras. Lo que hay que evitar, ante todo, es que se le extradite a los Estados Unidos; eso supondría sentar un precedente gravísimo y no puede suceder en ningún caso. Sin embargo, aún nadie me ha podido explicar cómo alguien puede oponerse a que Julian acuda a declarar a Suecia y, si se da el caso, comparezca ante un tribunal.

Julian no puede ni debe eludir este proceso, que no tiene nada que ver con WikiLeaks, sino con las experiencias privadas de Julian con dos mujeres, ya que supondría incurrir en un claro caso de abuso de poder, algo que, en cualquier otra situación, WikiLeaks intentaría evitar.

En un documental australiano se ve a Julian tras su aparición en el programa de entrevistas de Larry King. Su vista vaga por su retrato en las portadas de la prensa internacional y, de repente, sumido en sus pensamientos, Julian dice:

—Ahora soy intocable en este país.

—¿Intocable? —le pregunta el periodista, sorprendido.

—Intocable —repite Julian.

—¿No le parece una afirmación algo arrogante...? —responde el periodista.

Julian parece ofenderse ante la pregunta, pero pronto se da cuenta de que eso alteraría la imagen relajada que pretende dar, por lo que reacciona con un comentario gracioso:

—Bueno, por lo menos durante unos días.

No, Julian, no hay nadie intocable.

Y no me cabe en la cabeza cómo alguien puede pensar lo contrario, ni que sea durante un segundo.

Personalmente, y por el bien de todos los implicados, deseo que las diligencias informativas en Suecia tengan un desarrollo justo. De hecho, no veo motivos para que no sea así: Suecia no es precisamente un país famoso ni por los linchamientos, ni por las injerencias americanas, ni por los procesos judiciales poco transparentes. Si Julian ha actuado correctamente, algo que yo doy por sentado mientras no se demuestre lo contrario, no tiene por qué temer nada.

Entre tanto, la policía australiana ha archivado todas las causas contra WikiLeaks porque no ha podido apreciar ninguna violación de las leyes australianas. En cambio, los intentos de los Estados Unidos de llevar a Julian y otros colaboradores de WikiLeaks ante la justicia para impedir futuras publicaciones parecen estar tomando otro cariz. Los jurisconsultos aún no han logrado ponerse de acuerdo en si las leyes permiten una acusación de ese tipo y si eso no implicaría, por ejemplo, tener que demandar también a los medios que publicaron el material. Pero esa vía toparía de pleno con el derecho a la libertad de expresión y la primera enmienda.

Julian podría ser encausado también en virtud de la llamada Ley de espionaje (*Espionage Act*), a la que él mismo se refirió hace ya tiempo. Para ello, sin embargo, el Ministerio de Justicia debería demostrar que Julian actuó con la intención premeditada de causar daño a los Estados Unidos. La verdad es que no soy capaz de imaginar qué pruebas podrían corroborar ese extremo; no soy ningún experto en leyes, pero una acusación de esta índole me parecería absurda y dañina.

En la actualidad, el Departamento de Estado intenta demostrar que Julian tuvo un papel activo en la adquisición de la información. Eso implicaría poder acusarlo de cómplice de la fuente. Y, desde luego, eso significaría también que Manning, aún en prisión preventiva, (y siempre en el caso hipotético de que fuera él quien obtuvo los documentos militares) se vería exonerado de toda culpa. En cualquier caso, si Julian hubiera asumido un papel activo en la obtención de la información, habría actuado claramente en contra de la visión que teníamos de la plataforma.

Está claro que nadie debería ser perseguido por haber proporcionado información al público, ya se trate de un informador o de una plataforma de noticias

confidenciales como WikiLeaks. Todos los periodistas, editores, políticos y demócratas deberían velar por la aprobación de una ley clara en ese sentido (véase la IMMI).

Al mismo tiempo, en mi opinión, no cabe duda alguna de que la publicación de los telegramas fue una decisión importante y correcta. Y, en ese sentido, saldré siempre en defensa de la seguridad de los implicados.

Cuando algunas partes (fundamentalmente los medios que no participaron en su publicación) afirman que los telegramas no tienen sustancia informativa, me pregunto qué es importante para algunas personas y si no es cierto que los periódicos van llenos de resultados de fútbol y cotilleos de famosos. ¿No es digno de mención que un ministro de Defensa libanés desee que Israel bombardee su país para poder arremeter contra Hezbolá? ¿No tiene interés que una potencia mundial como Estados Unidos no solo se dedique a dañar a la ONU política y públicamente, sino que además la espíe de forma sistemática? ¿O que la secretaria de Estado Hillary Clinton pida a sus diplomáticos información sobre los altos cargos de la ONU, una información que incluye contraseñas de las cuentas de correo electrónico, detalles biométricos y números de tarjetas de crédito? A mí, que el ex presidente afgano fuera detenido en Dubai con una maleta con 52 millones de dólares en efectivo (¿cómo lograría meter tanto dinero en una maleta?) y que a continuación lo volvieran a soltar me parece una información muy digna de ser publicada.

Personalmente, en tanto que ciudadano, también me interesa saber que un tal Helmut Metzner, de la central del FDP (el Partido Democrático Liberal alemán), ha revelado información a los norteamericanos. Dios sabe cuántos artículos mucho más insignificantes que estos he leído en los periódicos. Y los que dicen que ya sabían que las personas mienten, traicionan, delatan y sobornan, tienen una buena excusa para no interesarse más por la política. ¿Acaso hay alguien que apague las noticias y, decepcionado, diga: «Bah, siempre he sabido que hay guerra en todas partes y que las personas actúan con maldad»?

Pero los que aún me alucinan más son los defensores retrógrados de la falta de transparencia, que pretenden convencer al mundo de la importancia de que lo que hasta hoy fue secreto, siga siéndolo. Existe una larga e indigna tradición (sin ir más lejos, en la política exterior alemana) cuando se trata de oponerse a cualquier afán de apertura y diálogo amparándose en un bien mayor que hay que proteger. No he oído ningún argumento en ese sentido que me haya convencido de que las cosas son así. Estoy firmemente convencido no solo de que se puede confiar la verdad al ciudadano, sino de que es necesario hacerlo. Del mismo modo que no se debe mentir a la población e intentar convencerla de que las tropas alemanas no están involucradas en una guerra en alguna parte del mundo, tampoco hay que intentar protegerla de las complejidades y los problemas de la política mundial. Ese es un discurso asqueroso,

paternalista y elitista, que me reafirma aún más en el convencimiento de que es necesario luchar para potenciar la transparencia y el saber compartido.

Con todo, la publicación de los telegramas plantea una serie de problemas. Uno de ellos se refiere a los medios de comunicación que disponen de la información en exclusiva. Quiero dejar claro que no comparto en absoluto la opinión del politólogo Herfried Münkler, que escribió para *Spiegel* un artículo contra la publicación de los telegramas. Sin embargo, debo admitir que sus críticas tocan un punto importante: quien afirma que hasta ahora esos secretos estaban solo en manos de determinados poderes, debe plantearse hoy si la estrategia de publicación elegida ha puesto esa información realmente a disposición del gran público, o si simplemente ha hecho que otros se convirtieran en los guardianes de esos secretos. Una información que hasta hace poco era privilegio del ejército y del Ministerio de Asuntos Exteriores norteamericanos está ahora en manos de cinco grandes empresas de comunicación y de Julian Assange, que deben decidir qué merece llegar a la opinión pública y qué no. La estrategia de publicación elegida se ha alejado de la idea original de WikiLeaks. En mi opinión, se ha alejado en exceso.

Por si eso fuera poco, al parecer desde hace unas semanas una serie de personas viajan por todo el mundo con el encargo de ofrecer a otros medios unos telegramas que, de momento, siguen guardados bajo llave. Entre esas personas está el sueco Johannes Wahlström. Wahlström es el hijo del Israel Shamir, un conocido antisemita y negacionista del Holocausto de origen ruso-israelita. Kristinn se ha referido públicamente a Wahlström y Sahmir como personas «vinculadas a WikiLeaks». Yo creo que Julian sabe con qué tipo de personas está tratando. En cualquier caso, el contacto con Shamir existe desde hace años.

Cuando Julian se enteró del currículum político de Shamir, se le ocurrió la idea de vincularlo a WikiLeaks bajo un seudónimo. Recuerdo que en una ocasión me dijo que los textos de Shamir le parecían «realmente muy inteligentes». La verdad es que nunca pensé que Julian tuviera posturas antisemitas, como mucho era crítico con Israel, pero tan solo en lo tocante a la dirección política del país. No tengo ni idea de por qué de repente tolera la presencia de un antisemita declarado en su entorno.

Todo parece indicar que Wahlström ha distribuido los telegramas a diversos medios escandinavos, mientras que su padre se ha encargado del mercado ruso. Y aunque los cinco medios que gozaron de la exclusiva han negado una y otra vez que pagaran dinero por la información, por lo menos el periódico sueco *Aftonbladet* ha reconocido públicamente haber pagado a cambio de poder echar un vistazo a los telegramas. El resto de periódicos, incluidos los rusos, se niegan a proporcionar a los medios información concreta sobre el acuerdo.

Hacer negocio en este caso es reprobable. Otra posibilidad problemática es que alguien pudiera utilizar la información para un fin que no fuera su publicación.



También me parecería delicado que una de las partes interesadas echara un vistazo a los telegramas para, en caso de duda, no publicarlo. No serían los primeros documentos que desaparecerían dentro de un cajón porque alguien lo hubiera querido así.

# OpenLeaks

**R**egistramos el dominio del nuevo proyecto el 17 de septiembre de 2010, es decir, dos días después de abandonar WikiLeaks. No obstante, el debate sobre qué forma debía adoptar la nueva plataforma de filtraciones, qué podía y qué debía contener duró mucho más tiempo, entre otras cosas porque, simultáneamente, y junto con una colaboradora, estaba desarrollando el concepto para la Knight Foundation.

Informamos a Julian con regularidad de las ideas para introducir mejoras técnicas y de contenido que barajábamos. Nuestras ideas no le parecieron particularmente interesantes. A menudo Julian se refería a sus propias ideas para seguir desarrollando WikiLeaks. En su opinión, la plataforma debía ofrecer una filtración tras otra, de la forma más agresiva y conflictiva posible. En cambio, Julian no parecía tener ningún interés en los debates sobre contenidos o sobre la evolución técnica. A lo mejor es simplemente que Julian no hace planes de futuro a largo plazo.

El verdadero problema de WikiLeaks fue que tuvo que satisfacer demasiadas exigencias al mismo tiempo. WikiLeaks gestiona sola todo el proceso de traición de secretos digitales: las fuentes cuelgan sus documentos, el equipo de WikiLeaks los limpia de metadatos, verifica los envíos y redacta las notas adjuntas sobre el contexto. Al final, todo eso se publica en su página web.

Pero llegó un momento en el que ya no nos era posible llevar a cabo todas esas tareas. Nos acibillaban a envíos y habríamos necesitado cientos de voluntarios trabajando a destajo para salir adelante. Así pues, constantemente debíamos decidir qué filtraciones publicábamos y cuáles permanecían sin publicar en nuestros servidores, junto a otras miles. Esas decisiones nos superaban. Y es muy probable que decepcionásemos a muchos informadores que habían asumido un gran riesgo y que aún hoy esperan una recompensa a la valentía con la que revelaron documentos secretos con la esperanza de contribuir a crear un mundo mejor.

Cada elección implica una censura y toda censura es una intervención política. En realidad, ese proceso se inicia cuando los implicados acuerdan incidir en una serie de temas y dirigen la atención del público hacia unos problemas y no otros. Actualmente, nadie puede poner en duda que WikiLeaks supo despertar la atención del público. Pero en WikiLeaks se habían reunido demasiados hilos en una sola mano (la mano de Julian Assange) y eso nos convirtió en un importante actor dentro del ámbito de la política internacional. No tenía ya ningún sentido hablar de neutralidad, aunque en su día nos hubiéramos comprometido a mantenerla. De hecho, la neutralidad era uno de los principios fundamentales de WikiLeaks.

Llegados a cierto punto, habíamos tenido que buscarnos socios dentro de los medios de comunicación; desde luego, ese había sido un paso necesario. Sin embargo, una vez más, Julian quiso tomar a solas la decisión sobre qué medios

debían cooperar con nosotros. Al parecer, más tarde intentó también excluir determinados medios cuyos reportajes no habían sido de su agrado. Con ello, los obligaba de manera indirecta a mostrarse complacientes en sus artículos sobre WikiLeaks. Los conflictos con las redacciones que surgieron a raíz de ello han dejado muchas secuelas. Es innegable que ese enfoque no dio los resultados esperados.

Desde hacía tiempo, me preguntaba hasta qué punto una única plataforma podía satisfacer las necesidades de nuestras fuentes, tan diversas. En WikiLeaks recibíamos documentos de todo el mundo sobre los temas más diversos: desde un caso de corrupción en el ayuntamiento de una pequeña ciudad alemana, hasta información sobre los movimientos de liberación en Timor Oriental o sobre la política exterior norteamericana. ¿Albergar todos esos contenidos en una única plataforma era realmente la mejor solución? Nos habíamos convertido en un colmado o, peor aún, en un enorme supermercado de documentos secretos. En cambio, disponíamos de la experiencia y los recursos de un pequeño taller de informática.

El enfoque inteligente consiste en centrarse en las propias virtudes. Por ello, nuestra nueva estrategia consiste en poner a disposición de los informadores la infraestructura técnica necesaria. Así, se reduce también el peligro de que alguien pueda acumular demasiado poder dentro del sistema.

Con OpenLeaks, pues, hemos decidido emprender un nuevo camino y que sean varios los hombros que acarreen con la responsabilidad (para ser exactos, los hombros que mejor preparados están para ello). Al separar la recepción y la publicación de los documentos, resolvemos el problema que se genera cuando se acumulan un exceso de decisiones en un mando central. Al mismo tiempo, también evitamos que uno de los responsables pueda siquiera intentar ejercer su influencia política.

La información y la decisión sobre qué debe suceder con esta están ahora en manos de quienes más experiencia tienen al respecto. Uno puede pensar que en primer lugar estarán los medios de comunicación, pero tampoco hay que olvidar las ONG, los sindicatos y las escuelas de periodismo, que se encuentran en una posición inmejorable para convertirse en nuestros socios, pues todos ellos están en situación de llegar al público y de actuar con transparencia. Todos tienen la capacidad de analizar los documentos secretos de forma profesional y decidir cómo se deben publicar los resultados, ya sea en forma de un artículo tradicional o a través de una recopilación completa de documentos.

También hemos intentado eliminar las influencias externas sobre la decisión de qué socios deben recibir los documentos. Para nosotros, en este punto existe tan solo una persona legitimada para tomar esa decisión: la propia fuente.

Si una fuente opina que la prensa local será la que mejor podrá gestionar un documento, esta debe disponer de él. En cambio, si la fuente cree que los documentos

deben estar en manos de Amnistía Internacional, la decisión también es suya. Esa idea se encontraba ya en la base de nuestra candidatura ante la Knight Foundation. Ahora, con OpenLeaks, la hacemos realidad.

De esta forma lograremos también trasladar la información justo allí donde despertará una mayor atención. En un caso puede tratarse de un canal de noticias, en otro de una ONG especializada, y en otro de un sindicato. ¿Quién puede estar mejor preparado para tomar esa decisión que la fuente? Solo así una filtración de relevancia regional (por ejemplo acerca de un escándalo alimentario) puede recibir la atención que merece junto a documentos espectaculares de relevancia global. Ya nadie tendrá que plantearse el dilema de si invierte sus energías en muchas filtraciones menores o en menos filtraciones de mayor calado. La solución que ofrece OpenLeaks tiene espacio para todos.

Así pues, y a diferencia de WikiLeaks, OpenLeaks no es una plataforma de publicación, sino que concentra todos sus esfuerzos en la primera mitad del proceso de filtración: garantizar que los documentos se puedan enviar de forma anónima, que las fuentes estén protegidas y que los socios puedan trabajar con el material. Igual que WikiLeaks, OpenLeaks ofrece una especie de buzón protegido donde los informadores pueden dejar sus documentos para determinados destinatarios. Para ser exactos, OpenLeaks ofrecerá una serie de buzones digitales, uno para cada uno de nuestros socios.

La fuente no solo podrá elegir en qué buzón deposita un documento, sino que también podrá especificar de cuánto tiempo dispone el receptor para evaluar los documentos en exclusiva. Este mecanismo garantiza que ningún envío termine bloqueado, pues cuando venza el plazo establecido (y siempre que la fuente así lo desee), pasará de forma automática a disposición del resto de socios de la plataforma OpenLeaks.

Sería ingenuo asumir que los periódicos, que se financian en gran medida gracias a la publicidad empresarial, son totalmente libres de elegir qué publican y qué no. Existen numerosos casos de empresas que han retirado campañas publicitarias enteras porque el medio en cuestión había publicado un artículo sobre sus productos o sobre la propia empresa que no había sido de su agrado. Disponer de un consorcio de participantes más amplio debe garantizar que, al final, siempre haya alguien interesado en dar a conocer una información relevante al público. El interés de los socios potenciales es grande. Entre ellos, por cierto, se encuentran algunas de las redacciones que anteriormente trabajaron estrechamente con WikiLeaks. Y contamos ya con numerosas fuentes que desean confiarnos sus documentos.

Esperamos que, efectivamente, sean muchas, pues eso generará un efecto protector para toda la comunidad OpenLeaks. Una red más amplia de medios, ONG, sindicatos, escuelas de periodismo y otras organizaciones independientes contribuirán

a erigir un poderoso baluarte que permita resistir a los ataques contra el principio de los buzones digitales. Dicho principio debe gozar de una protección jurídica equiparable al secreto postal que rige el correo en papel.

Contar con numerosos socios procedentes de diversos ámbitos de la sociedad y de los medios de comunicación tendrá otra ventaja: juntos harán todo lo posible para que los enemigos de las filtraciones digitales no consigan derribar este principio genial.

Nuestra intención es empezar con un reducido número de medios para luego, poco a poco, ir ampliando el círculo. Se trata de trabajar con serenidad y prudencia para, así, poder poner a prueba y optimizar el proyecto. Las primeras pruebas están programadas para el primer semestre de 2011, pero no queremos precipitarnos. No queremos cometer errores.

OpenLeaks no pretende hacerle la competencia a WikiLeaks. De entrada, OpenLeaks no va a publicar nada. Además, no tenemos intención de utilizar los varios miles de documentos de diversa índole de WikiLeaks que tenemos almacenados a buen recaudo, en un entorno seguro. En ese sentido, lo único que podemos hacer es animar a las fuentes que aún esperan la publicación de sus documentos a que los envíen de nuevo a uno de nuestros socios.

WikiLeaks debe seguir publicando, creciendo y prosperando. Sin embargo, creemos que no es bueno que WikiLeaks sea la única plataforma disponible. Desde luego, en el mundo existen injusticias suficientes como para tener ocupada a más de una plataforma de este tipo.

Por suerte, OpenLeaks no tiene fundadores. Ese es un tema que me gustaría zanjar de una vez y para siempre. Muchas personas han colaborado en el desarrollo de la idea y todas ellas son impulsoras intelectuales de la nueva plataforma, tal como las que actualmente están colaborando en crear OpenLeaks. Además del arquitecto y de Herbert, de Islandia, en OpenLeaks colaboran diversos viejos amigos de WikiLeaks. Al mismo tiempo, de manera continua recibimos mensajes de personas de todo el mundo que desean aportar sus conocimientos al proyecto. La comunidad está despierta y ansiosa de empezar a realizar una buena labor.

Naturalmente, en OpenLeaks no siempre estamos todos de acuerdo en todo y discutimos a menudo. Como en WikiLeaks, se mezclan aquí muchos caracteres fuertes. Es evidente que debemos forjar una estructura interna aún más sólida: ¿a quién compete una decisión? ¿De qué ámbitos se encargará cada uno? Porque, en el supuesto de que no lográramos el consenso sobre una cuestión controvertida, ¿qué haríamos si no para no caer en la inoperancia? ¿Tomar la decisión a piedra, papel, tijera? Aunque inicialmente sea posible salir adelante sin ese tipo de reglas, gracias a WikiLeaks hemos aprendido que la decisión sobre determinadas cuestiones no se debe aplazar eternamente. Lo que me hace realmente feliz, por insignificante que parezca, es que cuando surgen diferencias internas, cada uno cede un poquito.

En el año 2011 queremos ayudar a crear una fundación. La labor de esa fundación no se va a limitar a OpenLeaks, sino que va a ser mucho más amplia. Actualmente estamos viviendo un cambio cultural que afecta a muchos ámbitos de nuestra sociedad. En lo relativo a la libertad de información y la revelación de secretos a través de Internet, nos encontramos todavía en una fase embrionaria. La fundación debe abordar estos desafíos y desarrollar modelos para la traición de secretos digitales pensando en el futuro.

La transparencia necesita un *lobby* fuerte. Además de OpenLeaks, la fundación debe apoyar otros proyectos. La comisión de la fundación incluirá a expertos pertenecientes a diversos ámbitos de la sociedad. Y, cómo no, velaremos porque todas las estructuras y finanzas de la fundación sean transparentes.

Finalmente, deseamos compartir nuestro saber; esa es con seguridad la parte más importante de nuestra empresa. Por ello, llevaremos un registro de todas nuestras experiencias con OpenLeaks que incorporaremos a una base de datos pública. En ese sentido, esperamos contar con la colaboración de muchos voluntarios de todo el mundo. La base de datos contendrá información sobre fundamentos legales, protección de informadores y precedentes correspondientes a tantos países y legislaciones como sea posible. Quienquiera que desee colaborar activamente en el fomento de la transparencia desde abajo, ya sea una organización, una iniciativa o un informador potencial, encontrará aquí toda la documentación necesaria.

La fama de WikiLeaks (sobre todo la de Juilan, aunque también la de nuestro trabajo) ha logrado poner el debate sobre los informadores encima de la mesa. ¿Existe un derecho al mantenimiento de secretos? ¿Existen determinados documentos que es preferible que los informadores no revelen? Todas estas preguntas se han incorporado al debate público. Desde luego, la fama de WikiLeaks ha contribuido mucho a ello. Sin embargo, ha llegado el momento de ir más allá y concentrarse en los temas y contenidos realmente importantes, así como no dejarse confundir por los reportajes a todo color y los titulares altisonantes: muchos buenos artículos e historias sobre las filtraciones han recibido mucha menos atención que los conflictos personales de los implicados.

OpenLeaks aspira a consolidar una infraestructura sobria. Sus miembros nos consideramos ingenieros e informáticos, no estrellas mediáticas o salvadores globales y galácticos de mundos. Es posible incluso que alguien nos considere aburridos. Eso no nos molesta en absoluto: lo importante es que el sistema funcione.

## Epílogo

**H**oy, en enero de 2011, estoy en el mismo punto que hace un año, cuando nos proponíamos volver a levantar WikiLeaks. Con OpenLeaks estamos construyendo algo que creemos que puede resolver algunos de los problemas del mundo. Si 2010 fue el año de la atención a los medios, 2011 debería ser el año de los contenidos.

Mientras escribía este libro se han ido revelando nuevos hechos y se han ido respondiendo algunas de mis preguntas. Sin embargo, y a pesar de ello, la situación real de WikiLeaks es cada vez más opaca. Nos movemos en una corriente de información mediática que constituye un terreno abonado para teorías conspirativas, rumores y mitos.

Para desentrañar de una vez el misterio de WikiLeaks debemos hallar respuestas a una serie de preguntas que por el momento siguen sin resolverse. He aquí algunas de ellas.

¿Cuál es la situación económica de WikiLeaks? ¿Qué donativos se han destinado a qué causas? ¿Quién decide sobre la adjudicación de los recursos?

¿A qué se refería Julian cuando, en declaraciones a *The Guardian*, dijo que para velar por sus «intereses económicos» debía controlar «cómo y cuando se publicaban los telegramas»?

¿Cuál es la actual estructura organizativa, de decisión y de responsabilidad?

¿Qué papel tienen Israel Shamir y Johannes Wahlström en WikiLeaks? ¿Cuáles son las condiciones de los acuerdos que Wahlström y Shamir han cerrado con los medios?

¿Existen más agentes que hayan proporcionado material a los medios? Y, si es así, ¿en qué condiciones lo han hecho?

¿De qué modo participan en esos acuerdos Julian Assange, otros trabajadores de WikiLeaks u otras empresas vinculadas a la plataforma?

¿Quién invitó a Julian Assange a la conferencia de prensa de Ginebra de noviembre de 2010?

Solo cuando estemos en situación de distinguir estos hechos unos de otros podremos comprender la situación tal como es. Y solo entonces podremos responder a la pregunta sobre por qué la genial idea de WikiLeaks (la idea de servirse de los instrumentos de los que ya disponemos para aportar transparencia a cuestiones de interés público) fracasó.

Nuestra sociedad necesita ciudadanos emancipados, personas que no se abstengan de formular preguntas clave por miedo a llevarse una decepción. Nuestra sociedad necesita individuos despiertos, que no deleguen su responsabilidad en un mesías, un líder o un macho alfa, sino que estén en situación de distinguir la información buena

de la mala y que, basándose en buenas informaciones, sean capaces de tomar buenas decisiones.

A menudo me han preguntado si tras mi marcha de WikiLeaks me sentí decepcionado. Mi respuesta ha sido siempre que sí. En un primer momento, esa decepción fue principalmente emocional. Sin embargo, durante las últimas semanas y, sobre todo, desde que empecé a trabajar en este libro, he comprendido que esa decepción ha tenido también otra consecuencia: la decepción me ha permitido deshacerme de muchas confusiones. Se trata, pues, de una decepción constructiva, que te permite comprender mejor la realidad. Un verdadero «buen presagio».

DANIEL DOMSCHEIT-BERG

Enero de 2011



## Agradecimientos

*E*ste libro y la historia que hay detrás están en deuda con muchas personas a quienes quisiera dar las gracias:

A Tina Klopp, por dos meses altamente productivos y por escribir todas mis historias en tan poco tiempo.

A mi lectora Silvie Horch y al resto del gran equipo de la editorial Econ, sin cuya competencia no habríamos podido publicar un libro tan bueno en tan poco tiempo.

A mi agente Barbara Wenner por defender a la perfección la idea de este libro hasta su publicación e incluso más allá.

A los colegas de las editoriales extranjeras que van a traducir esta historia y que, de momento, van a publicarla en diecisiete países. En particular, a Charlie Conrad, de la editorial norteamericana Crown, por sus valiosas aportaciones sobre el contenido del libro.

A los abogados Markus Kompa y el Dr. Sven Krüger, como también a Amanda Telfer y Matthew Martin, por sus aportaciones (probablemente impagables) a este libro.

A mi familia por haberme inculcado los buenos valores que hacen que sea quien soy.

A mi mujer Anke, mi compañera y amiga, y a mi hijo Jacob.

Al Chaos Computer Club y a todos sus caóticos, por tantas cosas que cualquier intento de enumerarlas todas sería en vano.

A la cervecería Loscher por el Club Mate. ¿Qué sería de mí sin vosotros? Seguramente andaría siempre muy cansado.

A Internet, porque siempre contraataca.

A tal y a cual, por todo.

A todos aquellos que, de forma directa o indirecta, han participado en el espectáculo de los últimos tres años. Sin vosotros nada de esto habría sido posible.

A las numerosas fuentes cuyas informaciones hemos publicado. Si hubiera más personas tan valientes como vosotros, la Tierra sería un lugar mucho mejor.

A Julian Assange, que tuvo una idea y la introdujo en mi vida.

Al equipo de OpenLeaks. ¡Que sigamos trabajando juntos mucho tiempo!

DANIEL DOMSCHEIT-BERG

# Cronología de WikiLeaks

4 de octubre de 2006 • Se registra WikiLeaks.org.

Diciembre de 2006 • Primeras publicaciones.

Enero de 2007 • WikiLeaks anuncia que está preparando la publicación de 1.200.000 documentos.

Noviembre de 2007 • WikiLeaks publica los manuales de la bahía de Guantánamo.

Diciembre de 2007 • Daniel se encuentra con Julian en el XXIV Chaos Communication Congress (24C3) en Berlín.

Enero de 2008 • WikiLeaks publica cientos de documentos sobre la sucursal del banco sueco Julius Bär en las Islas Caimán.

Febrero de 2008 • Julius Bär presenta una demanda contra Dynadot (el registrador de WikiLeaks.org), pierde y retira la demanda.

Marzo de 2008 • WikiLeaks publica la Biblia secreta de la Cienciología.

Mayo de 2008 • WikiLeaks publica el primer manual de una hermandad estudiantil americana.

Junio de 2008 • WikiLeaks publica documentos relacionados con el Memorandum of Understanding (Memorandum de entendimiento) en Kenia.

- Congreso de Voces Globales en Budapest.

Septiembre de 2008 • WikiLeaks publica correos electrónicos de la cuenta privada de la candidata a la presidencia Sarah Palin.

Noviembre de 2008 • WikiLeaks publica una lista de miembros del partido nacionalsocialista British National Party (Partido Nacional Británico).

- WikiLeaks publica el informe de la Oscar Foundation (Fundación Oscar) en relación con los asesinatos por encargo por parte de la policía keniana.

Diciembre de 2008 • WikiLeaks publica documentos del Servicio de Inteligencia Federal (BND) sobre la lucha contra corrupción en Kosovo y la colaboración con los medios alemanes.

- WikiLeaks publica el manual de Human Terrain Team de 2008.
- Daniel y Julian dan una conferencia oficial por primera en el Chaos Communication Congress (25C3).

Enero de 2009 • Daniel renuncia a su trabajo y se compromete a tiempo completo con WikiLeaks

Febrero de 2009 • WikiLeaks publica más de 6.700 informes del Servicio de Investigación del Congreso.

- WikiLeaks publica la dirección de correo electrónico de sus donantes.

Marzo de 2009 • WikiLeaks publica el banco de datos de los patrocinadores del senador Coleman de los Estados Unidos.

Abril de 2009 • International Journalism Festival (Festival Internacional de Periodismo) de Perugia.

Junio de 2009 • WikiLeaks recibe el Premio Amnistía Internacional de los Medios Británicos.

Julio de 2009 • WikiLeaks publica una lista de los grandes deudores del banco islandés Kaupthing Bank.

Agosto de 2009 • Festival Hacking at Random (HAR) en Vierhouten.

Septiembre de 2009 • Premio de Ars Electronica en la categoría Comunidades digitales.

Octubre de 2009 • WikiLeaks publica una segunda lista de miembros del partido nacionalsocialista British National Party (Partido Nacional Británico).

Noviembre de 2009 • WikiLeaks publica mensajes de buscapersonas del 11-S.

WikiLeaks publica el expediente de las diligencias efectuadas contra una empresa farmacéutica alemana.  
WikiLeaks publica los contratos de Toll Collect (peaje para camiones en Alemania).

- WikiLeaks publica la correspondencia por correo electrónico de David Irving.
- WikiLeaks impulsa la idea de un puerto franco de los medios, en la que se basa la Icelandic Modern Media Initiative (IMMI, Iniciativa islandesa para Medios de comunicación modernos).

Diciembre de 2009 • WikiLeaks publica el informe Feldjäger sobre el bombardeo de dos vehículos cisterna en Kundus, Afganistán.

23 de diciembre de 2009 • Se desconecta WikiLeaks.

27 de diciembre de 2009 • Daniel y Julian hablan en el Chaos Communication Congress (26C3) sobre el futuro de WikiLeaks.

5 de enero de 2010 • WikiLeaks empieza a colaborar en la Iniciativa islandesa para medios de comunicación modernos (IMMI) en Islandia.

5 de abril de 2010 • WikiLeaks publica el vídeo Asesinato colateral.

Finales de mayo de 2010 • Bradley Manning es detenido.

26 de julio de 2010 • WikiLeaks publica los diarios de guerra de Afganistán.

30 de julio de 2010 • WikiLeaks pone el «seguro-archivo» encriptado en la Red.

- WikiLeaks publica los informes sobre la planificación en relación con el festival Loveparade en Duisburgo.

20 de agosto de 2010 • Se emite una orden de captura contra Julian, que poco después será retirada.

26 de agosto de 2010 • Julian suspende a Daniel temporalmente.

14 de septiembre de 2010 • Daniel se desplaza hasta el servidor de correo estropeado.

15 de septiembre de 2010 • Daniel y otros miembros del equipo abandonan WikiLeaks.

17 de septiembre de 2010 • Se registra OpenLeaks.org.

22 de octubre de 2010 • WikiLeaks publica los diarios de guerra de Irak.

28 de noviembre de 2010 • WikiLeaks publica los telegramas diplomáticos (cables).

1 de diciembre de 2010 • Interpol emite una Red Notice (una orden de captura internacional) contra Julian.

7 de diciembre de 2010 • Julian se entrega a la policía de Londres y es detenido.

14 de diciembre de 2010 • Julian es puesto en libertad bajo fianza.

30 de diciembre de 2010 • Daniel presenta OpenLeaks en el Chaos Communication Congress (27C3).



**Daniel Domscheit-Berg** (anteriormente conocido con el pseudónimo de Daniel Schmitt (nacido en 1978) és un activista informático alemán. És mayormente conocido por su trabajo previo como portavoz en Alemania de WikiLeaks. Antes de trabajar con Wikileaks, Domscheit-Berg estuvo implicado con el grupo de hackers alemanes del *Chaos Computer Club*. Abrió una nueva web de recopilación y distribución de información confidencial (o no publicada) sobre irregularidades: OpenLeaks, que salió a bolsa el 26 de enero de 2011.

En 2011 publicó el libro "Dentro de WikiLeaks".

# Notas

[1] Todos los nombres marcados con \* son seudónimos, cuya identidad es conocida por el autor. <<

[2] El conocimiento es libre. Somos anónimos. Somos una legión. No perdonamos. No olvidamos. ¡Aguárdanos! ¡Cuenta con nosotros! <<



[3] El nombre de la empresa ha sido eliminado por motivos legales. <<

[4] Formato para plataformas de intercambio de archivos. (N. de la T.) <<

[5] Pedal de hombre muerto. Mecanismo de freno automático empleado en las locomotoras que en la actualidad ha sido adoptado en otros ámbitos, como la informática. (N. de la T.) <<